YOLANDA FIDALGO

LA MÚSICA DEL MAL

Rocaeditorial •

La música del mal

Yolanda Fidalgo

Rocaeditorial

LA MÚSICA DEL MAL

Yolanda Fidalgo

POR LA AUTORA DE *MÁS ALLÁ DE LOS VOLCANES* Y *LAS HOGUERAS DEL CIELO*.

Nápoles, 1900.

Fabio, el dueño del teatro Dellanotte, parte de viaje por un año y encarga a sus dos hijos, Adriano, violonchelista ciego, y Carlo, la responsabilidad de regentar el teatro de la ópera. Pero tras su partida, todo va a cambiar. Sus hijos, aunque Carlo está casado, se enamoran de la misma misteriosa mujer. Su esposa desarrolla aficiones que no imaginaría. Y un sanguinario asesino en serie se dedica a matar en el teatro, siguiendo las pautas de un antiguo manuscrito que narra la vida de Diane, la criada muda de la envenenadora marquesa de Brinvilliers, en el París del Rey Sol.

Para atraparlo, recibirán la ayuda de Gianni Leone, colaborador del fundador de la escuela italiana de antropología criminal Abele de Blasio. Se valdrá de sus nuevos pero aún no probados métodos científicos para lograrlo… ¿o no?

«Un mismo principio puede curar o matar, que no es otra cosa que sanar de la vida.»

ACERCA DE LA AUTORA

Yolanda Fidalgo (Zamora, 1970) estudió Empresas Turísticas en la Universidad de Salamanca, pero su pasión han sido siempre los libros. En Madrid fundó su propio taller de encuadernación, que aún mantiene. Su primera novela, *Más allá de los volcanes*, ganó el Premio Internacional de Narrativa Marta de Mont Marçal. Esta es su tercera novela..

ACERCA DE SU OBRA

Sobre *Las hogueras del cielo*:

«Una novela de grandísimos personajes que se mueven en una trama consistente.»
Leyendo bajo la luz de la luna

«Un libro en el que una mujer luchará por una vida diferente, aunque esto la lleve a sacrificar la suya propia.»
Atrapada en unas hojas de papel

«El cóctel no puede ser más que recomendable.»
El baúl de Xandris

«Nunca había leído algo así y me ha llamado la atención todo este mundo.»
Los libros de Noemi

«Es impresionante cómo en tanta cantidad de texto y páginas, la novela no decae en ningún momento.»

Resistencia literaria

Sobre *Más allá de los volcanes:*
«Novela de emociones, novela de paisajes.»
Carmen en su tinta

«Te remueve por dentro la tristeza y a veces la esperanza.»
Atrapada en unas hojas de papel

«Una bonita historia de secretos familiares, de amor, de guerra, de traumas y de superación, envuelta en la preciosa prosa de Yolanda Fidalgo.»
Libros que hay que leer

«Estamos ante una historia con mucho drama, donde el dolor y la tristeza serán protagonistas, sin dejar a un lado los lazos familiares y el amor, que nos pueden cambiar la vida de un día para otro. Esperaba mucho de esta novela y, tengo que reconocer, que ha superado mis expectativas.»
Pequeño águila

Índice

Portadilla

Acerca de la obra

Prólogo

Epígrafe

Aviso

[1]
[2]
[3]
[4]

El manuscrito secreto

[5]

El manuscrito secreto

[6]

El manuscrito secreto

[7]

El manuscrito secreto

[8]

El manuscrito secreto

[9]
[10]
[11]

El manuscrito secreto

[12]
[13]
[14]
[15]

El manuscrito secreto

[16]
[17]
[18]
[19]
[20]

El manuscrito secreto

[21]

El manuscrito secreto

[22]

El manuscrito secreto

[23]

El manuscrito secreto

[24]

El manuscrito secreto

[25]
[26]
[27]
[28]

El manuscrito secreto

[29]

El manuscrito secreto

[30]

El manuscrito secreto

[31]

El manuscrito secreto

[32]
[33]

El manuscrito secreto

[34]

El manuscrito secreto

[35]

El manuscrito secreto

[36]
[37]
[38]
[39]

El manuscrito secreto

[40]
[41]

El manuscrito secreto

[42]

El manuscrito secreto

[43]
[44]

El manuscrito secreto

[45]

El manuscrito secreto

[46]
[47]
[48]

El manuscrito secreto

[49]

[50]
[51]
[52]
El manuscrito secreto
[53]
El manuscrito secreto
[54]
El manuscrito secreto
[55]
[56]
[57]
El manuscrito secreto
[58]
El manuscrito secreto
[59]
El manuscrito secreto
[60]
[61]
El manuscrito secreto
[62]
[63]
[64]
[65]
El manuscrito secreto
[66]
El manuscrito secreto
[67]
[68]
Otro libro de Yolanda Fidalgo que también te gustará

Créditos

Prólogo

*H*ace algunos años, mientras me documentaba sobre venenos, me encontré con una fascinante historia que me pareció digna de ser contada de nuevo: la de la Marquesa de Brinvilliers. Con ella comenzó lo que se llamó el Asunto de los Venenos, a mediados del siglo XVII, que se extendió por París como una sucia mancha de aceite hasta llegar a la misma corte del rey Luis XIV. La marquesa fue la que me inspiró la novela que tenéis en vuestras manos. He intentado ser fiel a su vida, tan apasionante y extraña que no se necesita inventar nada, pues en este caso y en el de La Voisin, que también existió de verdad, la realidad supera a la ficción. Todos los personajes relacionados con ellas existieron: el amante de la marquesa, Jean-Baptiste Godin de Sainte-Croix; La Reynie, jefe de policía de su majestad; el verdugo de París, André Guillaume; el oficial François Desgrez o las envenenadoras La Bosse y La Vigoreux. Lo que atañe a ellas está narrado como sucedió, incluido su triste final. No así la vida de Diane, esa es la ficción que me tocaba crear, aunque ¿quién sabe?

También en la otra parte de la historia hay personajes reales. Uno de ellos es Abele de Blasio, médico, antropólogo, escritor y fundador, en la Jefatura de Policía de Nápoles, de la primera Oficina Antropométrica de Italia, a la que pertenece mi querido inspector Gianni Leone. O Enrico Alfano, alias Erricone, el capo de la mafia napolitana, entonces llamada la Società. O Victor Maurel, el barítono, o Lina Cavalieri, la mujer más bella del mundo. Y madame Viardot, La Malibrán o Ethel Smith, mujeres dedicadas a la música cuyas figuras debemos recuperar y reivindicar.

Gracias por elegir *La música del mal*. Espero que las dos historias que se entremezclan os mantengan en vilo, os susciten curiosidad; en fin, que las disfrutéis tanto como yo al escribirlas.

«Las vidas humanas están a la venta y se negocia con ellas
a diario como con cualquier artículo; se tiene al asesinato
como único remedio cuando una familia atraviesa dificultades;
se practican hechos abominables en todas partes:
en París, en los suburbios y en provincias.»

La Reynie,
jefe de policía de su majestad Luis XIV

Un aviso para las débiles y expuestas mujeres
que abren su puerta a cualquiera

En los días pasados, se han producido varios
hechos luctuosos en nuestra ciudad.

Han aparecido muertas, en sus casas, mujeres inocentes,
confiadas, que han dejado entrar a un hombre en su casa,
por lo que se conoce, incluso de noche.

La causa de la muerte no ha sido la misma para todas, pero
a todas les ha sido aserrado el pulgar de la mano derecha.

Por eso y por otros indicios, la policía piensa
que puede haber un único causante de todas esas muertes.

Guárdense bien las mujeres de abrir a ningún desconocido,
porque el Aserrador puede volver a actuar.

Le Nouveau Mercure Galant,
París, octubre de 1678

Mis padres me llamaban Viento. Así, sin más. Podrían haberme llamado Bóreas, por mi carácter frío y propenso a los arrebatos. O Sirocco, ya que parece ser que yo era capaz de trastornar a personas y animales. O Libeccio, Maledetto, Mistral.

Pero no. Solo me llamaban Viento.

«Viento, no corras.»

«Deja las partituras, son para mayores.»

«No te subas a los árboles.»

¿No es absurdo? No puedes atar al viento, va contra su naturaleza. El viento quiere ser libre, moverse sin cárceles. El viento produce sonidos, canta, crece. Acaricia.

Si intentas encerrar al viento, pasan cosas malas.

El viento enloquece.

Y mata.

Mamma no quería saber nada. De ninguno. Sentada al lado del ventanal que daba a la bahía, se sacudió el vestido, se ajustó el cordón de terciopelo del escarpín y miró a lo lejos, hacia el Mediterráneo.

Papà se iba.

—No me lo puedo creer —decía Carlo—. ¿Te vas al otro lado del mundo y me dejas a mí al frente del teatro? Es absurdo.

—No solo a ti. —Los pasos de *papà* se oían con eco en el enorme salón del palacete de la Riviera di Chiaia—. Tienes un hermano: Adriano.

—Ja. —Adriano daba golpecitos suaves con su bastón en la madera del suelo—. *Papà* piensa que soy hábil para dirigir un teatro junto a mi hermano. ¿No es un tanto inocente por tu parte, *papà*? ¿O es el egoísmo el que habla por ti?

—Es el volcán. —Esa mañana, la *nonna* le había robado un vestido a la *mamma*. La *nonna* era alta y delgada, la tela de color rosa dejaba al descubierto sus tobillos finos. Señaló con un dedo sarmentoso en dirección al Vesubio—. Fabio parte porque, pronto, os lo digo yo, el volcán va a despertar. Y no quiere estar aquí para entonces.

—Ja —reiteró Adriano—. Ya estamos con el volcán. *Nonna*, te digo que aún no está lo suficientemente enfadado con todos nosotros, aunque quizá debería.

—Como estás ciego, crees saberlo todo. —Acarició el pequeño y retorcido colgante en forma de cuerno rojo que llevaba bajo el vestido —. Pero tu *nonna* te dice que el humo negro cubrirá Nápoles mañana, o pasado, o el mes que viene. Lleva en silencio desde 1872 y ya estamos en 1900. Lo veréis todos, menos Fabio, ¿a dónde dices que te vas, hijo mío?

—A África. —*Papà* se acercó a ella y depositó un beso en su cabello blanco y lacio, que siempre recogía en un moño—. A una

ciudad que se llama Asmara, la nueva capital de Eritrea. Allí necesitan un teatro de la ópera.

—¿Para qué, si se puede saber, necesitan un teatro de la ópera en la maldita África? —preguntó Carlo.

—Dime, hijo, ¿cómo puede alguien vivir sin música?

—Oh, por favor. ¿Tienes que ser tú el que se ocupe de eso? —Carlo se acercó al aparador, tomó una copa, se sirvió un vasito de *grappa* y lo apuró de un trago—. ¿No ves que es absurdo? Dile algo, *mamma*.

Senta pegaba la oreja a la puerta del salón. Llevaba ya trece años casada con Carlo, trece años viviendo entre esos muros tan anchos como los de la cárcel de Poggioreale, pero no era de la familia. No era una Dellanotte. Cuando había que decidir algo, los Dellanotte se reunían para debatirlo entre los muebles de estilo victoriano del salón (que tanto apreciaban los nuevos y los viejos ricos incluso en esa ciudad, Nápoles). La *nonna*, que parecía loca pero aún no lo estaba. La *mamma*, que nunca replicaba al verdadero amo de la casa, Fabio Dellanotte. Y ellos dos. Su Carlo, siempre deseando ser lo que su familia no le permitía. Y él. Adriano. Dri, para la familia. El hermano menor. El hombre de la mirada violeta y el bastón de color negro que había heredado del abuelo.

Si *papà* se iba, se quedarían… Sí, eso era: se quedarían huérfanos.

—Fabio lo ha decidido. —La *mamma* se levantó, su precioso vestido de terciopelo granate parecía sacado del atrezo de la ópera que se representaría ese trimestre en el teatro Dellanotte: *Così fan tutte*, del famoso Mozart, el vienés. El corsé le apretaba tanto la cintura que la dejaba sin ganas de discutir. De respirar. Total, para qué. Su marido iba a hacer lo que le diera la gana, como siempre—. No hay más que decir.

—Chicos, chicos. —Fabio se colocó al lado de su mujer. Parecía una muñeca al lado de aquel gigante de pelo negro, ya algo canoso—. La temporada está preparada: la programación, los artistas, todo. Habéis crecido con ello, no será tan difícil. Querida, vamos a la habitación. Parto dentro de una semana, no puedo despistarme mucho. —Rio—. Los días vuelan. Un momento, querida. —Se detuvo delante de Adriano—. Dri, ¿me oyes?

—*Papà*, estoy ciego, pero no sordo. —Alzó su mirada violeta hacia la voz de barítono de Fabio—. Sería lo único que me faltaba.

—Mañana por la mañana vamos a visitar al médico nuevo. Sin excusas.

Dri se levantó y se acercó a su padre. Era tan alto como él, quizás un poco más. Dio un golpe con el bastón en el suelo de madera.

—Estoy harto de médicos.

Senta, tras la puerta, se estremeció. Se lo imaginó frente a Fabio, con la mandíbula tensa y ese gesto tan suyo que le dibujaba arrugas

en la frente. Dos gigantes enfrentados. Suspiró.

—Ya lo sé, pero este es nuevo. Viene de Nueva York, ¿lo podéis creer?

—Nada bueno puede venir de ultramar —afirmó la *nonna*—. Nada bueno. Todo el mundo quiere ir allí y él por el contrario viene, eso no es bueno, no, señor.

—Tiene razón. —Dri estaba tan cerca de su padre que percibía el olor de cada parte de su cuerpo. La gomina que le mantenía el cabello perfectamente peinado. El vino en su aliento. Dos o tres gotas de orina en la ropa interior. El sudor acre que le humedecía las axilas y le corría por la espalda. *Papà* estaba nervioso aunque aparentara calma. Su voz no le delataba, pero su olor sí.

—*Papà* —susurró en su oído—. No sabes lo que te espera, no sabes si lo que haces es correcto, si no te estás equivocando, pero aun así te empeñas.

—Los hombres deben tomar decisiones —le contestó de la misma manera, con un murmullo grave en su oído—. La vida es así, Adriano. Hay que seguir adelante pase lo que pase, aunque tengamos miedo, aunque nos equivoquemos. Mañana vamos a ver a ese médico, el doctor Norris.

—«Qué deseo más loco, intentar descubrir un mal que, descubierto, nos ha de doler.»

Fabio sonrió. Así era su hijo. Capaz de citar cualquiera de los libretos de las óperas que, al cabo de los años, se habían representado en el teatro Dellanotte. También era capaz de tocar el violoncelo mejor que nadie que él conociera. Le puso la mano en el hombro.

—Mañana por la mañana —dijo, ya en alto.

Senta dio un respingo. Se separó de la puerta, subió corriendo las escaleras de mármol hasta el piso superior y se encerró en la habitación que compartía con su marido.

Dri sonrió. Era el único que había oído los ligeros pasos de su cuñada sobre las alfombras orientales que tanto complacían a su madre, el único que sabía que se escondía tras la puerta para espiar las conversaciones de la familia. El único que se había percatado de que Mario, el hijo de doce años de Carlo y Senta, había salido a escondidas por la ventana para ir al puerto, otra vez. Al cabo de un rato entraría en la casa de la misma manera con ese olor a sargo, a alga verde y a la madera húmeda y errante de los barcos.

Acompañaría a su padre a visitar a ese médico solo por complacerlo. Pero sabía que lo suyo no tenía remedio.

Papà y *mamma* abandonaron la sala. Su padre ahora olía a sexo. Había tomado a su mujer por la cintura y la había acercado a su cuerpo; no le hacía falta verlo para saberlo, la tela del vestido susurraba al contacto con la del pantalón. No, no harían las maletas

esa tarde. Se meterían juntos bajo las sábanas de franela, aunque a la *mamma* no le apeteciera. Al menos se libraría de ese corsé que acortaba su respiración de tal manera que parecía estar siempre a punto de morir.

Carlo se había servido otro vaso de *grappa*. Su hermano no era feliz, y ahora, sin padre en el teatro, lo sería aún menos, se sentiría cada vez más prisionero de su familia.

La *nonna* se había sentado frente a la ventana, como le gustaba hacer. Se acercó a ella. Era la única que parecía contenta, a pesar del volcán.

*E*l dormitorio de Dri estaba situado en la planta baja del palacete de la Riviera di Chiaia. Los demás miembros de la familia dormían en la planta alta, él no. Padecía de insomnio, no le apetecía pasar las noches oyendo cómo Fabio y la *mamma* se sobaban bajo las sábanas, o cómo Carlo y Senta intentaban tener otro hijo sin lograrlo. Los ronquidos de la *nonna* tampoco ayudaban. Desde abajo seguía oyéndolo todo, aunque atenuado. Lo más importante era que ellos no le oían a él. No tenían ni idea de lo que hacía por las noches. Si lo supieran, cerrarían la puerta con llave, lo encerrarían en su habitación, jamás se lo permitirían.

Porque, de noche, se iba. Tomaba su bastón y salía de la casa como si fuera un camorrista cualquiera.

De noche, todo se volvía gris, daba igual que esos malditos ojos violetas no fueran capaces de ver más que manchas borrosas. Él había nacido en Nápoles, conocía como la palma de su mano cada rincón de las calles próximas al mar, porque el mar le atraía sin remedio.

Sí, la ciudad no era segura, ¿y qué? El peligro, al menos, le hacía sentir vivo. Además, la familia Dellanotte estaba protegida, ¿no era así? El *nonno* le había salvado la vida a Enrico Alfano, el *capintesta* de la Società,[1] sin tan siquiera saber quién era. Desde entonces, el dinero de la familia se había incrementado sin parar. Su fortuna, en parte, se la debían a esos tipos con corbata, traje multicolor y el maldito bastón rodeado de anillos de cobre.

Aunque no hubiera sido así, tampoco tenía miedo. Solo quería sentirse vivo, oler el mar, dejarse llevar por la cadencia de las olas. Caminar por la ciudad. Durante el día le resultaba más difícil, las calles estaban saturadas de gente, de carruajes, de carretas que transportaban mercancías, de perros y gatos. Con todos esos olores. No se imaginaban que no viera, así que no se apartaban. A veces, era

inevitable el choque. De manera que, por el día, se limitaba a caminar lo imprescindible. Para ir al teatro de la familia utilizaba el *calessino*, que conducía Arno, el cochero.

Esa noche, como la mayoría, se puso el traje de colores que guardaba en el fondo de su armario y que le hacía parecer un camorrista más. No recordaba si era azul celeste, o rojo, o verde como las hojas de la hierbabuena que crecía en el jardín. Qué importaba. Se echó la capa por los hombros, haría frío, estaban a mediados de enero, se caló el sombrero. La familia dormía, la *nonna* soñaba con algo bonito, porque gemía. Mario, su sobrino, también lo hacía, desde pequeño solía murmurar en sueños, algo habitual en él. Apretó fuerte en su mano derecha la empuñadura del bastón, abrió la puerta con cuidado y salió al jardín.

Sí, hacía frío, el frío húmedo y salado que venía del mar. Aspiró hondo. Libertad, por fin. Dejó atrás las pequeñas matas de albahaca y orégano que la *nonna* cultivaba bajo la ventana de la cocina. Pasó los dedos por las hojas lisas del limonero que su *nonno* plantó al comprar la casa. Al lado estaba la verja bajo ese arco de piedra que se abría en el muro, no necesitaba comprobarlo con el bastón. Extendió la mano y lo abrió sin dificultad. Posó el bastón sobre la toba rugosa de la acera. Toda Nápoles era volcán, no solo el Vesubio, cuya imponente silueta humeaba al este. Por eso la ciudad era como era, vital, loca, arriesgada, porque había nacido del interior de esa montaña indomable que quizás algún día la matara también.

La calle estaba desierta. Al lado del acuario, aún podía acercarse hasta casi meter la mano en el agua. Con el saneamiento que habían emprendido tras la epidemia de cólera que había matado a su *nonno* y a media Nápoles en 1884, la ciudad estaba cambiando, y un enorme paseo ganado al mar estaba sustituyendo a la playa de arena volcánica de su niñez.

Atravesó el jardín que rodeaba al acuario, caminó sobre el césped blando que crecía sobre la tierra húmeda, envolvente, la tierra que siempre luchaba contra el Tirreno, a veces ventoso y salvaje, a veces tranquilo como un abrazo.

Se detuvo de repente. No iría al mar. Dio media vuelta, el bastón volvió a hacer ruido sobre el paseo de grava.

Era más de medianoche. A lo lejos, alguien cantaba con voz de borracho esa canción de Santa Lucía, ¿cómo era? *Sul mare luccica l'astro d'argento*.

Dejó atrás la Villa Pignatelli y se dirigió hacia la colina de Vomero. ¿No era ahí donde vivía ese médico, el tal Norris? Sus pasos resonaban sobre las baldosas oscuras de toba volcánica. Cada ventana de esos edificios vertía un aroma distinto a la calle alta y estrecha. La maceta de lavanda, la pasta con tomate, el tufo a vino barato de la bodega de

los Conti.

Su padre le había hablado de la casa del médico. Se encontraba tras la estación del funicular del Parque Marguerita, cerca de la base de la Villa Floridiana. Era un pequeño y viejo palacete, Fabio le había comentado que tenía un invernadero de cristal y, bajo él, una extraña colección de orquídeas. No recordaba haber olido nunca una orquídea, ¿cómo sería? Seguro que cada una tendría una esencia distinta, como las personas. Atravesó el corso Vittorio Emmanuele y caminó hacia el oeste dejando atrás las obras de aquel castillo que unos príncipes extranjeros y algo locos se habían empeñado en construir en la ladera empinada.

Hacía frío. Aspiró hondo, le llegó el aroma de la tierra recién removida de algún jardín. Se caló más el sombrero. ¿Qué se oía? El lejano rumor de las olas. Dos o tres coches de caballos. El murmullo de una ciudad entera, las casas de apuestas, la *malavita*. El sueño de la gente común. Y un… canto de mujer, que interpretaba el aria más conocida de la ópera que estaban representando en el teatro: la de Fiordiligi. Debía acercarse, no se podía perder algo así. Sabía muy bien reconocer cuándo una voz valía. Distinguía mucho mejor que cualquiera el timbre más adecuado para cada obra, los matices sutiles de las interpretaciones vocálicas. Y la voz que escuchaba… Lo dejaba sin aliento. ¿Cómo sería esa mujer? «Así como el escollo se queda inmóvil contra los vientos y la tempestad, así esta alma será siempre fuerte en la fidelidad y el amor», cantaba.

Continuó caminando hasta llegar frente a esa casa.

Si él viera.

Si tuviera alguna posibilidad de amar, se enamoraría de esa voz envolvente, rotunda. Era como estar en medio del mar y sentir por dentro del pecho el vaivén de las olas.

Pero no, era absurdo. Nadie querría a un ciego malhumorado, a un vagabundo nocturno que solo valía para tocar el violoncelo. Sí, había tenido aventuras. Era el hijo de Fabio, el dueño del teatro, eso le situaba en una posición ventajosa. Se había acostado con cantantes, y alguna muy buena. Pero no amaba. Ni él, ni ellas, divas poseídas por los personajes que interpretaban.

Se acercó. Sus pies abandonaron la toba y pisaron el suave césped del jardín. ¿No había valla? El bastón no se topaba con nada, caminó un poco más. Su potencia de voz era tal que parecía tenerla delante. No, no podía pensar. Lo envolvía, como si fuera líquida, como si tuviera manos.

«Mientras dejaron que estuviera conmigo mi amor, las ingratas estrellas, no sabía lo que eran penas, no sabía lo que es languidecer.»

Se quedaría delante de esa casa para siempre. Bajo los luceros que brillarían en el cielo. Con el murmullo de la ciudad de Nápoles como

un coro lejano, algo que ya no importaba, porque nada era real, solo ella, solo su voz.

Viento, me llaman Viento, y mi inconstante alma como él se comporta. Me gusta saberlo todo, colarme por cada resquicio. Querría estar en todas partes, pero no puedo. Intentan dominarme, encerrarme, controlarme, y eso me llena de ira.

Pero ahora todo ha cambiado. Ahora sé que lo lograré. Porque he hallado mi brújula, mi mapa, el manuscrito que me señala el camino.

No sé cuánto hacía que tenía ese baúl sin saber lo que en realidad escondía y tampoco recuerdo por qué lo abrí, qué estaba buscando cuando di con aquel extraño libro encuadernado con una piel casi blanca, tan lisa y suave como la de una niña. Separé los cierres de metal dorado, levanté la cubierta.

El libro no era tal. Su interior no lo formaban páginas impresas, sino una serie de pequeños cajones de madera con nombres de plantas. La sorpresa me hizo respirar hondo, y me llegaron los aromas de cada una de ellas a pesar del tiempo, no sé si imaginados o reales. Los abrí, sí, no pude resistirme. Cada uno guardaba un huesecillo que quizá fuera humano, otro un pequeño guijarro de color negro. Al abrir el último, entreví algo que parecía ser la esquina de una hoja de papel escrita a mano.

Tuve que despegar con mucho cuidado la tapa trasera para dejar al descubierto el secreto, el tesoro.

Y ahí estaba.

El manuscrito de Diane. Una serie de hojas sueltas de un fino papel que se conservaba níveo a pesar de su antigüedad.

Lo leí con mucha atención, tanta que podía sentir el calor del cuerpo de su autora a mi lado, oler lo que ella olía, sentir lo que ella sentía.

Me lo contó todo.

Logró que en mi cabeza se dibujara una ruta que me encaminaba hacia un objetivo. Sí, por fin alguien desataba mis cadenas y me animaba a seguir adelante, a luchar por lo que deseo; por fin alguien legitimaba mis propias inclinaciones, las volvía certeras.

Diane nunca tuvo miedo.

Yo tampoco lo tengo.
Haré lo que tenga que hacer.

El manuscrito secreto

Al final, en este año de gracia de 1679, debo preparar mi huida. No me queda más remedio que arreglar mis asuntos. Tal como estaban los últimos tiempos, era algo previsible. Aprecio mucho mi cuerpo como para permitir que acabe quemado en la hoguera y, al fin y al cabo, nunca me gustó París.

Se puede decir que todo comenzó cuando mi querida madre, Dios la guarde, sirvienta en el castillo de Saint-Germain-en-Laye, residencia del rey —aunque parece que por poco tiempo, pues cada vez ama más Versalles—, me presentó a la marquesa de Brinvilliers, hace ya quince años, en su palacio del Marais.

Cuando yo era aún una niña inocente, si es que alguna vez lo he sido.

Me empujó por la espalda hasta situarme frente a la marquesa. Yo no quería separar la mirada de las doradas baldosas del suelo.

—¿Cómo te llamas, pequeña? —Sentí los grandes ojos azulados de la dama en mi cuerpo menudo, como si me estuvieran tocando, como si pudieran verme por dentro.

—Es muda, madame.

—¿Para qué me molestas, entonces? No necesito incapaces a mi servicio.

—Señora, por favor, escuchadme. Es muda, pero no tonta, os lo aseguro. Es capaz de cumplir cualquier orden, incluso las más difíciles. —Madre querida nada dijo de mi pasión por la lectura y la escritura, pues se considera un gran defecto en una mujer, cuanto más si está destinada a servir.

La marquesa movió su menudo y gracioso cuerpo a mi alrededor, se pasó la lengua por los labios coloreados de carmín. Me asombró su estatura, pues no era mucho mayor que la mía. Se detuvo frente a mí, su perfume a punto estuvo de marearme. Tengo que decir que era muy joven y hermosa, con su piel tan blanca y las mejillas rosadas, sin un defecto visible. Estuve a punto de extender la mano para tocar las perlas que ceñían su cuello, o las que colgaban de los delicados

lóbulos de sus orejas, pero me contuve.

—¿Me entiendes, niña? —casi gritó—. Qué morenita es, parece española, igual que la reina.

—Oye bien, señora —aclaró madre querida—, y es francesa, nacida en París.

Yo asentí.

—¿No puedes hablar?

Negué.

—¿Eres obediente?

Afirmé de nuevo.

Ella movió su adornado vestido por la habitación, hasta ponerse delante del fuego de la chimenea. ¿Qué pensaría? Lo sé. Una criada muda. Una muda nunca podría delatarla. Era la ayudante perfecta para lo que estaba haciendo.

—Tomadla a prueba, os lo ruego. No os arrepentiréis.

Esa fue la última vez que vi a mi madre querida.

Me quedé en el palacio de la calle Neuve-Saint-Paul, donde vivían la bella dama, su marido, sus hijos y algunos criados.

Según mi madre, había sido una grandísima suerte.

Al día siguiente, un lacayo me despertó muy pronto y me llevó junto a la marquesa. Estaba incorporada en la cama, entre unas sábanas tan blancas como su tez, con el cabello castaño suelto alrededor de los hombros.

—Acércate. —Me indicó con la mano que me situara a los pies de la cama—. Tu madre dice que te llamas Diane. Qué prepotencia por su parte ponerte ese nombre, en absoluto te conviene. A partir de ahora te llamarás Didi. ¿Te has enterado? Pareces una ratita, con esos ojitos negros y tu cara finita. Quizá te llame así, será más divertido.

Hablaba despacio, pronunciando las palabras una a una, como si pensara que yo era corta de mente. No era la primera vez que me sucedía, ese era el efecto que solía causar. Asentí deprisa.

—Muy bien. Vamos a ver si eres espabilada. ¡Françoise! —Le hizo un gesto a otra criada, casi tan joven como yo, que estaba colocando las prendas sobre la cama—. Vísteme y vete explicando a Didi lo que tiene que hacer. Solo una vez. Mi esposo está en provincias, pero yo debo salir, vendrás conmigo y me atenderás. Si lo haces bien, te tomaré a mi servicio, si no, te irás.

Lo segundo hubiera sido una fortuna. Pero yo no lo sabía entonces.

No era la primera vez que presenciaba el arreglo de una dama, me había criado en un castillo, y de una criadita muda nadie se percata. Soy por naturaleza curiosa, vi muchas cosas que no me correspondían en Saint-Germain-en-Laye. De todas formas, asistí con atención a la

larga ceremonia. El corsé, bien apretado. Una, dos faldas bajo otra sobrefalda plegada, volantes, lazos, mangas hasta medio antebrazo, sus pechos medianos tan arriba que casi se salían por el pronunciado escote de encaje. Tras ello, había que peinarse, empolvarse, maquillarse.

Cuando acabó, una carroza tirada por cuatro caballos blancos nos esperaba en el exterior. Había nevado, pero no lo suficiente para que cuajara.

Nos condujo, a mí en el frío pescante y a ella en el interior, bien arropada con una manta de lana, a través de las populosas calles de París, hasta la entrada trasera y escondida de una casa de la calle Marchand-de-Chevaux, muy cerca de la plaza Maubert. La marquesa abrió aquella pequeña puerta de madera sin esperar.

—Ratita, sígueme y no hagas ruido. Seguro que tiene clientes. No vendrías aquí si pudieras hablar, pero no puedes. —La marquesa emitió una carcajada breve—. Si eres obediente, va a ser una ventaja. Ya verás lo que vas a aprender. Grandes cosas que vienen de pequeñas cosas, como todo, ¿verdad?

Nos detuvimos en una antesala mal iluminada. Oíamos las voces de dos hombres, pero no logré entender más que algunas palabras sueltas.

—Os proporcionaré lo que deseáis —decía la voz más grave—, y no habrá…

El otro hombre hablaba aún más bajo. Al cabo de unos segundos se despidieron. La marquesa pellizcó sus mejillas, se pasó la lengua por los labios y empujó la puerta que nos conduciría a la estancia donde estaba el caballero. Seguí sus pasos.

—Querido, ¿estáis muy ocupado?

—No para vos, ¡tan hermosa!

La marquesa sonrió, encantadora, extendió el brazo hacia aquel hombre alto y apuesto que no se limitó a besarle la mano. La atrajo hacia sí, la abrazó por la cintura y agachó la cabeza para unir sus labios a los de ella por largo rato, mientras yo abría mucho los ojos, ¿no estaba su esposo en provincias? Ah, pero eso en la nobleza es lo habitual. El matrimonio es un estado de conveniencia para uno o para otra, que la mayoría de las veces en nada impide el disfrute de las pasiones, el rey es un ejemplo para todos nosotros.

Me quedé en una esquina de esa estancia alumbrada solo por un par de candelas de cera amarilla y por el fuego que ardía en el horno, sobre el que se situaba un enorme alambique. Olía a… almendras amargas, a alcohol, y a otras muchas plantas y sustancias que no supe identificar. Y al perfume de violetas de la marquesa.

—Me embriagáis, me… —afirmó aquel hombre con la voz ronca.

Con una mano, acariciaba uno de los blancos pechos de la dama.

Con la otra, intentaba hurgar bajo todas aquellas faldas sin conseguirlo. Ella esperaba, con los ojos cerrados. Hasta que se cansó. Los abrió de repente, los fijó en mí.

—Es muda, Jean-Baptiste, y preciosa, ¿no creéis?

—Toda una ventaja.

Me hizo un gesto para que me acercara. Lo hice, con los puños apretados en mi espalda. Mis pies dieron varios pasitos cortos hacia ellos, porque lo que yo deseaba era volver con mi querida madre al castillo, pero eso resultaba imposible, las calles de París son frías, llueve todo el rato, y seguramente alguien acabaría haciéndome lo que ellos parecían querer hacerme, incluso peor. Me quedé muy cerca de la marquesa. Mas el hombre ni me miró. Ella pasó la mano por mi cara, la bajó hasta mi pecho, casi plano, siguió hasta mi entrepierna, que apretó un poco.

—Ratita, no pongas esa cara de susto, no pasa nada. Solo tienes que quitarme la ropa.

El hombre se quedó de pie, observando con atención cada pulgada de la piel pálida que iba quedando al descubierto.

Una, dos faldas, ella me iba indicando el orden de la prenda que debía retirar. Yo intentaba no tocar más que la ropa, con las manos temblorosas, pero sentía el calor de ese cuerpo, veía su belleza bajo la luz cambiante del fuego.

Cuando acabé de desnudarla, me apartó. Lo miró a él, que se acercó y la disfrutó durante lo que me parecieron horas, mientras yo esperaba en mi rincón, imperceptible como una criada muda, como un objeto más de aquella abigarrada estancia. Como una ratita que mira a su dueña y a pesar de sí misma descubre que quería que la acariciara.

Cuando acabaron, la vestí. Se mostró muy satisfecha de mis servicios.

—¿Veis qué suerte he tenido, Jean-Baptiste? Va a ser una acompañante muy útil. Cuando regrese al Hospital de Dieu, vendrá conmigo, la ilustraré en todo este asunto.

—¿Estáis segura? Cuantos menos lo sepan, mejor.

—Siempre conviene una ayuda en la casa, para no levantar sospechas. No tiene por qué saberlo todo, se le ordena que actúe y actúa, como corresponde a su puesto. Vos también tenéis criados de confianza, y no son mudos. Si hay problemas, ella nunca dirá nada. —Rio.

La marquesa no sabía que hay muchas maneras de decir las cosas, no solo con palabras. Ignoraba, como es natural, que yo dominaba ya entonces el arte de la escritura. Que, si quería, podría delatarla.

Pero ¿de qué? Lo de aquella tarde no constituía un delito, aunque

su esposo tendría la opción de encerrarla en un convento uno, dos años, o toda la vida. ¿Sería celoso el marqués?

Cazzata, ¿dónde narices estaba el bastón? Las baldosas de cerámica de su habitación le helaban los pies.

—Vamos, Adriano. Ya es hora ¿no crees? —Su padre golpeaba la puerta con los nudillos desde hacía, al menos, diez minutos. Y él no atinaba.

—Vale, Fabio, dame un momento —murmuró.

Debía orientarse. Tocó la cama con las manos, siguió tanteando hasta que encontró la talla de madera del cabecero. Se sentó un momento. ¿Lo de anoche había sucedido de verdad? ¿Existía una voz como la de aquella mujer? Respiró hondo.

—Dri, o sales o entro. El doctor Norris nos espera dentro de un cuarto de hora.

—Ya voy.

No tenía ganas de discutir. Caminó hasta el armario.

—*Porca miseria.* —Se había clavado la empuñadura del maldito bastón en el pie. Lo recogió y lo dejó junto a la puerta—. Ya voy. Cinco minutos.

—Arno tiene el coche en la puerta, por el amor de Dios, Dri, deberías estar listo hace rato.

Lo mandaría al infierno, le diría que fuera él si tanto le interesaba. No lo hizo, no serviría de nada. Cerró la boca. Se vistió deprisa, se lavó con el agua fría de la palangana que María, la criada, le preparaba cada tarde, y salió.

—¡Ya era hora! Vámonos. Desayunarás cuando vuelvas.

Tampoco tenía ganas. Solo quería que, por una vez, lo dejaran en paz. Se encerraría con el violoncelo en su habitación y no saldría hasta que fuera de noche. En vez de eso, lo siguió hasta el coche.

En cuanto puso un pie en el peldaño metálico, percibió el aroma del aceite de Macasar que su hermano usaba para el cabello.

—Vaya, Carlo, ¿tú también vas al médico?

—Sí, hermano. Padre se ha empeñado en que vayamos los tres, porque luego iremos al teatro.

—¿Cuánto se tarda en llegar? ¿Diez minutos? —Dri se acomodó al lado de la ventana; su padre se sentó a su lado, frente a Carlo. Casi no cabían.

Arno chasqueó la lengua y el caballo comenzó a trotar.

Fabio observó las ojeras oscuras que bordeaban los ojos color violeta de su hijo. No, no debía de dormir bien. Quizás eso al menos podría resolverlo el *dottore* extranjero. Hacía algunas semanas que le habían hablado de él. Venía de fuera, pudiera ser que conociera nuevos remedios.

Los iba a dejar solos, le quedaba poco en Nápoles. Clavó los dedos en el asiento de cuero. Observó a Carlo. Serio, perdía la mirada en algún punto por encima de su cabeza. Todo el peso del teatro caería sobre él. Adriano no se encargaría, ¿cómo iba a hacerlo, con su ceguera? Carlo lo haría bien, a pesar de que no le gustara. Lo que él quería, según había dicho siempre, era escribir. En el *Corriere di Napoli*, por ejemplo. Negó con la cabeza. ¿Qué iba a hacer un hijo suyo, un Dellanotte, en un periódico? Descabellado.

—Lo haréis bien —dijo en voz alta—. No habrá problema. Adolfo os ayudará, ¿cuánto tiempo lleva ya con nosotros, cinco años?

—Si no fuera por Adolfo, todo se iría a la mierda —afirmó Dri.

—Habla bien —pidió Fabio.

Adolfo había sido uno de los tenores más importantes de las últimas décadas. Pero su voz se había deteriorado poco a poco. Cuando ya no pudo cantar, Fabio lo contrató como director de escena. Había sido un acierto: sabía cómo manejar los difíciles y caprichosos caracteres de algunos cantantes, y tenía un profundo conocimiento de la técnica teatral.

—Por encima de todo, incluso del teatro, recordad una cosa: Adriano, Carlo, sois hermanos.

Carlo bufó, a Dri se le escapó una risita. ¿Eso significaba algo, acaso? Habían nacido bajo el mismo techo, del mismo útero. Nada más.

—Es importante que os mantengáis unidos —continuaba *papà*—. Dri, aparta de vez en cuando las manos del *cello* y escucha a tu hermano. Carlo, cuida de la familia.

—Lo escucho, *papà*, todo el rato. Os escucho a los dos. Incluso cuando estoy tocando os escucho.

—Me voy a África, Dri. Espero que me hagas sentir orgulloso de ti.

Por supuesto, cómo no.

En el exterior, Arno tiró de las riendas, y el carruaje se detuvo con suavidad delante de una vieja villa cubierta de hiedra.

—Hemos llegado, señores.

Dri apretó la empuñadura del bastón. Otra vez debía enfrentarse a un examen médico, que le diría lo de siempre. Al menos, si su padre se iba, lo dejaría en paz.

Bajaron. Entraron en aquella casa. No olía a medicina, cosa extraña. Olía a antiguo, un poco a humedad y a perfume de rosas. ¿De quién sería esa esencia? No del médico, seguro.

En alguna de las habitaciones, una dama comenzó a cantar.

—«¡Cielos! Mirad, hombres en nuestra casa.»

¿Qué era eso? *Così fan tutte*?

—Vaya. —Fabio se sorprendió—. Tenemos una soprano en la consulta.

Dri se estremeció.

Alguien le dijo algo a la mujer, que calló de repente. Enseguida, el médico entró en la sala.

—Perdonen ustedes, caballeros. Pasen, pasen, bienvenidos. Soy el doctor George Norris.

El hombre tuvo que alzar la cabeza para mirarlos. Les tendió la mano, algo regordeta, algo sudada a pesar del frío del exterior. Se la tendió también a Dri.

—Por eso venimos, doctor —aclaró Fabio—. Como le comenté, mi hijo ha perdido casi por completo la visión. Me gustaría que lo examinara.

—De acuerdo, de acuerdo. —Dri notó la ligera presión de la mano del médico en su brazo—. Venga por aquí, veremos qué le pasa en los ojos, si puede ser. No se preocupe, acompáñeme.

Se dejó conducir. Le intrigó la forma de hablar de ese hombre. ¿Venía de Nueva York? Desde luego, no era inglés, él estaba acostumbrado a tratar con cantantes de varios lugares del mundo, conocía los acentos.

—¿*Dottore*, es usted inglés?

—Ah, caballero, ya no sé de dónde soy. De medio mundo, se lo aseguro. Creo, aunque como comprenderá no me acuerdo, que nací en París, al menos eso me decía mi madre. Sí, nací en París, me crie en Londres, me casé con una italiana y emigramos a los Estados Unidos, para luego regresar. De medio mundo.

Ese hombre debía tener el cabello bien peinado, porque olía a gomina, no como él. Se retiró un rizo de la frente con un gesto rápido. Parecía estar tranquilo, pero Dri percibió un leve olor a ira, como si se hubiera enfadado con alguien no hacía mucho. Sí, lo más intenso era el desinfectante. Y… un rastro de aquel perfume de rosas.

—¿Quién cantaba, *dottore*?

Debía preguntarlo.

Porque esa voz se parecía demasiado a la de la noche anterior.

—Ah, eso. No, no se preocupe, caballero. No tiene importancia.

—¿Su esposa?

—No, no, pase, pase. —El médico parecía nervioso—. Ya hemos llegado. Siéntese aquí, tranquilo, no se preocupe. Desde luego, no parece ciego. Tiene usted unos ojos especiales, con ese color, las mujeres… Quédese quieto, voy a examinarlo. Tumbado, mejor tumbado.

Dri notó la presión en el hombro, se acostó en la camilla. Ya empezaba lo de siempre. El tacto de los dedos en los párpados, en la cara. La luz intensa que abrasaba la pupila.

—Puedo ver la luz, y me molesta. Si hace el favor.

—¿Percibe la luz?

—Puedo decirle cuándo es de día y cuándo es de noche. Si me pone una luz intensa en el ojo, sí, la percibo.

—Ah. Bueno, parece que la retina está bien y es reactiva, no hay cataratas, no hay inflamación ni se aprecia ninguna lesión, no hay alteraciones del humor vítreo. ¿Por qué no ve usted?

—Ningún médico ha sabido decírmelo.

—Puede ser que su mal no esté en el ojo, sino en el cerebro.

Estaba seguro de ello. Si el maldito doctor hubiera preguntado, habría podido contárselo.

Sí, el *nonno* le salvó la vida al *capintesta*, pero a su costa.

Lo recordaba como si hubiera sido ayer.

Era verano, hacía calor. El *nonno* lo llevaba de la mano, se dirigían al teatro. Se pasaban los días en él. Dri se entretenía con cualquier cosa entre bambalinas o tocaba el *cello*, el *nonno* intentaba que aquello comenzara a funcionar, pero sin éxito. Casi nadie iba a las representaciones.

Hasta que ese hombre, en aquella calle poco transitada, se acercó. Dri alzó los ojos hacia él. No era tan alto como el *nonno*, pero imponía. Bien vestido, bien peinado, con un cuidado bigote y una cicatriz que le partía la mejilla en dos. Se encontraron con él y con el que quería asesinarlo. Tuvieron la mala suerte de estar donde no debían, cuando no debían. El golpe que iba destinado a Enrico Alfano se lo habría llevado el *nonno*, si no fuera porque, con un gesto rápido, puso al niño en medio. A su nieto, al pequeño Dri. Recordaba cómo se le clavaron los dedos del *nonno* en los brazos. Cómo el sol le deslumbró por un momento, para luego caer en el vacío, en la inconsciencia. En la oscuridad, que se quedó con él para siempre.

El manuscrito secreto

He comenzado estas letras no como venganza, ni como delación, pues no tendría sentido. Escribo por el mero goce de escribir. Y porque, cada año que pasa, los recuerdos se me difuminan un poco más. Si olvido todo aquello, será como si nunca hubiera sucedido, y recordarlo me produce un indescriptible placer. Aunque no tengo mucho tiempo. Debo marcharme. Esta será la única herencia que deje en París.

Me convertí en la sombra de la marquesa. La asistía en todo lo que me ordenaba con su dulce voz, con sus maneras elegantes.

—Ratita, hoy vamos a visitar a los enfermos, al Hospital de Dieu. Vendrás conmigo, claro que sí. Françoise también lo hará. Verás qué bien lo vamos a pasar. Hay que compartir lo que tenemos con quien no tiene nada, ¿verdad? ¿Son felices los que no tienen nada?

Yo no hacía ningún gesto. Ya había aprendido que no me estaba preguntando, que hablaba porque le gustaba hacerlo, para ella misma, no para su pequeña criada muda.

—Yo creo que no lo son. Es imposible ser feliz cuando no tienes con qué. —Vació la copa de vino que tenía en la mano de un trago, se sirvió un poco más.

La carroza y sus cuatro caballos blancos nos llevaron hasta la puerta del enorme edificio, al lado del Petit Pont sobre el Sena, en la explanada de la catedral.

El cochero nos hizo un gesto con la mano. Françoise y yo bajamos del pescante y tomamos las cestas preparadas con las más diversas viandas: pasteles, paté, mermelada de grosella, galletas, incluso el vino de la marquesa. Pesaban. Él abrió la puerta a la dama, que puso sus preciosos escarpines de terciopelo azul sobre aquel barrizal. Un olor denso como la niebla volvía el día aún más gris y sucio. Estaba acostumbrada a la pestilencia de París, pero aquello podía saborearse.

Una arcada dobló mi cuerpo en dos.

—La pequeña tiene manías, ¿es posible? —La marquesa movió los rizos ordenados de su peinado y rio—. Se te pasarán pronto, no te preocupes.

Tras ella, traspasamos la enorme puerta que nos separaba de la enfermedad y de la pobreza.

Noté una presión en mi brazo. Françoise me tocó un momento, para darme ánimos. Se lo agradecí. La miré, tenía los ojos húmedos.

Atravesamos varias salas de altos techos y columnas de piedra hasta dar con la priora, en la llamada Sala de Santo Tomás. La marquesa se apartó un poco a un lado para hablar con ella.

—Esas son las Niñas Blancas. —Françoise me señaló a varias muchachas vestidas de blanco que atendían las largas hileras de camas a cada lado de la sala, algunas ocupadas por dos y hasta tres enfermos. Volaban entre ellas como palomas—. Hay muchas, ¿ves? Quieren ser monjas. Bueno, ojalá yo pudiera ser monja y no criada. No sé qué va a ser de mí.

¿A qué se refería? ¿No tenía el futuro asegurado en casa de la marquesa? Abrí mucho los ojos e hice un gesto con las manos con la esperanza de que siguiera hablando, pero la dama y la priora se acercaron.

—Vamos, Françoise, menos hablar. Toma ejemplo de Didi. —La dama sonrió—. Ya sabes a qué hemos venido.

Françoise se mordió el labio y bajó la mirada. Tomó dos vasos de porcelana que le tendió la priora, me di cuenta de que le temblaban las manos. Quizá le desagradaran los enfermos.

Nos acercamos a la primera cama, ocupada por un hombre cuya piel tenía un tinte amarillo y por otro hombre con la cara cubierta de pústulas. Los dos nos miraban con esperanza.

—Sí, sí —afirmó la dama—. Hay cosas ricas hoy también. Françoise, ya sabes lo que tienes que hacer.

Ella me dio los dos vasos, sacó de la cesta un plato, colocó en él dos galletas y se las ofreció a los hombres, que comieron con avidez.

—Sírveles vino, Didi.

Lo hice. Llené los vasos hasta arriba. Se me derramaron unas gotas, que cayeron sobre el suelo como si fueran sangre. Acerqué un vaso a cada uno. Françoise gimió mientras ellos se los bebían como si tuvieran mucha sed.

De tal guisa recorrimos varias camas, hasta que, al poco, apareció de nuevo la priora.

—Señora marquesa, si sois tan amable, ¿podéis acompañarme un momento? Hay alguien que os quiere saludar.

—Por supuesto. Françoise, Didi, seguid repartiendo la comida.

Ambas miramos cómo el bajo de su vestido se deslizaba sobre las

frías baldosas del suelo mientras se alejaba.

Y luego nos percatamos de que alguien nos observaba a nosotras con la misma atención.

Un niño pequeño, tan pálido como las sábanas que apenas lo arropaban.

En una cama, solo.

Me acerqué a él, le sonreí y saqué uno de los pasteles de mi cesta. Al niño se le iluminaron los ojos.

—¿Es para mí?

Se lo tendí.

—¡No! —Françoise dejó su cesta en el suelo, se acercó y me golpeó el brazo, de manera que el pastel acabó en el suelo. Yo la miré frunciendo el ceño, ¿qué era eso? ¿No podíamos dar de comer a los niños? Negué con la cabeza, la aparté, tomé otro pastel y se lo di.

Al pequeño niño de cara blanca y ojos azules como el Sena, ahora sonrientes.

—Gracias —dijo él—. Sois muy buenas.

Françoise comenzó a llorar, con la cabeza baja, a mi lado.

—Bien, continuemos. —La dama había regresado—. Aún nos queda mucho trabajo.

Esa misma noche se celebraba una fiesta en el palacio del Marais. Una más. Media corte estaba invitada. En aquellas ocasiones, la marquesa me obligaba a disfrazarme, con un vestido cuya falda estaba hecha con plumas de pavo real y una máscara con un largo pico. Me exhibía como si fuera un animalillo que la siguiera a todas partes.

—Es muy práctico tener una criada muda. —Echaba la cabeza atrás para reír mientras el vino le corría por la barbilla—. ¿No me tenéis envidia?

Solía tener por respuesta un coro de carcajadas.

La casa se fue llenando de personajes coloridos cubiertos de afeites, de una mezcla de olores pestilentes y aromas agradables, orina, almizcle, sudor, rosas de Damasco.

Esa noche se organizaron dos mesas de juego. Una para la baceta, que presidía la marquesa; otra para el sacanete, que prefería el marqués, del que no he hablado todavía. Monsieur Antoine Gobelin. Se dejaba ver con madame Dufay, y no parecía importarle que la marquesa tuviera un asunto con su amigo Jean-Baptiste Godin de Sainte-Croix, que él mismo había presentado a su esposa, y con algunos más. Nunca logré discernir cuál de los dos dilapidaba más dinero, cuál tenía más amantes, cuál bebía más.

Yo, al lado de la marquesa, observaba el ir y venir de los naipes entre las puntillas blancas de las mangas de los caballeros, las bandas

de satén azul, los brocados de oro, los terciopelos rojos. Escuchaba las conversaciones banales de esa gente a la que creía que no le faltaba de nada.

—¿Vos bebéis vino con agua, como el rey? Yo lo prefiero puro.

—¿El rey? Deja a su reina con sus perritos, sus enanos y sus camareras españolas para correr detrás de otras faldas, como ya sabéis.

—Contadme algo nuevo.

—Cada vez le gusta ir más al barrizal aquel, Versalles, ese sitio pestilente. Al final nos llevará a vivir allí, veréis. Creo que está preparando una gran fiesta para la primavera.

—Imposible.

Bebían. Una copa, y otra, y otra más. Uno de ellos, el conde de algo que no logro recordar, se acercó a mí, me cogió del brazo y me susurró al oído:

—Pequeño pajarito, ¿vienes conmigo al jardín? Haré que vueles alto, muy alto, ¿qué te parece?

La mano que tenía libre me apretó las nalgas, pude notarlo incluso a través del vestido de plumas.

—Ve con él —dijo la marquesa—. Bueno, mejor no. —Su mirada se tiñó de oscuro por un momento—. Demasiado joven.

Lo era. Solo tenía dos leves bultos donde más tarde estarían mis pechos. Aún no había sangrado por primera vez.

Pero por un momento hubiera deseado perderme en el jardín con el conde, volar alto, mirar el mundo desde las nubes, aunque nunca nunca, lo sabía bien, pudiera salir de la jaula a la que mi nacimiento me había destinado.

Al amanecer, el marqués yacía borracho en el suelo, bajo la gran lámpara de cristal cuyas velas hacía tiempo que se habían consumido, tras perder al menos cien mil pistolas a los naipes, y una pistola vale diez libras. La marquesa, tambaleante, me hizo un gesto con la mano. La seguí hasta su alcoba.

—Vamos, Didi, ratita mía. Desnúdame.

Le fui quitando uno a uno todos los trapos que la adornaban, sí, trapos, sin ellos era una más, una como otra cualquiera.

—Tú no lo sabes, cariño, pero yo fui desflorada de mala manera cuando era algo más pequeña que tú. Me quedé sin virgo con siete años. —La marquesa cerró los ojos un momento—. Ni te imaginas lo cruel que puede ser este mundo con las mujeres bellas como yo. Y luego mis hermanos, sé que no te lo crees, mis hermanos Antoine y François… Con mis hermanos también. ¿Te lo crees? Una de las familias más honorables de París, no, de toda Francia, una de las

familias más rectas, de eso se vanagloria mi bienamado padre monsieur Dreux d'Aubray.

Yo iba desabotonando, retirando, dejando al aire cada vez más piel blanca.

—Ah, Ratita. Mi padre es tan recto que, hace unos años, metió a Jean-Baptiste en la cárcel para separarlo de mí. Lo encerró, ¡sí! Mediante una carta firmada por el rey. Lo detuvieron cuando cruzábamos el Puente Nuevo en la carroza. Intentamos escapar, pero fue inútil. Lo llevaron a la Bastilla, lo cual con el tiempo resultó una suerte, pues allí conoció a Exili, el maestro en venenos. Tampoco le valió para apartarlo de mí, ya viste lo que sucedió el otro día en su casa, yo hago lo que quiero, ¡faltaría más! El problema es el dinero. Todos quieren dinero. Yo gasto, mi marido visita más las tabernas que las pocas fincas que nos quedan en provincias, las hemos tenido que vender casi todas. Hasta Jean-Baptiste pretende que salde sus deudas. Y los vestidos, los perfumes… ¡Ay! Todo cuesta tanto…

Desnuda. Con su olor a alcohol, a sudor, a perfume de violetas; no mucho más alta que yo. Toqué con la punta del meñique, sin querer, o queriendo, ya no me acuerdo, la curvatura de su cadera. Me puse delante y bajé hasta el vello rizado y castaño del pubis. Ella ni lo notó, absorta como estaba en su monólogo, o quizá por el exceso de vino.

—Pero tengo un plan, ya verás. Hace tiempo que lo vengo pensando. Mi padre, el bienamado monsieur Dreux d'Aubray, me proporcionará todo lo que necesito, como debe ser. Dinero, ¡sí! Sin él no podemos ser lo que somos, ¿verdad? No pasa nada. Lo lograremos.

Se sentó al borde de la cama, levantó los brazos y le puse la camisola de dormir.

—Descansa, criada muda. Mi ratita, qué graciosa eres. Pronto volveremos al hospital, aunque ya no sea necesario, porque sé todo lo que quería saber.

*D*ri seguía en aquella camilla, y el médico no decía nada. ¿Dónde estaba? ¿Qué más quería, qué estaba haciendo? Era absurdo. Se incorporó.

—¿Doctor?

¿Se había ido, dejándolo solo en esa consulta? No lo podía creer.

—¿Doctor?

El médico apoyaba la mano en el frío vidrio de la ventana y miraba lejos, hacia la bahía, hacia el volcán. Se sobresaltó al oír la ronca voz de Dri.

—Sí, sí, no se preocupe. Llámeme George, si lo prefiere. Puede que lo de la vista sea demasiado para mis conocimientos, no hay nada malo en reconocerlo. Además, su padre me ha dicho que no duerme usted bien.

Maldito entrometido. No era capaz de entender que él ya era un hombre adulto, acababa de cumplir treinta y cinco años, por el amor de Dios.

—Mi padre dice muchas cosas.

—¿Duerme usted bien?

—No, no duermo bien, pero eso tampoco importa demasiado.

—Si no se duerme bien, la salud se deteriora.

—No siempre. Déjelo, de verdad. —Dri se puso de pie y extendió la mano hacia el lugar donde debía estar el doctor—. Mire, la *donna* vuelve a cantar. Debo escucharla, ¿me lleva usted o voy yo solo?

George se retorció las manos. ¿Cómo podía su hija ser tan rebelde? Le había ordenado que no se hiciera notar, que se mantuviera callada, como la dama de bien que era. Sacó el pañuelo del bolsillo, se secó la frente. Ya no había remedio. Tomó al caballero del brazo, lo condujo a la sala de espera, con los demás.

Con ella.

Su preciosa Flavia, su tesoro.

Se había puesto el vestido rosa que le había regalado en su último cumpleaños. Se había peinado el cabello oscuro con un recogido en la nuca, y maquillado como si fuera a una fiesta, porque se enteró de que la familia Dellanotte venía a la consulta. Había ensayado la ópera que ahora representaban en su teatro, esa cosa indecorosa, *Così fan tutte*. De nada había valido la charla que tuvo con ella la noche anterior, de nada había valido la riña de hacía un rato. No se daba cuenta de que era la hija de un hombre decente. De que, en la vida, no siempre se obtiene lo que se desea.

«Suave sea el viento», cantaba.

«Que sea suave el viento, tranquilas las olas.»

De pie, en medio de la sala de espera, rodeada por los cuatro espectadores.

Dri apretó su bastón, cerró los ojos y se dejó llevar. Era la voz de la noche anterior. La música lo mecía, parecía estar en un mar calmo y suave. El canto de la *donna* se alzaba, decaía, como las olas en la arena. Como si, realmente, tuviera el poder de aplacar los elementos, como si pudiera hacer que todo la obedeciera, hasta el sol, hasta el océano y la brisa.

«Que los elementos, benignos, respondan a nuestro deseo.»

Ojalá.

De todas formas, había algo en su manera de interpretar, algo muy sutil que no le cuadraba, ¿qué era? No lo sabía.

Cuando acabó el aria, Flavia bajó la cabeza, tímida.

Todos aplaudieron, incluido su padre, aunque comenzó un segundo más tarde que el resto, porque lo que quería en realidad era cogerla del brazo y alejarla de todos aquellos hombres y sus miradas.

—Excusen ustedes —pidió—. Mi hija Flavia no quería molestar.

—¿Molestar? Todo lo contrario. Señorita —Carlo fue hacia ella—, es usted una soprano con grandes dotes, ¿lo sabe? Es usted un diamante.

Ella dio un paso atrás. Se separó de él, miró a su padre, que le hizo un gesto con la cabeza, señalándole la puerta.

Dri oyó sus pasos cortos sobre las baldosas de terracota, cada vez más lejanos. Se fue sin decir una palabra, como si su voz solo estuviera hecha para cantar.

No escuchó nada de lo que el médico le dijo a continuación. Le escribió algo en un papel, se lo dio. Sí, lo cogió, se lo metió en el bolsillo del pantalón. Lo único que le interesaba era la manera de volver a verla, más bien, de volver a escuchar aquel instrumento perfecto que era su voz. Puso la mano en el brazo de Fabio, salieron.

—Es maravillosa —afirmó Carlo—. No me lo puedo creer. ¿Podemos ofrecerle un papel? ¿Por qué no está cantando? ¿Dónde ha

aprendido? Hay que hablar con el padre.

—No parecía muy contento —Fabio negó con la cabeza—. Estaba ahí, callado frente a ella, riñéndola con la mirada.

—A todas las familias, salvo que vengan de la música, les cuesta al principio.

—Y a algunas al final también, ya lo sabéis. Otras están encantadas, el dinero hace milagros. Bien, vamos al teatro. Hay que aprovechar la mañana, me queda poco para partir.

Dri callaba. Tenía claro que sí, que a esa casa regresaría, más pronto que tarde.

Subieron al coche. Arno chasqueó la lengua, los caballos comenzaron a andar. Recorrieron un rato la Via Emmanuele, pasaron por delante de la iglesia de la Trinidad, y allí, en plena Via Roma, se mostraba la pequeña fachada del teatro Dellanotte.

No era tan fastuoso como el teatro San Carlo. Ni tan decadente como el teatro La Fenice. Cuatro columnas de mármol de Carrara adornaban el primer piso de la fachada pintada de amarillo y gris, en el segundo se abrían tres grandes ventanales adornados con cariátides a cada lado, y en el tercero, cuatro medallones exhibían sus particulares relieves florales. El *calessino* la rodeó para detenerse delante de la entrada trasera.

A Dri no le hacía falta que nadie le guiara, Arno colocaba el carruaje siempre de la misma forma y él conocía el teatro mejor incluso que su propio cuerpo: era donde se había criado, donde siempre había querido estar.

Aun así, contaba con un ayudante, que apareció corriendo, siempre pendiente de cuándo llegaba la familia.

El pequeño Luca.

¿Cuánto llevaba con ellos, dos años ya? Adolfo lo había encontrado en el vestíbulo, acurrucado en una esquina, vestido con harapos, tan delgado como un *spaguetti*. Lo había cogido en brazos y se lo había traído a su despacho, el niño casi no se tenía en pie. Olía que daba pena. Dri le encargó que se ocupara de él, cosa que el director de escena, para su sorpresa, se tomó con mucho agrado. Lo bañó, le dio de comer, se convirtió en su pequeño hijo adoptivo.

—Dri, ¡hola! Yo te ayudo.

Apoyó la mano en el hombro de Luca.

—Ya me estoy quieto —dijo el pequeño—, ya te llevo, ¿dónde vamos?

—A mi despacho, y luego al de Fabio. —Comenzaron a andar, dejando atrás al resto de la familia—. ¿Sabes que se va?

—Todos lo sabemos. Se va el padre, ¿os quedáis vosotros, que sois sus hijos? ¿Y por qué no os vais vosotros dos, y se queda él?

—Es lo que ha decidido. ¿Piensas que lo haremos mal?

Luca tenía sus ojos azules bien abiertos, para no tropezar con nada. Miró a aquel hombretón de reojo. Algunos en el teatro pensaban que no podrían con ello, que sería la ruina.

—No. Lo haréis muy bien. Además, sois dos, lo que uno no sepa lo sabrá el otro.

Dri sonrió. Ojalá las cosas fueran tan fáciles, pero nada lo era entre Carlo y él.

—Fabio es un poco viejo.

—Pero muy testarudo. Luca, ¿qué hora es?

—Queda una hora para empezar el ensayo.

—No tengo mucho tiempo, entonces.

Con un poco de suerte, se libraría de parte de la charla de su padre. No le iba a aportar nada que no supiera ya.

Dri sacó la llave de su despacho. Siempre que dejaba el violoncelo dentro, le daba dos vueltas en la cerradura. Su instrumento era algo muy preciado, y no porque fuera un Stradivarius: formaba parte de él, era una prolongación de sus manos, de su cuerpo, de su voz. Se lo había regalado aquel tipo, Enrico Alfano, pero eso ya no importaba ahora. Entraron. Dri soltó el hombro del niño y se acercó a la ventana, que daba a la trasera del teatro. Un poco de sol le calentó por un instante la cara. En una esquina estaba apoyado el *cello*, dentro de su estuche de madera.

—Me lo llevo, Luca. Así luego voy al ensayo directamente.

Luca alzó la cabeza para mirar a Dri, tan alto que casi se daba con la lámpara. Siempre le asombraba lo fuerte que debía ser para manejar ese mamotreto sin esfuerzo. Y ¿por qué iba bien vestido si no veía lo que se ponía? Su traje era muy bonito, gris, con el reloj en el bolsillo del chaleco. Lo adoraba. Y también a Adolfo. Gracias a ellos, no pasaba hambre, ni frío, ni nadie abusaba de él. Rio.

—¿De qué te ríes, pillo? Anda, camina, vamos a ver a Fabio.

—¿Cómo puedes con esa cosa tan grande? ¿Por qué no elegiste el violín?

—Eso pienso yo también. Un violín, pequeño como un mosquito. Me lo podría llevar a todas partes, hasta a la playa. ¿Qué te parece?

—A la playa, de paseo por Nápoles, a subir al volcán.

—¿Para qué quiero subir al volcán con un violín?

—Puede que al dios del volcán le guste la música. Si tocaras para él, le gustaría, seguro.

Dri sonrió.

—Anda, vete, ¿tienes algo que hacer?

—Regar las plantas del vestíbulo.

—Pues hala. ¿No oyes? Fabio, Carlo y Adolfo ya están en el despacho.

—Sí. —El chico le dio dos palmadas en el brazo—. El padre se va,

pero se quedan los hijos. Estamos a salvo.

Dri recordó una de las acertadas frases de Despina, la criada de *Così fan tutte*: «Un hombre vale lo mismo que otro, porque ninguno vale nada».

Abrió la puerta del despacho de su padre, se sentó en la butaca que siempre le reservaban. Dejó el *cello* apoyado a un lado del asiento.

—No sé por qué elegiste *Così fan tutte* para empezar la temporada, si sabes que casi no se representa —protestó Carlo—. Es inmoral, a quién se le ocurre, eliges esa ópera sabiendo que yo estaba en desacuerdo y luego dices que te vas.

—Mozart era un genio. La música de *Così* es extraordinaria, al nivel de sus mejores obras. Vamos, Carlo, ya hemos cambiado de siglo. —*Papà* caminaba por la sala, sus pasos se alejaban, se acercaban, siempre con la misma cadencia—. Hay que modernizarse.

—Estoy de acuerdo con Fabio. Creo que tendrá éxito.

Dri volvió la cabeza hacia Adolfo, que siempre se mostraba conciliador. Tenía una voz grave, acariciadora. Hacía una década era uno de los mejores tenores de la escena musical. Pero los años pasan, para todos.

—Hemos trabajado mucho. —El director de escena se mesó el bigote y se pasó la mano por el cabello engominado, ya canoso—. Respetamos la versión original del autor, no como en otros montajes, que cambiaban, no solo el texto, sino también la música, haciendo algo penoso de lo que es glorioso. Nosotros no. Saldrá bien.

—¿Te parece que una ópera sobre el intercambio de parejas puede tener algún atractivo para nuestro público? —insistió Carlo. Dri podía oler su enfado—. Es ridículo.

—No merece la pena discutir esto ahora. —Apretó el *cello* con la mano—. La programación de este año ya está hecha y los carteles impresos. Es la hora de la verdad. Me voy.

—Eso, tú siempre huyendo —Carlo emitió una risa irónica.

—No huyo, *cazzata*. Solo tengo que ensayar. Ya veo que aquí os las apañáis muy bien.

Dri volvió a alzar el *cello*, salió del despacho. No aguantaba las continuas discusiones de su hermano. ¿Era necesario perder tanto tiempo en eso? Caminó por el largo pasillo, bajó a la primera planta. Llegó a la parte trasera del escenario, se quedó allí, en una esquina. Estaban montando los decorados. La casa de las damas Fiordiligi y Dorabella, el mar Mediterráneo que supuestamente se llevaría a los amantes a la guerra, solo para disfrazarse de albaneses, ricos y guapos, y así tentar la fidelidad de sus mujeres, que acabarían enamoradas de esos dos nuevos caballeros. Pero no del suyo, sino del de la otra. Intercambio de parejas, como decía su hermano. Si hubiera sido una ópera romántica, aquello hubiera acabado en la peor de las tragedias,

pero Mozart y ese libretista, Da Ponte, se habían divertido bien al armar tal enredo y darle un final feliz. *Afortunado el hombre que se deja llevar por su lado bueno, y se deja guiar por la razón*. Para qué discutir. ¿Vale la pena, acaso? Dri aspiró hondo. El olor del teatro lo llenó por completo. La madera. Las pinturas de los decorados. El sudor y los perfumes de la *prima donna*, del *primo uomo*, de la compañía que pronto pisaría las tablas y entonaría el canto. La tapicería de terciopelo rojo de las butacas, de los palcos. El frescor del foso, donde ya los músicos afinaban sus instrumentos. Acarició la madera del estuche de su *cello*. Si en alguna parte se sentía feliz era allí.

Bajó al foso, se acercó al sitio que le correspondía. Sacó el instrumento de su funda.

—Hola, Adriano.

—Massimo, ¿todo bien?

—Como siempre. Te guardo el estuche del *cello*.

—Gracias.

Massimo, el director de la orquesta, era un hombre de pocas palabras. Su hermano decía que se parecía a Richard Strauss, con esa frente tan amplia, el pelo rizado, el largo bigote y la barbilla estrecha y algo puntiaguda. A él le daba igual a quién se pareciera. Le gustaba, porque amaba su trabajo. ¿Se le puede llamar trabajo a algo que ocupa toda la vida? Acarició la madera de arce, lisa y suave, que formaba la caja armónica de su instrumento. Tomó el arco, se sacó del bolsillo la pequeña pastilla de colofonia y la pasó por la crin.

Se sentó, dejó caer el instrumento sobre su cuerpo. La parte posterior del mástil se apoyó en el lugar del corazón. Acarició las cuerdas con los dedos, comprobó la afinación. Justo a tiempo. Massimo le indicó con dos golpecitos de la batuta que la obertura iba a comenzar. Se preparó. Las primeras notas lo ocuparon todo, ya no era él, solo la música, el sonido que fluía, vivo, por cada una de sus venas.

El manuscrito secreto

Sí, ahora me hago pasar por la criada de La Voisin, la de los muchos oficios, como yo la llamo. Muchos, ninguno bueno, y todos rentables. Lo que más me sorprendió cuando la conocí hace algunos años fue ese horno de piedra medio oculto al fondo del jardín. Ahora ya sé cuál es su uso principal. Nadie lo imaginaría.

Uno de los días que más recuerdo, que nunca desearía olvidar, es el de la primera vez. Me había levantado muy pronto. Salí al jardín descalza, sin que persona alguna me viera, caminé sobre la hierba mojada para sentirme viva y libre, miré al cielo, tan azul y luminoso que hacía daño. La primavera estaba ya muy cerca, el viento quería llevarse lejos la pestilencia de la ciudad.

Hacía fresco. Regresé al pequeño cuarto que compartía con Françoise en la buhardilla del palacio. Françoise estaba sentada al borde de la cama, encogida sobre sí misma.

Sollozando.

Le puse la mano en el hombro y me senté a su lado. Su cuerpo, frío, temblaba. De repente se levantó y vomitó en el cubo de hierro que usábamos para nuestras necesidades. Dos, tres veces. Las arcadas no cesaban. Se arrodilló en el suelo, las manos apoyadas en el borde romo del cubo, pálida como la cera. Me dio la sensación de que la muerte estaba ahí, a nuestro lado, sentada como yo en el borde de la cama. Si extendía la mano hacia ella, podría tocarla, se volvería sólida y visible.

Y Françoise también la percibía.

—Duele mucho. ¡Es como si me clavaran agujas en el corazón! Voy a morir. —No levantaba la cabeza del cubo, tenía miedo de ver la cara blanca de niña sin ojos de la muerte, ¿cómo sabe a quién llevarse, si no ve?—. Ya no voy a crecer, ni a tener hijos, ni nada. Bueno, adiós, Didi. La marquesa lo ha conseguido por fin, soy una menos, una de sus víctimas.

¿La había entendido mal? Era difícil comprender sus palabras entre arcadas y sollozos.

Y no podía preguntar. Di dos palmadas, me agaché junto a ella, la cogí por la barbilla para alzarle la cabeza y clavé mis ojos en los suyos, que estaban rojos como la sangre. Dejó el cubo y se sentó en el suelo. Tenía la cara cubierta de sudor.

—Baja a por leche a la cocina, por favor, y ¿qué era lo otro? Carbón, carbón vegetal. Baja, Didi, róbalo para mí, porque si no, moriré.

Lo hice. Tengo que confesar que no me di mucha prisa, pero le conseguí una taza de leche y varios pedazos de carbón. El negro y el blanco. La muerte y la vida. Cuando subí, seguía en el suelo, doblada sobre el vientre.

Me clavó la mirada vidriosa, tendió la mano hacia mí. Me senté a su lado y la ayudé a beber. Partí el carbón en pedacitos y se los fui dando en la boca, poco a poco. Luego la ayudé a acostarse en esa pequeña cama que hasta entonces habíamos compartido. Cerró los ojos, y yo creí que ya se había ido. Pero no.

—Didi —susurró—. Ve a trabajar, la marquesa te estará esperando.

Sí. La marquesa. Su corsé, el corpiño, los brocados, la peluca, los polvos de olor. Sonreí y las dejé allí, a Françoise y a la niña con las cuencas vacías, tan blanca que parecía niebla.

Esa mañana, la dama estaba contenta.

—Ah, Ratita, ¿ya estás aquí? Entra y vísteme. Nos vamos al Hospital de Dieu. Ya me han informado de que Françoise se encuentra mal, así que hoy iremos tú y yo solas. Maravilloso. Visitaremos el hospital, comprobaremos cómo van las cosas por allí, qué tal están nuestros enfermos favoritos, igual han muerto uno o dos. —Se llevó la mano a la boca para sofocar una risilla—. ¿Qué te parecería? Y luego pasaremos por casa de Jean-Baptiste. Tengo que recoger unos viales. Mi plan está listo.

¿Unos viales? ¿De qué? Debí abrir mucho los ojos, porque la marquesa comenzó a reír, ahora abiertamente.

—¡Shhh! ¡No le digas nada a nadie!

El día seguía azul y ventoso, yo viajaba en el pescante de la carroza, al lado del cochero. Las crines de los cuatro caballos blancos se movían al ritmo del trote. París estaba viva bajo ese sol, sonaba como una colmena, la gente iba y venía, sonriendo, gritando, gesticulando. Cerré los ojos y levanté la cara hacia el calor del cielo, la ciudad desapareció, solo quedó su latido, el mío, el del sol.

Llegamos demasiado pronto, para mi gusto.

Cargué con la cesta, la dama había decidido que con una bastaba.

El mimbre se me clavaba en el brazo.

Entramos hasta la sala que visitamos en otras ocasiones, la marquesa preguntó a una de las monjas por los enfermos a los que habíamos dado de comer la última vez. Resultó que, de los veinte, habían muerto diez. La dama se llevó la mano a la frente, seria, negó con la cabeza y se enjugó una lágrima.

—Qué desgracia, qué desgracia. Didi, ve repartiendo.

Lo hice.

Me acerqué a las camas. Ya estaba acostumbrada a la pestilencia. Me gustaba mirar a los ojos a todos aquellos infortunados mientras les tendía el pastel, el vaso, el pan. Les miraba a los ojos, sonreía y me alegraba de no ser una de ellos. De estar solo de visita; mientras ellos se tenían que quedar en esas sucias camas plagadas de piojos yo regresaría al palacio del Marais, sí, solo era una criada muda, pero eso se convertía en un privilegio en aquel lugar.

Cuando había repartido la mitad de lo que había en la cesta, me di cuenta de una cosa.

Siempre llevábamos diez pasteles.

Diez pasteles, diez muertos.

Yo siempre alternaba: un pastel, otra cosa. Un pastel, otra cosa. Intenté recordar a quién habíamos dado pastel la última vez. ¿Al pelirrojo de la cara llena de pústulas? ¿Al de la nariz chata? No lo sabía.

Al niñito de los ojos azules. ¿Estaba el niño vivo? Miré alrededor.

Sí, lo estaba. Aunque tenía bastante peor aspecto que la última vez. Me acerqué a él. Ya no tenía la cama para él solo, esta vez la compartía con un hombre joven que no paraba de mirarme y de retorcerse las manos.

—No quiero nada —dijo el joven—, no quiero nada.

Asentí y me acerqué más al niño. Agarraba las sábanas con las manitas a la altura del pecho. Me miraba muy serio, con los labios apretados. Le ayudé a incorporarse. Abrió la boca para decir algo, pero le falló la fuerza. Miré dentro de la cesta.

Quedaba un pastel.

Un escalofrío me recorrió la espalda, como un calambre, como la mordedura de una serpiente.

Lo cogí, se lo tendí.

Él soltó las sábanas y lo agarró con las dos manos. Tenía las uñitas sucias.

Vi cómo se lo llevaba a la boca, cómo lo mordía, cómo bocado a bocado iba desapareciendo en su interior mientras su mirada asombrada iba de mi cara a la cesta, del pastel a mi cara.

Cuando lo acabó, no sonrió. Se tumbó de nuevo y cerró los ojos.

Sacudí la cabeza, no sé qué esperaba que pasara. Miré alrededor y

vi a la marquesa de pie en el pasillo. Me observaba con atención, sonreía con la boca torcida en una mueca rara, me recordó a los perros de la casa donde me crie, con madre querida, cuando se enfadaban entre ellos sonreían de la misma manera. ¿Estaría enfadada la dama?

En ese momento, sucedió.

El niño se sentó en la cama, se dobló por la cintura, como si algo se hubiera roto dentro de él. Emitió un gruñido, comenzó a abrir la boca, no podía respirar, jadeaba, sus ojos parecían canicas azules a punto de caer al suelo. Me acerqué un poco más. La vena del cuello le latía, primero muy deprisa, luego cada vez más despacio. Se tumbó de nuevo. Miró al alto techo de piedra. La marquesa mantenía esa extraña sonrisa. Yo extendí la mano y la posé sobre el brazo del pequeño, que abría mucho la boca para intentar que el aire llegara a sus pulmones, pero su cuerpo ya no le respondía. Me agaché a su lado, parecía que sus ojos tenían delante otros paisajes. No sé por qué, pero le cogí la barbilla y me puse frente a él. Quería saber qué veía, qué se reflejaba en sus pupilas ahora casi opacas. Cómo era el más allá.

Quería contemplar cómo la vida iba saliendo de él, era la primera vez que observaba a alguien morir, me fijé en cada detalle, en sus manos crispadas sobre las sábanas blancas, en las ojeras oscuras, en el movimiento desesperado de las aletas de su nariz. En los labios resecos que, en un instante, exhalaron el último aliento muy cerca de mi cara. Se quedó inmóvil. Pálido, con la boquita abierta, ya no volvería a comer ningún pastel.

—Descanse en paz —dijo en voz baja la marquesa.

La primera vez que alguien moría a mi lado. Y no había conseguido ver en sus pupilas nada más que dolor. Aún no le había soltado la cara. Tenía al envoltorio bajo las yemas de mis dedos. Me hubiera gustado sentir cómo poco a poco se iba enfriando, se iba quedando cada vez más vacío. Pero las Niñas Blancas no tardaron en aparecer, acompañadas de una de las otras, de las monjas, con su cofia negra, que me puso la mano en el hombro.

—Déjalo, niña. Ya no puedes hacer nada por él.

Miré a la dama. Se enjugaba una lágrima con su pañuelo de encaje.

No iría.

Era ridículo.

Dri se levantó de la cama, dio dos, tres pasos por la habitación. Se acercó a la ventana, la abrió, el frío de la noche lo ocupó todo en un instante.

—Flavia —susurró. Era dulce decirlo—. Flavia.

No iría. No subiría hasta la estación del funicular, no caminaría de noche como un idiota en busca de esa voz perfecta.

Se vistió, pero no con el traje de la Camorra. Sin saber por qué, se puso el más nuevo que tenía, aunque no recordara el color. Tomó el bastón, se colocó el sombrero. Pasearía al lado del mar, como acostumbraba a hacer. El mar también cantaba, a su manera, la brisa le traía aromas de otros puertos, de otras gentes, felices o no, como ellos.

Salió, con cuidado de no hacer ruido.

Dentro se quedaba la familia. La vieja *nonna*, que, incluso dormida, apretaba entre los dedos su pequeño colgante en forma de cuerno rojo.

Papà y *mamma*, que pronto se quedaría sola.

Mario dormía el sueño profundo del adolescente.

Carlo, en la cama, le daba la espalda a su mujer. Senta, con los ojos abiertos, se metió aún más bajo las mantas. Tenía frío. Extendió la mano hasta tocar la espalda de ese hombre que compartía el lecho con ella. ¿Cómo se podía sentir una tan sola teniendo compañía? No era normal. No, no lo era. Debía estar agradecida, esa familia la trataba bien, todo sucedía como debía ser. Ella se comportaba como una mujer decente, las ideas raras que la acosaban de vez en cuando no tenían ningún sentido. Solo se trataba de eso: ideas, nada real.

Lo escuchó, a su pesar: Adriano volvía a salir otra noche. ¿Dónde iría? ¿Frecuentaría la compañía de, uf, esas mujeres? Se pasó la mano

por los ojos. Dri no era de esos, ¿o todos los hombres hacían lo mismo? No estaba casado, no se le podía culpar. Y si lo estuviera, tampoco: era una necesidad, todo el mundo lo sabía. O eso decían. Para ellos sí, ¿para ellas no? Ojalá fuera como la *mamma*. La *mamma* no sabía leer, de manera que no se planteaba esas cosas. Se limitaba a vivir la vida, y parecía feliz. Se encargaba de su casa y de su marido, se preocupaba de sus hijos, cuidaba a la *nonna*. Digna mujer del siglo pasado, porque ahora había comenzado el siglo XX. ¿Cambiarían las cosas porque cambiara un número en el calendario? No lo creía. ¿O sí?

Apretó los puños, se cubrió la cabeza con la sábana.

No. Nada cambiaría. Los días seguirían pasando, y ella se quedaría en esa casa de la Riviera di Chiaia. Cada noche se acostaría con un hombre al que no quería y soñaría despierta con otra persona de la que, por desgracia, estaba enamorada. Eso sería lo único que tendría, como hasta ahora: sueños imposibles.

Estúpido. Imbécil. Dri golpeaba el pavimento volcánico con el bastón a cada paso que daba, en vez de deslizarlo. Porque acababa de pasar la estación del funicular. ¿Qué hacía él dirigiéndose hacia la casa del médico, mejor dicho, hacia la casa de la diva? Porque lo era, sin ninguna duda. Una diva escondida bajo las alas de su familia. Una diva que debía estar sobre un escenario. Aunque ¿acaso sería bueno para ella? Había visto a más de una, primero encumbrada, luego destrozada. La fama era así.

¿Por eso la buscaba? ¿Por sus cualidades? ¿O en realidad pretendía otra cosa?

Debía quedar poco para llegar. La noche anterior olía a tierra recién removida al lado de la villa, intentó captar el mismo aroma, sin lograrlo. Escuchó. No se oía nada, qué iluso, solo el rumor nocturno de la ciudad. Dio algunos pasos más.

—¿Dónde estás? Flavia, canta para mí —murmuró.

Le respondió, a lo lejos, la sirena de un barco.

Apretó con la mano la empuñadura del bastón, cerró sus inservibles ojos color violeta.

Y entonces sucedió.

«Me lo dais y yo lo tomo, pero el mío no os lo doy, en vano me lo pedís, ya no lo tengo conmigo.»

Un escalofrío recorrió la espalda de Dri.

Flavia cantaba *Il core vi dono*. Cuando Fiordiligi se enamora de Guglielmo. La dama no podía darle el corazón, porque ya no era suyo, sino de él. Respiró hondo. ¿Tendría dueño el corazón de la pequeña diva? Caminó hacia la voz. Sin hacer ruido. Deslizó con suavidad el

bastón, que no encontró ningún obstáculo. Dejó la toba; la tierra, blanda, estaba cubierta de lo que parecía césped.

La voz sonaba muy cerca. No provenía de la casa, sino de otro tipo de estancia. Se aproximó un poco más. El bastón tropezó con algo. Extendió las manos, que tocaron un material duro, frío y húmedo. Parecía el vidrio de una ventana. Siguió palpando. Más vidrio. Y otro material, ¿una viga?

—Sí —murmuró—. Ya sé qué es.

Flavia cantaba desde el interior del invernadero. Sonrió. Se la imaginó rodeada de aquellas exóticas orquídeas, con su pecho que subía y bajaba al ritmo del aria.

Apoyó la espalda en el vidrio, le pareció escuchar la música que acompañaba la canción, pom, pom, pom, latía también, como su propio agitado corazón.

El aria acabó demasiado pronto, el silencio se volvió una carga.

—Sigue, preciosa —Dri suspiró—. Ojalá tuviera el *cello*.

—¿Quién anda ahí?

Lo había oído. O visto. Carraspeó.

—Buenas noches. No se asuste, no es mi propósito. Yo… pasaba por aquí. —Eso había sonado ridículo.

Flavia dejó de retorcerse las manos. Por un momento, se había asustado. Con la única luz de una pequeña candela, no se veía bien. Pensó que su padre se había dado cuenta de que no estaba en casa y había salido a buscarla, o que algún malhechor había reparado en su canto. Pero no. Era aquel hombre. El más alto de los tres, aunque el padre también… Si no recordaba mal, ¿estaba ciego?

—¿Y usted es?

Dri percibió sus pasos que se aproximaban. La diva estaba muy cerca de él, al otro lado del cristal.

—Adriano Dellanotte. Esta mañana, su padre… —¿De verdad hacía falta entrar en detalles?

—Sí, me acuerdo. Pero no llego a comprender el porqué de su presencia aquí.

—Discúlpeme. No quería molestarla. Me gustaría saber dónde ha aprendido a cantar.

—He estudiado varios manuales.

No le iba a decir que su madre era Isabella Ferrer, una de las sopranos más conocidas de las últimas décadas. Que desde niña la seguía como un perrito, que la imitaba en todo, que practicaba cada ópera con ella, una y otra vez, aunque se quedara ronca. Hasta que, hacía tres años, Isabella se fue, y ni los teatros ni su propia hija habían vuelto a saber nada de ella.

—¿Sabe quién es Isabella Ferrer? —Flavia se retorció las manos. No debía haber dicho nada, ¿por qué lo había hecho?

—Aún recuerdo su interpretación de Norma. Era inimitable. ¿La conoció? ¿Aprendió con ella? Porque lo suyo no se aprende con manuales. Nadie sabe qué le ha pasado a Isabella desde que desapareció sin dejar rastro. A veces, la ópera se cobra su tributo. En el escenario, dejas de ser tú para ser un mito, y hay que ser muy fuerte para no sucumbir a eso. ¿Usted es fuerte?

¿Ella, fuerte? Sonrió. Sí, era fuerte. Había que serlo para crecer con Isabella Ferrer como madre. Había que serlo para perderla y seguir adelante.

—No lo sé —contestó aun así.

—Lo sabrá con el tiempo. Me gustaría invitarles al teatro, a usted y a su familia. Les reservaré un palco. Mañana estrenamos, es decir… Ya sabe, *Così fan tutte*, creo que la conoce bien.

—Mi padre no me lo permite. Cree que es indecoroso.

—¿Y usted qué piensa?

Era muy atrevido por su parte preguntar eso. Flavia apretó los labios. Tampoco importaba demasiado lo que ella pensaba.

—Lo siento, no pretendía ofenderla. —*Cazzata*, no podía haber sido más torpe.

—No me ofende —lo interrumpió—. Para mí, la música nunca puede ser motivo de escándalo, es demasiado hermosa. Pero, de momento, dependo de lo que diga mi padre.

Ella quería ir al teatro, subir al escenario y cantar. Quería que la música lo fuera todo, que llenara el enorme vacío que tenía en el pecho.

—Yo podría hablarle. Tengo que visitarlo un día de estos por lo de, por eso. —¿Por qué con ella no podía decirlo: por la ceguera, maldita sea, aunque solo fuera una excusa para volver a tenerla frente a él?

—No creo que valga de nada. No se preocupe por mí. Quizá más adelante, ¿qué van a representar en el segundo trimestre?

—*Pagliacci*.

¿*Pagliacci*? Flavia reprimió una risa nerviosa. Era aún peor que *Così*. Se podía olvidar de obtener el permiso de su padre. Pero tenía delante a uno de los dueños del teatro Dellanotte, quizás él podría ayudarla.

—Me gustaría tanto asistir…

—Haremos lo posible, bella diva. A cambio, quiero que me diga una cosa.

—¿Cuál?

Le iba a preguntar cómo era. Cómo tenía el pelo, qué color irisaba sus ojos, si su piel era fina, si algún lunar adornaba su rostro. Pero ¿para qué? Si al fin y al cabo eso era lo que menos importaba.

—Nada, no se preocupe. La llevaré al teatro, de una forma u otra, si ese es su deseo.

Flavia apoyó la mano en el frío cristal, muy cerca del apuesto rostro de aquel hombre.

—Es de noche —susurró—. Todo el mundo está ciego de noche.

Él se estremeció.

—Para algunos, siempre hay un poco de luz —contestó, con la voz ronca.

—Casi siempre vengo a cantar al invernadero. Cuando oigo a mi padre roncar.

—No lo entiendo. ¿Tiene que esconderse para…?

—Shhh. Váyase ahora.

Dri negó con la cabeza. Lo que quería era entrar ahí, cogerla por la cintura, pegársela al cuerpo y cantar con ella *Il core vi dono*, para que lo que decía la letra se volviera realidad.

Pero él no era ningún tenor.

Solo era un músico que caminaba en la oscuridad.

Agarró con fuerza el bastón y partió.

El manuscrito secreto

Ya era hora de dormir. Entré en el cuartucho que compartía con Françoise, tras regresar del hospital y ver morir al niño. Puse la palmatoria en el suelo, al lado de la cama.

Ella… estaba inmóvil bajo las sábanas. Su figura apenas se intuía con la pálida luz de la vela. Olía a ácido, a vómito. Cogí el cubo y salí a vaciarlo, preguntándome si habría muerto también. Quizás esa noche durmiera junto a un cadáver, sus pies y todo su cuerpo estarían helados.

Eso me daba un poco igual. El envoltorio no me decía nada.

Lo grandioso había sido el proceso. Observar el momento en que un ente vivo deja de serlo y se convierte en un amasijo de carne.

Quizá si nunca hubiera visto morir a ese niño, mi vida hubiera sido de otra manera.

O quizá no. Mi naturaleza hubiera aflorado y me hubiera dominado, antes o después. Nunca lo sabré. Las cosas fueron como fueron, nada se puede cambiar.

Regresé a la habitación, me metí en la cama. Toqué la cara de Françoise, que abrió los ojos.

—Hola, Diane. Ya estás aquí. —Su voz era un débil susurro—. Bueno, dime, ¿cuántos habían fallecido esta vez?

Le enseñé los diez dedos de las manos, y luego uno. Por el pequeño.

—¿Tantos?

Asentí. Ella se llevó las manos a los ojos un instante. Creo que quería dejar de ver.

—¿Te has dado cuenta de lo que pasa? ¿De por qué se mueren?

Encogí los hombros. Alcé las cejas.

—Es ella. La marquesa: Marie-Madeleine Marguerite d'Aubray. Bueno, y él, Sainte-Croix. Primero probaron con los perros de la casa —susurraba, unas gotas de sudor se le formaron sobre la frente, que le brillaba con la luz de la vela—, murieron varios. Pero enseguida fueron al hospital, llevan meses dándoles veneno. Bueno, se lo damos

nosotras. No mueren al principio. Hay que darles varias veces, pero al final caen, Diane, caen, y los médicos no se dan cuenta de nada. Son malos. Los dos. Quiero irme de esta casa, porque si no, acabaré muerta. Creo que me han dado veneno a mí también, por eso estoy así.

Negué con la cabeza. ¿A nosotras también? Eso no lo había considerado. Quizás a ella, pero ¿a mí, a su útil criada muda? Imposible. Aun así, un escalofrío me recorrió la espalda.

—No sé qué hacer, ¿qué hago? No es tan fácil encontrar casa. Ten mucho cuidado con lo que comes. —Me acarició la cara—. No se te ocurra beber vino si te lo da la marquesa. Puede envenenar cualquier comida, bueno, manzanas, galletas, pan. Y también otras cosas: una taza, unos guantes. No sé qué hacer. No quiero morir, ¿lo entiendes? ¿Tú quieres morir? —Negué con la cabeza—. Yo tampoco. Cuidado con lo que comes.

Françoise se confundía. A los del hospital sí, pero ¿a nosotras, que vivíamos con ella?

—Te digo otra cosa. —Bajó aún más la voz—. No está a salvo ni su propia familia. ¿No te lo crees? Bueno, ya lo creerás.

Se dio la vuelta en la cama, la columna vertebral se le marcaba a través de la tela gastada de su camisa de dormir.

Mamma no dejaba de limpiarse las lágrimas. Llevaba así un par de días. No se imaginaba la vida sin Fabio, ¿qué iba a hacer ella, con su marido tan lejos, para qué valdría? Para nada. Hubiera querido irse con él. Cuando se lo dijo, le contestó:

—Las mujeres, en su casa. Serán unos meses, se pasarán en un momento.

¡Un año entero! No sabía si le hubiera gustado ir a ese extraño país de África, tan lejos que parecía irreal. Con negros, qué cosa tan rara. Nápoles era una ciudad marítima, con todo tipo de gente, pero un país solo de negros… No se lo imaginaba. Haría mucho calor. Sí, era una colonia italiana, pero aun así estaba muy lejos.

Todo eso le daba igual. Vivir un año en un caluroso país de negros era mucho mejor que quedarse en esa casa sin su marido.

O quizá no.

En ese país habría muchos bichos, mosquitos y cosas así.

—¡Ayyy! —Volvió a llorar. ¿Qué iba a hacer su marido, solo, con tantos negros y tantos mosquitos? También habría mujeres ¡negras! Suspiró. Y blancas, italianas, también habría alguna, seguro. Se buscaría consuelo, se acostaría con esas mujeres sin importarle el color de la piel, podría incluso tener algún hijo.

Un hijo.

¿De qué color saldría?

—Deja de pensar cosas raras y acaba de doblar la ropa. —La *nonna* sacó del armario otras dos camisas—. Pones una cara que parece que se va a acabar el mundo.

—Se va a acabar. —Sollozó.

—No, a no ser que el Vesubio despierte, que lo hará. Si despierta, le pillará lejos. Será mejor para él.

—¿Ya está todo? Vamos, Arno tiene el coche en la puerta. —Fabio

entró en la habitación, se puso frente al espejo para ajustarse la corbata: el día de su partida había llegado.

Su mujer negó con la cabeza, se limpió otro par de lágrimas.

—¡No lo entiendo!

Fabio se acercó a ella, depositó un beso en su cabello.

—Porque eres una mujer. Los hombres debemos hacer cosas grandes en esta vida. Los negocios son así, a veces hay que viajar.

—Podías haber elegido otra cosa que no te alejara tanto tiempo. O llevarme contigo.

—Tu sitio es este. No te preocupes, no es para tanto. Date prisa.

¿Acaso no se daba cuenta de que la ofendía?

—Tanto teatro, para luego tener esas ideas. ¡Antiguo! —murmuró la *nonna* mientras salía de la habitación.

—Pero ¿qué dices, *nonna*? —Fabio torció el gesto.

—Todas tus artistas viajan por el mundo, y son mujeres. Hay exploradoras, y otras cosas más. —La *mamma* le puso el dedo en el pecho.

—La próxima vez, te llevo conmigo.

Se quedó paralizada. ¿Cómo que la próxima vez?

—¿Es que vas a ir más veces? —preguntó, desolada.

—No voy a fundar un teatro para dejarlo allí sin más.

—¡Eso es lo que vas a hacer con el que tienes aquí!

—No. Aquí están Carlo y Adriano. ¡Mujer! Se nos hace tarde, no es momento para discutir. Cierra el baúl de una vez. Te espero fuera.

Lo hizo. Cerró el baúl, se recompuso el vestido, suspiró todo lo hondo que le permitía el corsé. Se puso frente al espejo. ¿Se iba porque ya no la deseaba? Ese año cumpliría cincuenta y cinco, era una mujer mayor, pero su cuerpo se mantenía delgado, su piel, más o menos firme, y tenía los mismos ojos color violeta que su pobre hijo Dri, aunque ahora parecieran dos fresas pochas, de lo irritados que estaban.

En fin. Debía conformarse. Los hechos eran los hechos. Se seguiría ocupando de su familia, igual que hasta entonces. Se secó las lágrimas. Salió de la habitación, acompañó a su marido al carruaje. Se despidió de él con un beso en la mejilla. Los hombres subieron, la *nonna*, Senta y ella se quedaron en la puerta de la casa, viendo cómo partían.

Su padre embarcaba. Dri apoyaba la mano en el hombro de Mario, su sobrino. El aire marítimo le traía multitud de olores: pescado, sudor, salitre, madera podrida, brea. El puerto estaba atestado de gente, las gaviotas graznaban por encima de sus cabezas. Carlo, a su lado, resoplaba.

—Quizás hubieras querido ir en su lugar —le comentó.

—Tú siempre igual, Dri. Haciendo aún mejores los buenos momentos.

—Callad —pidió Mario—. ¿Habéis visto qué barco? ¡Es enorme! Tiene tres mástiles, el de delante, el más grande, y dos chimeneas rojas y blancas, para el humo del motor, ¿a qué velocidad podrá navegar? Seguro que muy rápido. ¡Adiós, *nonno*! Dri, el *nonno* saluda desde cubierta.

Dri amagó un gesto de despedida con la mano.

La sirena del barco hizo que se sobresaltaran.

Se iba.

—Adiós, Fabio —susurró—. Que sea suave el viento, tranquilas las olas.

—No sé si lo serán, se va en enero —observó Mario—. Ahora hace bueno, pero ahí abajo, no sé.

—Otro igual de oportuno —se quejó Carlo—. Yo ya me voy al teatro, aquí no hacemos nada.

—Quiero quedarme a verlo zarpar —pidió el niño.

—Quedaos. —Carlo hizo un último gesto en dirección al barco, se giró y se pasó la mano por los ojos—. Quedaos. Adiós, *papà*.

Los pasos de Carlo pronto se perdieron entre los de la multitud.

—Se mueve, ¡tío! El barco se está moviendo. ¡Se va el *nonno*! Si yo fuera mayor, me iría, en un barco parecido, a ver mundo. Algún día me iré a Eritrea yo también. ¿Allí hablan italiano?

—Dudo mucho de que en diez años como colonia les haya dado tiempo a todos a aprenderlo. O quizá sí. Cuando vayas, lo sabrás.

No como él, prisionero en su propia ciudad. ¿Qué iba a hacer, sin vista, en un lugar desconocido? Sería totalmente dependiente de otros.

—¿Quieres venir conmigo a Eritrea? Podemos ir juntos.

Apretó el hombro de su sobrino.

—Irás con tu esposa, a Eritrea o al Polo Norte, o a donde quieras ir.

El barco se alejaba con lentitud. Su padre partía. Eran adultos, ¿no? Se las arreglarían. Respiró hondo. Los viajes resultaban arriesgados, ojalá llegara a su destino sin percances, pudiera fundar ese teatro y regresar para contarlo.

—¡Adiós, *nonno*!

Dri bajó la cabeza, soltó a Mario y se subió las solapas del abrigo. Hacía frío. De repente, ahí, de pie en medio del puerto, rodeado de tanta gente, se sintió muy solo.

—Ya no lo veo. El barco se está haciendo pequeño en el azul del mar. Hay algunas nubes en el cielo, y hacen sombra sobre el agua. —A Mario le gustaba explicarle lo que observaba de esa manera tan detallada—. Hay niebla, o calima, no sé, en el horizonte. Cada vez se ve menos barco, ahora se ve solo el mástil, muy a lo lejos. Adiós,

nonno. Fundarás un teatro precioso, donde se representarán nuestras óperas más famosas; *Così fan tutte,* mejor no. ¿Habrá compositores en Eritrea? ¿Y cantantes? ¿Es grande Eritrea? Tengo que mirarlo en la enciclopedia.

—¿Nos vamos?

—Sí. Toma mi brazo. —Dri posó la mano en el brazo de su sobrino, comenzaron a andar—. ¿Va mejor el público, viene más gente?

—De momento, no mucha. Quizá mejore.

Hacía dos días que habían estrenado *Così fan tutte*. En el teatro de San Carlo se estaba representando *Norma*, pero Nápoles era una ciudad grande, había público para todos. Era pronto. Que los primeros días hubiera habido poca asistencia no significaba nada, eso quería creer.

—¿Vamos al teatro?

—Antes, tengo que ir a un sitio. ¿Me acompañas?

—¿A dónde?

Arno les esperaba a la entrada del puerto, con el *calessino*.

—Quiero visitar a alguien. Al médico.

—¿Estás enfermo?

—Es una persona muy amable y me gustaría invitarlo al teatro.

Cada noche, caminaba por las frías y solitarias calles de la Riviera di Chiaia, subía hasta la falda de la colina de Vomero para visitar a la pequeña diva. La oía cantar desde fuera del invernadero, charlaban, y luego se iba. Sin traspasar esa puerta, sin acercarse a ella. ¿No era hora ya de hacer algo al respecto? Subieron al coche. Ya olía a comida en las calles estrechas del barrio español.

—Tengo hambre —protestó Mario.

—Luego te invito a una pizza.

—Vale.

No tardaron en llegar.

—¿Quieres venir conmigo, o me esperas aquí?

—Voy contigo. Así luego podré decirte cómo es el médico y todo.

Tampoco le valía de nada saber si George era alto, bajo o tullido. Le daba igual.

—Hala, ¡qué casa tan bonita! Tiene la fachada de color rosa, y las contraventanas pintadas de verde oscuro. La hiedra cubre parte de la fachada. La puerta es ovalada y no recta. ¿Sabes que un poco más allá hay un invernadero? Las vigas de metal están pintadas de blanco, qué bien quedan, con el césped alrededor. No se ve lo que hay dentro. Me gustaría verlo.

La puerta estaba abierta, como siempre. Aun así, llamaron con la aldaba.

Fue Flavia quien los recibió.

Se quedó paralizada al verlos. Era él, Adriano, ¿tendría un hijo? Eso no se lo esperaba.

—¿Hola? —dijo Mario—. Venimos a ver al médico.

A Dri le llegó el sutil aroma del perfume de rosas.

—Flavia —susurró.

Le llegó también otro olor, más cotidiano. Inspiró hondo, para asegurarse. Negó con la cabeza, ¿cómo era posible? Sin decir nada agarró a Mario del brazo, tiró de él hacia el *calessino*.

—Pero, tío, ¿qué haces? ¿No querías entrar?

—Me he acordado de una cosa. Venimos otro día. Hay que ir al teatro, ¡urgente!

Flavia se retorció las manos. Lo había llamado tío, ¿sería su sobrino? No sabía nada de ellos, de los dos hermanos. ¿Por qué estaba ahí, por qué se iba de esa manera, sin decir nada? Luego se presentaría de noche con ganas de conversar, se pegaría al cristal del invernadero y se quedarían horas hablando. Le gustaba, sí. Pero sus intereses estaban por encima de cualquier preferencia. Y, además, no se fiaba de los hombres, ya no. Por eso dio media vuelta y entró de nuevo en la casa. Tenía que atender una visita.

El manuscrito secreto

La marquesa se dejaba ver a menudo en público con Sainte-Croix. No ocultaba a nadie su romance, ni al marqués, que cultivaba su amistad. Solo el honorable padre de la marquesa, monsieur Dreux d'Aubray, resultaba escandalizado, lo que a ella no le importaba en absoluto. Jean-Baptiste era recibido con frecuencia en el palacio del Marais.

Pero a la dama le gustaba ir a su casa, cerca de la plaza Maubert. No importaba que allí viviera con su anodina esposa, Madeleine.

En la planta baja tenía su laboratorio de alquimia.

Donde preparaba los venenos.

Y donde hacían el amor, iluminados por la escasa luz del hornillo que calentaba el alambique.

A veces, aún desnudos, se sentaban en dos taburetes de madera, muy cerca el uno del otro, y conversaban.

—Ya visteis, querida, lo bien que funciona. Fue una fortuna que vuestro padre me encerrara en la bastilla y tuviera como compañero de celda a Exili, el artista en venenos, como se hace llamar. —Rio—. Buscar la piedra filosofal es interesante, pero hay formas más fáciles de conseguir dinero. En esta corrupta ciudad la demanda de veneno es incesante. —El amante miró en mi dirección. Yo solía acurrucarme en el hueco que quedaba entre la pared del horno y una alacena repleta de frascos de porcelana—. No me acostumbro a que esté ahí, ¿es necesario?

—Me gusta tenerla cerca. —La marquesa bajó la voz—. Me da morbo.

—Ya, querida, pero hay que ser discretos.

—Eso, querido, vos y yo no lo somos. Continuad.

—He estado en casa de Glaser, en la calle del Petit-Lion. Qué éxito está teniendo su libro, el *Tratado de química*. Es un maestro.

—¿Y me decís a mí lo de la discreción? No es conveniente que lo visitéis de forma tan asidua. No deben relacionaros con él. Su receta…

—Ya veis que funciona mejor que bien.

¿Una receta? Yo la quería. Quería escaparme, visitar la calle del

Petit-Lion y conocer a Glaser. Leer ese libro.

Pero no podía.

—Lo sé.

—Es hora de que hagáis lo que tenéis que hacer. ¿No os volveréis atrás, querida? Gascon está preparado. Los viales, también.

—No os preocupéis. Estoy deseando comenzar con el plan. Ratita —alzó la voz—, lo estamos deseando, ¿verdad? No esperéis que diga nada, Jean-Baptiste, querido. ¡No esperéis que diga nada!

La marquesa se levantó del taburete y se acercó aún más al amante. Yo sabía lo que venía ahora. Ella le pasó la mano por el cabello, oscuro y largo, recogido en una coleta sobre la nuca. Se sentó a horcajadas en una de sus piernas, se movió sobre el muslo, adelante, atrás. Alzó la cabeza y emitió un quejido suave. Él le tocó uno de sus senos, le acarició el pezón de color marrón. Yo quería que me crecieran los pechos, quería que me saliera pelo ahí abajo, quería ser como la marquesa, tener el poder de que un hombre perdiera la cordura por mí. Me dieron ganas de acercarme a ellos, de meterme entre ellos, de que amasaran mi cuerpo con los suyos. Cerré los ojos, apoyé mi espalda, fuerte, contra la pared de piedra.

Solo vi a Gascon un par de veces. Al principio y al final. El principio fue ese invierno del año 1665. El final, pocos meses después. ¿Se puede considerar que el veneno es lento, o rápido, si la muerte va fraguándose mes a mes?

Me llaman Viento, por mi carácter voluble, triste como la lluvia, alegre como el verano. No sé por qué se extrañan, la música también es así.

No voy a mentir: ya he matado antes.

Pero solo por placer, nunca por un propósito en concreto.

Las cosas pueden cambiar, no hay nada eterno en este mundo desagradable.

El viento puede hacerse fuerte, convertirse en huracán. Si el huracán se encuentra un obstáculo, lo derriba, se lo lleva en sus poderosos brazos de vapor de agua hasta destruirlo.

Se puede matar con un fin. El manuscrito me ha abierto puertas que nunca habría pensado que podrían existir.

Pronto comenzará mi andadura.

Arno chasqueó la lengua una vez más. Los caballos iban al trote. El *calessino* saltaba sobre el pavimento irregular.

—Mario, te vas a quedar en casa. —Dri apretaba tanto la empuñadura del bastón que tenía los nudillos blancos—. Quiero que hagas compañía a tu abuela, debe de estar triste.

—¿No se suponía que íbamos a comer pizza y al teatro? Quiero ir.

—Mañana. Ahora te quedarás…

—Sí. —Interrumpió el muchacho—. Con las mujeres. No sé por qué has cambiado de idea. ¿Te ha puesto de mal humor la mujer de la puerta? Si no ha dicho nada. Era guapa. Llevaba un corsé muy apretado, tenía una cintura muy pequeñita.

—Eso no se dice.

—Es la verdad. Se parecía a Lina Cavalieri.

—Pero canta mejor que ella.

—¿La has oído cantar?

—Mario, ya hemos llegado. No te entretengas, por favor.

—Pero luego me lo cuentas. —El chico bajó del coche de un salto y corrió hacia la casa.

—De acuerdo. Arno, date prisa.

El coche volvió a arrancar. Lina Cavalieri, la mujer más bella del mundo, así la llamaban. Hacía pocos años que había triunfado en los diferentes salones de Nápoles. ¿Luego se había ido a París? Creía que sí. La había oído cantar en el Café Marguerita, estaba bien, pero no era para tanto. Porque él no podía disfrutar de la belleza física, como hacían los otros. Para él, la belleza era el conjunto de muchos factores: una voz cálida de soprano, el toque de una mano suave sobre el brazo. Una conversación agradable y sincera, aquel perfume de rosas.

—Vamos, Arno. Si no llegamos pronto, no servirá de nada.

Iban deprisa, quizá demasiado, por aquellas calles atestadas de

gente. Apretó la mandíbula, negó con la cabeza. Nunca las cosas salían como uno quería. Cuando Arno detuvo el coche, bajó de un salto. Entró en el teatro, apresuró el paso hacia los despachos.

—¡Dri! ¿Por qué corres tanto?

Luca. Se detuvo hasta que el niño lo alcanzó.

—Estoy aquí. —Le cogió la mano. Él le acarició la cabeza.

—Dime, Luca, ¿está mi hermano en el teatro?

—No ha llegado aún.

¡Lo sabía! Quería asegurarse, pero no le hacía falta. ¿Qué hacía su hermano en la villa del médico? ¿Qué malditos pensamientos se le estaban pasando por la cabeza?

Respiró hondo.

—Luca, cuando Carlo llegue, no le digas que estoy aquí, ¿vale? Y ahora quiero que vayas al despacho de Adolfo y le ayudes a preparar lo que haya que preparar para esta tarde. Yo voy a tocar un rato —mintió.

—Vale.

Los pasos de Luca se alejaron. Era un buen chico. Seguro que si tuviera un hermano pequeño, lo trataría bien.

Caminó hasta el despacho de Carlo, se sentó en una de las butacas. La tapicería de terciopelo le resultó acogedora, y ese sentimiento estaba fuera de lugar. Olía a tabaco. Y al particular olor de Carlo: salvia, sudor, aceite de Macasar. El olor que había percibido en casa de la diva.

Toc, toc. El bastón golpeaba contra el suelo. Toc, toc.

¿Por qué estaba Carlo en Vomero?

Toc, toc.

No sería la primera vez que su hermano se fijaba en alguna mujer que no fuera Senta. Podría decirse que su posición en el teatro les facilitaba las cosas, sí, a él también: había damas a quienes les resultaba atractiva su carencia. La última fue la *mezzo* que interpretó el papel de Cherubino en *Las Bodas de Fígaro*. Se encerraban en el despacho, le pedía que tocara el *cello* para ella. Mientras lo hacía, se desnudaba despacio y le iba pasando cada prenda por el rostro. Cuando ya no le quedaba ninguna por quitar, le retiraba el instrumento y tomaba su lugar. Le parecía muy hermosa, con su cabello sedoso, con su voz cálida susurrándole palabras al oído.

Toc, toc.

¿Qué estaría haciendo su maldito hermano en esa casa? ¿Por qué tardaba tanto? Incomprensible.

Por fin. Al cabo de un rato, los inconfundibles pasos de Carlo se acercaron por el pasillo.

—Ya está bien —susurró—. Qué insoportable.

Carlo se sobresaltó al ver a Dri en el despacho.

—Hombre, ¿ya estás aquí? ¿Tardó mucho en irse el barco?

—Creía que venías al teatro.

—He venido.

—Y hasta ahora, ¿dónde has estado?

—¿Desde cuándo debo rendirte cuentas?

Dri golpeó el suelo con el bastón y se puso de pie, frente a su hermano.

—¿Estás interesado en la hija del doctor?

—¿Cómo sabes que…? ¿Qué dices? —¿Sería posible que su hermano se hubiera enterado de su visita? Había alquilado un coche. Quería verla. Quería conocerlo todo de ella. Pero fuera a la hora que fuera, su padre oteaba el horizonte como el vigía de un barco—. Si sabes que estaba en casa de Flavia, será porque tú también has ido. No me lo reproches.

—Yo no tengo una esposa esperándome.

—Oh, vamos, no me vengas con esas.

—¿Por qué no? ¿Acaso no es verdad? ¿Y qué me dices de Mario? ¡Estaba conmigo! ¿Qué habría pensado si te hubiera visto con ella? — Dri apretó los puños. Estaba tan cerca de su hermano que notaba su aliento en la cara.

—No me hubiera visto con ella, ni estaba haciendo nada, por el amor de Dios, Dri, no saques las cosas de quicio. Si me dices esto, es que te interesas por Flavia. No sé si a su padre le va a hacer gracia que se relacione con un tipo ciego que tiene contactos con la Società.

—Eso no es cierto, bien lo sabes. —Maldita sea, lo sacaba de quicio.

—Pues yo lo reconozco y te lo digo: me intereso por Flavia, igual que tú.

Dri frunció las cejas, incrédulo.

—Si sabes que me intereso por ella, ¿por qué te metes? ¡Estás casado!

—Eso no es impedimento, nunca lo ha sido.

—Esta vez es distinto.

—¿Por qué? Solo es una mujer.

—Para mí es más que eso. Para mí es importante, *cazzata*. Ya no sé qué decirte, haz lo que quieras. Yo también lo haré.

Dri salió dando un portazo. Su hermano no se conformaba con nada, quería más, más que Senta, más que el teatro, más que su familia. Ojalá él tuviera la mitad de lo que tenía Carlo. Senta era una buena persona, una buena esposa, respetaba a su marido. Él a ella no, en absoluto. Y ¿ahora tenían que interesarse por la misma mujer?

*F*lavia, pensativa, miraba por la ventana de su habitación. Atardecía sobre la bahía de Nápoles. Solo se veían dos o tres estrellas en ese cielo emborronado. El volcán dueño de la ciudad humeaba, como cada día desde que se habían instalado en la villa, hacía ya algunos meses, ¿seis? Más o menos.

Llevaba casi tres años sin su madre. Tres años sin conocer su paradero o si estaba viva o muerta. Ocurrió un día de febrero, al otro lado del charco, en Nueva York. Aquella mañana, Flavia supuso que su madre aún seguía acostada, no era su costumbre madrugar. Desayunó con su padre, que se mostraba nervioso. Se arregló para dar su acostumbrado paseo matutino. Había nevado, debía tener cuidado de no resbalar por el helado suelo de la calle 39. Caminó hasta Broadway. Se detuvo delante de la imponente fachada del Metropolitan. Isabella había sido una de las sopranos más estimadas de su elenco, incluso más que la australiana Nellie Melba o la francesa Emma Calvé, aunque últimamente le costaba conseguir los papeles que había cantado durante años: la voz se desgasta, la garganta sufre por el continuo esfuerzo, por la absenta, por el opio.

Apoyó la mano en la imponente puerta, como hacía siempre. Solo un momento. Sabía que podía cantar, que también tenía talento. Pero ni su padre ni su madre querían saber nada del asunto. ¿Acaso eran celos? Su madre siempre estaba enfadada, no asumía que los años pasaban, que la flamante nueva generación de cantantes venía pisando fuerte, llevándoselo todo por delante.

No, no tenía fuerzas para oponerse a ellos, para salir del apartamento alquilado donde vivían ahora, cerrar la puerta y no regresar hasta haber actuado como *prima donna* al menos una vez. ¿O sí? ¿Podría hacerlo? Regresó a casa tarareando la habanera de *Carmen*, esa ópera tan transgresora. Quería ser como la gitana: libre, poderosa,

con capacidad para elegir qué hacer y con quién estar.

Lo opuesto a ella.

Cuando llegó, su padre estaba sentado en uno de aquellos sillones de color negro, frente a la ventana. Pero no miraba hacia fuera. Parecía no observar nada más que a su propio interior, y daba la impresión de que no le gustaba. Flavia se llevó la mano al pecho para intentar dominar su corazón.

—¿Y mamá? ¿No se ha levantado aún?

Obtuvo un leve pestañeo como respuesta.

Fue a la habitación de su madre, el pasillo parecía alargarse a cada paso, como en una pesadilla. Cuando llegó frente a la puerta, se detuvo. Posó la mano en el frío del pomo. Dudó un instante antes de abrirlo. ¿Quería descubrir lo que había detrás? ¿Y si su madre estaba muerta? ¿La habría matado su padre? Ayer habían discutido, había sido… horrible. Respiró hondo, abrió.

Aún olía al perfume de rosas de Isabella.

Aún el camisón blanco descansaba entre las sábanas.

Aún estaba su ropa en el armario, su cepillo del pelo sobre la cómoda de madera, la huella de su cabeza en la almohada.

Nada más.

Habría salido.

Se habría acercado al teatro.

Abrió la ventana, miró al suelo, desde el quinto piso se veía lejano. El frío aire de febrero quiso llevársela con él, se echó para atrás en un gesto rápido. No, su madre no estaba abajo, rota sobre la acera, no, eso eran bobadas de niña miedosa.

De compras, sí, seguro. A Isabella le gustaba gastar el dinero que tan fácilmente ganaba. Tomó la almohada, la olió. Su madre estaba en ella todavía.

La dejó sobre la cama, volvió al salón.

—¿Papá? —Se puso entre él y la ventana, para que le hiciera caso —. ¿Me quieres decir dónde está mamá? ¿Habéis reñido otra vez?

Pero George no reaccionaba.

Ella se habría levantado enfadada, o con resaca, él le habría reprochado que bebía demasiada absenta, o que su humor había empeorado hasta el punto de estar discutiendo todo el día. Ella habría tomado su abrigo que, en efecto, no estaba, y habría salido a tomar el aire un rato.

Dejó la estatua de George con sus manos blancas de médico sobre el cuero negro del sillón. Fue a la cocina, aún estaban los platos sucios del día anterior en el fregadero. Los lavó, barrió la casa entera, preparó la comida para tres.

Estofado de carne con patatas. Olía muy bien.

Solo comió ella, y bastante poco.

Por la noche, lo mismo.

Y al día siguiente, y al otro, y al otro.

Su madre no regresó.

Y su padre, a medias.

Tardó algunas semanas en salir de su letargo. Debía darle de comer, meterle la cuchara en la boca, para que no muriera de inanición, aunque quizás eso habría sido lo mejor, se hubiera quedado sola, pero libre para cantar, para vivir su vida. Lo hizo porque quería a su padre, o quizá solo porque necesitaba saber qué había sucedido esa maldita mañana de febrero.

Nunca había conseguido sacarle una palabra sobre aquello, aunque, de vez en cuando, seguía intentándolo.

Ahora estaba en esa ciudad que le gustaba tanto: Nápoles, toda fuego y mar. La noche le había traído a un hombre con los ojos color violeta y un teatro bajo el brazo, y la mañana le ofrecía al otro, Carlo, que se había dedicado a tramar una amistad con su padre, adivinando que era la manera de llegar a ella.

Flavia veía su sueño renacer, quería cantar, olvidarlo todo en el escenario. Por fin volvía a considerar la posibilidad de convertirse en Carmen, la gitana libre y valiente.

El manuscrito secreto

*U*na mañana, tras una fiesta, Françoise y yo acostamos a la marquesa, que casi no se tenía en pie, en sus aposentos. El marqués hacía tiempo que estaba en provincias, intentando vender las pocas propiedades que le restaban, si es que aún había alguna. Cuando Françoise salió de la habitación, yo me quedé. Me acerqué al escritorio de la dama. Aún no he narrado su enorme afición a escribir cartas. De una forma incluso inocente, si se puede llamar así. Casi cada día tomaba la pluma, la afilaba ella misma si era necesario, y rellenaba con su menuda y elegante letra algunas hojas de aquel papel blanquísimo, el mismo que yo utilizo ahora. Confieso que le robé papel bastante a menudo. Doblaba las hojas con cuidado y las guardaba entre las páginas del único libro que tenía entonces en propiedad: *La Odisea*, de Homero. También lo robé, cuando aún vivía en el castillo de Saint-Germain-en-Laye.

Aquel día tomé con cuidado la pluma, mojé la punta en la tinta y escribí dos frases en dos pedazos diferentes de papel, de los que la marquesa desechaba por estar algo arrugados. Los guardé entre mis ropas. Ella, muy ebria, seguía dormida, casi no se la veía entre las sábanas. Cerré la puerta con cuidado, salí de la casa por la puerta de servicio. No sabía cuánto tiempo iba a tardar, pero no me importaba: la dama solía mostrarse indulgente conmigo incluso cuando no atendía mis obligaciones. Dejé atrás la casa y la rue Neuve-Saint-Paul. El cielo se mostraba extrañamente azul para aquel final de enero de 1666. Tres seises, la marca de la Bestia, como decía Sainte-Croix. De Satanás, del Anticristo. La ciudad estaba de luto, hacía pocos días que Ana de Austria, la reina madre, había fallecido. Crucé el Pont Saint Michel y me dirigí hacia el Faubourg Saint Germain. En esos años, el rey aún no había empezado a construir Les Invalides, y la nobleza no había descubierto la amplitud de sus calles ni la pureza de su aire. Rue du Petit-Lion, había dicho el amante. ¿Cuántas calles tiene París? En aquel momento creí que la ciudad era infinita, que, por más que caminara, nunca podría abandonarla.

Me llevó algo más de una hora llegar a la gran iglesia que se estaba construyendo muy cerca del Faubourg Saint-Germain. Merodeé por allí un rato, cerca del mercado, escuchando una, dos, tres conversaciones. Otra más. Caminé tras dos mujeres que hablaban de unas píldoras para la tos. Me acerqué, vestían como dos criadas, igual que yo. Me situé delante de ellas, saqué uno de los dos papeles, se lo mostré.

—¿Qué quieres, niña? —Una de ellas, la más alta, me miró con curiosidad. A mí, no al papel. Yo se lo señalé.

—Parece que quiere que leas —indicó la otra, sonriendo—. ¡Esta pobre nos habrá visto cara de señoras!

La alta tomó el papel y lo agitó delante de sus ojos.

—¡No lo muevas así, mujer, que se te van a caer las letras! Déjame a mí. —La otra le arrebató el papel y se lo acercó a la cara, riendo—. Da me di ne ro, dice. No tiene pinta de mendiga, ¿será boba?

El calor se me subía a las mejillas, a la frente. Apreté los puños. Malditas analfabetas. Le quité el papel, les hice un gesto obsceno con la mano y me fui corriendo.

Quizá no iba a ser tan sencillo como había imaginado.

Si quería que alguien leyera ese papel, debía buscar otro tipo de persona, como un comerciante, sí, un comerciante sería mejor.

El barrio estaba creciendo y había diversos tipos de tiendas. Un dorador, un orfebre.

Un encuadernador.

Entré en la tienda. Olía a pieles, a engrudo, a papel nuevo, a papel viejo, a tinta, a… Era maravilloso. Me hubiera gustado quedarme entre las estanterías que tapizaban las paredes, ser uno más de todos aquellos libros. Quizá por eso escribo ahora. Para que el tiempo me convierta en una historia más, anónima y a la vez única.

Estuve tentada de sacar el segundo papel en vez del primero.

No lo hice.

Me acerqué a un hombre que trabajaba de pie frente a una mesa que le quedaba a buena altura. Con una especie de cuchillo afilado rebajaba los márgenes de una piel de color marrón claro. Di un golpe en el suelo con el tacón, y aquel hombre se giró.

—¿Queríais algo, jovencita?

Qué voz más amable.

Ojalá hubiera sacado el segundo papel. Quizá no habría pasado nada, pero quizá sí, puede que mi vida hubiera sido de otra manera, me hubiera quedado con aquel hombre, componiendo tipos, cosiendo historias, leyendo. Escribiendo una vida que nada tuviera que ver con esta desgracia.

Pero saqué el primero.

El hombre lo leyó con aquella voz tan suave.

—Rue du Petit-Lion. Ah, la conozco. Es donde Glaser, el químico, tiene la botica. Mirad. —Se acercó a una de las estanterías y tomó un libro—. Lo ha escrito él. Tiene mucho éxito.

El *Tratado de química*.

Lo retornó con cuidado a la estantería, se acercó a la puerta.

—Seguid la calle hasta el final. Girad a la derecha. ¿Sabéis leer? —Asentí—. Esto sí que es raro, sí, muy raro. Bien. Su laboratorio se llama La Rose Rouge.

Eché una última ojeada a aquel libro. Hice una leve reverencia para agradecerle la información y me encaminé hacia La Rose Rouge.

*E*sa noche, Dri salió de la casa sin preocuparse de no hacer ruido, más bien quería que su hermano lo oyera, que se diera cuenta de que se iba. Como si aún tuviera diez años y se estuviera rebelando ante lo que *papà* decía: «Hazle caso a tu hermano mayor». Su hermano mayor tampoco tenía buenas ideas. Solía meterlo en líos. Robaba manzanas de los puestos callejeros y decía que había sido Dri. Una vez, en el puerto, lanzó al río la pesca de una de las barcas y lo acusó a él. Lo pillaron. Lo hartaron a pescozones y lo tiraron al agua. Nunca comprendió por qué Carlo lo trataba de esa manera.

Tampoco era la primera vez que intentaba tener un asunto con alguna de las damas que le gustaban.

Pero esta le importaba, de veras que sí. Debía luchar por ella, ganarle la batalla a su hermano.

De manera que, cargado con el *cello*, caminó otra vez por el Nápoles nocturno en dirección a Vomero. Y sí, la diva cantaba en el invernadero.

—«Si tú no me amas, yo sí te amo, y si te amo, ¡ten cuidado!»

Carmen.

Nunca le había escuchado interpretar nada que no fuera *Così*.

No se movió. Siguió ahí, atrapado por esa voz, cinco, diez minutos, porque ella acababa la habanera y comenzaba de nuevo. «Si tú no me amas, yo sí te amo. Y si te amo, ten cuidado.» A pesar de la calidad vocal, había algo muy sutil que… Quizás un defecto en la postura del cuerpo, quizá… No lo sabía. Continuó adelante. Buscó con la mano la puerta del invernadero.

Porque esa noche no pensaba quedarse fuera.

Esa noche abrió, entró, sintió el aire húmedo y caliente en la cara. El mismo aire que ella respiraba.

La diva calló.

—Quiero que siga cantando. Por favor. —Su voz sonaba ronca.

Le hizo caso.

—«El amor es un pájaro rebelde que nadie puede dominar.»

Él dejó el *cello* cerca de la entrada, se aproximó despacio.

Hasta quedar muy cerca. Podía oler su perfume de rosas, el jabón con el que se habría lavado el cabello. Se colocó a su espalda, se pegó a su cuerpo, le puso la mano en el diafragma.

Llevaba corsé, aunque no muy apretado.

Sintió en él su postura, erguida, el pecho alto, el aire entraba y salía de sus pulmones con una técnica perfecta. ¿Dónde la habría aprendido? Era única. Cerró los ojos. Aspiró hondo su perfume, el calor que emanaba de su cuerpo.

—«Si tú no me amas, yo sí te amo.»

Cómo no iba a amarla. Alzó la mano, sin tocarle los senos y se la colocó en el pecho. Tenía la piel un poco húmeda. Subió un poco más, hasta notar en los dedos cómo se producía el sonido.

No había tensión en los músculos del cuello y la espalda, la garganta permanecía abierta y libre, la cabeza, con el ángulo justo de inclinación. Poseía un completo dominio del *fiato*. ¿Qué era lo que no estaba bien del todo? Bueno, ¿acaso era tan importante? Se trataba de algo que con seguridad solo él percibía. El público la adoraría.

—«Si tú no me amas, yo sí te amo» —susurró, acompañándola en el ligero balanceo de su cuerpo—. «Y si te amo, ten cuidado.»

—¿Y bien? —Flavia se despegó de su abrazo, se puso frente a él—. ¿Qué conclusiones ha sacado de su estudio? Ha sido muy atrevido. Si mi padre lo viera, creo que le metería un tiro entre ceja y ceja, o no, que estamos en Nápoles y no en América: le clavaría un cuchillo en el corazón.

Dri se aclaró la garganta antes de contestar.

—Su padre la protege en exceso. Yo nunca haría nada que la comprometiera.

—¿No considera que lo que acaba de hacer me compromete?

—Lo siento si la he ofendido. Su técnica es perfecta, no he podido encontrar ni un solo defecto.

—¿Buscaba alguno?

—No tiene por qué preocuparse —se aclaró la garganta—. Flavia, quiero… —¿Lo diría?—. Quiero pedir permiso a su padre para cortejarla.

Dri se percató de que ella dejaba de respirar por un instante. De que se retorcía las manos, de que se recolocaba la falda.

—Lo siento. Si usted no lo desea, me olvidaré del asunto.

—¿Así de fácil? Eso no pasa en la ópera. En la ópera, los hombres conquistan, las mujeres seducen.

—Y en muchas, acaban muriendo, por una cosa u otra. Usted es

especial, Flavia. Me gustaría poder darle todo lo que desea.

—¿Puedo considerarlo unos días?

—Sea. Esperaré.

Flavia se acercó a él. Levantó la cabeza para mirar de cerca esos ojos color violeta. Le pasó la yema del dedo corazón por la frente, por la mejilla áspera, por la barbilla. Le puso la mano en el pecho, donde apoyaría el *cello*.

—Me gustaría escuchar su música —rogó.

Lo condujo hasta un taburete que había cerca de la entrada, le acercó el *cello*. Con calma, Dri lo sacó de la funda, le bajó la pica, se sentó. Acomodó el instrumento sobre su cuerpo.

A Flavia le gustó verlo así. Tenía las manos grandes, pero las movía con delicadeza. La suave iluminación de la lámpara de aceite creaba sombras entre las orquídeas y los helechos; el *cello*, de vez en cuando, emitía un suave reflejo color ámbar.

Dri llevaba un traje negro, muy elegante, bajo el abrigo desabrochado, que dejó a un lado. Tomó el arco, lo deslizó sobre las cuerdas. La música se extendió por el aire y lo llenó todo.

El hombre tocaba con los ojos cerrados. Su cuerpo acompañaba cada movimiento del arco, cada nota. Era como si se transformara, como si fuera alguien diferente, alguien mítico.

Flavia se puso detrás y se pegó a su cuerpo, como él antes. Acercó la cabeza a su cabello, aspiró su olor a lavanda. Puso los brazos sobre los suyos, acompañó sus movimientos suaves. Su vestido rosa parecía brillar sobre la tela negra del traje.

Dri se detuvo. No podía tocar con la diva tan cerca, era imposible. Dejó el *cello* en el suelo, se giró, solo necesitó alzarse un poco para unir sus labios a los de ella. Un instante nada más.

Se sentó otra vez, tomó el *cello*.

Porque no debía, incluso un beso era demasiado.

—¿Ha escuchado la música? ¿O se ha limitado a bailar junto a mí?

—¿Qué se siente al tocar así? —le susurró al oído.

Dri se aclaró la garganta. Pasó la mano por la curva del *cello*, apoyado otra vez en su pecho.

—La pieza que he tocado es de un amigo mío, Saint-Saëns.

—¿Camille Saint-Saëns, el compositor francés?

—También es astrónomo. Me envió la partitura el año pasado, aunque no quiere que se conozca. La aprendí con ayuda de Massimo, el director de orquesta, como siempre. La música representa el último canto del cisne, el más hermoso, el que emite justo antes de morir. El que le hace eterno.

—¿Es eso?

—Sí. Es la muerte y la eternidad; el instante perecedero y la música que fluye como un torrente, lo empapa todo y ya nada

importa. ¿Usted no siente eso al cantar?

—Sí que lo siento.

Dri se quedó paralizado. De repente, un sudor frío le cubrió la espalda.

Ya sabía qué pasaba con el canto de la pequeña diva.

La luz empezaba a colarse por el escaso resquicio que dejaban las contraventanas. Carlo se dio la vuelta en la cama para observar a Senta. Parecía dormir. Su rostro relajado, enmarcado por la melena de color castaño, era muy hermoso. A pesar de los años pasados, seguía recordando a una niña, tan frágil. Le dio un beso en la mejilla, con cuidado de no despertarla, y se levantó. Había dejado la ropa preparada en el despacho que tenía al lado de la habitación. Se preparó, tomó un desayuno frugal y salió de la casa. Fuera, le esperaba el coche de alquiler que había concertado el día anterior. No necesitaba decirle la dirección, el cochero ya lo sabía. Habían pasado un par de meses desde que lo condujo por primera vez a casa de George.

Por fin se acababa *Così*. No había ido mal del todo, poco a poco el público se había animado, las últimas semanas habían conseguido llenar el teatro. Pero dos días después estrenaban *Pagliacci*. La polémica *Pagliacci*, por la que el napolitano Leoncavallo, su autor, había sido acusado de plagio. Su defensa fue que se trataba de una historia real que él había presenciado de niño porque su padre, el juez, la había juzgado. Se lo tragaron. Hacía apenas ocho años que había sido presentada en Milán. Estaba seguro de que podría convencer a George de que permitiera a Flavia presenciar el espectáculo.

La chica lo tenía fascinado. Era inteligente, su conversación superaba con mucho a la de cualquier otra mujer que hubiera conocido, incluso a la de algunas sopranos que habían viajado por medio mundo.

No podía evitarlo, se había enamorado, como si no estuviera ya casado. Como si no supiera que a su hermano también le importaba esa mujer. Sí, le dolía por él, debía reconocerlo. Pero así era la vida.

Lo que le quita a unos, se lo da a otros.

Habían llegado. Bajó del coche, la tierra olía a humedad, a la primavera recién estrenada. La hiedra verde de la fachada se había cubierto de rocío. Flavia ya lo esperaba en la entrada de la villa. Una gota de aquel rocío cayó sobre su pelo moreno y bien peinado, recogido en la nuca.

Qué hermosa se mostraba. Incluso con ese sencillo vestido verde, no hubiera desentonado en el escenario. El primer paso para contratarla era ablandar al padre, bien lo sabía. Presentarla sería un éxito para el teatro, tendrían lleno asegurado durante todo el tiempo que pudieran retenerla. Luego se marcharía, como todas, a Milán, a París, a Londres, a Nueva York.

Se acercó a ella. Le pasó la mano por el cabello sedoso, le dio un suave beso en los labios.

Ojalá su hermano lo perdonara. Era un hombre, por el amor de Dios, tenía muy difícil resistirse a unos encantos como los de su Colombina de ojos nocturnos. La ciñó por la cintura, entraron en la casa. La soltó enseguida, George no debía sospechar nada.

El médico los esperaba en el salón, con una botella de *grappa* y dos cafés sobre la mesa.

—Buenos días, Carlo, siéntese. —Tomó la botella y añadió un chorrito a cada taza.

—Buenos días. Tiene usted un estupendo aspecto esta mañana.

Siempre lo tenía. No era tan alto como ellos, ni tan delgado, pero se cuidaba bien. El cabello perfectamente peinado, el bigote rizado, el traje impoluto.

—Gracias, se puede decir lo mismo de usted. Tomemos el café y luego le enseñaré lo que hablamos el otro día. No se piense que tiene nada de… inmoral, es meramente informativo. Le vendrá bien, para lo que me contó de su mujer.

Carlo echó una ojeada a Flavia, que se había quedado de pie frente a él. Vio su frente arrugada, siempre fruncía el ceño cuando se mencionaba a Senta, pero enseguida su cara se tornó relajada de nuevo. Había informado a George de que estaba casado, para no levantar sospechas.

—No sé si lo de Senta tiene remedio. Han pasado ya doce años desde que nació Mario y no hemos logrado concebir otro hijo en todo ese tiempo.

—Beba, beba. Si ella lo permitiera, yo la examinaría para ver si encuentro algo, aunque no sea mi especialidad.

—Dentro de dos días estrenamos nueva ópera. Quizá quieran acompañarnos. Nos sentaríamos en el mismo palco, y usted podría hablar con ella, el favor que me haría sería enorme. A mí ya no me hace caso, pero a usted, un médico de tanto prestigio, ¿quién sabe?

No, no se ofenda, por favor. Si no quiere, no lo haremos.

George se había bebido el café de un trago, había rellenado la taza de *grappa* y ahora se paseaba con ella en la mano por el salón. ¿Cómo se atrevía ese hombre a pedirle algo así? Carraspeó. Al fin y al cabo, Carlo no sabía nada de lo de Isabella. No podía imaginar la desgracia que la ópera le había traído a su corazón. Lo que se había visto obligado a hacer.

—No, no se preocupe —continuó Carlo—. De todas maneras, ya tengo un hijo. No es como si no tuviera ninguno.

George apretó la taza entre sus manos. La dejó de un golpe sobre la mesa, se dirigió a la ventana, perdió la mirada por los tejados de la ciudad, por el mar, que se divisaba a lo lejos.

El universo no había desarrollado el tiempo necesario para perdonarse por todo aquello, ni lo haría nunca.

Se giró, miró a Flavia, que se retorcía las manos. La niña quería ir, su vida había sido la ópera hasta aquello. No le consentiría cantar por nada del mundo, y ella lo sabía, pero quizá podría darle ese respiro.

Carlo parecía tranquilo, daba vueltas con la cucharilla a su café. Le caía bien, era bueno contar con alguien con quien hablar. Estaban siempre tan solos…

—Lo pensaré —farfulló.

—¿Cómo ha dicho? —Carlo dejó la cucharilla sobre la mesa y volvió a mirar a Flavia de reojo.

—Pensaré lo de ir al teatro con ustedes.

—¡Cuánto me alegro! No se preocupe, *Pagliacci* no es como *Così*, bueno, tampoco…

En *Pagliacci* había infidelidad, celos, muerte.

—He dicho que lo pensaré, no que vayamos a ir. Y conozco la obra, no hace falta que me dé explicaciones.

Ahora quien se levantó fue Carlo.

—¿Cómo? Pensaba que no le gustaba la ópera.

—Por exceso, y no por defecto. Dejémoslo, ¿quiere? Vayamos arriba. Flavia, por favor, recoge las tazas.

Su Colombina ocultó la sonrisa y asintió. Ellos fueron escaleras arriba, hasta una estancia cerrada con llave.

—¿Alguna vez ha estado en Londres? —preguntó el doctor.

—Sí, claro. Por mi trabajo, viajo de vez en cuando para visitar otros teatros, ver las puestas en escena, conocer nuevos artistas.

—¿Ha estado en la cámara del horror, en la calle Marylebone? Ya sabe, el museo de las figuras de cera.

—Pues no.

—La próxima vez que vaya a la ciudad, visítelo. Algunas de las figuras son las originales, las que madame Tussaud elaboró en su taller de París. Parece ser que, en la revolución, cuando guillotinaron a los

reyes, le llevaron las cabezas a ella, que hizo réplicas de cera exactas. Le puedo asegurar que eso sí que da miedo.

—¡Vaya! —Carlo se pasó la mano por el cabello.

—Lo que le voy a enseñar lo hago en confianza. Esto no lo entiende cualquiera, a pesar de todas las exposiciones que han recorrido Europa. Conseguí los modelos en una subasta de una colección privada, también en Londres. Como médico, la anatomía me fascina, es muy importante para el correcto desarrollo de mi profesión. Como padre… mantengo la habitación cerrada, para que mi impresionable hija no tenga pesadillas. ¿Está preparado?

—Tengo mucha curiosidad.

Al lado de la puerta, había una mesita pequeña y, sobre ella, una figura de porcelana que representaba un loro verde sobre la rama de un árbol. George lo cogió, abrió una ranura que tenía en la base y sacó una llave. La introdujo en la cerradura, la giró. La puerta se abrió con suavidad, sin emitir un solo quejido.

—Pase usted. —Le hizo un gesto con la mano a Carlo.

Carlo dio dos, tres pasos. Se trataba de una amplia estancia, sin ventanas al exterior, iluminada a través de una claraboya que daba al norte. Las paredes estaban cubiertas de estanterías con libros, salvo una de ellas, donde había una mesa grande con instrumentos de laboratorio, y una pequeña, con ruedas.

Un escalofrío le recorrió la espalda.

En medio de la habitación, dos ataúdes de vidrio, no se les podía llamar de otra manera, exhibían dos figuras humanas de tamaño real. Apretó los puños.

—Son de cera —murmuró—. Son solo muñecos de cera.

—Pero parecen de verdad. Si quiere, podemos darnos la vuelta y regresar al salón. Le prepararé otro café con *grappa*.

Se suponía que colecciones mucho mayores que esa recorrían Europa como un espectáculo, o se mantenían en museos para satisfacer la curiosidad no solo de profesionales de la medicina. ¿No podía él observar aquel par de figuras? Se acercó a la mujer. Al otro no quería mirarlo, parecía un monstruo sacado de la imaginación de los niños, un ogro sin piel.

—Pero… pero…

¿Cómo podía ser una figura de cera, se suponía que anatómica, tan hermosa? Parecía una dama dormida, daban ganas de acostarse a su lado y tocarle primero el hombro para despertarla, y después… No. Unas finas cejas enmarcaban sus ojos cerrados y sus largas pestañas. Su cabello alrededor de la cabeza, sobre uno de los hombros, se derramaba hasta la mitad de su espalda. Un hilo de perlas le adornaba el cuello como único vestido. Los brazos delicados, las manos, relajadas sobre la sábana blanca que la separaba de la base de madera.

Los pezones de color marrón claro apuntaban al techo, el vello púbico apenas cubría la hendidura. Era como… No, no quería pensarlo, era como si acabara de hacer el amor y se hubiera adormecido.

—Pero usted me dijo que podría explicarme por qué mi mujer no ha vuelto a concebir. Esto es…

George se acercó al ataúd de cristal. Abrió la tapa y acercó la mesita de madera con ruedas.

—Esto es un modelo anatómico femenino. Ya ve usted cómo la ha representado el artista, muy diferente a la del hombre; sin embargo, lo interesante está dentro.

Con cuidado, el médico levantó la parte del abdomen y la puso sobre la mesa. El interior estaba reproducido con el mismo detalle que el exterior.

—Es desmontable. Mire, primero aparecen los intestinos. Los quitaremos también. Dejamos el hígado, el corazón, los pulmones.

—*Santa Madonna*.

—Aquí está lo que nos interesa: el útero. Mire qué aparece si le quito esta parte.

—Hay un bebé ahí dentro.

—En concreto, un feto de quince semanas.

—Nunca pensé que una mujer me mostraría tanto de sí misma.

—Y no lo hará, salvo esta. Ya ve lo que tienen dentro. El útero, la placenta, el cuello del útero, la vagina. Los ovarios, las trompas. Las causas de infertilidad pueden ser muchas y muy variadas. ¿Su mujer tiene los meses, ya sabe, dolorosos?

No tenía ni idea.

—No creo.

—No suelen contar mucho al respecto, ¿verdad?

—Pues no.

—No me quedará más remedio que ir al teatro, por lo que veo.

—¿Lo dice de veras?

—Habrá que hablar con su mujer, si queremos avanzar algo.

—Se lo agradezco tanto… Compartirán palco con la familia. Iremos todos. ¿Hay una señora Norris?

—Por desgracia, solo estamos mi hija y yo.

—Cuánto lo siento.

—Así son las cosas. Mírela. —George señaló la figura—. Estuvo viva una vez, ahora solo es un molde de cera. Nosotros ni siquiera tendremos esa oportunidad. Vivamos lo mejor que podamos. Nunca se sabe cuál es la cantidad de tiempo que nos va a ser concedida. Sea cual sea, no nos va a resultar suficiente. ¿Quiere ver al hombre?

—Mejor no, no estoy acostumbrado. Esta al menos tiene la piel, el otro parece un monstruo.

—Bien, regresemos entonces. Debo prepararme, tengo visitas que

hacer. Gracias al cielo, cada vez acuden a mí más pacientes.

George le dio dos palmadas en la espalda.

—Me alegro mucho.

Reprimió las ganas de saltar, de reírse a carcajadas: su Colombina iría al teatro con él. Ese era el primer paso, poco a poco, vendrían los siguientes.

*E*ra el día del estreno de *Pagliacci*. Carlo sonrió, pronto llegaría a Vomero. La mañana despejada auguraba una jornada gloriosa. Todo iría bien. El día anterior su hermano y él habían revisado el montaje, el atrezo, habían dado las últimas instrucciones a los cantantes; el ensayo general había sido un éxito. Esa preciosa ópera triunfaba desde su primera representación, en Milán, hacía ocho años, y ellos habían conseguido que Victor Maurel, el famoso barítono que apoyó la obra, y para quien Leoncavallo escribió el prólogo, representara el papel de Tonio.

El coche se detuvo frente a la casa de Flavia, que se asomó a la ventanilla del carruaje.

—Hola, mi bella, ¿qué hace aquí fuera?

Flavia abrió la puerta, tomó asiento al lado de Carlo, posó la mano enguantada sobre su brazo.

—Lléveme al teatro.

—Cochero. —Alzó la voz—. Al teatro, por favor.

El caballo, piafando, comenzó a trotar sobre la toba volcánica.

—¿Y esto? ¿Su padre le ha permitido visitar el teatro el día del estreno?

—Mi padre no sabe nada. —Entornó los ojos—. Cada vez tiene más trabajo, está atendiendo una urgencia.

—Vaya, Colombina. Si la descubre, se enfadará.

—Me haría mucha ilusión cantar en el escenario.

—Lo sé. Lo hará, no se preocupe. Le enseñaré el teatro, cantará un aria y la llevaré lo más deprisa posible de vuelta a su casa. No queremos que George se enfade. ¿Por qué es usted tan hermosa?

Carlo le cogió la mano, le fue quitando el guante, primero el índice, después el corazón, el anular, el meñique. Se llevó la sedosa mano a los labios.

—Huele bien, a rosas.

—Era el perfume de mi madre.

—Nunca me han hablado de ella, ni usted, ni su padre.

—No son buenos recuerdos, no merece la pena avivar ese dolor.

—Lo siento. —Le puso la mano en la nuca, con cuidado de no deshacer su precioso peinado, y la atrajo hacia él. La besó, primero con dulzura, luego con pasión. Ella gimió, él también.

Se separó de su boca, solo para bajar por la piel blanca del cuello hasta el poco escote que dejaba al descubierto el vestido. Se lo quitaría de un tirón, la dejaría desnuda sobre el terciopelo negro del asiento del coche y por fin podría hacerle el amor.

Metió la mano bajo el vestido, le acarició las suaves medias de seda.

Ella le sujetó la mano, se separó de él todo lo que pudo.

—Le recuerdo que está casado. —Aun así, sonreía—. No es usted libre para hacer lo que desea.

Carlo respiró hondo para recomponerse. Si estaba con ella, todo lo demás desaparecía.

—Lo siento. Me gustaría poder darle todo lo que se merece.

Flavia lo miró con atención. No tenía el pelo tan oscuro como su hermano, ni era tan alto. Pero le gustaba su mandíbula bien perfilada, su nariz romana, sus ojos pardos que reflejaban tanta pasión. No sabía qué hacer. Su situación en la vida no le permitía cerrar ninguna puerta, no aún. Esperaba no acabar como Nedda, la protagonista de *Pagliacci*, muerta a manos de su marido porque le era infiel. Menos mal que ella no estaba casada con nadie, ni pensaba estarlo. Total, para qué, ¿para obedecer a otro hombre que no fuera su padre? Los hombres siempre engañaban, lo sabía bien. Lo había aprendido pronto.

El coche se detuvo delante de la puerta principal del teatro. Carlo se bajó, arregló cuentas con el cochero y le tendió la mano a la dama, que bajó de un salto, sin apoyarse en él.

—Vamos, caballero, muéstreme sus dominios. ¿Estará su hermano?

—Suele llegar algo más tarde. Debe trasnochar bastante, ya sabe, los hombres a veces debemos visitar ciertos sitios para… En fin.

Flavia enarcó las cejas. Adriano no iba a ninguna casa de citas, sino a verla a ella. ¿Acaso afirmaría otra cosa, o eran simples suposiciones?

—¿Se lo ha dicho él?

—No hace falta que diga nada. Sale de noche, ¿a qué otro sitio podría ir?

Ella alzó los hombros.

—Ahí lo tiene: el teatro Dellanotte. —Carlo señaló la fachada.

No era nada del otro mundo, y mucho menos si lo comparaba con

los teatros donde había actuado su madre. Pero era un teatro de la ópera, el primero que pisaba en años. Se estremeció.

Entraron en el vestíbulo. Les recibieron un ligero frescor y los pasos de una criatura que corría hacia ellos.

—Mire, Flavia, este es Luca. Trabaja aquí.

El niño, formal, les tendió la mano. Creía que era Dri, que llegaba pronto, pero no: eran el hermano serio y una bella señora.

—¿Es usted soprano o *mezzo*? —preguntó con inocencia.

—Mi voz abarca una gran variedad de registros. —Le sonrió.

—Me parece bien, qué suerte —contestó Luca.

—Si llega Adriano, ¿le puedes decir que me espere en su despacho? No tardaré —solicitó Carlo. Quizás era mejor que su hermano no viera a Flavia con él. Podría ponerse celoso, enfadarse. No había que tentar al mal genio de ese volcán.

—Claro.

—Bien. Vamos, Flavia.

Le hubiera gustado tomar a su Colombina de la cintura, pero en lugar de eso le tendió el brazo. La condujo hasta el patio de butacas.

—Mire, bella dama. Algún día cantará en ese escenario con el teatro lleno, se lo aseguro. El público se rendirá a sus pies.

Flavia se sujetó al brazo de Carlo con más fuerza. Le temblaban las piernas. Estaba segura de que eso podría ser así, si no tuviera a George como una cadena atada a su cuello. El personaje que ella representaría en la vida ya estaba escrito por él: el de la eterna niña.

Pero en ese momento su padre no estaba.

—Lléveme al escenario.

El techo, tan alto, estaba ornamentado con frescos de personajes de la Comedia del Arte. Una pequeña escalera lateral les condujo a uno de los decorados que utilizarían por la noche: el circo donde tendría lugar la tragedia que era *Pagliacci*. Con la pequeña pista, las gradas, la carpa roja y blanca.

Ella dio varios pasos hasta colocarse en medio del escenario. Frente a un teatro vacío de risas, de lágrimas, de música, pero su propia esperanza era tan grande que lo ocupaba todo.

Carlo volvió a bajar, la dejó sola en el proscenio, apenas iluminada por una de las lámparas de gas que aún utilizaban pese a que la luz eléctrica llevaba instalada ya varios años.

Se sentó en una de esas butacas, mientras ella comenzaba a cantar *Stridono lassù*. Igual que Nedda, que a la vez interpreta el papel de Colombina; un circo en un teatro, como la vida.

Ninguno de los dos se dio cuenta de que, en la parte de atrás del escenario, dos personas más escuchaban la extraordinaria voz de la diva. Un niño y un hombre ciego que apoyaba la mano en su pequeño hombro.

—Dri, la señora bella es buena cantando —susurró Luca.

—Lo sé. Déjame escuchar.

Dri tensaba la mandíbula. ¿A qué se dedicaba su diva? ¿Qué hacía en el teatro, con su hermano? Era como Nedda: infiel, en la realidad y en la ficción.

—¡Ay! ¡Me *apretas* mucho!

—Lo siento, Luca.

Soltó al pequeño. Sí, estaba enfadado. ¿Con qué derecho, maldita sea? ¿Quién era él para pretender nada de nadie? Canio, el protagonista, no mata solo a Nedda, también asesina al amante, Silvio, un muchacho cuyo único pecado fue enamorarse.

—«El hombre reclama sus derechos, y el corazón que sangra quiere sangre para lavar la injuria» —susurró las mismas palabras que Canio entonaría horas más tarde.

Se acercaría a su hermano y lo derribaría de un puñetazo. Luego, se subiría al escenario, tomaría a esa mujer por la cintura y callaría su voz con los labios.

Pero la entendía. ¿Quién quiere desperdiciar su vida con un marido ciego? Tampoco era muy buena la otra opción: ser la amante. Apretó los puños.

—Vamos, Luca, tenemos cosas que hacer.

—Mira, viene Bianca, ¡hola! ¿Has venido a oír cantar a esa señora?

—Hola, Luca, cariño. —La soprano tocó a Dri en el brazo—. ¿Quién es? ¿Tengo que temer por mi puesto?

—Tranquila, Bianca. Es una amiga de Carlo. —Maldita sea, su hermano era un imprudente al dejar cantar a la diva cuando Bianca estaba en el teatro.

—¿Le parece normal que esa señora cante en mi escenario? ¡Es un ultraje!

Tras ella aparecieron Victor Maurel, el barítono, y el tenor, Giulio.

—¿Quién es? ¿De dónde la han sacado? No la conozco, y he viajado mucho —preguntó Maurel—, me recuerda a alguien. ¡Ah! Ya sé a quién. A Isabella Ferrer.

—No se dedica profesionalmente —aclaró Dri—. Solo es la hija de mi médico. No se preocupen, por favor.

—No me parece nada bien. —La voz de Bianca sonó ronca—. Si es tan buena, que cante ella esta noche. ¡Creo que estoy enfermando!

La *prima donna* del teatro Dellanotte se pasó la mano por la frente, se apartó un rizo de su hermoso cabello rubio. Su cuerpo, que tenía la forma de un violín, temblaba de rabia.

—Podemos decirle a la hija del médico que te eche un vistazo —rio Giulio.

—Oh, por favor, no tiene gracia. —La diva cerró sus ojos azules un momento—. Nada de esto la tiene. Mira, ya acabó la señorita de

cantar. Que se vaya del escenario y que no vuelva, ¡por favor! Adriano, haga algo.

—No se preocupe, Bianca. Hablaré con mi hermano. Vaya a descansar, hoy estrenamos, ¿ya le ajustó la costurera el vestido?

—Chiara ha hecho un buen trabajo —afirmó—. Estoy contenta, me sienta muy bien.

—Me alegro. No se preocupe —reiteró Dri—, no volverá a suceder.

—El vestido de Nedda es muy bonito —afirmó Luca—. De Colombina. Blanco, pero con pompones de color rojo, el gorro también tiene pompones, y se pone guantes hasta el codo, también rojos. Como si fuera de verdad.

—Es de verdad. —Dri sonrió—. En la ópera todo es de verdad.

—No hay verdad más verdadera —afirmó Bianca.

—Es en la realidad donde se miente —Maurel señaló el escenario —. Ahí es donde nos mostramos como somos, donde no podemos engañar.

El mejor lugar para una representación como la que voy a llevar a cabo es un teatro de la ópera.

Soy la helada corriente que recorre el patio de butacas, el fantasma que nadie ve, el escalofrío.

Ya he elegido a la víctima, pronto tendrá lugar la escena, el mismo día de la primera muerte de Nedda, del primer llanto de Canio.

No será divertido.

No es necesario mentir: disfrutaré con ello.

El manuscrito secreto

Ahí estaba. La Rose Rouge. Apoyé la espalda en una de las columnas de mármol de la entrada, cerré los ojos y aspiré. Estuve a punto de marearme y caer al suelo. El olor era denso como la miel, se me metía dentro por cada poro de la piel, me embriagaba. Tan dulce. Tan picante, tan ácido, tan meloso. ¿Cómo podía oler así? Abrí los ojos. Del techo colgaban manojos de algunas hierbas, pero la mayoría de los ingredientes estaban encerrados en multitud de tarros de porcelana pulcramente colocados en las estanterías, o en cajones de madera. Alguien pasó a mi lado, rozándome con su capa: un caballero, con la espada colgada del cinto.

Tras el mostrador, dos jóvenes atendían a los clientes. ¿Sería Glaser uno de ellos? Parecían aprendices. Al fondo, bajo un cuadro del niño Jesús, una puerta entornada daba paso hacia lo que debía ser el laboratorio.

Entraron otros dos caballeros, con sus grandes sombreros. Me recoloqué la cofia, metí la mano entre mis ropas y apreté entre mis dedos el segundo papel. De nada valía que se lo mostrara a los ayudantes. Debía entrar en el laboratorio.

Qué inocente era, aún pensaba que podía ser atendida.

Esperé. Quieta, pegada a la columna, haciéndome pequeña, como tantas veces. De vez en cuando entraba otro cliente. Algunos portaban fórmulas escritas en papeles arrugados, otros pedían algún remedio para la tos, para el mal de vientre, para la calentura. Los ayudantes entraban de vez en cuando al laboratorio, otras veces se subían a las escaleras apoyadas en las estanterías y sacaban algo de aquellos tarros tan blancos.

Cuando uno de ellos estaba en la escalera y el otro agachado tras el mostrador, me colé por el hueco que quedaba entre este y una de las estanterías. Me dirigí con rapidez a aquella puerta entreabierta, la crucé.

Estaba dentro, en el laboratorio.

Era una estancia mucho más ordenada que la del amante. También

había un alambique, varios hornos pequeños, una balanza. Un libro lleno de anotaciones sobre la mesa, con la tinta y la pluma al lado. Varios ejemplares del *Tratado de química*.

Dos hombres. Uno, alto, de rostro ancho, con peluca y gorguera, parecía estar instruyendo al otro, que asentía en silencio mientras vertía un líquido rosado de un matraz a un pequeño recipiente.

Hubiera deseado ser invisible de verdad. Escuchar a aquel hombre con acento extranjero el resto de mi vida, ser yo la que intercambiaba líquidos, hacía mezclas, formulaba medicinas. O venenos.

Me acerqué a ellos, aún no se habían percatado de mi presencia. Saqué el papel, toqué con suavidad la manga de su traje negro y se lo tendí.

Glaser dio un respingo.

—Pero qué… ¿quién sois? ¿Qué es esto? ¡Qué desvergüenza! ¡Boissieu, venid aquí! ¿Desde cuándo permitís que entre cualquiera en el laboratorio?

Uno de los ayudantes entró corriendo, agachó la cabeza a modo de disculpa.

—Perdonad, maestro. —Clavó su mirada azul en mí, tan afilada que me hizo daño—. No volverá a ocurrir.

El segundo papel cayó al suelo. El otro hombre lo recogió y lo echó a uno de los hornillos. Se quemó rápido, sin alterar la intensidad del fuego, tan poca importancia tenía.

Nadie llegó a leer lo que había escrito.

Solo dos palabras.

«Quiero aprender.»

¿Es que acaso es un pecado querer aprender? Sí, lo sé, no me correspondía, ni me corresponde ahora casi nada de lo que hago. Pero no me resigno, no es así mi alma, no sé por qué Dios, si es que existe, me ha dotado de un carácter que no corresponde a una mujer, y mucho menos a una criada muda. Tal es su crueldad.

El aprendiz me cogió del brazo, tan fuerte que me dejó los dedos marcados en la piel durante días. Se me cayó la cofia, dejando al aire mis cabellos negros. Estoy segura de que en ese momento parecía una niña bruja, de que mis ojos revelaban lo que de verdad llevo dentro, tanta ira.

Me arrastró hacia la calle, me tiró al suelo y me dio una patada en el vientre. Sentí que me ahogaba, con todo el peso de ese cielo tan extrañamente azul para ser enero sobre mis pulmones, tapándome la boca y la nariz como un paño espeso. 1666, el año de la Bestia.

Yo era la Bestia.

No, eso es falta de modestia.

Un ejército entero de Bestias recorría París.

La boca me sabía a sangre, al polvo, al barro seco de la calle. ¿Acaso valía yo algo más que ese barro, que esos guijarros que se me clavaban en el cuerpo? Yo no era nada, no tenía derecho a nada. Aprender no era más que un absurdo pensamiento de niña, algo irreal. Los hijos y las hijas de la marquesa tenían un preceptor, y aun así solo querían jugar. ¿Qué estaba mal en mí? Todo. Giré la mano, que tropezó con un pequeño guijarro de color negro. Lo apreté fuerte, su borde cortante me rajó la palma de la mano, de la que brotaron unas gotas de sangre.

Como un pacto con el demonio.

Como si fuera la piedra filosofal que cada alquimista busca, pero al revés. La piedra filosofal transforma los metales en oro, lo malo en bueno. Esa piedra volvió negra mi alma.

Excusas, solo son excusas.

Yo ya nací con el alma negra, la alquimia sucedió en el vientre de mi querida madre, o incluso antes, quién lo sabe.

Pero hasta aquel momento aún conservaba algo de inocencia, o de ignorancia, o de esperanza.

Me levanté del suelo, sacudí mis ropas. Salí de la calle a tiempo de evitar que me atropellara un carruaje de caballos, siempre circulan deprisa, con poco respeto. Guardé el guijarro en el mismo sitio donde había guardado mis ilusiones, quemadas en aquel hornillo. Aún no entiendo cómo pude comportarme de forma tan necia.

Recogí la cofia y me la coloqué.

Volví a entrar en la farmacia. Volví a esperar el momento, volví a colarme entre el mostrador y la estantería y a entrar en el laboratorio. El corazón me protestaba en el pecho, fuerte.

Fue algo muy rápido, por la cuenta que me tenía. Entré, cogí uno de aquellos libros, salí, corrí por las calles del Faubourg Saint Germain, lejos, muy lejos, con el peso del *Tratado de química* entre mis brazos, haciéndome, por fin, feliz.

*D*ri estaba preparado para el estreno. Había afinado el *cello* aunque no hiciera falta, había dado colofonia a la crin del arco. Respiró hondo. No, no le importaba que la diva estuviera acomodada en el palco al lado de su hermano, vista su actitud. No debía importarle nada de esa mujer, y, sin embargo, lo daría todo por que fuera solo suya.

—«Cambias en chanzas el dolor y el llanto, en burlas los sollozos» —murmuró la letra de *Vesti la giubba*, una de las canciones más tristes del mundo, que al cabo de un rato entonaría su tenor, Giulio—, «¡ríe, payaso, de tu amor destrozado! ¡Ríe del dolor que envenena tu corazón!»

Era la hora; como recitaba Canio, debía prepararse para el espectáculo, porque la vida continúa, pase lo que pase hay que seguir adelante. ¿Que se queda uno ciego? Adelante. ¿Que uno se enamora de quien no debe? Adelante. Pasó la mano por el mástil del *cello*, de madera de ébano. Escuchó la señal de Massimo, y se dejó llevar por el olvido que le proporcionaba la música.

Estaban todos en el palco, menos la *nonna*, que desde que el *nonno* murió en la epidemia de cólera no salía de casa a no ser que fuera por causa mayor. Senta ni siquiera lo había llegado a conocer, había muerto un año antes de su boda con Carlo. Qué vergüenza, ¿para qué iba al teatro, para ver cómo su marido se comía con la mirada a esa tal Flavia? ¿Qué pintaban ella y su padre en el palco de la familia? ¿La razón era que trataba las dolencias de Dri? No había visto ninguna mejoría en él.

Senta se había arreglado con esmero. Se había puesto un precioso vestido de encaje, de color verde oscuro, decorado con pequeñas rosas

blancas. Se había pintado los labios con carmín. Y resultaba que su marido ni siquiera se había enterado. ¿Es que una mujer tenía que soportarlo todo? Había tenido que casarse con él, pero le había parecido bien, porque ella disfrutaba con la música, sabía tocar el piano, dominaba el lenguaje musical. Pensó que un hombre como Carlo, que dirigía un teatro, que viajaba por toda Europa, sería una persona con una mentalidad moderna. Pero era así solo para su conveniencia, como ahora. Bígamo.

Esa muchacha con pinta de mosquita muerta parecía disfrutar mucho. Miraba con atención las pinturas del techo, el patio de butacas ya lleno, el foso de la orquesta y el telón rojo que acababa de alzarse. Era elegante, llevaba el corsé tan apretado que no debía poder respirar. Se desmayaría, y su marido correría a atenderla con exquisita solicitud.

Tendió la mano hacia Mario, que se la estrechó. Sentado en la butaca a su derecha, representaba el papel de adulto, tan formal, tan serio. Un poco más allá, la *mamma* parecía escuchar la música con atención. También ella la tenía preocupada. Esos últimos días estaba diferente. Con un aire más… ¿abstraído? Parecía tener la cabeza siempre en otra parte. Se ocupaba menos de la limpieza, dejaba la cocina en manos de María cuando antes lo supervisaba todo. De vez en cuando la sorprendía mirando a lo lejos por la ventana, hacia el volcán. Quizá solo se tratara de que echaba de menos a Fabio, pero, si era así, ¿a dónde iba cada mañana, sin dar explicaciones? No era propio de ella. Senta negó con la cabeza.

Y luego estaba Dri. Desde el palco, al lado del escenario, se divisaba parte de la orquesta. Lo veía a él, justo a la derecha de Massimo. Cuando tocaba, se transformaba. Cerraba los ojos, ponía ese gesto de concentración. Parecía que bailaba con el *cello*.

Sintió que el calor le teñía las mejillas. Porque siempre soñó que, en vez del *cello*, entre sus brazos estaba ella. Que la abrazaba con esa delicadeza, que movía las manos por su cuerpo. Le apoyaría la cabeza en el pecho para escuchar los latidos de su corazón, estaría tan cerca de él que sabría lo que pensaba sin necesidad de palabras.

No tenía nada que reprocharle a Carlo.

Ella era mucho peor que su marido.

El médico, sentado a su izquierda, se removía en su asiento. No parecía cómodo.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó.

—Sí. —Carraspeó—. Hacía mucho que no iba a ningún teatro. Se me hace extraño.

A George le temblaban las manos. Se había olvidado de su propósito al acudir a la representación: hablar con Senta para que fuera a su consulta, aunque él no era lo que se dice un especialista en

ese tema. No se acordaba de nada. Delante de él tenía otra vez a Isabella, su amada, vestida de princesa Isolda, como la primera vez que la vio de cerca, en aquella fiesta de Lord John Gant, a las afueras de Londres. Tan delicada, única y hermosa como una orquídea. Cerró los ojos, los volvió a abrir. No logró que la imagen desapareciera, a pesar de que no coincidía ni la ópera, ni la voz, ni nada. Ella cantaba acompañada de un piano el aria *Liebestod*, el epílogo de *Tristán e Isolda*, que relata cómo Isolda se abandona al infinito de la muerte sobre el cuerpo ya inerte de su amante. Debió darse cuenta de que no era un buen augurio enamorarse con esa tristeza, de que ese ángel no era de este mundo, de que tarde o temprano él no sería suficiente para su anhelo.

Sacudió la cabeza. No era el momento, debía concentrarse en lo que tenía delante o quedaría en ridículo ante aquella familia tan amable.

—Voy a salir un momento, ahora vuelvo —le comentó a Senta.

—Luego voy yo también.

Porque estaba viendo cómo su marido intentaba cogerle la mano a la mediquilla. Delante de su hijo, por el amor de Dios. Se sentó un momento en la butaca del doctor, extendió la mano y le pegó un pellizco en el brazo.

—¡Ay! —casi chilló Carlo.

Flavia giró la cabeza hacia él, asombrada.

—¿Qué pasa? —susurró—. Déjame escuchar, es muy bonito.

—Perdón.

Carlo lanzó una mirada de advertencia hacia su mujer. Se encontró con los ojos grises y furiosos de ella.

—Haz el favor de comportarte —Senta le murmuró al oído—. Si no por mí, por tu hijo. No me avergüences.

—Pero ¿qué dices, mujer? No tengo ni idea…

—Calla, no me enfades más. Nunca pensé que sufriría tal humillación. Mira, ya vuelve George, salgo un rato a tomar el aire, si no, voy a estallar.

Cuando Senta entró en el palco de nuevo, salió la *mamma*, porque en vez de escuchar la música le había dado por pensar en qué estaría haciendo Fabio en el país de los negros y de los mosquitos. El otro día había recibido la primera carta, por lo menos sabía que había llegado sin percances. Ojalá eso fuera todo, pero no, porque ahora ella ocultaba también un secreto. Se había atrevido, sí. Cada mañana se arreglaba, se acercaba a esa casa grande con la fachada gris. No se arrepentía, pero le entraban sudores de solo pensarlo, ¿qué pensaría su familia si se enteraba? Sacó el abanico y no lo volvió a guardar en toda la representación.

También Flavia salió un momento a despejarse. No le resultaba

grato el comportamiento de Carlo. Su padre se enfadaría y no permitiría que Carlo regresara a la villa, lo que conllevaba separarla del teatro ahora que por fin había conseguido aproximarse. Y eso no podía permitirlo. Cuando regresó al palco, tan bonito con esos relieves dorados en las paredes, cambió de sitio. Se sentó al lado de la madre de la familia, así podría disfrutar tranquila de la música. Acarició el terciopelo rojo de la butaca y miró al escenario, donde Canio entonaba su aria, *Vesti la giubba*. El primer acto tocaba a su fin.

Tras el entreacto, la orquesta interpretó el *intermezzo* de *Cavalleria Rusticana*. Había teatros en que ambas, *Cavalleria Rusticana* y *Pagliacci,* formaban parte del mismo espectáculo, pero Fabio, en este caso, había elegido representar solo *Pagliacci*, incluyendo ese guiño a la maravillosa composición de Mascagni.

Carlo, de vez en cuando, echaba una ojeada a su Colombina. ¿Se habría enfadado, igual que Senta? Se tocó el bolsillo del chaleco, tenía un cigarro, ¿solo uno? Parecía que sí. Salió al pasillo como habían hecho los demás. Se acercó a la ventana, ya era de noche. Encendió el cigarro, le dio un par de caladas, pero ni le apetecía. Echó una ojeada a la puerta del palco. Ojalá apareciera Flavia, la tomaría por esa cintura que casi podía abarcar con las dos manos y la pegaría a él, para no separarse jamás. Apretó los puños, ¿acaso estaba loco? Sí, lo estaba.

La *mamma* no podía creer lo que veía. ¿Qué tenía su hijo con esa mujeruca? Se abanicó más fuerte aún. ¿Ni siquiera podía disimular delante de Senta? Observó a su nuera, guapa y elegante con ese vestido. Una dama educada, con esa cara finita de actriz. Lo que cualquier hombre desearía. Y, sin embargo, a su Carlo no le bastaba. Suspiró. Era el primogénito, le habían dado todos los caprichos, todo lo que ellos, en su infancia, no habían tenido. Y él nunca estaba contento, siempre quería más. No como Dri. De pequeño era un niño feliz. Pero luego ocurrió aquella cosa terrible, perdió la vista, y con ella se fue su buen humor. No podía culpársele. Menos mal que era tan independiente, tan seguro. Otro se habría quedado en el palacete de la Riviera di Chiaia y no habría vuelto a salir. Él, a pesar de su ceguera, nunca tenía miedo. No como ella.

Carlo ya volvía, justo para contemplar cómo Canio apuñalaba a su mujer, por celos, y luego al amante. A la *mamma* un escalofrío le recorrió la espalda. Cruzó los dedos. Nunca salía nada bueno de esos asuntos de faldas, ojalá la sangre de San Genaro los protegiera de la desgracia.

Dri dejó el *cello* apoyado en su pecho. Sacó el pañuelo del bolsillo de la chaqueta, se limpió las manos y el escaso sudor de la frente. Había acabado la primera representación de *Pagliacci*. La vida continuaba, sí, el tiempo seguiría desgranando su letanía infinita.

Estaba cansado. Escuchó alejarse los pasos de los músicos, algunos rápidos, otros parsimoniosos. El público desalojaba el teatro, con su ritmo lento de siempre.

—Enhorabuena, Dri. —Massimo se acercó a él—. Ha ido todo muy bien, el teatro estaba casi lleno.

—Qué fortuna.

—¿Te ayudo con el *cello*? Te dejo el estuche y el bastón a tu derecha.

—De acuerdo. Me voy ahora. ¿No está Luca por aquí?

—No lo veo.

—Qué raro. Se habrá dormido en el despacho de Adolfo.

—Sí, es extraño, no se pierde ni una. ¿Irás a la fiesta del estreno?

—Me iré a casa. Estoy cansado. —¿Qué ganas iba a tener él de ir a ninguna fiesta? Ya de por sí le aburrían—. Tú vete y disfruta.

—Bien. Mañana nos vemos, descansa.

—Lo haré. —Desde luego que sí. No pensaba regresar al invernadero en un largo tiempo.

Colocó el *cello* en el estuche. Le pesaba más que nunca. Arrastró los pies hasta su despacho, se encerró en él. Le daban ganas de quedarse allí, sin tener que soportar a nadie, hasta la siguiente representación.

Pero se oyeron dos golpes nerviosos en la puerta.

—¿Adriano, me oyes? ¿Estás ahí?

—¿Adolfo?

—¿Está Luca contigo?

¿Por qué estaba tan alterado? Dri se dio prisa en abrir.

—No lo he visto desde antes de la representación.

Adolfo movía la cabeza de lado a lado, respiraba deprisa. Dri pudo oler su preocupación.

—No lo encuentro. ¡No está en ningún sitio! Ni en ninguno de los despachos, ni en los vestuarios, ni en el sótano con los decorados antiguos, ni entre bambalinas, ni en los camerinos, ni… ¿Se lo habrán llevado?

—¿Quién se lo va a llevar? No digas eso. Se habrá quedado dormido en alguna parte.

—¿Cuándo se ha quedado dormido Luca? ¿En qué momento te deja solo cuando acaba la ópera?

Nunca. La palabra le cayó encima como la puñalada de Canio. Nunca.

—Alguna vez tiene que ser la primera. —La voz le salió demasiado ronca.

—Hay que encontrarlo.

—¿Los demás ya se han ido?

—Creo que sí. Solo tu familia te espera en la entrada.

—Tío, ¿pasa algo? Estamos en la entrada, sí, pero ¿dónde está Luca?

Mario, pálido, apareció en la puerta del despacho. Desde el pasillo, lo había escuchado todo. Conocía al pequeñajo, le gustaba perderse con él por ahí las pocas veces que acudía al teatro. Al principio de la representación estaba como siempre, serio en su pequeño traje de acomodador hecho a medida. Tan orgulloso.

—Mario, ven —pidió Dri—. Dame tu brazo y vamos a buscarlo.

Era un pequeño cuerpo, perdido en un teatro tan grande. ¿Se habría escondido, jugando? No era propio de él. ¿Estaría enfermo? O, acurrucado en cualquier rincón, se habría dormido con el sueño impasible de las criaturas. Sí, se trataría de eso, seguro.

—Vamos, pequeño —murmuró—. Despierta.

—¡Luca! —gritó Mario—. ¡Luca!

Recorrieron toda la parte de atrás del teatro, pero nada. Su voz retumbaba en aquellos muros de piedra, pero el niño no los escuchaba.

Aparecería, seguro, no podía ser de otra manera. El miedo de Adolfo cada vez olía más fuerte, el de Dri también.

—Vamos al patio de butacas y a los palcos, ¡deprisa! Mario, voy solo, dile a la familia que nos ayude.

—Eso es absurdo, tío, no ves. Ven conmigo y luego seguimos.

No veía, pero podía gritar ¡Luca! Hasta quedarse sin voz. El pequeño lo oiría, seguro, se despertaría, volvería con ellos. Aun así, le hizo caso. Fue con él, avisaron, pronto las voces de todos formaron un

coro macabro que resonaba en el teatro.

Sin ningún resultado.

Luca había desaparecido.

Al cabo de un rato se reunieron en el vestíbulo, incluidos Flavia y el doctor.

—George, no se vaya, por si acaso —rogó Dri—. Le ha tenido que suceder algo.

—Hemos buscado por todas partes, y no está —afirmó el doctor—. ¿No se habrá escapado?

—Dice eso porque no le conoce. —La voz de Adolfo sonaba trémula—. Nunca haría algo así.

—¡Ahí! —señaló Mario, que deambulaba por el vestíbulo—. Lo veo. Detrás de las plantas.

Dri frunció el ceño. En el vestíbulo tenían tres enormes macetas con aquellos ficus, a su padre le había parecido que darían un toque acogedor y diferente a la entrada del teatro. Pero estaban pegadas a la pared. ¿Podía el pequeño haberlas movido? ¿Con qué motivo?

Adolfo suspiró. Era verdad. Los zapatitos del crío apenas asomaban por el lateral. Quizá las habían apartado un poco de la pared para poder limpiar, por el estreno, y luego se habían olvidado de colocarlas de nuevo. ¿Estaba dormido? Se acercó. Las abundantes hojas no le dejaban ver nada. El público habría pasado por delante sin percatarse de la presencia del niño. Se asomó por el lateral. Tampoco lo veía bien.

—¿Luca?

Mario se aproximó también.

—Déjame a mí, que soy más delgado y quepo mejor. ¡Pues sí que duerme! ¡Mira que no despertarse!

Él sacaría al canijo de detrás de las plantas. Cómo se le habría ocurrido meterse ahí, qué cosas tenía.

Se asomó. El hueco mediría dos palmos, tres como mucho.

—¿Luca? —llamó—. Canijo, sal de ahí, te estamos buscando todos.

Le tocó con el pie. No se movía.

—¿Te saco yo? No te asustarás, después de la que has montado, ¿verdad?

Se agachó, metió las manos y le agarró los dos tobillos. Tiró de él.

Cuando lo vio mejor, lo soltó de repente. Dio dos pasos atrás, cayó al suelo, sentado. Negó con la cabeza, se pasó las manos por la cara.

No podía ser.

¿Estaba soñando? Se pellizcó, pero no consiguió despertarse, aquello no era real, se trataba de uno de esos sueños que salen de debajo de la cama o de dentro del armario, como esqueletos fríos te soplan en el oído y, cuando logras despertar, siguen ahí, haciéndote temblar durante largo rato.

Intentó hablar, pero no podía, señal de que solo era eso, un maldito sueño.

Adolfo no lograba respirar. Algo se le clavaba en la garganta, ¿qué era? Carraspeó, pero no se lo podía quitar, estaba ahí, lo ahogaba. Sacudió la cabeza, no, no podía desmayarse, su pequeño necesitaba su ayuda. Se acercó a él, completó el trabajo que Mario no había podido hacer.

Se arrodilló al lado de Luca, gimió.

—Mario, ¿qué pasa? —preguntó Dri.

La *mamma* se acercó a él, lo cogió del brazo.

—*Mamma*?

Solo se oía el llanto de Adolfo, cada vez más alto.

Mario se levantó y se abrazó con fuerza a Dri.

—¿Qué le ha pasado al niño? —interrogó de nuevo.

Mario se secó las lágrimas, se tragó el frío, que le bajó hasta el estómago. Quería contestar, su tío tenía derecho a saberlo.

Mientras, el médico intentaba encontrar aunque fuera un único latido en el maltrecho cuello de Luca.

—Tío, te lo voy a contar. ¿Lo quieres saber?

—Por favor.

—Estaba escondido detrás del macetero de piedra, ese rectangular pintado de amarillo y gris, como el teatro, las hojas verdes del ficus lo tapaban por completo, pero yo paseaba, y vi la punta de los zapatos, ¡solo eso! Solo la punta. Intenté sacarlo, tiré un poco de él, y entonces le vi la cara. Y las manos. Sé que no está dormido. No está dormido, no lo está. ¡Tiene sangre en las manos! Miraba como hacia arriba, pero ya no ve nada. ¡Nada!

—Doctor, ¿qué hace? —preguntó Dri. Estaba desorientado, no sabía a quién tenía delante, ni qué estaba sucediendo, *cazzata*, maldita oscuridad—. ¿Carlo?

—Sí —respondió con un hilo de voz.

—Llévate a las mujeres y a Mario a casa, por favor. Nos quedamos Adolfo, el doctor Norris y yo. Es suficiente.

—Quiero ayudar —imploró Mario—. Por favor.

—Mario, ven conmigo —ordenó Senta.

—No. ¡Me quedo! Era mi amigo.

—Déjale. —Carlo tomó del brazo a la *mamma*—. Ya es casi un hombre. Vámonos. Flavia, venga con nosotros. No se puede quedar sola en su casa después de este acontecimiento.

—No estará sola. El aya la acompañará, por favor, llévenla a Vomero —pidió el doctor.

—Sí, preferiría ir a mi casa. —Flavia se retorcía las manos—. Disculpen las molestias.

—De acuerdo, la llevaremos. —Carlo y las mujeres se dirigieron a

la salida—. Vaya noche.

Adolfo no dejaba de sollozar al lado de su pequeño. Sujetaba una de sus manitas, la que no estaba mutilada, ya fría. A la otra, la derecha, le habían cortado el dedo pulgar. ¿Qué clase de monstruo pudo hacer algo semejante? Le dolía como si le hubiesen arrancado el corazón de cuajo. ¿Qué le había pasado a su niño, por qué? Si esa misma tarde correteaba a su lado por el escenario.

—Mario, tráeme una silla —rogó Dri. Las piernas le temblaban tanto que no le sujetarían mucho tiempo de pie—. George, ¿puede decirnos algo?

—El pequeño ha sufrido una muerte violenta, sin duda. —Dejó al descubierto las marcas rojas de la garganta—. Alguien le ha… apretado el cuello hasta quitarle la vida.

Mario llegó justo a tiempo, Dri se sentó. Su cuerpo se había vuelto de plomo.

—Eso es imposible. —Adolfo tomó aire, ¿se le entendía al hablar? Si no podía parar de llorar—. Nadie le haría daño, ¿no lo ve? Mi niño es bueno, mire la cara que tiene, tan plácida, la boca un poco abierta, mírelo otra vez, porque se ha equivocado.

—Lo siento mucho. —El doctor le tocó el hombro—. A veces, las caras engañan. Las marcas de su cuello no conducen a error. Y luego… le han cortado el pulgar de la mano derecha. Increíble. Tiene… manchada la ropa.

—No. —Adolfo se negaba a creerlo, era imposible, ¿matar un niño, ahí, en el teatro?—. Se ha tropezado y se ha caído, pobrecito. Pobre, mi niño.

—Es absurdo. —Dri se limpió los ojos con rabia—. No tiene sentido. ¿Quién iba a hacer algo así?

—Tío, es verdad. Tiene marcas rojas en el cuello, como de dedos. La cara está un poco azul. Tiene puntitos en los… ¿Qué hacía con las manos cruzadas sobre el vientre? ¿Se las han puesto así, después de…?

—Mario, por favor, déjalo. No necesito que me lo cuentes todo. Hay que llamar a la policía.

—Iré yo. —El doctor se incorporó, se limpió las manos en la chaqueta y se puso en camino—. Volveré enseguida.

La puerta retumbó como otro sollozo en los altos techos del vestíbulo. Dri se levantó como pudo, arrastró esos pesados pies hacia Adolfo. Extendió los dedos para localizarlo, cuando lo encontró se sentó en el suelo, a su lado, muy cerca de Luca. Se tapó la cara con las manos. Maldita vida, que se ríe de todos. Quizás hubiera sido mejor para el pequeño continuar en la calle, pasando hambre: seguiría respirando, sonriendo, refrescándose los pies descalzos en el Tirreno.

Los pasos de Mario sonaban como los segundos de un reloj gigante. Uno, dos, tres. ¿Cuánto hacía que había salido el doctor? ¿Una hora, toda la noche? ¿Cinco minutos? Adolfo se había secado los ojos, aunque no paraba de gemir. A Dri un sudor frío le recorría la espalda. ¿Tenía algún sentido lo ocurrido? ¿Algo así podía ser real? No. Estaban interpretando una ópera trágica, en breve la representación se acabaría, Luca se levantaría de esas baldosas heladas y le ofrecería su hombro, como siempre. Sacudió la cabeza.

—Lo mataré —afirmó Adolfo—. Encontraré a quien ha hecho esto y acabaré con él. No se merece otra cosa.

Dri le puso la mano en el hombro.

—Te ayudaré.

—Y yo —afirmó Mario—. He encontrado…

El sonido de la puerta interrumpió al muchacho.

Dos hombres vestidos de uniforme azul acompañaban al doctor. Dri se puso de pie, le tendió la mano a Adolfo, que la estrechó y, con su ayuda, se levantó también.

—Buenas noches. —El olor a ajo del aliento de aquel hombre le llegó a Dri como una bofetada de realidad—. Soy el inspector Capodimonte. Rossi —se dirigió a su compañero—, echa un vistazo. Veamos. ¿Ustedes son?

—Adriano Dellanotte. —Le tendió la mano. La del inspector era fría y húmeda, como una serpiente—. Me acompaña Adolfo Parisi, mi director de escena. El chico es mi sobrino, Mario.

—¿Adolfo Parisi? ¿El cantante aquel? —El inspector movió su bigote, que, como el de un gato, constaba de varios pelos largos que apuntaban en todas las direcciones.

—El mismo.

—Vaya, vaya. ¿Y la víctima qué tiene que ver con ustedes?

—Varón de unos seis años —recitó Rossi—, muerto por estrangulamiento.

—Siete. —Adolfo apretó la mandíbula. ¿Qué gendarmes había encontrado el doctor? ¿No había otros mejores? El tal Rossi tenía la cara tan blanca que parecía que no hubiera salido de la comisaría en su vida—. Luca era mi… Era como mi hijo.

—¿Como su hijo? —Capodimonte apuntó hacia él con su prominente nariz.

—Eso he dicho. El niño era huérfano. Apareció en el teatro hace casi dos años, asustado y famélico. Desde entonces está conmigo.

Estaba. Adolfo se limpió los ojos con la manga de la chaqueta, ya húmeda.

—¿Quiénes eran sus padres?

—No lo sé. Nunca me lo dijo.

—Puede que tuvieran cuentas pendientes y se las hayan cobrado con él. ¿Usted es el hijo de Fabio Dellanotte?

Dri notó otra vez ese aliento en su cara.

—Lo soy.

—¿Me cuenta qué ha pasado?

—No lo sé. Antes de la representación, el niño estaba bien. Cuando acabó, no éramos capaces de encontrarlo. Lo buscamos por todo el teatro, hasta que apareció ahí, detrás de las macetas.

—¿Cuánto hace que se fue su padre, Fabio?

—Algo más de dos meses. ¿A qué viene eso, inspector?

—¿Por qué se fue?

—¿Tiene relevancia para el caso?

—Puede que sí. Ya sabemos que ustedes tienen algo que ver con la Società.

Cazzata. Otra vez el maldito tema.

—Nosotros no tenemos nada que ver con la Società. Nunca hemos tenido tratos con ellos.

—Ya, ya. Hay muchos muertos en esta ciudad debido a ella, ¿verdad? Yo creo que este es uno más. ¿A dónde ha huido su padre, de qué se esconde?

Sabía perfectamente dónde tenía la cara ese personaje. Podía lanzar el puño y partirle la nariz en un segundo. Pero no lo hizo.

—¿Va a investigar la muerte del niño o no? —Su voz sonó ronca.

—¿Qué cree que estoy haciendo?

Dri notó el olor a ajo aún más cerca. El inspector había pegado la cara a la suya. Si no fuera porque eran conocidos en Nápoles, podría pensar que no se había dado cuenta de que estaba ciego.

—Mi padre ha partido a las colonias para fundar otro teatro. No tiene nada que ver con la Società ni con nada parecido.

—Eso dice usted.

—¡Lo digo, sí! No sé quién ha podido hacer… eso, pero sé que no es debido a mi padre.

—Bien, lo veremos. Estaré muy pendiente de ustedes, no se me escapará nada, se lo aseguro. Rossi, ¿ha tomado nota de todo?

—Sí, inspector.

—Bien. ¿El dedo que le falta al niño ha aparecido?

—No lo hemos buscado —dijo Mario—. Lo buscaré.

—Búsquelo, Rossi.

El policía, acompañado de Mario, miró con atención alrededor de las plantas, en la tierra de las macetas, por todo el vestíbulo.

—No está, inspector.

—Se lo habrá llevado, entonces. Nos vamos. No hay nada que hacer aquí.

El inspector se dirigió hacia la puerta.

—¿Cómo que no hay nada que hacer aquí? ¿Es que no me va a preguntar nada más? ¿Ni tampoco al médico? ¡No fastidie! —Dri alzó la voz, se acercaría a ese aliento de ajo, lo cogería por la casaca azul de policía, ¿qué tenía de policía, el traje?, y lo estamparía contra la pared.

Capodimonte se giró hacia él una última vez antes de irse.

—Usted y yo sabemos de qué se trata esto. No me enfade, o lo meteré entre rejas.

Dri caminó hasta la pared para asestar allí el puñetazo que no le había dado a ese personaje. ¿La Società? Lo único que sabían de ella era que nunca mataría en su teatro porque Alfano consideraba que tenía una deuda con ellos, nada más. Y que, a raíz de aquello, el negocio había comenzado a ir bien. La gente acudía a las representaciones. Dri apretó la mandíbula. ¿Había algo más? ¿Algo que él no sabía?

—Tío, he encontrado una cosa. —Mario le puso la mano en el hombro—. No lo he dicho porque ese ridículo ha empezado a hablar mal del abuelo. Bajo la chaqueta de Luca había unos papeles. Se le han caído cuando Adolfo ha tirado de él, pero yo los he encontrado.

—¿Qué?

—Mira, los tengo aquí. No sé qué ponen, están en otro idioma.

—Adolfo, ¿puedes ver qué son?

—¿Cómo vamos a encontrar al asesino? —El director de escena se sentó en la silla que antes había ocupado Dri—. Adriano, ¿ha sido la Società?

—Te aseguro que no. Ese hombre no sabe nada de nosotros. —¿Y él? ¿Lo sabía todo de su padre? Tampoco—. Lo encontraremos, aunque tenga que ir a hablar con el mismísimo Enrico Alfano si hace falta.

—Toma, Adolfo, a ver si los puedes leer. —Mario le tendió los

papeles.

Los tomó. El director de escena pestañeó dos, tres veces, para aclarar la vista. ¿De dónde había sacado Luca aquellas hojas tan blancas, escritas a mano con una letra redonda, regular y elegante? Parecían antiguas. ¿Qué ponía? No conseguía entenderlo bien.

—No puedo. Creo que es francés. Entiendo algunas cosas, pero no todo.

—Ejem. —El doctor, que hasta entonces se había quedado al lado de las macetas, como una planta más, se acercó a ellos—. Nací en París, quizá pueda ayudar.

—Adelante. —Adolfo le pasó los papeles.

George comenzó a leer.

—Parece… No sé. Tiene pinta de ser un manuscrito un tanto antiguo.

—¿Lo entiende? ¿Puede leérnoslo? —pidió Dri.

—Lo intentaré.

La voz del doctor comenzó a desgranar aquellas palabras escritas con pluma y tinta.

Me había perdido, y París amenazaba con anochecer: en enero, la noche se apodera de demasiadas horas. Al fin y al cabo, no estaba demasiado acostumbrada a salir sola por la ciudad. Pero no me importaba demasiado: tenía aquel libro. Un libro de pastas de un fino cuero marrón con el nombre del autor grabado en el lomo. Lo abrí, acerqué la nariz al papel. Olía un poco a la farmacia. Aspiré fuerte, como si pudiera respirar todas aquellas letras, como si tuvieran la facultad de convertirme en alguien valioso.

En la primera página había un grabado. Precioso. Dos círculos sobre una cortinilla. En uno de ellos la mano del creador sujetaba un orbe, y bajo él se podía leer: «*Superius et inferius idem*». No sabía qué quería decir eso. En el otro, la cabeza de un león parecía devorar la de un dragón, entre ambos la cara de… ¿qué era, un ángel? Me miraba, y bajo ella la del sol, ¿por el rey? Leí las letras enmarcadas por la cortinilla: «Tratado de química, método fácil para aprender todas sus necesarias preparaciones. Por Christophler Glaser, farmacéutico del rey.»

Me reí.

Mi risa siempre ha sido extraña, silenciosa, y no sé si por ese motivo, escasa. Pero en ese momento, me reí.

Hasta que me interrumpió aquel chiquillo, en esa calle desconocida y demasiado solitaria. ¿Dónde estaba? El niño tendió su mano vacía hacia mí.

—Tengo hambre —musitó—. Por favor, dame algo.

Era muy pequeño, su estatura no sobrepasaba mi cintura, la muñeca casi tenía el diámetro de uno de mis dedos. Me tiró del delantal de forma tan leve que apenas lo noté.

Ese valía menos que yo.

No sé lo que me pasó entonces. Metí la mano entre mis ropas y toqué el guijarro negro, la piedra de la Bestia, el año de la Bestia.

El pequeño me miraba con unos ojos enormes y expectantes, azules como los del niño del Hospital de Dieu. Tenía el pelo rubio rapado, con alguna calva causada por la sarna. Pobrecito. ¿Qué vida le esperaba? ¿Qué vida estaba

teniendo, tan pequeño como era, tan frágil? Ningún ser debería pasar por eso. Lo tomé de la mano, comenzamos a andar. Miré a mi alrededor. Había una casa medio derruida que no tenía puerta. Se dejó conducir sin una sola protesta. Entramos para quedar a cubierto de la calle, lo puse contra el muro. La escasa claridad del atardecer penetraba por las grandes grietas del techo, directo hacia esos ojos, inmensos en su pequeño y flaco rostro. Tosí, había tanto polvo… Puse mi querido libro en el suelo, un poco más allá. Cogí al niño por la barbilla, lo obligué a mirarme. Temblaba bajo mis dedos. No sé por qué no huyó.

Pero yo no era más que una cría sin experiencia. ¿Qué iba a hacer con ese manojo de miedo que tenía sujeto contra la pared? Reí otra vez. Me dio la sensación de que, si lo soltaba, se caería al suelo; de que solo con un soplo podría matarlo. Qué aburrido, ni un ápice de resistencia. Puse la otra mano sobre su pecho. Su corazón latía, latía, latía. Colocó una manita en mi brazo, ¿se quería librar con ese escaso ímpetu? Qué gracioso. Acerqué mi cara a la suya. Respiré el mismo aire que él. Mi mano bajó apenas, de la barbilla al cuello. Apreté un poco. Luego un poco más. El corazón pareció desbocarse, por un momento creí que se le había salido del pecho y que ahora aleteaba como un polluelo entre mis dedos. Aflojé, quería saborear un poco más ese último aliento, el que yo le permitía. De mí dependía que viviera o no.

Solo de mí.

Volví a reír.

Su mirada azul se llenó de agua. Como si adivinase lo que yo había decidido para él. Solo le hacía un favor, lo liberaba del sufrimiento de una vida andrajosa. Lo redimía.

Apreté un poco más, casi pegué mi boca a la suya, aspiré fuerte el aire que a él ya no le llegaba. Su corazón se paraba en mi mano. Me separé un palmo para ver bien esa mirada turbia, ¿estaría ya observando el más allá, lo que nos espera después? Había bajado tanto la luz que no pude discernir más que sus pupilas oscuras.

Ya no notaba ningún aleteo. El polluelo había cesado de latir.

Cerré los ojos, una lágrima se deslizó por mi mejilla y cayó al suelo.

Otra vez que no había sido capaz de ver nada, ni un leve fulgor, ni un reflejo que me indicara qué podía haber al otro lado del río, ese que todos acabaremos atravesando más temprano que tarde.

Me demoré un par de minutos en aflojar la presión. Lo solté, se deslizó despacio por la pared hasta el suelo sucio. Demasiado fácil, demasiado rápido. Ojalá se hubiera prolongado más. Claro, solo era un niño pequeño, quizá si se hubiera tratado de un hombre, alguien fuerte, a quien la vida le cueste más abandonar… En fin. Había que volver a la realidad. Estaba oscuro y no sabía cómo regresar a la rue Neuve-Saint-Paul. Marie-Madeleine, mi dama, estaría enfadadísima. Debía buscar el Sena, él me señalaría el rumbo.

Dejé al envoltorio bajo el refugio de aquel techo medio derruido, del cielo ahora casi cubierto por unas nubes grises, sus ojos abiertos parecían mirar las pocas estrellas que aún lucían, que ya lucían en aquel extraño atardecer.

El mal, el mal. Ese concepto tan relativo.

Qué fácil fue salir del palco, conducir al niño hasta el vestíbulo, apretar su cuello pequeño. Casi no tuvo ningún aliciente.

El mal no existe, tan solo hay metas que exigen actos concretos. Para mí el mal no es la muerte, sino lo que algunos pretenden para otros: que sean lo que no son. Que renuncien a su naturaleza para su conveniencia.

Dejadme volar. Extenderé mis alas sobre todos vosotros y podréis contemplar mi bella y verdadera alma, porque ahora solo soy una sombra, una marioneta, el mínimo aire movido por un abanico.

Dejadme ser y dejaré de matar.

O quizá no.

Senta sacó la maleta de debajo de la cama. Hacía semanas que la había escondido ahí, para tenerla a mano el día que reuniera el valor suficiente para llenarla de ropa y largarse de esa casa. Una maleta barata de cartón forrado de tela de color gris, con las esquinas rematadas con apliques de cuero marrón y un asa del mismo color.

La dejó sobre la colcha, la abrió. Su interior era bonito, forrado de azul con un estampado de florecillas rosas.

Sacó un vestido del armario, lo dobló con cuidado y lo metió en la maleta. Hizo lo mismo con una falda y dos blusas blancas, con el corsé color crema y con el otro verde claro. Poco a poco la maleta se fue llenando de esperanzas, de sueños, mientras el armario se quedaba vacío.

Carlo las había dejado en casa y se había ido en el coche de la familia junto a la mediquilla, con la excusa de acompañarla. Nada les importaba, a ninguno de los dos, ¿dónde quedaba el decoro de esa mujer, dejándose acompañar a solas por un hombre casado? La ira le encendió el corazón una vez más. Qué noche tan desgraciada, qué sucesos tan aciagos.

Volvió a sacar de la maleta el corsé crema, el verde claro. Las blusas, las faldas, los vestidos. Llenó el armario de rutina, de desamor, de tedio. Cerró la maleta y la guardó bajo la cama.

Nunca se iría, claro que no.

Pasaría su vida prisionera en esa casa, todos los días serían iguales, el último solo se diferenciaría del resto porque no amanecería de nuevo.

Cuando Dri y Mario llegaron al palacete de la Riviera di Chiaia, la *mamma* ya estaba sirviendo el desayuno. Lo podía hacer María, la

criada, pero ella prefería encargarse personalmente de la atención a la familia.

—Sentaos. —Señaló la mesa—. Más vale que comáis algo.

—No tengo hambre. —Aun así, Dri se sentó y se sirvió un café. No se quitaba el manuscrito de la cabeza. ¿Qué significaría? Habían hablado sobre ello durante horas, sin llegar a ninguna conclusión.

—Yo sí tengo hambre. —Mario tomó de una de las bandejas dos *sfogliatelle*. La *mamma* le sirvió leche tibia en una taza de porcelana.

—El niño ya no sufrirá más en este mundo desgraciado —afirmó la *nonna* mientras removía su café—. ¿Habéis averiguado a quién se le ha ocurrido hacer una cosa así en nuestro teatro?

—No sabemos nada. —Dri negó con la cabeza—. La policía dice que ha podido ser la Società. ¿Tú qué piensas, *nonna*?

—Aún recuerdo el día que Enrico Alfano vino a nuestra antigua casa, Dri, ¿te acuerdas de ella? No tenía nada que ver con esta. Vino a verte a ti. Llevabas más de un mes sin levantarte de la cama. Él todavía no era quien es ahora, ni estaba donde está ahora. Y aun así te trajo ese *cello*, ¿de dónde lo sacaría? Alfano no era mucho más alto que yo, pero su cara marcada con la cicatriz del *sfregio* me hizo temblar. El mundo donde él vive está en Nápoles, pero no se parece en nada al nuestro. Su Nápoles es otra, más oscura, llena de cuchillos. Lo malo es que de vez en cuando los dos mundos se mezclan. Si quieres saber si ha sido la Società, o sus enemigos, tendrás que preguntárselo. Ahora le llaman Erricone.

—¡Eso! Vamos a ver a Erricone, ¡yo quiero! —La boca llena de Mario no le impidió manifestar sus deseos con vehemencia.

—¡Ni hablar! —La *mamma* le dio con la mano en la nuca—. Tú a callar y a comer. *Nonna*, no diga esas cosas, no pensará que mi hijo va a volver a ponerse delante de ese hombre, ¿verdad?

Por toda respuesta, la *nonna* alzó las cejas y miró en la dirección del volcán.

—Bien, y ¿dónde busco yo a Alfano?

—Pregúntale al alcalde —contestó la *nonna*.

—¡Adriano! No vas a ir a ninguna parte. No ha sido la Società y ya está.

—No lo sabemos —dijo Mario.

—¡Tú a callar! Acaba de desayunar y acuéstate un rato. Hoy ya nada de colegio, me imagino. A ver qué dice tu madre cuando se levante, creo que está algo indispuesta. Después de lo de anoche no me extraña. —La *mamma* se pasó la mano por la frente—. Nos encargamos nosotros del entierro, ¿verdad?

—Ya lo he dejado dispuesto. —Dri tomó aire—. Aún no puedo creerlo.

—Lo siento, hijo.

—Me acostaré un rato. Necesito descansar un poco para pensar con claridad. ¿Dónde está Carlo?

No hacía ni una hora que había llegado, pero la *mamma* se lo calló.

—En la cama.

Dri asintió. Se levantó, su cuerpo no le respondía, parecía que su sangre se hubiera vuelto arena. Arrastró los pies hasta el lecho, se acostó vestido sobre la colcha y cerró los ojos, pero no pudo dormir.

Al día siguiente, se levantó con la sensación de haberse convertido en uno de esos muñecos de cuerda que siempre hacen los mismos movimientos: caminar, agitar las manos, girar la cabeza. Ojalá fuera de verdad como ellos, para no sentir nada. Pero no tenía esa suerte.

Enterraron a Luca en el mausoleo de la familia, al sur del cementerio de Poggioreale. Colocaron el pequeño ataúd bajo la cúpula de toba, en compañía del *nonno*, y cerraron tras él la puerta de hierro pintada de verde. Dri se quedó unos instantes más con la mano sobre aquella puerta fría. ¿De verdad iban a irse mientras el pequeño se quedaba en esa cripta, encerrado y quieto? ¿De eso se trataba la muerte, de eso se trataba la vida?

—Voy a encontrar a quien te ha hecho esto, Luca, te lo prometo. Pagará por ello —murmuró.

La familia partió al palacete. Él y Adolfo se quedaron con el personal del teatro, habían acudido todos para despedirse del pequeño.

—Adolfo, ¿dónde está Biglietti?

—Sígueme, te llevo hasta él.

Caminaban hacia la salida del cementerio. Dri notaba en la cara el calor del sol de principios de primavera, que se alternaba con el frescor de la sombra de los cipreses. Olía a tierra recién removida, a incienso. Sobre todo, olía a soledad. Se estremeció.

—Señor Dellanotte. —La voz rota de Biglietti le sobresaltó—. Cuánto lo siento. Si yo esa noche hubiera estado más atento, ¡ay, *Santa Madonna*! Quizás el niño no estaría muerto.

Biglietti era un hombre enjuto y canoso, más bien bajo, que lucía un enorme bigote de color blanco. Se encargaba de vender las entradas y dar paso al público. Hacía unos meses que sus manos sarmentosas temblaban más de lo que le gustaba reconocer, pero aún le servían para cobrar los *soldi* correspondientes sin equivocarse nunca.

—No es culpa suya. Era el día del estreno, tenía permiso para asistir a la representación. ¿Se acuerda de lo que pasó esa noche?

—Tengo la misma memoria que a los veinte años, señor Dellanotte. Esa noche atendí al público lo mejor que pude, como

siempre. Saludé a su familia cuando llegó, con ese señor tan elegante y la joven dama que les acompañaba. El niño estaba al otro lado de la puerta, como solía hacer, tieso como una vela. Cuando entró todo el mundo, aún me quedé un rato en mi puesto, por si llegaba alguien más, faltaban tres entradas por vender, había sido un éxito el estreno, quién iba a pensar… En fin, señor Dellanotte, cuando acabó el prólogo cerré con llave la puerta del teatro y me quedé de pie tras la última fila del patio de butacas, en el sitio que suelo ocupar en los estrenos.

—¿Seguro que cerró?

—Sí, señor Dellanotte, por esa puerta no pudo entrar ni salir nadie mientras duró la representación, se lo aseguro. El niño estuvo un poco conmigo, pero ya sabe lo que son los niños, no tienen edad, después de un rato se aburren. Ya no lo volví a ver, ¡*Santa Madonna*! Quién lo iba a pensar. Antes de que terminara la última aria salí a abrir las puertas. No vi nada, ¡se lo juro! Nada de nada. ¿Cómo es posible? Estaba pendiente de las damas con sus sombreros, de los caballeros y de sus comentarios sobre Victor Maurel, que gustó mucho. El público se fue yendo, su familia se quedó a esperarle y al cabo de un rato me dijeron que me fuera también, que ya cerraban ellos. Me fui y dejé al pobre niño acostadito en el suelo, sin saberlo, por la sangre de San Genaro, ojalá hubiera estado pendiente. ¿Quién puede hacer algo así?

—¿Y la puerta trasera?

—También cerrada, señor Dellanotte. También cerrada. No se vaya a colar alguien sin pagar.

Dri asintió con la cabeza.

—Eso quiere decir que quien le hizo eso a Luca estaba en el teatro. ¿Salió mucha gente del patio de butacas durante la actuación?

—Como siempre. —Biglietti se rascó el mostacho—. Quizá menos, por ser el estreno. Salen, estiran las piernas, se saludan entre ellos y vuelven a entrar. Claro, tan cerca de la puerta, donde las macetas, nadie va.

—El asesino fue, con Luca. Pudo ser cualquiera.

—Cualquiera de las setecientas personas, sí, algo más de setecientas personas entre hombres y mujeres.

Incluida toda su familia.

¿Cómo podía pensar eso? Su familia era inocente, no se imaginaba a ninguno de ellos cortando un dedo, apretando el cuello de… No, era absurdo.

Unas pocas nubes se llevaron el sol, el viento húmedo de la bahía se convirtió en otro caminante más, a su lado, sobre el sendero de grava.

El manuscrito secreto

Me llevó un par de horas encontrar el Sena y regresar a la rue Neuve-Saint-Paul. Era muy tarde, ya se habría servido la cena. Me daba igual si la dama se enfadaba, tenía el tratado, me sentía poderosa con el libro apretado contra mi pecho. Debía esconderlo bien, ni Françoise podría saber de él, le parecería imposible que una criada como yo supiera leer en un mundo en el que incluso muchas mujeres de sangre noble no lo hacían.

Había aprendido escondida tras las cortinas de la biblioteca del castillo de Saint-Germain-en-Laye, escuchando las lecciones de los infantes. De noche me levantaba a hurtadillas, caminaba descalza por aquellos fríos pasillos de piedra y me acurrucaba en algún rincón de la enorme sala. Leía hasta que se consumía la vela que solía robar al mediodía en las cocinas. No me importaba el frío.

Nunca me he entendido bien. No sé por qué hago lo que hago, otras mujeres se conforman con sus destinos, que ya están decididos desde la cuna. Yo no. Ojalá hubiera nacido hombre. Al menos, sería más libre, aunque fuera sirviente, y mi afán de conocimiento sería más entendible, menos extraño.

¿Por qué a las mujeres nos está vetado el conocimiento? ¿Quién lo ha determinado así? ¿Es acaso que los hombres temen a las mujeres inteligentes? El rey no. Lo sé de buena tinta. Su amante, madame de Montespan, es una mujer instruida, buena conversadora, aguda de ingenio. Viene de vez en cuando, enmascarada, al caer la tarde, a visitar a La Voisin. Pocas veces, pues prefiere enviar a alguna criada de confianza. La Voisin suministra a media corte, o a la corte entera.

Y están las preciosas, amantes de la literatura, de la poesía y de la buena vida, que se reúnen en sus salones nobles, como madame de Sévigné o mademoiselle de Scudery. Safo, la llaman a esta última. Sí, hay mujeres instruidas en París. Scudery escribe novelas, ¡novelas! Eso sí, muchos las ridiculizan. Da igual, son nobles, se lo pueden permitir. Quizá mi problema no sea ser mujer, sino ser pobre y plebeya.

Entré en la casa por la puerta de servicio. Recibí las malas miradas de los otros criados, ni siquiera se molestaban en bajar la voz para criticarme a mi paso. Los comprendo, claro que sí. A nadie le gusta ver que otros hacen lo que uno no puede.

La marquesa ya estaba en sus aposentos. Llamé con los nudillos a la puerta y entré. Estaba sentada frente a su escritorio, con la pluma en la mano. Al girarse, una gota de tinta cayó al suelo.

—Ah, Ratita. Creí que era Jean Baptiste, o quizás el marqués de Nadaillac. Hoy no esperaba a ninguno, pero quién sabe… Claro, de qué me vale preguntarte dónde has estado. De nada, tú nunca dices nada, ¿verdad? Claro que no. En fin. Por supuesto, hoy no cenarás. —Negó con la cabeza, la cabellera suelta sobre sus hombros se movió con suavidad, pude oler desde la puerta su perfume de violetas—. No puedo consentir que mis criados hagan lo que les da la gana. Mañana pensaré tu castigo, hoy no me apetece. ¡Todo está saliendo tan bien! He recibido una carta de Padre. Su mal no hace más que empeorar. Ven, Ratita. —Dejó la pluma sobre una hoja de papel escrita hasta la mitad—. Ayúdame a desnudarme. Mañana continuaré con la carta.

Me situé tras ella. Mi mano apartó aquella exquisita melena de color castaño que solía despiojar, y comenzó a aflojar el bustier.

—Todo va según lo previsto. Sé con certeza que, de aquí a unos meses, mi fortuna aumentará considerablemente, para lo cual no hace falta mucho, por lo mermada que está. Pennautier será financiero del rey, pero me ha aconsejado mal, muy mal, he perdido mucho dinero debido a él.

Y a las fiestas, y al juego, y a un marido que no hacía más que derrochar. Se levantó y fui consciente de que yo ya era tan alta como ella, aunque para eso no se necesitara mucho. ¿Podía decirse que mi dama era una mujer instruida? Más que muchas. Al menos, tenía una pulcra caligrafía.

Y sabía matar.

Tras el entierro de Luca, Dri se dirigió al teatro. No quiso escuchar las palabras que Adolfo le dedicó al pequeño antes de que comenzara la representación, le resultaba demasiado duro. Adolfo era un tipo valiente: aguantó las lágrimas en el escenario. Él no hubiera podido. Tras la actuación, partió deprisa a casa. Se puso el traje de colores, tomó el bastón de los anillos de cobre, el que nunca usaba porque era como el que llevaban los de la Società, y salió. La noche olía a primavera, la brisa marina se extendía sobre Nápoles como una sábana de seda, fresca, suave.

Qué diferencia con el fuego que llevaba dentro. Esa ira.

Buscaría a Erricone.

Le pediría una explicación.

Se caló hondo el sombrero, caminó Riviera di Chiaia adelante, con el sonido de las olas como música de fondo. Luego se internó hacia las estrechas calles del barrio español, que aún olían a ajo, a *spaghetti*, a jabón de lavar. Algunos de sus habitantes dormían, todos vivían sus vidas bajo los techos pintados de blanco, desconchados por la humedad. Cada uno con sus miserias. Cuántas historias diferentes y, sin embargo, tan parecidas. Quizás el asesino de Luca se cobijara en una de esas casas cuyo aire estaría lleno de gotas de sudor y orín. Quizá se asomara a la ventana y mirara a lo lejos, hacia el teatro.

—Te encontraré —murmuró—. No creas que vas a seguir con tu vida como si nada, después de hacer algo así. ¿Has matado más niños, acaso? ¿O Luca tuvo la mala fortuna de ser el primero?

Era de noche, pero la ciudad no dormía. Los hombres iban y venían, los cascos de los caballos resonaban entre los altos edificios.

—¿Necesita algo, caballero? —La voz de la mujer, algo ronca, le tocó el cuerpo como si fuera sólida. Negó con la cabeza, siguió caminando.

La verdad era que no conocía la manera de encontrar a Erricone. Era evidente que preguntar al alcalde o a cualquiera de los funcionarios que todo el mundo sabía que apoyaban a la organización no parecía una buena idea.

Se suponía que el jefe de la Società era Luigi Fucci, pero solo de nombre. Erricone ostentaba el poder, movía los hilos. Había derrotado en una *zumpata* a cuchillo al anterior Capintesta: Totonno el Papagayo, a pesar de que azuzó su mastín contra él. Y había sido elegido por los doce distritos de la ciudad. Por lo que sabía, incluso había reorganizado la estructura de la corporación. Y ahora había dos Società: la de los empresarios, políticos, gente con influencia; y la de los desgraciados, los que formaban parte de la *malavita*. Daba igual, todos eran asesinos, chantajistas, extorsionadores. Nápoles comenzaba a estar harta de ellos, pero ¿qué se podía hacer?

Se suponía que Erricone se encontraba en algún lugar cerca de la Puerta Capuana. Pero él no conocía esa zona de la ciudad, tan lejos de su casa y del mar. Se movía con comodidad por Merguellina, Chiaia, Vomero, por el Castel Nuovo y el Porto Beverello, por el barrio español y la vía Roma hasta algo más allá del teatro.

Con eso tenía bastante, aunque no ahora, no para buscar al asesino del niño.

Pasó delante de la taberna de los Conti. Con su olor a vino barato y a provolone.

Caminó un poco más, hasta llegar al cruce del Vico Lungo de Gesso con la vía Montecalvario.

Frente a uno de los locales famosos por las timbas que la Società organizaba en él.

La animada calle estaba llena de gente. Borrachos que olían a vino y a *grappa*. Alguna mujer ofreciendo sus servicios. Un grupo de hombres que susurraban alguna mala cosa.

Concurrida, como debía ser.

Se puso en medio de la calle, bajo él la toba volcánica, sobre las casas altas un cielo lejano y oscuro que nadie veía. Apretó con fuerza el bastón. Y gritó.

—¡Maldito Erricone! Querría tenerte delante, te diría cuatro cosas, ¿qué es eso de hacer lo que a uno le venga en gana? ¡Es increíble! *Porca miseria*! ¡Erricone, sal de tu madriguera, sé un hombre y da la cara! ¿Qué es eso de escudarte en tus *picciotti*?

Poco a poco, el silencio se extendió por cada rincón, hasta que solo se le oía a él. Ni los borrachos, ni las putas, ni los de la *malavita* hablaban. Solo él.

—¡Vamos, Enrico Alfano! Parece ser que di la vista por tu vida. Sal ahora de donde estés, ¡da la cara!

Notó que una mano se le hincaba en el brazo con fuerza. Pero ya

no podía parar. Lo dominaba la ira.

—¡Maldita sea! ¡Da la cara, Erricone! ¡Tengo que hablar contigo!

La mano lo arrastró hasta un rincón de la calle.

—¡Venga, Alfano, venga, te estoy esperando!

—Cállese. —La voz era fría como la hoja de un cuchillo. El aliento de ese hombre olía a *limoncello*—. Aún es joven para morir. Por menos, he visto tipos desangrándose en una esquina.

—Y yo he encontrado un niño estrangulado en mi teatro. Un inocente sin culpa. —Ya no gritaba. Apretaba los puños para no golpear al hombre que aún lo sujetaba por el brazo.

—Válgame Dios, ¿y por eso se pone a insultar a Erricone en medio de la calle? ¿Teatro? ¿Es usted de los Dellanotte? He oído algo.

—Soy Adriano Dellanotte. Quiero echarme a la cara a Alfano, quiero que me diga quién hizo…

La calle siguió con su vida. Los borrachos volvieron a emitir sus voces cascadas, las putas sus ofrecimientos.

—Alfano todo lo sabe. O eso parece, en esta ciudad corrompida y harta de muertes. Pero no debe ponerse a gritar así, lo matarán y no conseguirá nada.

—Lléveme ante él.

—Se confunde. Yo no formo parte de la Società. Soy sacerdote.

Dri sacudió el brazo para desasirse y volvió al medio de la calle. Pero el hombre fue detrás.

—Ya le han oído, no hace falta que grite más. ¿Ve aquel grupo de allí? —El sacerdote señaló a cuatro caballeros que los observaban desde el otro lado de la calle.

—No veo nada. Soy ciego.

El hombre alzó las cejas, escrutó la cara de Dri.

—¿Y anda solo de noche, vestido de esa manera? —Negó con la cabeza—. No aprecia su vida. Hágame caso, a estas alturas Erricone sabe que lo está buscando. Váyase a su casa, rápido, si no quiere liarla.

—¡Alfano! —gritó una vez más—. ¡Soy Adriano Dellanotte y te estoy esperando!

—¡Váyase, váyase! —El sacerdote se interpuso entre Dri y uno de aquellos tipos que también vestían traje de colores, que se acercaba con aire amenazador.

Dri apretó su bastón recubierto de anillos de cobre y se alejó, calle abajo, en dirección al mar.

Al pasar por la taberna de los Conti, se detuvo un momento. Y sí, los pasos que escuchaba, algunos metros detrás de él, se detuvieron también.

Reanudó su camino y los pasos le siguieron.

Esperaba que en cualquier momento un puño se le clavara en el

hombro, o un bastón con anillos de cobre le abriera la cabeza; aun así, siguió caminando. Un paso tras otro. A veces despacio, a veces deprisa. El olor a mar cada vez era más fuerte, los sicomoros de la Riviera di Chiaia se mecían con la brisa marina. Los pasos continuaban tras él, siempre a la misma distancia.

Se detuvo delante de la entrada al palacete. ¿Es que el diablo que le seguía no pensaba hacer nada?

—¡Eh! —dijo en voz alta—. ¡Vamos, hombre! Llévame ante Alfano. ¡Aquí estoy! No sé a qué esperas.

Pero los pasos se perdieron entre las gotas de lluvia que comenzaban a caer. Entre el olor a tierra mojada, entre el rumor del aguacero que se llevaba sus pobres esperanzas hacia el mar.

Había sido inútil.

Pero no pasaba nada.

Lo repetiría las veces que hiciera falta.

El manuscrito secreto

No entiendo por qué a la dama le gustaba tanto amarse con Sainte-Croix en el laboratorio. Yo la desnudaba mientras él miraba, y luego se unían de múltiples formas. Me cansaba ser la espectadora de tanta pasión, ¿no hubieran estado mejor en la cama, solos?

De vez en cuando, al acabar tan faustas acciones, se sentaban uno frente a la otra, con una copa de vino en sus manos aún sucias de fluidos corporales.

Aunque a veces conversaban sobre asuntos que me interesaban sobremanera.

—Marie-Madeleine, querida, ayer presencié una de las clases del maestro Glaser en el Jardín Real. Hablaba de la sublimación del mercurio.

En el libro segundo del Tratado se hablaba del mercurio y de otros metales.

—Basta de veros con Glaser, ya os lo he dicho, ¿por qué no hacéis caso? Ya sabéis lo que tenemos entre manos.

—Él habla y habla, del mercurio, del arsénico, de lo que se le ocurre. Sus clases son magistrales. Pero no tiene en cuenta lo que se puede hacer con sus preparaciones. Los medicamentos pueden curar, pero también matar, ¡y lo expone ahí, delante de tanta gente! Sabrá mucho de química, pero poco de la vida.

Mi maestro, Glaser, daba clases en el Jardín Real. Parecía que cualquiera podía asistir. El corazón se me aceleró sin querer.

—No vayáis. Ya sabemos todo lo que tenemos que saber, ¿para qué más? Es demasiado riesgo.

—Soy alquimista, querida. —El amante se levantó, se recogió el cabello moreno en una coleta sobre la nuca y comenzó a andar por el laboratorio—. Este es mi mundo. —Señalaba a cada bureta, probeta, matraz, yo ya sabía el nombre de cada uno de aquellos recipientes, habían pasado algunos meses desde que obtuve el libro y los estaba aprovechando bien—. Mi ambición no es solo fabricar venenos o polvos de belleza. Quizás algún día encuentre el polvo de proyección,

para transformar el cobre en plata, o, mejor aún, la piedra filosofal.

—Antes erais oficial de caballería.

—Cuán impertinente se muestra vuestra lengua a veces, Marie-Madeleine.

—Solo digo que tengáis cuidado. Cuanto menos os hagáis notar, mejor.

—Eso es difícil en esta ciudad en la que todo el mundo está pendiente de todos.

—Y más si os dedicáis a vender, digamos, ¿qué? ¿Malas intenciones?

—¡Y buenas sucesiones! —Ambos rieron—. El lunes que viene volveré. Quiere hablar del arsénico otra vez.

Yo tuve claro lo que debía hacer.

Tenía seis días para planearlo.

Se me ocurrió en aquel momento, lo juro.

Sabía dónde guardaba el amante los viales. Los que servían para mi nuevo propósito estaban en una cajita roja, colocada en un estante a media altura al fondo del laboratorio. Me moví despacio, sin perderlos de vista. Yo para ellos solo era un accesorio útil, no me tenían en cuenta. El amante llenó de nuevo las copas y se sentó. Seguían hablando, no recuerdo de qué, ya no tenía importancia. Me agaché como para ajustar uno de mis zapatos, sin incorporarme avancé entre las sombras que el fuego de la chimenea proyectaba sobre la pared. No me entretuve mucho, enseguida me situé bajo el estante. El amante besaba otra vez a la dama. Con un rápido ademán tomé la cajita, la abrí. Contenía seis viales repletos de un líquido rojizo. Realgar, según Glaser. Arsénico rojo. La marquesa los estaba utilizando, junto a otros con un líquido blanco, para envenenar a su padre. Pobre señor Dreux d'Aubray, con toda su dignidad de lugarteniente del rey, con toda su nobleza de sangre. Alguna culpa tendría si de su semilla nació un retoño tan vil.

Guardé el vial dentro de mi camisa. Cerré la cajita, la devolví a su lugar y regresé al sitio que solía ocupar, cerca de la chimenea. Me senté en el suelo. A esperar, como siempre.

Conseguir ropa masculina de mi talla me parecía más difícil. La dama tenía dos hijas de una edad semejante a la mía, pero los varones aún eran unos críos. Podría salir alguna noche, ¿sería difícil para mí, digamos, eliminar algún muchacho de mi edad para quedarme con su ropa? Consideré utilizar algún cuchillo de la cocina, pero iba a resultar complicado lavar unas prendas manchadas de sangre y que nadie lo notara. La solución me la dio una orden de la marquesa.

—Estás muy perezosa. Hoy acompañarás a Pierre al mercado.

Lo hice. Me valió para darme cuenta de que en algunas casas había ropa puesta a blanquear al sol.

Entre mis obligaciones estaba llevarle una taza de caldo a la marquesa antes de dormir, para enriquecer la sangre. El domingo por la noche lo preparé de una forma especial. Coloqué la taza con el cariño de siempre en la bandeja, me dirigí a sus aposentos. En medio de la escalera tuve que ajustarme la media de la pierna derecha, de tal guisa que dejé un momento la bandeja en el peldaño superior, justo el que solía crujir cuando se pisaba. Apenas necesité un instante para sacar el vial de entre mi ropa y verter parte del realgar en el caldo caliente.

No hace falta mucho para envenenar a una persona. Unas gotas de un líquido bermellón en la comida. Mi propósito no era matarla, con esa dosis no lo hubiera logrado. Solo quería indisponerla lo suficiente para que el lunes no me molestara.

Senta apoyó la espalda contra el armario. Estaba harta. En el espejo de la pared opuesta se reflejaba su cara cansada, la cama tan deshecha como ella, su cuerpo delgado y asfixiado por el corsé.

Harta, sí, harta.

De pequeña estudiaba música. Tocaba en el piano sus propias melodías, las que ella componía en su cabeza. Le encantaba, era su pasión. Abrió el armario, se quitó la cinta rosa que siempre llevaba en el cuello y de la que pendía una llavecita dorada. Bajo la ropa de cama, guardaba su caja de escritura. Se la regaló su padre cuando cumplió diez años, aunque había pertenecido al abuelo. Su padre era especial. Un poeta, como decía él. Sin embargo, el abuelo era militar. No se llevaban bien, no podía ser de otra manera. Su padre se había ido de casa muy pronto, había tenido que trabajar en el puerto, en las barcas de los pescadores. Pero luego el abuelo murió, su padre regresó a la casa, se enamoró de la madre de Senta, que vivía un poco más allá. Sí, se enamoró, sus padres se casaron por amor. Qué suerte. Pero él contrajo la tuberculosis. Murió cuando ella tenía diecisiete años. Su madre quedó desamparada. Un amigo de su padre le habló a Carlo sobre esa chiquilla huérfana, se conocieron, se cayeron bien. La necesidad obligó, y no, no se quejaba, la habían recibido con corrección, no le faltaba de nada. Tenía comida rica y caliente, una criada, vivía en la magnífica casa de los Dellanotte. La *nonna* y la *mamma* eran dos mujeres muy agradables. Debería estar contenta.

Colocó la caja sobre la cama. Introdujo la llavecita en la cerradura, la abrió con cuidado. Era de madera de nogal, con incrustaciones de palo de rosa y de latón. Aún olía a tabaco. Al abrirla, formaba una superficie muy adecuada para escribir. También tenía unos compartimentos para la pluma, la tinta y la arena. La parte sobre la que se apoyaban las hojas podía levantarse y, debajo, había un espacio

para guardar el papel. Sacó una hoja que estaba sin usar. Su padre también le había regalado una preciosa pluma de plata labrada. La preparó, posó la punta sobre la superficie blanca y lisa del papel y comenzó a escribir.

Había transcurrido algo más de una semana desde su salida nocturna y no había pasado nada. Dri decidió intentarlo de nuevo. Se arregló para salir. No se puso el traje de colores, porque antes de regresar de nuevo por la Via Montecalvario en busca de Alfano, quería visitar a la diva. No, él no era nadie para pedirle explicaciones, nadie para exigirle nada. Solo necesitaba tenerla a su lado de nuevo, escuchar una vez más su voz.

Salió de la casa, caminó en dirección a la colina de Vomero.

Bajo esa noche cálida y silenciosa.

—«Si has olvidado las horas fugaces, yo no puedo, y quiero volver a sentir esos cálidos besos que tan hondo calaron en mi corazón» —murmuró, citando a Silvio, el enamorado, el amante de Nedda en *Pagliacci*.

Maldita sea, iba tan absorto que no oyó los pasos que se acercaron por detrás, no se dio cuenta hasta que los dos hombres le clavaron las manos en los brazos, sujetándolo con fuerza.

—¿Quieres ver a Alfano, tiparraco? Pues lo vas a ver. —Un poco de saliva le salpicó la cara, el aliento de aquel individuo olía a ron. Dri notó en el cuello el frío de la hoja afilada de un cuchillo.

Le quitaron el bastón, lo subieron a un coche, el sonido de los cascos del caballo retumbaba entre las altas fachadas de las casas.

—Tienes suerte. Me gustaría marcarte la cara ahora mismo, pero no somos así. Quizá luego. Te daré una navaja y pelearás conmigo, ¿eh?

—Calla, tú. —El otro sujeto tosió dos o tres veces—. Lo llevamos y se lo damos a Erricone. No hay más.

—Quién sabe. —La hoja del cuchillo se aproximó aún más a la yugular. Ya no estaba fría, le apretaba tanto el cuello que casi no le dejaba tragar la poca saliva. Respiró hondo.

Eso era lo que quería, tener delante a Alfano, por fin.

El coche saltaba sobre el pavimento irregular, en un bache algo más hondo que el resto el cuchillo se le hundió un poco en la carne.

—Afloja, que Erricone lo quiere entero —exigió el de la tos—. Deja ya eso, que no se va a ir a ninguna parte, ¿verdad, tiparraco? Porque ya tiene lo que pedía el otro día a voces.

En esa ciudad, nadie daba un paso sin que la Società lo supiera.

Dri no dijo nada, no había nada que decir. El hombre retiró el cuchillo de su cuello, pero lo mantuvo agarrado del brazo con fuerza.

Al cabo de un rato, el coche detuvo su paso.

—Hala, baja, que ya hemos llegado —afirmó el que olía a ron.

No tenía ni idea de a dónde lo habían llevado. Casi no podía oler el mar. Aspiró hondo, parecía que había alguna iglesia cerca, pero no existe lugar conocido en Nápoles donde no las haya. También notó el olor penetrante del ferrocarril. Quizás al final sí estaban cerca de la Puerta Capuana, no muy alejados del teatro de San Ferdinando.

—Vamos, pasa. —Uno de los dos sujetos le empujó por la espalda.

Le envolvió el ambiente fresco del interior de un edificio. Sus zapatos hacían mucho ruido sobre el suelo de madera en esa casa silenciosa. A lo lejos, se oyó el silbido agudo de una locomotora. Siguieron caminando un par de minutos más, hasta que uno de sus captores golpeó una puerta con los nudillos.

—Adelante —respondió una voz de hombre, no demasiado grave.

—Le traemos el paquete —dijo el de la navaja.

—Muy bien. Que se siente. Devolvedle el bastón. No pasa nada, no me va a hacer daño, ¿verdad? Es un buen hombre, no como vosotros. Cerrad la puerta al salir.

Dri se sentó en una butaca de cuero. La habitación apestaba a tabaco.

—Bien, querías verme, ¿no es así? —Alfano se levantó, caminó hasta situarse delante de Dri, le tendió la mano, que quedó en el aire, sin respuesta—. Perdón, no he debido decir eso. Vamos a quedarnos con que querías hablarme, Adriano Dellanotte, nieto de Edmundo Dellanotte. Sé que acerté al llevarte aquel instrumento. Ah, aún recuerdo la casa, en la Via Concordia, las mujeres en la cocina, tu hermano se escondió bajo la mesa. Ha sido un gran cambio, de aquella vieja casa a la Riviera di Chiaia. No está nada mal, ¿verdad? Tu abuelo me sirvió bien.

Dri respiró hondo.

—¿Mi abuelo tenía tratos con la Società?

—¿Qué quieres de nosotros, Adriano? —Alfano se quitó el bombín y lo dejó sobre la mesa. Luego se pasó la mano por la cicatriz que le partía la mejilla derecha.

—Quiero saber quién se ha atrevido a asesinar a un niño en el teatro. —A su pequeño Luca. Se aclaró la garganta—. Quiero saber qué tiene que ver mi familia con su… organización.

—Tu abuelo era muy amable. Tras aquello, nos hizo algunos favores. Pero luego llegó la epidemia, sí, y se llevó a tantas almas… Ya nada fue igual. Tu padre siempre se dedicó al teatro, igual que vosotros, los dos hermanos, tan diferentes el uno del otro. ¿Puede ser que tú, siendo ciego, veas más que Carlo? En fin.

—¿Qué quiere decir?

—Nosotros no damos nada a cambio de nada y, gracias a Dios,

tampoco debemos nada a nadie. —Alfano se santiguó—. Tu *nonno* aprovechó su oportunidad, pero la colaboración con nosotros se acabó con él. Tú salvaste mi vida y pagaste con la oscuridad, yo te devolví a tu padre.

A Dri le sudaba la espalda. El olor a tabaco le resultaba mareante.

—¿Mi padre no tiene nada que ver con la Società?

—Ya te lo he dicho.

—¿Y qué ha pasado con el niño?

Erricone comenzó a caminar por la habitación.

—Eso me tiene desconcertado. Nosotros no nos comportamos así, Adriano Dellanotte. Nosotros hacemos lo que hacemos por razones superiores y con la venia de Dios, no nos dejamos llevar por las pasiones comunes. Me cuesta confesarte que no sé qué ha pasado con ese niño, pero puedo decirte que no ha sido cosa nuestra. Y lo del dedo… Es repugnante.

—¿Lo sabe?

—Soy quien soy por algo.

¿Podía fiarse de ese hombre? Claro que no. Pero, entonces, ¿para qué había querido hablar con él? Era absurdo. Al menos, decía que Fabio no tenía nada que ver con la Società. Respiró hondo, negó con la cabeza.

—¿Quieres averiguar quién lo mató? —continuó Alfano—. Quizá tengas que indagar en el entorno más cercano. ¿Quién saca beneficio de su muerte?

Dri se aclaró la garganta para contestar.

—Nadie.

—Las cosas se hacen por algo, y tú lo sabes. Desde que te vi en aquella cama, con la cabeza vendada, has recorrido mucho camino. Los motivos, a veces, permanecen ocultos, pero ahí están. Encuéntralos y encontrarás al asesino. Ahora vete. Quizá te envíe ayuda, tengo que pensarlo. No me gusta que se mate en esta ciudad sin mi permiso.

Dri se levantó, aferró el bastón fuerte con las manos para que no le temblaran.

—Sal, Adriano Dellanotte. Un coche te llevará de vuelta a tu palacete de la Riviera di Chiaia. Debo decirte que Victor Maurel estuvo sublime en la representación de ayer, pero esa ópera, *Pagliacci,* me resulta demasiado triste. Disfruté más con *Così fan tutte*. Veremos qué nos depara el próximo trimestre, no, no me lo digas, que no lo quiero saber aún. —Alfano se alisó el bigote, tan bien arreglado—. *Ciao,* Dri. Hasta la próxima.

¿Lo conocía todo de él? ¿Hasta que lo llamaban Dri? Sin embargo, decía que no sabía quién había matado al niño, y sí, la verdad es que lo creía. Tanteó con el bastón hasta encontrar la salida, avanzó pasillo

adelante desandando el camino que le había llevado hasta el *capintesta* Alfano. Al llegar a la calle, respiró hondo el aire fresco de la noche.

—Delante de usted. —Una voz de hombre se dirigió a él—. Dé un par de pasos y se encontrará con la puerta del coche. ¿A dónde lo llevo?

—A la Riviera di Chiaia. —Dri subió al coche, mientras alguien cantaba, a lo lejos, «*core, core, core mio, luntano vaie; tu me lasse e io conto ll'ore, qui sa quanno turnarraie*»,[2] acompañado por el silbido agudo del ferrocarril.

El manuscrito secreto

Dudo mucho que la marquesa imaginara que pudiera ser víctima de su propia afición. Ya tenía la ropa de cama puesta cuando ingirió con la misma fruición de siempre la taza de caldo. No transcurrió mucho tiempo antes de que sus puños comenzaran a retorcer el camisón a la altura del vientre. Jadeó, se quejó.

—El estómago me está matando. Trae la bacinilla, ¡rápido!

No me dio tiempo. Nada más sentarse en la cama se dobló en dos y vomitó sobre sus pies desnudos, sobre el suelo, salpicando la madera de la parte baja del lecho. Qué asco. Me guardé muy dentro las ganas de sonreír.

—Estoy enferma —dijo entre arcadas—. Di a mi marido que avise al médico.

El marqués se encontraba en el salón, haciendo un solitario con los naipes frente a la chimenea. Por gestos le indiqué que debía visitar a la dama con urgencia. Lo hizo. La encontró tirada en el suelo, aferrada con ambas manos a la bacinilla. Entre los dos la levantamos y la sentamos en la butaca del escritorio.

—¿Qué habéis comido, querida? Aquí huele fatal. ¿O es que habéis tomado demasiado vino?

—¡Estoy enferma! Hoy no he bebido ni una sola copa. No sé a qué se debe esto, avisad al médico, por favor.

Al cabo de un par de horas de vómitos continuos, el cirujano entró en los aposentos de la marquesa. Yo ya sabía que no tendría ni idea de por qué estaba de tal manera, lo había comprobado en el Hospital de Dieu. Todos conocíamos la incompetencia de los médicos ante el veneno: la dama, el amante, yo misma.

Tras examinar y probar su orina, decidió que no estaba embarazada, y que le vendría bien una sangría, ya que quizá su mal estaba producido por un exceso de humores. Le aplicó varias sanguijuelas en los brazos y la dejó así: blanca y demudada entre las sábanas de lino. Parecía que los efectos de una dosis tan breve de veneno comenzaban a remitir. Cerró los párpados enmarcados por

unas violáceas y muy profundas ojeras.

—Vete, Ratita. Mañana no creo que me levante de la cama.

No tenía ninguna duda al respecto. Ya lo hacía bastante a menudo.

Muy temprano, antes de que Françoise ni nadie de la casa estuvieran despiertos, salí. Me cambié de ropa al fondo del jardín. La ropa de muchacho era más cómoda que la mía, con la camisa, el jubón y las calzas. Hice una coleta con mi cabello como la del amante. No hacía frío, la primavera quería hacerse presente en el fétido aire de la ciudad. Sabía que el Jardín Real estaba a la otra orilla del Sena, hacia el sur. Ya estaba amaneciendo. Esperaba no tener ningún encuentro, digamos, peligroso, por las solitarias calles de la ciudad, aunque no tenía muy claro quién correría más riesgo. Caminé entre las casas del puente Marie, crucé la isla y sus edificios brillantes y nuevos, atravesé el puente de la Tournelle. Divisé a unos duelistas, a lo lejos. Bajé por el muelle de Saint Bernard, entre solares que pronto serían edificados, hasta llegar frente al jardín. Qué bien olía. Allí sí que había llegado la primavera. Al fondo se veía un gran edificio, me dirigí hacia él. Aún estaba cerrado. Salté la verja que protegía los parterres, ¿sería verdad que las clases estaban abiertas al público? Tampoco creía que fuera a asistir mucha gente. Deambulé entre las matas perfectamente cuidadas de esas plantas que yo no conocía y que olían tan bien. Lloviznaba, pero no me importó.

Lo había logrado.

Iba a asistir a una clase de química, impartida por el autor de mi libro. El hombre que me había echado de su laboratorio no tenía ni idea de para quién iba a hablar esa mañana.

La claridad del día trajo consigo a los maestros y a los asistentes. Sí, debía reconocer que las clases atraían a bastantes interesados. ¡Había mujeres! Y no se habían molestado en disfrazarse. Entramos en ese majestuoso edificio de piedra, nos dirigimos a las aulas. Nadie se fijó en mí, nadie me dijo nada. No vi al amante. Me situé a un lado de la sala, apoyada en la pared. Respiré hondo, contuve mi sonrisa: no estaba bien sonreír como una tonta en una clase de química, pero tuve que hacer un verdadero esfuerzo para no hacerlo. A mi lado, dos hombres conversaban.

—Aquí las clases son en francés y no en latín como en la universidad.

—Pero no puedes obtener un diploma.

Me alegré al respecto, yo no sabía latín.

No hubo tiempo para más. Glaser entró en el aula y comenzó su disertación.

Esa fue una de las pocas clases de química a las que pude asistir. Aún las recuerdo. Cada palabra, cada ademán del maestro, el peculiar olor del edificio, la maravillosa mezcolanza de aromas del jardín.

Nunca me he resignado a no poder disfrutar de la instrucción. Todo lo que he podido tener han sido migajas. Lecciones espiadas tras los cortinajes, libros robados. Mentiras. En eso consisten los momentos más valiosos de mi pobre y femenina vida.

Las noticias que la marquesa recibía de su señor padre, que se encontraba en su castillo de Offémont, en la Picardía, eran cada vez más desalentadoras, por lo cual ella se mostraba cada vez más contenta. Se guardaba mucho de expresarlo en público, y más delante de sus hermanos, que no muy a menudo visitaban la casa. Pero en mi presencia no tenía mesura. Cada noche, antes de dormir, se sentaba en la butaca y yo la peinaba, la despiojaba y escuchaba sus peroratas.

—Ya queda poco, Ratita, Gascon está haciendo bien su trabajo, ¿verdad? Sí. Me lo imagino vertiendo el veneno blanco en el agua, el caldo y los dulces, y el rojo en el vino. Poco a poco, unas gotitas cada vez, nada llamativo. La fórmula no es exactamente la de Glaser, Jean-Baptiste la ha mejorado bastante, por eso probamos con los enfermitos del hospital. En eso consiste la ciencia, ¿no? Ensayo y error, ensayo y error. Nosotros no cometimos demasiados errores, y ahora no podemos permitirnos ninguno. Todo debe salir tal y como lo hemos planeado, porque si no tendré que vender hasta esta casa, y prescindir de tus servicios, pobrecita muda.

Mis manos se detuvieron un momento sobre su nuca, tan blanca bajo el cabello castaño. ¿Tan mal estaban sus finanzas? Debía pensar qué hacer en caso de que la marquesa prescindiera de mí. No me apetecía vagar por las calles embarradas y malolientes de la colmena que es París. Sería una mendiga más, o una puta que se abre de piernas por un mendrugo de pan. Qué asco.

—Pero no te preocupes. Los polvos de sucesión harán su trabajo, y pronto la fortuna de mi envarado padre pasará a mis manos. ¿A quién se le ocurre meter en la cárcel a mi amante? Solo a él. Pero no lo hago por rencor, no, Ratita. El rencor no tiene lugar en mi corazón. Lávame un poco, que quiero acostarme.

Apagué las velas cercanas que iluminaban su cabello, dejé solo una de las del candelabro próximo al lecho. La escasa luz temblaba sobre nosotras, sobre las paredes, sobre el silencio que ocupaba la habitación cuando la dama callaba.

Metí la punta de un paño en la palangana, apenas mediada con un poco de agua entibiada en el fuego de la cocina. El verano estaba por llegar, ya no se prendían las chimeneas de los aposentos, aunque la

casa aún se mantenía fría. Le pasé el paño húmedo por la frente, por la cara, por la línea esbelta del cuello, bajé hasta el comienzo de los senos, ocultos tras el camisón. Era hermosa, siempre me lo había parecido. Mojé una vez más el paño, lo escurrí. Me hubiera gustado meterlo entre los pechos, rodear los pezones que se notaban duros bajo el camisón, bajar hacia el ombligo y la suave curva del vientre. En lugar de eso, le limpié las manos, los dedos, las palmas.

Al día siguiente, llegó otra misiva del señor padre. Uno de los criados se la entregó a mi dama, que se encontraba en el salón, acompañada por el marqués. Ella se pasó la mano por la frente con un gesto de preocupación, se sentó cerca de la ventana, buscando la luz, separó el cordel que cerraba la carta del sello de lacre y desplegó el fino papel. Leyó sin mover los labios. Al finalizar, la carta cayó al suelo, se posó sobre las baldosas como una hoja muerta. La marquesa emitió un sollozo. Su marido se acercó a ella, puso la mano en su hombro.

—No me gusta veros sufrir por vuestro padre, Marie-Madeleine. Debéis acudir a su encuentro, debéis atenderle.

Ella le tomó la mano y se la llevó a los labios.

—Tenéis razón. Debo ir. Me acompañarán los niños, serán motivo de alegría para su abuelo. Partiremos la semana que viene.

*H*acía más de un mes que Luca había muerto y aún no tenían nada. Dri, en su despacho del teatro, oía los pasos de Adolfo, que daba vueltas por la habitación una y otra vez.

—No sé qué hacer, por dónde seguir —comentó—. Alfano dice que no sabe nada, y eso ya es raro en esta ciudad.

—El manuscrito debe significar algo.

—¿Crees que lo dejó el maldito monstruo? ¿O Luca lo tenía de antes?

—Por el amor de Dios, Adriano. El manuscrito describe la muerte de un niño por estrangulamiento, no puede ser casualidad.

—No dice nada del dedo.

—No me mientes eso. No lo soporto. —Adolfo negó con la cabeza.

—Alfano dijo que alguien debía tener un motivo para hacerlo. Pero no me puedo imaginar qué motivo puede ser ese, ni quién…

—Es absurdo. Un motivo para matar a un niño que no hacía mal a nadie. —Se limpió los ojos—. Nadie puede tener un motivo para eso. Es pura maldad.

—Alguien cercano, dijo Alfano.

—¿Quién? ¿Yo? ¿Tú? ¿Alguien del teatro? —Adolfo gritaba. Se pasó la mano por el cabello, ya casi blanco—. ¡No es justo! Me han quitado la ilusión.

—Lo siento mucho. —Dri tensó la mandíbula.

—Tu familia estaba en el palco, junto con el doctor y su hija. ¿Por qué no les preguntas si vieron algo raro?

—Lo haré. —Al menos para sentir que se movía, que no se quedaba ahí, paralizado, como si fuera una parte más del decorado del teatro. Maldita vida.

—Vale. Ahora, coge el *cello* y baja al foso, no queda mucho para comenzar. Hay que seguir. ¿Ves qué absurdo? Luca ya no está, pero el

mundo sigue moviéndose como si nada. Qué poco importamos.

Dri se levantó, se acercó a ese hombre que olía a romero. Ambos se abrazaron un instante, lo suficiente para no sentirse tan solos. Tomó el *cello*, dirigió los pasos hacia el escenario. Esa noche, como las de ese trimestre, Canio volvería a sufrir los horribles celos que lo enloquecerían y aun así se vestiría de payaso, porque la vida sigue y nos obliga a seguir con ella, y Nedda volvería a morir acuchillada por amar a otro.

Tras la función, Dri dejó el *cello* bajo llave en su despacho. Su hermano ya se habría ido, los últimos días Carlo procuraba no cruzarse con él. Mejor así. No sabía hasta dónde había llegado con la diva, ni quería saberlo.

—¿Arno?

El silencio le dijo que Arno ya no estaba. Habría partido con su hermano. Caminó hasta la plaza de Trieste e Trento, se desvió a la derecha por la vía Chiaia. Se acercó al parque del acuario, se sentó en uno de esos bancos de madera, como si pudiera ver el mar. El Tirreno estaba tranquilo, susurraba a la noche acompañado por un cálido vientecillo.

No debía ser tan cobarde. Subiría otra vez a Vomero, la besaría y le diría que se la iba a llevar consigo.

Alguien se sentó a su lado.

—Pero ¿qué…? —Se sobresaltó.

—No, no, señor Dellanotte, no tenga miedo de mí. Soy Gianni Leone, sí, llámeme Leone si le apetece. Vengo en calidad de amigo. Me envía el señor del bigote y el bombín y la cara marcada por la navaja, bajito pero elegante, como yo, aunque no pertenezco a su gremio. Pertenezco a otro muy distinto, el de la universidad, el de la… Deme la mano, la tengo tendida hacia usted.

Dri extendió el brazo y notó el apretón firme de una mano no demasiado grande. El hombre olía a jabón de lavar la ropa.

—¿Le envía Erricone?

—Hace unos días que se pasó por la universidad, sí, señor. Me ha hablado del caso, y debo decir que estoy muy intrigado al respecto. Me gustaría que me permitiera colaborar. Formo parte del séquito del profesor Abele de Blasio, ¿lo conoce usted? Sí, hombre, el profesor De Blasio, el de la barba blanca, el antropólogo. El de la escuela italiana de antropología criminal. ¿No ha leído el libro?

—No suelo leer.

—Pues debe hacerlo. Ah, perdón, no caía en que no puede. Me refiero al de los usos y costumbres de la Camorra. Muy interesante. Ahora está trabajando en un proyecto sobre la forma de los cráneos de

los delincuentes. Sigue el método de Alphonse Bertillon, el de París, ¿ese sí lo conoce?

—De toda la vida.

—¿Y a Cesare Lombroso, el veronés?

—Claro, cómo no.

—Ah, me alegro. A mí me gustaría conocerlos.

—Era broma. No tengo ni idea de quiénes son. —¿A qué excéntrico le había enviado Alfano? ¿Se suponía que iba a ayudar?

—¿Broma? ¡Ah, broma! Je, je. De Blasio no es un cualquiera, ¿sabe usted? Es un científico. Analiza hasta el último detalle de los crímenes. Yo soy su mano derecha. Esta de aquí. —El hombrecillo agitó la mano delante de la cara de Dri, para luego mesarse la perilla ya blanca, aunque su cabello aún conservaba el mismo tono oscuro de su juventud—. Es interesante lo del niño. La manera, ¿sabe usted? Tan planeado. De Blasio ha creado una unidad de policía científica, así la llama, en la prefectura.

—¿Es usted policía?

—Sí, algo así.

¿Se fiaría de él? ¿Le quedaba otro remedio?

—¿Su propósito es ayudarnos a descubrir al asesino de Luca?

—¿Quién es Luca?

Dri negó con la cabeza.

—Luca es el niño al que asesinaron en el teatro, señor Leone, ni más ni menos.

—Ah, la víctima, sí, perfecto. Les ayudaré a descubrir al asesino de Luca, el niño. Mañana empezaremos, hoy es muy tarde, mire cómo la luna se refleja sobre el mar. Es estremecedor. La luz siempre quiere rasgar la oscuridad, aunque no en todas las ocasiones lo logra. Haremos lo posible por ello, se lo digo yo. Me voy. Mañana pasaré por el teatro, sobre las cuatro, y me lo contarán todo. Adiós, señor Dellanotte.

—Adiós, señor Leone.

Dri respiró hondo ese aire que sabía a mar.

El manuscrito secreto

Por supuesto que acompañé a la marquesa al castillo de Offémont, ella no podía dejar a su juguetillo en la casa del Marais. Se lo tenía que llevar consigo a dondequiera que fuera, incluso a un castillo perdido en medio de un bosque. Debo decir que el entorno era bonito, qué duda cabe. Pero yo hubiera preferido quedarme en París y acudir a las clases de química del Jardín Real. En fin, como ya he mencionado, no soy la dueña de mi destino, eso es algo que escapa a la mayoría de los mortales, cuanto más a una criada muda.

El castillo, construido sobre un terreno elevado y rodeado de un muro de piedra, se erguía imponente entre los árboles. Antes de dirigirnos a él, la marquesa quiso detener el carruaje en la cercana abadía de la Santa Cruz.

—Vamos a implorar al altísimo para que todo vaya bien, Ratita. Acompáñame.

¿Que todo vaya bien? ¿Se atrevía a entrar en una iglesia y pedírselo a Dios, Nuestro Señor?

Claro que sí. Entramos por una puertita que daba al oeste, coronada por imágenes de santos que no reconocí y, algo más arriba, un ventanal mayor que la puerta. Tengo que admitir que cuando vamos a la iglesia, tan a menudo como cualquiera, porque es obligado, no presto demasiada atención. No es algo de mi interés, me resultan mortalmente aburridos esos cuentos para niños pequeños: cielo, infierno. Figuras para asustar a los críos.

—Aquí los monjes guardan un pedazo de la cruz verdadera —me ilustró mi dama, en voz muy baja—. La utilizan para echar al demonio de los cuerpos que logra poseer.

Si hubiera creído, no me habría parecido buena idea entrar.

—Chisss, calla. —La dama rio—. En la iglesia no se puede hablar. Espérame aquí.

Se acercó al altar, se santiguó, se arrodilló en uno de los reclinatorios. Yo me quedé al lado de la puerta. Me estremecí, allí dentro no llegaba el verano. No tardó mucho en levantarse, depositar

un par de monedas en el cepillo y salir de nuevo bajo el calor del sol. Fui tras ella, igual que siempre, como un perrito.

Los hijos de la marquesa corrían alrededor del carruaje, uno de los caballos bajaba la cabeza para mordisquear aquella hierba lozana. Emprendimos el poco camino que nos quedaba, al cabo de unos minutos estábamos en la explanada de delante del castillo. Miré hacia arriba, a los tejados de color pizarra, al cielo despejado, tan diferente al de París.

—Marie te dirá cuál es tu sitio y cuáles son tus obligaciones. Hazle caso —ordenó mi dama—. Marie, ten paciencia con ella. Es muda, y a veces no se entera. De todas formas, seguirá a mi servicio, pero quiero que el resto del tiempo la mantengas ocupada.

Marie la saludó con una reverencia.

—Ven conmigo, niña. En las cocinas hay mucho trabajo estos días.

Sí. Envenenando al señor padre.

Tengo que reconocer que aquel verano me resultó muy productivo, a pesar de mis recelos iniciales. Marie se ocupó de mí los primeros días, pero se fue olvidando a medida que empeoraba el señor, lo cual sucedió con rapidez. Me plació sobremanera descubrir la biblioteca del castillo, que, aunque escasa, constaba de ejemplares de mucho interés. Como el *Materia médica*, de Dioscórides, un precioso tratado de botánica. O, más moderno pero menos de mi gusto, el *Discurso del método*, de René Descartes, cuyo retrato, salvando las distancias, guardaba cierto parecido con el del señor padre.

Pero el que más me fascinó fue la *Anatomía universal del cuerpo humano*, del gran cirujano Ambroise Paré, que por suerte estaba escrito en francés, no como el Dioscórides. Narraba la perfecta e intrincada composición del ser humano, ilustrada con aquellos grabados descritos con gran detalle. Me pregunté dónde estaría el alma entre tantos nervios, músculos, órganos, membranas, venas, huesos; todo estaba ocupado, no parecía haber lugar para nada más. Me habían asignado un sitio para dormir en el desván de la torre oeste, justo encima de los aposentos de mi dama, en un jergón en el suelo. En julio las noches son muy cortas, y en el castillo no estaban acostumbrados a contar con mucho servicio ni a cuidar de que los criados no robaran comida de la cocina o velas para su uso personal, de manera que me fue fácil estudiar. Oh, era maravilloso contemplar esos grabados y ver con qué se correspondían las letras que nombraban cada parte de ellos. Nunca había pensado que el corazón tuviera cavidades, válvulas, que hacen que la sangre se mueva por nuestro cuerpo a través de arterias tan gruesas como mi dedo o tan finas como un cabello; que el cerebro se compusiera de diferentes

capas; que los nervios se extendieran desde la columna vertebral como las ramas desde el tronco de los árboles.

Me encantaba ese desván polvoriento, atestado de muebles viejos, de trastos, de sombras que se movían en la oscuridad y que se hacían aún más grandes con la escasa luminosidad de las candelas.

Estaba yo sola, podía leer hasta que me durara la luz sin tener que esconderme de nadie.

Si no hubiera sido por los gritos del señor padre Dreux d'Aubray.

Gritaba de dolor, mientras su querida hija se retorcía las manos al lado de su lecho, angustiada por el suplicio. Y luego, cuando estábamos a solas, se reía pensando en la futura herencia.

Qué malvada era mi dama, qué lástima.

Leí mucho ese verano. Reconozco que pensé en buscar alguna criatura que me sirviera para comprobar si lo que venía en el libro se correspondía con la realidad. Pero estábamos muy alejados de cualquier sitio, hubiera debido robar un caballo, algo demasiado arriesgado. No me quedó más remedio que esperar. Contemplé cómo el veneno iba desgarrando las entrañas del señor padre día tras día, sin que ningún médico supiera acertar con el mal, o ponerle remedio. Su lacayo, Gascon, recomendado por la marquesa, se lo suministraba a diario. Cuando el verano tocaba a su fin, la dama se hizo cargo del trabajo, si se le puede llamar así a algo que hace una marquesa, aunque su nobleza sea de matrimonio.

—Ya queda poco, Ratita. Apenas unos días —me decía cada mañana, cuando la ayudaba a vestir—. Pronto acabaremos con este asunto.

Sonreía mientras se cubría la cara de polvos, se pintaba los labios, se calzaba los escarpines de tacón. En cuanto abandonaba la alcoba, era otra. La hija doliente, que suspiraba, que se secaba una lágrima imposible de retener ante la enfermedad del padre. Ella misma se encargaba de llevarle la comida al lecho, de acercarle la cuchara a la boca, de incorporarle la cabeza con suavidad para llevarle a los labios el vaso. De secarle con un paño suave el sudor que le cubría la frente. Ah, qué bien fingía que lo amaba.

Cuando comenzó septiembre, la debilidad del señor padre era tal que acordaron trasladarlo a París, para que fuera atendido por los mejores médicos.

Regresamos, yo me quedé en la mansión del Marais mientras la dama lo acompañaba a su morada y se quedaba con él hasta el final.

Mi colección de libros había aumentado un tercio, ya que nunca devolví la *Anatomía*. Parece ser que se armó cierto revuelo cuando se dieron cuenta de su desaparición, pero para entonces era demasiado

tarde. De todas formas, nadie habría sospechado de mí.

El señor padre acabó su tránsito en este mundo el 10 de septiembre de ese año 1666, entre atroces dolores. Los médicos afirmaron que había sido una fuerte crisis de gota.

La dama había cumplido su misión.

Yo quería comenzar con la mía.

Sin saber cómo.

No tenía dinero ni medios para alquilar una habitación en alguna parte, solo era una criada sin palabras propias, ¿cómo iba yo a comprobar si lo que había leído en el libro de *Anatomía* era real?

Qué distintas son las personas, aun sin verlas. Carlo, su hermano, olía a tabaco, al aceite de Macasar que se ponía en el cabello y a ambición. Sus pasos resonaban con fuerza en el vestíbulo. Adolfo olía al teatro, a libros viejos, y caminaba como si aún estuviera sobre el escenario, lento y firme. Ese hombre, Leone, olía a jabón de lavar y a desinfectante, como si fuera médico. Lo imaginó algo rechoncho, por su manera de respirar, pero sus pasos de gato casi no hacían ruido.

—Lo encontramos aquí. —La voz de tenor de Adolfo tembló un instante—. Tras esas macetas.

—¿En qué posición estaba? —preguntó Leone.

—Tumbado. No se le veía desde ninguna parte del vestíbulo, menos mal que Mario, el hijo de Carlo, se dio cuenta.

—¿Puedo hablar con él?

—¿Con Mario? —Carlo se aproximó—. Sí, puede regresar mañana al teatro y le pregunta lo que quiera, pero con calma, que solo tiene doce años.

—No se preocupe, soy muy paciente con los niños, y con los adultos, y con las mujeres. —Leone emitió una risa breve que hizo que Adolfo torciera el gesto—. Perdón, perdón, ya sé que no procede. Mañana me es imposible, ¿puede ser dentro de una semana? ¿Sí? Me alegro. Es decir, que fue durante la representación de la ópera, a puerta cerrada. Quien lo hizo estaba en el teatro y no pudo salir hasta que acabó. Claro, entre el gentío, nadie vio a la víctima, con estos tiestos tan hermosos ocultándola. Buen escondite, sí, señor. ¿Suelen estar en esta posición?

—Suelen estar pegados a la pared, pero el día del estreno siempre se hace una limpieza general, y no es la primera vez que se dejan así, con un poco de hueco —explicó Carlo.

—De manera que el asesino pudo no tener que moverlos. Nada, no

nos dicen nada entonces. ¿Y el dedo? ¿Apareció?

—No.

—Ah, entonces se lo llevó como recuerdo. O como trofeo. Bien, vayamos a ver ese manuscrito del que me han hablado.

—¿Qué manuscrito? —Carlo hizo un gesto de extrañeza.

—Encontramos un papel en el bolsillo de Luca —comentó Dri—. Escrito a pluma.

—Y ¿por qué no se me ha comunicado?

—No ha habido ocasión. Últimamente estás muy ocupado. —Dri apuntó con la mano hacia la parte de atrás del teatro—. Vamos al despacho de Fabio. Es el más grande, estaremos más cómodos.

Los demás lo siguieron.

En el despacho, aún olía al perfume Fougère que su padre mandaba traer de París.

Dri esperó hasta que todos estuvieran sentados. Se sacó del bolsillo interior de la chaqueta el manuscrito y se lo tendió a Leone.

—Ah, es increíble, qué bien se orienta. —El investigador se mesó la perilla—. Qué curioso, este papel. Parece muy antiguo, huele como a… ¿a qué? —Se lo acercó a la nariz, inspiró con fuerza—. ¿A qué huele?

—A madera —afirmó Dri—. A viejo. A alguna hierba parecida a la valeriana.

—Es usted excepcional. Lo voy a llevar a la universidad, quiero que conozca a De Blasio. Seguro que su olfato nos vendría bien en más de una investigación. Bien, vamos a ver qué pone aquí. ¡Ah! Está en francés. Bueno, no me cuesta, estoy acostumbrado a leer documentos de todo tipo, también en el idioma de nuestros vecinos del norte. Hablar ya es otra cosa, si fuera a Francia no creo que pudiera hilar más de dos o tres palabras seguidas.

Leone comenzó a leer el manuscrito.

—¡Ah! —De vez en cuando, comentaba algo en voz alta, tras mover el blanco bigote de lado a lado—. Un grabado, el rey. ¡La Bestia! El pequeño. ¿Derruida? Sí. Latía. Polluelo, qué… Huy, agua. El aire. Atardecer. ¡Vaya!

—¿Qué le parece? —preguntó Adolfo.

—Muy interesante. Esto es un mensaje, el asesino nos quiere decir algo, está claro como el agua. Ahora bien, ¿qué nos quiere decir? ¿A quién va dirigido? ¿Quién lo escribió?

—¿Quién?

—Eso es lo que hay que averiguar.

—Por el amor de Dios —exclamó Dri—. ¿Cómo piensa hacerlo?

—Poco a poco. ¿Me dejan el papel? Quisiera verlo por el microscopio.

Dri negó con la cabeza.

—Lo cuidaré bien, se lo devolveré la semana que viene —continuó Leone—. No se preocupen.

—Déjaselo —pidió Adolfo—. De qué nos sirve a nosotros.

Tenía razón. No les quedaba más remedio que fiarse de ese hombre.

—De acuerdo. Me lo devolverá la próxima semana, cuando venga a hablar con Mario.

—Hecho. —Lo dobló con cuidado, se lo guardó—. Bien, señores, un placer conocerles. Me marcho ya. Me encanta el teatro, creo que una noche de estas vendré a ver la función, con mi querida esposa. Payasos, qué curioso. Un circo en un teatro, eso sí que es imaginación.

—Le acompaño. —Adolfo fue tras él, ambos abandonaron el despacho.

Carlo se levantó y se acercó a su hermano.

—¿De dónde has sacado a ese personaje?

—Te veo poco últimamente, hermano. ¿Estás muy ocupado?

—Más vale que dejéis las cosas como están. Ese niño sobraba aquí, un pequeño vagabundo no tenía lugar en un sitio como este. Lo mataría alguien de su entorno, quién sabe.

A Dri le recorrió la espalda un escalofrío. Se acercó a Carlo, sintió en la cara su aliento a tabaco.

—¿Cómo puedes decir eso? ¿Te estorbaba? Por el amor de Dios, ¡era solo un niño, y Adolfo se ocupaba de él!

—Solo digo que no tiene sentido continuar con esto. No vas a sacar nada de ahí. Haz tu trabajo en el teatro y deja el resto.

—Yo sé muy bien lo que tengo que hacer. —La voz de Dri sonó helada—. No como otros. Me voy, sé de sobra que no merece la pena discutir contigo.

Apretó el bastón en la mano hasta hacerse daño, salió del despacho. Se encerró en el suyo, sacó el *cello* de su estuche. Sintió en el pecho el ligero peso de la madera, tomó el arco, y comenzó a tocar.

Lo había decidido. Esa noche iría a visitar a la diva, era absurdo demorarlo más.

Qué bien olía en el invernadero. La noche tibia se posaba sobre las orquídeas, los helechos, las azaleas. Flavia dejó una de las lámparas de aceite sobre la mesa de madera y la otra al lado de las flores naranja del abutilon. Una luna redonda entraba por los vidrios superiores, se reflejaba en las hojas húmedas de las plantas.

Hacía días que no veía a Adriano. Por eso no quería comprometerse ni con él ni con Carlo, conocía a los hombres, sabía que solo les interesa una cosa, que podrían darle la espalda en cualquier momento. Que no se podía contar con ellos. Egoístas, como

su propio padre.

Como Nick.

Odiaba acordarse de él y, aun así, de vez en cuando lo hacía, para no olvidar lo que puede pasar, los regalos amargos que da la confianza.

Era uno de los directores de escena del Metropolitan. Un poco más alto que ella, con ese pelo rojo y sus ojos azules y su barbilla firme.

Sucedió al poco de llegar a Nueva York. Ella acompañaba a su madre a las representaciones, como era su costumbre. Mientras Isabella actuaba, Nick aprovechaba para cortejarla. Le decía tantas cosas bonitas… Que era la más hermosa, que su voz era todo un prodigio, que sería aún más famosa que su madre, ¡mucho más! Se encandiló. La deslumbró con tanta palabrería, aún no estaba acostumbrada a tratar con las mentiras del género masculino. ¿Cuántos años tenía ella? ¿Llegaba a veinte? Seguro que no. Sí, otras de su edad ya estaban casadas, pero su vida había consistido en viajar de teatro en teatro con sus padres, siempre vigilada, nunca sola. No sabía nada de las mentiras, aún era inocente.

Flavia se sobresaltó, el corazón se le alborotó en el pecho. Alguien se aproximaba al invernadero. Se escondió tras una de las vigas, pero enseguida se dio cuenta.

Era él, Adriano, que se había quedado frente a la puerta, como si dudara.

Se retorció las manos. ¿Quería verlo? ¿Prefería fingir que el invernadero estaba vacío? Dio dos pasos hacia la entrada.

—«Qué fuego tenía en la mirada.» —Comenzó a cantar una de las arias de Nedda—. «Bajé los ojos por miedo a que leyera en ellos mi pensamiento secreto. ¡Si me sorprendiera!»

Se detuvo. ¿Para qué cantaba eso, es que se había vuelto estúpida? Era como si le estuviera confesando su infidelidad, igual que Nedda lo hacía en esa aria. Tosió, se aclaró la voz, continuó con otra parte del libreto.

—«Nada he olvidado, convulsa me tiene ese amor que hay en tu mirada… Vivir quiero junto a ti, una vida de amor, pausada y tranquila. A ti me entrego; solo a ti. ¡Y yo te tomo y me abandono entera!»

Dri entró en el invernadero, entre todo el aroma verde estaba ella, su voz, su perfume de rosas. Se acercó, la tomó por la cintura, tan fina debido al corsé. Ella le abrazó con anhelo, como si lo hubiera echado de menos.

El manuscrito secreto

*H*ubiera necesitado una casa para mí, poder salir con libertad, algo de dinero.

Tiempo de mi propiedad.

Pero no tenía nada. Tres libros escondidos bajo la cama entre mis pocas ropas, una garganta rota, una mente que no pertenecía a alguien de mi posición. Tampoco podía decirse que el resto de los lacayos fueran felices, algunos sí, los más simples, los que no pensaban en nada más que en el presente, en la comida de la que disponían a diario y en el cuerpo con el que compartían el lecho, si es que lo tenían.

A la marquesa no le salieron las cosas tan bien como pensaba.

Un día lluvioso de comienzos de otoño, al ir a ponerle su vestido oscuro de luto, me confesó:

—Hoy es el día. Hoy se reparte la herencia. Por fin dispondré de posibles para mantener mi casa, mi carruaje, mis lacayos y mis amantes, que mis buenos dineros me cuestan. Jean-Baptiste siempre quiere más, ¿no ganará bastante con lo que vende? Cuanto más gana, más gasta. La buena vida cuesta caro, ¿es que acaso solo está mi familia para proveer? ¿Es que Pennautier no le ha facilitado suficientes contactos en la corte? Parece que no. No tengas amantes, Ratita. —Rio—. Quitando los buenos ratos, no merece la pena.

Quizás esa era la respuesta a mis necesidades. Buscarme un marido para tener casa propia, ahora ya había cumplido trece años, mi estatura sobrepasaba la de la marquesa. Mis senos se mostraban abultados bajo la camisa. Lo de ahí abajo se había cubierto de vello, la sangre me había visitado ya algunos meses. ¿Era yo fea? ¿Tenía cara de rata, como decía mi dama? A veces, ciertos hombres me miraban con una expresión de… babeo. Al fin y al cabo, estaba lozana, ya que por suerte comía todos los días. Mantenía la dentadura impoluta. Cuando soltaba mi cabello negro, caía hasta la mitad de mi espalda con ondas suaves. ¿Hacía falta algo más para cautivar a un hombre? ¿Voz, quizá?

Pasé el día sacudiendo y remendando las cortinas del salón. No coso bien, nunca ha sido de mi agrado, pero hago lo que me mandan.

Por la tarde, el sol otoñal que entraba a través de la ventana me calentaba las piernas.

Hasta que llegó la marquesa. Gritando.

—Es una vergüenza, maldita sea, ¡no se me puede tratar así! Maldito mi género y todo lo que va aparejado a él, ¡maldito el viejo! Maldito el viejo.

Me quedé paralizada, casi escondida tras las cortinas recién colgadas. Entró en el salón, se acercó al aparador, tomó la jarra de vino y una copa. Bebió un largo trago de la jarra, el vino le escurrió por la barbilla y goteó sobre su vestido, sobre el suelo. Se llenó la copa de nuevo y volvió a beber.

El marqués no estaba, pasaba mucho tiempo en provincias o en el cuerpo de la Dufay. Sus hijos habían salido con el preceptor, quizá pasearían a orillas del Sena. Solo estábamos los lacayos para recoger su ira.

Solo estaba yo.

—Rata, ¡ven aquí! ¿Crees que no te veo?

Aparté la cortina y me acerqué a ella, aún con las tijeras de costura en la mano. Echó otro trago de la jarra. Pude oír cómo el vino bajaba por su garganta.

—El maldito viejo me la ha vuelto a jugar. Me ha tocado una miseria, ¡una miseria! La mayor parte se la han llevado mis hermanos, los dos, Antoine y François, los mismos que de pequeña me… Siempre lo mejor para los varones, a nosotras nos queda abrirnos de piernas y sentarnos a esperar. No pienso hacerlo. Lo he conseguido una vez, volveré a conseguirlo, ya te lo digo. Haré lo que tenga que hacer. ¡Lo que tenga que hacer! Fea rata.

Tuve que tragarme el fuego que me subía desde el pecho. Apreté los puños, las tijeras se me clavaban en la mano. Seguí allí, delante de ella, inmóvil, aguantándole la mirada.

—Ojalá fuera como tú. Sin nada en la cabeza, ¡cabeza hueca! —El vino se derramó por su barbilla de nuevo, le mojó el pecho, el encaje blanco del vestido se tiñó de escarlata.

Como si fuera sangre.

—No me dices nada, ¿eh? Muda de mierda.

Hubiera sido fácil levantar la mano y clavarle las tijeras en la yugular, la que une cerebro y corazón a través de la vena cava. El flujo de sangre derramada la hubiera matado en minutos. Pero mi dama no tenía corazón. Su lugar lo ocupaba un vial de veneno.

Echó otro trago al vino. Se acercó a mí.

Incluso borracha y enfadada se mostraba hermosa.

—No me mires así, ¡impertinente!

Clas.

La bofetada resonó por toda la estancia, una y otra vez, como con eco. Creí que me caía, di varios pasos atrás hasta apoyarme en la pared.

Me había pegado.

Sentí la pared blanda como una cama. Algo caliente brotaba de mi nariz, lo limpié con la mano: sangre.

La marquesa, mientras, volvía a beber.

Apreté aún más las tijeras en mi mano, si es que eso era posible.

A través de la ventana, la tarde caía sobre la ciudad.

Pasadas las cuatro, Carlo, Dri y Mario llegaron al teatro.

—¿Es ese hombre? —Mario miró por la ventana del *calessino*—. Si parece distraído. Va de un lado a otro, mirando a lo alto. Viste un traje algo desgastado, no como nosotros, en la mano lleva una cartera de cuero marrón. Tiene la perilla y el bigote blancos y el pelo negro, ¿eso puede ser?

—Mario, no seas impertinente y baja, que nos está esperando —ordenó Carlo—. Llegamos un poco tarde.

—Solo cinco minutos, papá. Por culpa del tío, que no estaba listo.

—Pues ahora no te entretengas —replicó Dri—. Vamos.

—Ya bajo. Hace calor, parece verano.

Era verdad. Dri notaba humedad en la espalda. Al menos, fuera del coche corría el aire.

—Bien, señores. ¿Qué tal la semana? —Leone saludó con la mano —. Espero que bien, como la mía, muy fructífera. De Blasio les manda recuerdos. Está muy intrigado con el crimen del niño en el teatro, hay algo en él que se sale de lo normal. Desde luego, un crimen así, fuera del ámbito de la Società y de otros asuntos más comunes, como los familiares, es intrigante, sí, señor. Lo del papel también ha sido interesante. ¡Y lo del dedo! ¡Ah! Este jovencito es Darío, ¡hola, jovencito! Entremos, entremos. Bien, Darío, dígame usted qué pasó el día de autos, sí, señor, el día de autos.

—Me llamo Mario, no Darío. —Mario sonreía al escuchar a aquel hombrecito que tanto hablaba. Nunca en su vida había conocido a alguien tan charlatán. Paolo, su compañero de la escuela, también hablaba mucho, pero no tanto. Además, Leone lo observaba todo con esos ojillos oscuros y desiguales: uno entrecerrado, el otro bien abierto.

—Ah, perdón, perdón, jovencito. Se llama usted Mario, perfecto,

bien.

Lo siguieron al interior del teatro. Les recibió Biglietti.

—Pasen, buenos días, señores Dellanotte.

—Buenas tardes, Biglietti, que ya son más de las cuatro —dijo Mario.

—Señor, tiene razón. Buenas tardes.

El vestíbulo se notaba fresco, en comparación con el calor que se había apoderado de la ciudad.

—Jovencito, usted dirá.

Mario se aclaró la voz.

—Lo estábamos buscando y yo vi algo aquí, tras las plantas, que me llamó la atención. Me acerqué y lo vi, dormido. Pero no estaba dormido, se le notaba en la cara. Me asusté.

—Yo también me hubiera asustado, es algo que uno no se espera. ¿En qué posición estaba, me lo sabe usted decir?

—Encajadito entre las plantas y la pared. Con la cabeza como si mirara hacia arriba. Con las manos manchadas cruzadas sobre la tripa.

—Eso es, perfectamente colocado, igual que en el antiguo manuscrito. Solo lo del dedo desentona, ¿por qué lo haría? No lo sé.

—Antiguo, o no tanto —dijo Carlo.

—Hay que datarlo —respondió Leone—. Estoy en ello. Ya les adelanto que sí parece antiguo, un papel de camisas.

—¿Cómo de camisas?

—En esos siglos, XVI, XVII, XVIII, la gente usaba camisas. Muchas. Cuando estaban viejas, acababan en los molinos de papel. Tengo un amigo en la Sorbona, ya saben ustedes, París, que es experto en filigranas y en otras cosas.

—¿Qué son filigranas? —preguntó Mario.

—Sí, jovencito, mire esto. —Leone sacó con cuidado el manuscrito de la cartera marrón y lo puso a contraluz. Se apreciaba la trama y, en la parte de debajo de la hoja, aparecían en un tono más claro que el resto del papel unas letras dentro de un recuadro, al lado de una pequeña espada—. Como ve, pone Delagorce. Los maestros papeleros marcaban los pliegos de papel con su firma. Lo hacían con unos alambres en los bastidores que utilizaban para elaborarlo. Hay que ver en qué molino y en qué época trabajaba el maestro Delagorce, sí, señor. Así sabremos cuántos años tiene este pedazo de papel que el asesino nos ha dejado para que lo encontremos y acabemos con sus fechorías. ¿Lo ha escrito el asesino, o el texto data de la época del papel? Habrá que ver si se puede averiguar. Está escrito con pluma de ave, eso se ve. Mi amigo de París nos hablará del maestro Delagorce. Darío, dígame, ¿tenía marcas el niño en el cuello o en la cara?

Carlo alzó las cejas. ¿No era capaz de recordar el nombre de su hijo y pensaba que podía resolver, de manera milagrosa, el enigma?

Absurdo.

—Las tenía. Me fijé bien. Era mi amigo, y quiero ayudar.

—Cuénteme, cuénteme. —Leone se pasó la mano por la perilla—. ¿Cómo eran esas marcas? Primero, las del cuello. ¿Lo recuerda? ¿Era una, profunda?

—Eran varias, rojas, como paralelas. Con un poco de arañazo al final.

—Ah, lo hizo con las manos, nada de cuerda. Qué pena no haberlo visto. ¿Le examinó algún médico?

—El doctor Norris —apuntó Dri—. El médico de la familia.

—¡Ah! ¿Cómo no me lo han dicho antes? —El ojo semicerrado de Leone se cerró aún más, el abierto se redondeó tanto que casi se le sale de la órbita—. ¡Hay que hablar con él también! Lo haremos, bueno, ahora estamos aquí, con Darío, que tiene cosas muy importantes que contarnos. Descríbame su rostro, jovencito.

—Primero creí que estaba dormido. Pero luego le vi la cara. La tenía morada y un poco hinchada, y la boca estaba abierta, como si se hubiera asombrado por algo. Tampoco parecía… asesinado. Herido sí, por lo de la mano.

—A veces lo parecen, y a veces no. ¿Había alguien más con ustedes?

—Adolfo, nuestro director de escena. —Dri señaló hacia el patio de butacas—. Es raro que no esté aquí. Estará en su despacho. Él se encargaba de Luca, lo cuidaba como si fuera su padre.

—El padre. Qué interesante. Vamos, vamos, a ver qué nos cuenta Adolfo, ¿les parece correcto? —Leone se dirigió hacia donde señalaba Dri.

—Pero ¿por qué? —refunfuñó Carlo—. Este hombre se cree el dueño del teatro.

Nadie le hizo caso. Mario tomó la delantera y le indicó a Leone la dirección del despacho de Adolfo.

A medio camino, Dri supo que algo no iba bien.

Ese hedor a hierro no era normal.

Se detuvo, apoyó la espalda en la pared, aguantó la respiración.

No quería oler eso.

Esa cantidad de sangre.

Una vez, en la calle, un coche de caballos había atropellado a un hombre, que murió desangrado, al lado del teatro San Carlo. Él llegó unos minutos después al lugar. Nunca olvidará el olor a la sangre derramada. Los gritos del cochero, que azotaba al caballo, los relinchos de dolor del animal, que defecó sobre el pavimento. La ligera lluvia que comenzó a caer hizo que el tufo metálico fuera aún más intenso, le golpeó en el estómago tan fuerte que se dio la vuelta y vomitó, al pie del coche, sobre la acera.

No quería volver a oler eso, no quería, joder, y menos en su teatro.

—Mario —se obligó a decir—. Acércate.

El niño se dio la vuelta y fue hacia él.

—¿Qué pasa, tío? Estás muy pálido.

—No me encuentro bien. Quiero que vayas a avisar a George, hazme el favor. Arno te llevará. —No podía permitir que su sobrino presenciara ese caos, esa devastación.

—¿Qué te duele? —se preocupó.

—Creo que el estómago. Vete, anda.

—Sí. Traeré al médico y Leone podrá hablar con él.

Dri escuchó los pasos de su sobrino, cada vez más suaves. Deseó ser él. Deseó poder largarse cuanto más lejos de allí mejor. A otro mundo.

El tufo venía del despacho de Adolfo, estaba seguro.

Algo le había pasado a su amigo.

—Oh, *porca miseria*! —exclamó Carlo—. ¡Maldita sea! ¡Esto es increíble!

El olor del vómito de Carlo se unió al de la sangre.

Las piernas le temblaban, se dejó caer al suelo.

No podía ser real.

—¡Maldita sea! ¿Quién ha hecho esto? —Carlo seguía gritando entre arcada y arcada—. ¡Es absurdo!

—Hay un hombre tumbado en el suelo, sobre un charco de sangre presuntamente suya. —La voz de Leone sonaba monótona, como si estuviera recitando una lección aprendida—. De su cuello aún sobresalen unas tijeras, el arma que se ha utilizado para el degüello. Anotar: fallecimiento como consecuencia de la hemorragia aguda secundaria a heridas incisas en el cuello. Al sujeto le han vestido con una capa parecida a las de los mosqueteros, o eso creo, y le han puesto una peluca negra, ambas colocadas después de la muerte, porque solo se han manchado con la sangre del suelo. También le han cortado el dedo pulgar de la mano derecha. ¿Hay algún manuscrito? Busque usted. ¿No quiere? Lo entiendo. Yo lo haré, con su permiso. Mire, aquí, entre el chaleco y la camisa. Aquí hay algo. También ha sido introducido *a posteriori,* está más o menos limpio. El asesino quiere que lo leamos, sí, señor.

—Maldita sea, ¡Dri! Esto es increíble. ¡Es Adolfo! Lo han vestido de…

No. Dri se llevó la mano al pecho. El corazón se le estaba volviendo piedra, una de esas piedras negras, rugosas y encogidas que en su infancia recogía a las afueras de la ciudad, cerca de Posillipo. Una pequeña piedra negra, hecha pedazos.

No tengo nada contra ellos, aunque parezca que sí. Librarme de las personas que estorban es solo un medio para conseguir lo que deseo.

Lo planeé durante días.

Planeé las excusas, los movimientos necesarios. Me imaginaba acercándome a él, con su vida en mis manos en forma de esas tijeras. Se las robé ayer a la costurera del atrezo. Aún las estará buscando.

Me imaginé frente a ese hombre, sonriendo, con todo el poder que da saber cosas que el otro no sabe. Me puse delante del espejo para ensayar el gesto con la mano, no le daría tiempo a defenderse de algo que no imaginaba que iba a ocurrir, porque en mí confiaba, como todos. Eso también me lo ha enseñado Diane, aunque yo ya lo sabía.

Cuando llega el momento, es emocionante.

Hasta que sucede.

No sé por qué, pero la realidad nunca es tan buena como lo imaginado.

El momento es tan breve que duele.

*D*ri clavó la espalda aún más en la pared, la golpeó con la palma de la mano, una, dos, tres veces. ¿En qué se había convertido su vida? ¿En qué maldita sucesión de desgracias?

Estaban ensayando la ópera del tercer trimestre: *Tosca*, la nueva obra de Puccini, recién estrenada en Roma. Su vida se había convertido en ese drama resumido en unas breves notas que se alzan para declinar, que viven para morir. Como todos. En esas notas que, aria tras aria, anuncian la tragedia. «Muero desesperado, yo, que amaba tanto la vida.» Esas notas retumbaban una y otra vez en su cabeza, no le dejaban oír la voz de su hermano.

—¡Adriano! ¡Esto es increíble! ¿Qué vamos a hacer ahora, sin director de escena?

Tampoco se enteró de que Bianca y Giulio se acercaban por el pasillo. La melodía ocupaba toda su cabeza, crecía, se desvanecía, tan triste, tan desesperanzada como él.

—Señor Adriano, debe ver esto, acérquese —llamó Leone—. Tenemos otra víctima, tenemos otro manuscrito.

—¡Es ciego, por el amor de Dios! —gritó Carlo—. No puede leer nada, ni ver nada, ¿qué vamos a hacer ahora?

Giulio y Bianca, pálidos, se quedaron al lado de Dri. No se atrevían a acercarse más.

—¡Se acabó! Me largo de este maldito teatro. Llevo prisionero en él toda mi vida, creo que ya es hora de salir de la jaula. Esto no tiene ningún sentido. Se acabó todo. Cerramos la puerta. No habrá más representaciones, yo por lo menos me voy a dedicar a otra cosa, *porca miseria*!

—¿Escucha a su hermano, Adriano? —Giulio se acercó a él mientras las lágrimas empapaban el rostro de la soprano—. ¿Vamos a cerrar?

Dri se levantó despacio.

—No, no vamos a cerrar. —Le costaba hablar—. Adolfo no lo permitiría, ni mi padre tampoco. Vamos a seguir adelante, aunque seamos payasos tristes que ensucian de lágrimas su maquillaje blanco. Vamos a seguir adelante. ¡Carlo! Sal a la puerta. En breve llegará tu hijo con George, no permitas que el niño vea esto, llévatelo a casa. Yo me encargo.

—Tú te encargas, maldita sea, ¡esto es un despropósito! Hay que llamar a la policía.

—La policía ya está aquí —dijo Leone desde el despacho de Adolfo —. Policía científica.

—No entiendo cómo esas dos palabras pueden ir unidas en una misma frase. —Carlo negó con la cabeza mientras se dirigía a la entrada del teatro—. Policía científica, qué contrasentido, joder.

—La universidad, ya sabe —continuó Leone—. De Blasio. Son unas tijeras medianas, de costura, muy afiladas.

—Ay, *Santa Madonna*. —El cuerpo de violín de Bianca se tambaleó —. Me mareo. Como las de Chiara. Se ha vuelto loca buscándolas.

—Váyanse ustedes también. No le digan al resto del personal lo que ha pasado, solo que Adolfo ya no está. Ahórrense los detalles.

—¡Con las tijeras de Chiara! —exclamó Bianca. Giulio la tomó por la cintura y la alejó de allí.

—Damos de comer a mucha gente. El teatro no puede cerrar así como así. —Dri se acercó al despacho—. No puedo dejar en la calle a Biglietti, a los músicos, los tramoyistas, los cantantes, las costureras, a tantas familias que dependen de nosotros. Adolfo no lo permitiría, ni mi padre tampoco. Pero no sé cómo hacerlo. No sé cómo seguir, después de esto.

—Un pie tras otro, querido amigo. La vida no deja más opciones que seguir caminando, aunque al principio no se sepa qué rumbo tomar. El manuscrito está en francés, como el otro.

Leone, en voz alta, comenzó a traducir.

Nunca había conocido una ira tan profunda, parecía echar raíces en cada uno de mis órganos, me asfixiaba.

Si no quería matar a la dama, debía irme.

Y no, no quería.

Corrí. Salí de la casa, se me cayó la cofia, se me soltó el cabello, daba igual, no podía parar. Llegué hasta la plaza de la Bastilla y su foso de agua. Me limpié en una fuente la poca sangre. Continué hasta la orilla del Sena, a punto estuve de tirarme a él, al fin y al cabo, ¿qué valía mi vida?

Un brazo me retuvo.

Un tipo alto y delgado, con peluca, capa y espada al cinto.

Parecía un mosquetero.

—¿Queréis mataros, bella dama?

Me sujetaba con fuerza el brazo izquierdo. Me arrastró hasta ocultarnos

detrás de un grupo de árboles. Estaba atardeciendo, dos o tres estrellas asomaban entre las nubes. Me di cuenta de mi imprudencia: salir tan tarde, sola.

—¿No decís nada? Así me gusta, complaciente, como debe ser.

Resollaba. Su frente estaba cubierta de sudor, a pesar del fresco. El río sonaba, muy cerca, surcado por sus barcos. Era guapo, sus ojos verdes estaban clavados en mis senos. Parecía de la nobleza, por la altura de los tacones de sus zapatos.

Estábamos lejos de todo.

Me quedé quieta. Sonreí.

El tipo se relajó. Se quitó el sombrero, se desabrochó el cinturón, dejó la espada apoyada en uno de aquellos árboles; la brisa movía las ramas, su sonido pretendía ocultar el de la ciudad.

—Sois hermosa. ¿Cuánto queréis?

Levanté la mano que tenía vacía.

—¿Cinco? Lo que digáis.

Acercó la nariz a mi pecho, inspiró, espiró. Me apartó la melena del rostro.

—Oléis bien. No sois una cualquiera, no venís de la calle, ¿qué hacéis aquí?

Me llevé la mano a los labios, para indicar silencio. Me subí la falda hasta la rodilla.

Cerró los ojos, los abrió de nuevo, esbozó una sonrisa. Me acarició uno de los senos, con suavidad. Lo sacó por encima del corsé. No tuve más remedio que respirar hondo, que pasarme la lengua por los labios. El pellizco en el pezón me llegó hasta ahí abajo, ¿cómo era posible? Me apoyó contra otro de los árboles, noté la corteza dura en mi espalda. Metió la mano por debajo de las faldas. Me dio algo de vergüenza, me notaba mojada.

Levantó las faldas, puso una rodilla en tierra delante de mí y miró.

—Precioso.

Alzó la cara y sonrió.

Casi me dio pena hundirle las tijeras abiertas en la garganta.

No me costó mucho, no se lo esperaba. Un pinchazo, fuerte, un giro.

Y su vida comenzó a derramarse en la tierra gris, bajo esos árboles que se agitaban con el viento.

Se echó las manos al cuello que manaba con cada latido.

Me dio la sensación de que no podía respirar.

Apoyó la otra rodilla en el suelo, tendió una mano hacia mí, pero me retiré a tiempo.

Cayó al suelo, boca abajo, retorciéndose. Declinaba el día, declinaba su vida. Hubiera querido verle la cara, pero se estaba poniendo todo demasiado sucio de sangre, qué asco. Se lo merecía. Pensaba que podía forzarme, o si no, comprarme. Seguro que ni siquiera se habría molestado en darme el dinero. Creen que tienen derecho a todo, que pueden hacer cualquier cosa con quien es inferior a su sangre. Alguien tiene que enseñarles que, en algunas ocasiones, pocas, no es así.

El envoltorio se sacudió varias veces, antes de quedarse inmóvil.

Ese hombre hacía unos minutos estaba vivo. Yo había determinado arrebatarle su existencia. No tiene mucho mérito. Somos seres frágiles, hace falta muy poco para que nuestra vida salga de nosotros. Un gesto, unas tijeras, alguien con la suficiente decisión para empuñarlas, nada más. Si no hubiera dado conmigo, estaría vivo y satisfecho.

Qué caprichosa es la casualidad.

Quería darle la vuelta, asomarme a la garganta. Ver hasta dónde habían llegado las lesiones. Al músculo, a la carótida, a la yugular externa e interna y a la tráquea, seguro. Me hubiera gustado encontrar las cuerdas vocales, esas

pequeñas membranas defectuosas o ausentes en mí.

Pero no lo hice. La oscuridad y el miedo a mancharme me lo impidieron.

Miré al cielo nublado. Parecía querer llover. Debía irme. Lavé las tijeras en el Sena, volví a las calles.

Regresé a casa de la marquesa, qué iba a hacer, si no tenía otro lugar.

Leone alzó la mirada irregular al techo, se pasó la mano por la perilla. Volvió a leer el manuscrito, esta vez en voz baja. Dri negaba con la cabeza.

—Mírelo, señor Adriano. Está ahí, con la peluca y la capa, al igual que el hombre de la historia. El asesino ha imitado el crimen lo mejor que ha podido, aunque se ha dejado las tijeras. Y ha añadido algo de su cosecha: lo del dedo. Es su signo de identidad. ¿Para qué lo querrá? ¿Será como una colección? Hay que datar el papel. El papel es lo que nos puede llevar hasta la persona. Bien, ahora está traumatizado, lo entiendo, es lo que pasa cuando alguien muere, parece que nos arrancan una parte de nosotros mismos, y luego está la soledad. Es muy pronto para que hablemos, lo sé, pero me tiene que contar cosas de su hermano y de Adolfo. Hay que encontrar un porqué. Desde luego, esto está planeado, muy planeado, hasta el último detalle, sí, señor. Hábil, frío, comunicador. Habrá que ver qué rasgos físicos se corresponden con esta personalidad, puede que incluso nos digan a quién debemos buscar. Déjeme un rato más, luego podrá mandar a alguien a limpiar la sangre, a adecentar el cuerpo, no querrá que su familia lo vea así, con la garganta abierta.

Dri se dio la vuelta, caminó deprisa hasta el exterior, necesitaba respirar el aire limpio del Tirreno. Iría hasta la playa, se metería en el mar y este se lo llevaría lejos, bajo las olas.

Se encontró con George, que llegaba en ese momento.

—Pase, pase —le indicó—. En el despacho de Adolfo.

—¿Se encuentra bien?

—Vaya al despacho. Allí lo espera el… policía, parece ser. Déjeme, no se preocupe.

Escuchó cómo se alejaban los pasos del médico.

Su hermano tenía razón, debían cerrar el teatro.

Antes de que hubiera otra muerte.

Leone se agachó al lado de la cabeza de la víctima. Se puso unos guantes blancos, sacó las tijeras del cuello cercenado y las depositó sobre su pañuelo, aún manchadas de sangre. No las limpiaría. Debía ver si había alguna huella. Hacía poco que había leído aquel libro sobre las huellas dactilares escrito por Francis Galton, el primo de Darwin. El tema era muy interesante, y sus obvias aplicaciones podrían ayudarle mucho en su oficio, sí, señor. Examinó con cuidado el charco de sangre que rodeaba al cadáver. Nada. Ni una pisada, ni ningún rastro. El causante de todo esto era cuidadoso en extremo. Alzó la vista y se dio cuenta de que un hombre le observaba desde el umbral de la puerta.

—¿Desea algo? —preguntó.

—Me han mandado llamar. Soy George Norris, médico de profesión. Atiendo a la familia y desde hace poco al personal del teatro, pero creo que aquí ya no voy a poder hacer nada.

—Pase si quiere, pero no toque nada, haga el favor. ¿Se da cuenta? Le ha puesto la peluca y la capa, pero de forma muy limpia. Ha evitado la sangre en todo momento, lo cual no habrá sido fácil, dada la cantidad que hay.

—Unos cinco litros. Desangrado casi por completo.

—Un corte limpio y profundo en la garganta con estas tijeras tan afiladas. —Se las mostró a ese hombre algo entrado en carnes, que se limpiaba con la mano el poco sudor de la frente—. Creo que pueden pertenecer a una tal Chiara. Me gustaría saber quién es.

—La costurera. Pregúntele a Adriano.

—Sí, señor. Vayamos a hablar con el alto, ¿no le impresionan sus ojos? Mira como si viera. Estas tijeras son importantes, el dedo que falta también. El corte limpio, con un instrumento afilado, no es ninguna chapuza. ¿Qué nos quiere decir el causante de todo esto? Hay

que saber leer el mensaje.

George alzó las cejas.

—¿Y usted sabe leerlo?

—Hay que aprender el lenguaje del causante, doctor. A De Blasio le va a encantar. Imagino que usted lo conoce, ya sabe, en la universidad.

—Lo siento.

—¿No lo conoce? Qué bárbaro. Pues debería. —Leone salió de la habitación, George le siguió—. Es profesor de antropología criminal. Sigue las teorías de Alphonse Bertillon, el de París, y de Cesare Lombroso.

—Creo que tienen bastantes detractores.

—¡Ah! Está usted en lo cierto, doctor. Como las de cualquier genio. Mire, nuestro amigo. —Leone señaló a Dri, que estaba sentado en uno de los escalones de la entrada al teatro.

Dri los escuchó llegar. Se levantó y se acercó a ellos. Se pasó la mano por la cara, estaba agotado.

—Señor Dellanotte, quizás usted tenga conocimiento de quién es Chiara.

—¿Chiara? Chiara es la costurera. Ahora tiene mucho trabajo, ella y sus chicas están preparando el vestuario para *Tosca*. Ya no sé para qué. Es absurdo.

—El mundo sigue girando, señor Dellanotte, con o sin nosotros, da igual, solo somos hormigas en este magnífico universo. Oí que a Chiara le faltaban unas tijeras, ¿serán estas? —Se las mostró a Dri. George le puso la mano en el brazo y negó con la cabeza.

—¿Quiere hablar con ella? —preguntó Dri.

—Sería importante.

¿Podría caminar? Le temblaba el cuerpo, como si tuviera fiebre. Agradeció el bastón.

—Síganme.

Recorrieron el pasillo. Subieron a la segunda planta, entraron a una estancia no muy grande atiborrada de telas y trajes a medio arreglar. En ella, cuatro mujeres se afanaban por terminar los vestidos que se lucirían en el siguiente estreno. Una de ellas alzó la cabeza.

—Buenos días, señor Dellanotte, qué alegría me da verlo. Aquí estamos, venga y compruebe la suavidad de esta seda, para la *prima donna*.

—Chiara, ha sucedido algo.

Leone se adelantó. Aún llevaba los guantes blancos y las tijeras manchadas de sangre sobre el pañuelo. Se las enseñó a esa mujer alta, rubia, con los ojos azules demasiado juntos, si eso podía ser.

—¿Conoce estas tijeras?

Chiara se levantó, dejó con cuidado el vestido sobre la silla. Se

asomó a lo que le enseñaba ese hombre de pelo negro y perilla blanca como si se asomara a un caldero de sopa hirviente.

—¡Oh! —Se retiró con brusquedad—. ¡Están manchadas de sangre! ¿Por qué?

—¿Son las suyas? —insistió Leone.

Ella clavó la mirada azul en la cara de aquel hombre. Miró también a Adriano, que parecía enfermo, tan pálido. Tras él, aparecía el doctor.

—Doctor, ¿de qué se trata esto? ¿Es una broma?

—Siento decirle, Chiara, que Adolfo ha muerto, y que estas tijeras tienen algo que ver. —Leone se acercó más a ella, mientras las otras costureras, asustadas, dejaban sus labores y se abrazaban entre exclamaciones de asombro—. ¿Puede reconocerlas?

Chiara miraba a uno, al otro, a los trajes colgados en las paredes de la sala de costura. ¿La iban a acusar?

—No lo sé —murmuró—. No lo sé.

—Por favor —pidió Dri—. Déjenme a solas con ella. Salgan todos y cierren la puerta.

Lo hicieron. Dri se quedó con Chiara y las otras costureras, que sollozaban.

—Necesito sentarme, Chiara.

—Aquí. —La costurera le acercó una de las sillas—. ¿Quiere un vaso de agua?

—Se lo agradezco.

Chiara sirvió el agua de una jarra de cristal situada en una esquina de la gran mesa que ocupaba una de las paredes y que estaba cubierta por multitud de objetos: cajas con botones, lentejuelas de varios colores, hilos, retales, cintas. Le dio el vaso en la mano. Se lo bebió. El agua fresca no le alivió la aridez que notaba por dentro.

—Chiara, siéntese también. No tenga miedo, tiene que saber que nadie la acusa de nada. Solo que Bianca comentó que no encontraba una de sus tijeras. ¿Puede ser la que tenía Leone en la mano? ¿La puede reconocer?

Chiara se aclaró la garganta.

—Debemos intentar parar esto —continuó Dri—. ¿Lo comprende? Es la segunda vez que alguien mata en el teatro, y yo ya no sé qué hacer. No sé si continuar, si la solución para que esto cese es cerrar, no lo sé.

La costurera abrió mucho los ojos, de un azul tan claro que parecía hielo. No, el teatro no podía cerrar. ¿Cómo iba ella a alimentar a su familia? Tenía tres hijas en el apartamento del Vico Galuppi. Su marido había muerto hacía ya dos años, atropellado por el tranvía. Que estaba borracho, le dijeron. Se lo creyó.

—No puede cerrar —afirmó ella—. Tengo tres hijas, ya lo sabe.

Esas de ahí —señaló a las otras costureras— necesitan el trabajo para no pasar hambre. María tiene un bebé de un año. Sí, las tijeras son iguales a las que me faltan. Puede que sean las mismas. Tienen dos volutas en los dedales, las mías tienen un arañazo en una de las hojas, puedo comprobarlo.

—Por favor, hágalo. Salga un momento y compruébelo.

Obedeció. Se levantó, salió de la estancia, miró otra vez esas tijeras sobre el pañuelo de color blanco. Entró, se sentó de nuevo.

Se aclaró la garganta.

—Tienen el arañazo. Creo que son las mismas tijeras que me faltan desde… ayer o antes de ayer. Tengo varias, esas las uso solo para cortar tela compacta. Están muy afiladas. Bueno, las otras también, pero, no sé…

—No se preocupe. ¿Tiene idea de quién puede haberlas cogido?

—No sé. Estos días han pasado por aquí casi todos los cantantes, estamos con los trajes de *Tosca*, hay mucho jaleo.

—¿Nadie de fuera del teatro?

—No, señor, ya lo sabe. Nadie ajeno, los trajes son un secreto hasta el día del estreno, y más en *Tosca*, que es la primera vez que se representa en la ciudad. Los cantantes, nosotras, Adolfo, que en gloria esté. —Se santiguó—. Todos conocidos, nadie de fuera, no lo hubiéramos permitido, ¿verdad, chicas?

Ellas asintieron, entre sollozos.

Alguien de dentro. Dri se pasó la mano temblorosa por el cabello. Negó con la cabeza, ¿quién podría hacer algo así? Victor Maurel, el barítono, venía de fuera.

—¿Victor Maurel? —preguntó.

—No, ese no. Ha venido para *Pagliacci*, no tiene sentido que se pruebe nada para *Tosca*. Ese no ha cogido las tijeras.

Dri tomó aire.

—Entonces puede haber sido cualquiera de los cantantes. ¿Alguien más ha entrado aquí estos días?

—Claro, su familia, por supuesto.

—¿Carlo?

—Sí, y su señora madre y la señora Dellanotte de Carlo.

Dri frunció el ceño, apretó los puños. Eso era una novedad.

—¿Senta y mi madre han estado aquí?

—¿No lo sabía? Llevan viniendo desde que comenzamos con el vestuario nuevo. Han elegido muchas de las telas, han traído patrones de revistas de París y de Roma. Muy bonitos. Hemos copiado varios. ¡Ah! También ha estado el médico. Atendió a María de un…

—Forúncolo —acertó a decir María—. Me dolía mucho y su hermano lo mandó llamar.

—Se dice forúnculo —corrigió Chiara—. Y la dama, Flavia,

acompañó a su padre y le ayudó en la operación. Fue muy amable, sujetándole la mano a María.

No lo podía creer. Ahora toda su familia era sospechosa de esa barbaridad, junto con medio teatro. Y también Flavia y su padre.

Nadie de fuera.

—Sí, señor, todos conocidos, era de esperar —dijo Leone desde el pasillo—. Se estrecha el cerco.

—Cállese, hombre, que le van a oír —replicó el doctor.

Dri negó con la cabeza, respiró hondo una y otra vez, porque se ahogaba.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Chiara—. Tenga, beba un poco más de agua.

La cabeza le daba vueltas.

El monstruo era alguien cercano, alguien conocido. Estaba entre ellos.

El manuscrito secreto

No puedo decir que nada cambiara en mi relación con la marquesa. Para ella, lo del día de la herencia no fue extraordinario. Recibido el patrimonio, se dispuso a gastarlo sin demora. Le duró unos cuatro años, más o menos. Eso fue lo que esperó para continuar con sus planes, no sin antes dedicarse a suministrar veneno a unos y a otros. Se lo administró a su marido, con el deseo de casarse con el amante, pero este debió asustarse ante tal destino y le proporcionó un antídoto al marqués. Al fin y al cabo, eran amigos desde hacía tiempo, si es que puede haber amistad con un ser así. Bien, con el marqués fue consecuente y tuvo un respeto.

Una vez, la dama sintió envidia de su hija Marie-Madeleine. Con los años, su belleza brotaba, amenazaba con eclipsar la de su madre. De manera que recibió su dosis. Pero la marquesa tuvo pesadillas esa noche. No sé, quizá fue demasiado hasta para ella. Se arrepintió, y la niña ha seguido creciendo, rozagante.

También lo probó con su hermana Teresa, monja en un convento de las carmelitas, con la excusa de estar harta de sus críticas: la llamaba inmoral. Tampoco concluyó hasta su muerte.

Aquellos años pasaron rápido, sin nada que remarcar. Dos o tres veces pude regresar a las clases de química del Jardín Real. Demasiado poco, para mi gusto.

En 1670, la dama, otra vez con problemas de dinero, concibió un propósito para su hermano Antoine, que había heredado el cargo del señor padre. La conversación que mantuvo con el amante al respecto no tuvo desperdicio. Ahí estaban, en el laboratorio, esta vez vestidos, pero la marquesa se había levantado las faldas y se había sentado sobre sus muslos, más bien sobre sus partes pudendas, en la silla, frente al horno y el alambique. Me dio miedo, estaban demasiado cerca, si lo golpeaban accidentalmente podíamos, dependiendo de lo que hubiera dentro, morir los tres.

—Debo hacerlo, Jean-Baptiste. No nos queda otro remedio. ¿Me apoyaréis?

—Lo haré, querida, pero todo tiene un precio. Sois consciente, ¿verdad?

La dama frunció el ceño, se levantó, paseó por la habitación.

—Creí que me amabais —protestó.

—Vos heredáis, yo debo guardarme las espaldas. Me firmaréis dos reconocimientos de deuda, uno por veinticinco mil libras, otro por treinta mil.

Ella se detuvo frente al alambique. Creí que lo empujaría, que caería al suelo derramando su líquido interior y sería el fin.

Pero no. Apretó los puños, los aflojó. Se recolocó el cabello.

—Tengo un lacayo muy apropiado para la ocasión —prosiguió el amante—. Se llama Jean Hamelin, apodado La Chaussée. Es de confianza, os ayudará a llevarlo a cabo. No os enfadéis, sentaos y firmad.

Lo hizo. Con rabia, lo sé. Pero si quería el dinero, no le quedaba más remedio; al fin y al cabo, él era el suministrador, él marcaba las condiciones.

Recuerdo que esa misma tarde me senté un momento en el jardín de la casa del Marais, tras tender al sol las sábanas de la cama de la marquesa. Sus hijas leían juntas en uno de los bancos. Los niños jugaban vigilados por el nuevo preceptor, que no llevaba más que dos o tres meses con ellos. La marquesa aún no había tenido tiempo de meterlo en su lecho, como hizo con el anterior. El cielo se mostraba despejado, era uno de esos raros días de febrero en que ya se anticipaba la llegada de la primavera. Un ave rapaz nos sobrevoló, tan cerca que pude oír con claridad el sonido de sus alas al batir el aire. Volví la cara hacia los niños y me percaté de que Claude, el preceptor, me observaba. Al saberse descubierto, bajó la mirada. Sonreí.

Sucedió lo mismo en varias ocasiones. Me miraba, lo miraba. A veces se ruborizaba, otras veces me ruborizaba yo. No es cierto, yo no me ruborizaba nunca, pero en fin. Era un hombre atractivo, cinco o seis años mayor que yo. Tenía el cabello rubio y abundante, unos ojos llamativamente rasgados de color marrón, nariz romana y labios finos. Alto, delgado, con la espalda algo encorvada, ¿sería de tanto leer?

Al menos se trataba de un hombre culto, alguien que quizá podría apreciar mis cualidades.

Decidí apostar fuerte.

Una mañana, cuando acabaron las lecciones de los niños, me acerqué a él y le puse en la mano una nota. Me miró con un gesto interrogante, me llevé el dedo a la boca para indicar silencio. Se puso frente a la ventana, desplegó el papel.

Modulé con los labios las palabras que él estaría leyendo.

«Y los dioses te concedan cuanto en tu corazón anheles: marido, familia y feliz concordia, pues no hay nada mejor ni más útil que el que gobiernen su casa el marido y la mujer con ánimo acorde, lo cual produce gran pena a sus enemigos y alegría a quienes los quieren, y son ellos los que más aprecian sus ventajas.»

Lo había copiado de la *Odisea*.

La nota le produjo gran impresión.

Se puso pálido. Recobró el color. Me señaló con el dedo, hizo un gesto con la mano para preguntarme si la había escrito yo, como si además de muda, fuera sorda.

Asentí, esbocé una sonrisa y salí de la habitación.

Tengo que confesar que le escribí algunas notas más. Una de ellas fue muy productiva para mí: «Prestadme libros», rogaba. Lo hizo. Me colmó de ejemplares de lo más variado, lo cual me llenaba de felicidad, aunque carecía del tiempo necesario para leerlos.

Me resultó curioso constatar que podía enamorarse sin saber nada de mí, siendo yo una criada sin posibles. Parece que, en este caso, saber leer y escribir me proporcionó alguna suerte de ventaja.

Cuando pasaba a mi lado, me rozaba la mano con sus dedos. Me observaba con sus ojos rasgados, sonreía. Yo también lo hacía. Bajaba la mirada, como si el pudor se apoderara de mí, y continuaba mi camino.

Una de las veces, en el pasillo, sin nadie a la vista, acercó sus labios a los míos. Sentí su aliento cálido. Entreabrí la boca, para luego retirarla, negar con la cabeza, salir corriendo y dejarlo ahí, solo, mirándome huir de él.

Tampoco fue un romance de años, me convenía que nos uniéramos.

Primero murió el hermano mayor de la dama, Antoine. Excuso decir que no murió, más bien lo mataron: ella, el amante y La Chaussée.

Al cabo de cinco meses, en noviembre de 1670, le tocó el turno al otro hermano, François.

Con este, ya hubo sospechas. Los médicos hablaron de veneno, pero nadie se preocupó de buscar al culpable. La marquesa lloraba en público y reía en privado, por fin lo había conseguido, por fin podía disfrutar de la vida como ella quería.

Yo temía que cualquier día la policía entrara en la casa y se la llevara; ella no.

Fue el día 9 de febrero de 1671. Un largo atardecer teñía de

naranja el cielo de la ciudad. Claude me cogió de la mano, me condujo hasta el jardín y me entregó una nota.

«Nadie en verdad hay mejor ni más rico en venturas que marido y mujer cuando unidos gobiernan la casa en un mismo sentir.»

Luego dobló la rodilla en tierra, como en los libros de amor galante y me pidió matrimonio.

Le dije que sí.

La marquesa había acabado de comer. Pollo asado. Se estaba limpiando las manos pringosas en un lienzo de color blanco. Claude se acercó a ella.

—Perdonad, señora. Diane y yo necesitamos hablar con vos, ¿cuándo podéis atendernos?

—Hablaréis vos, Didi no creo. —Ella rio. Claude permaneció serio, no estaba acostumbrado a sus bromas—. Hablad ahora. Aunque me interrumpáis en mi sobremesa, yo siempre estoy disponible para los asuntos de mi casa.

Él se aclaró la garganta.

—He pedido en matrimonio a Diane. Nos casaremos dentro de un mes. Os rogamos que a partir de entonces la dispenséis de sus cargos.

Frunció el ceño solo un segundo. Enseguida recuperó la compostura.

—Enhorabuena a ambos. —Dejó el lienzo manchado de grasa en la mesa. Se levantó y salió del salón, ella y su perfume de violetas, ella y el susurro que sus ropas producían al moverse con cada uno de sus pasos.

*D*ri se despertó al notar un poco de calor en el rostro. Debía ser de día, seguramente se había olvidado de cerrar las contraventanas. ¿Había logrado dormir? Parecía que sí, al menos la última parte de la noche. Tenía la boca seca, como si hubiera bebido el día anterior.

Adolfo ya no estaba, y su ausencia era como una bofetada que no dejara de doler.

Se levantó. Se lavó la cara con el agua helada de la palangana. Se puso la camisa sobre el torso desnudo, y los pantalones. Quería hablar con su madre y con Senta antes de que salieran a la compra, o dondequiera que fueran, porque parecía que el mundo se había vuelto loco, que ya nada estaba donde debía estar. Dejó el bastón al lado de la cama y se dirigió al comedor.

Nadie.

Escuchó a la *nonna* tararear una canción en su habitación.

Fue a la cocina. Tampoco se encontraban allí. La criada parecía estar preparando algo, quizás uno de sus guisos de ternera.

—María, ¿dónde está mi madre?

—En el jardín, recogiendo unas hojas de laurel, con Senta. Ya vienen. ¿Quiere un café?

—Sí, por favor. —A ver si conseguía aclararle la mente, aunque fuera un poco—. ¿Me lo puede traer al salón, y decirles a mi madre y a Senta que quiero hablar con ellas?

—No se preocupe, enseguida lo hago.

—Gracias.

No tardaron mucho en llegar, ni el café, ni las mujeres.

—¿Les pongo café también a ustedes? —les preguntó María.

—Sí, por favor. —La *mamma* se recolocó un mechón de cabello que se le había salido del recogido—. Y traiga también los *babà* que sobraron de ayer. Debes probar uno, hijo.

—No tengo ganas. *Mamma*, ¿desde cuándo vais al teatro a… ayudar?

—Siento mucho lo de Adolfo. Sé que era muy importante para ti.

—Lo siento, Adriano. —Senta se fijó en los botones superiores de la camisa, que llevaba desabrochados. Podía verle el vello oscuro, los músculos algo marcados, la parte del pecho donde apoyaría el *cello*. Se ruborizó.

—Gracias por vuestro apoyo. —Su tono era irónico—. Pero me gustaría saber desde cuándo en vuestras atribuciones está la de ir al teatro a… ¿a qué?

—Querido Adriano, te voy a decir una cosa. —La *mamma* apoyó los codos sobre la mesa y le apuntó con el índice—. Tengo nombre. Me llamo Martia, como ya sabes, y no soy solo tu madre, soy una persona. Valgo, y Senta igual, para mucho más que para adornar una casa. Tenemos ideas que queremos desarrollar y somos de la familia, formamos parte del teatro. —Se levantó, sus pasos sonaban rotundos, ¿qué le había pasado? ¿Se había vuelto loca?—. Queremos opinar, queremos tener voz. Los trajes de *Tosca* van a quedar maravillosos, te lo puedo asegurar. El vestuario va a dar que hablar en la ciudad. Las mujeres vendrán a la representación solo para verlo.

—Madre, ¿qué te ha pasado? No eres tú.

—Me han pasado muchas cosas. Hemos cambiado de siglo, que lo sepas. Tu padre no está aquí. Y…

No podía decirlo, no aún. Le daba vergüenza confesar dónde iba cada mañana, cómo había conseguido la confianza suficiente para salir de su casa, ir al teatro, aflojarse el corsé que no le dejaba respirar.

—No me lo puedo creer. —Dri apuró de un trago el café que quedaba en la taza. Era lo único que seguía siendo igual que siempre.

—Pues hazlo. Seguiremos yendo al teatro. Y quizá viajemos, ¿verdad, Senta? Tengo ganas de ir a París, a la exposición universal.

Senta suspiró. Ojalá pudieran, sería maravilloso. Otro deseo que no se cumpliría, esa era la realidad. Aun así, afirmó.

—Pues ahora sois sospechosas de asesinato. Vosotras y todos los que pudieron robar esas tijeras. Cualquiera que pasara por la sala de costura estos días.

—¿Incluido tú? —dijo la *nonna*, que entraba en el salón.

—Yo no.

—¿Quién lo dice?

—¡Por el amor de Dios, *nonna*!

—Nada. Nunca se sabe de dónde viene el mal. Se ha metido en esta casa. —Se tocó el colgante en forma de cuerno rojo—. Y ahora a ver cómo lo echamos de aquí. *Santa Madonna*, ayúdanos. El mal está en casa y nos está trastornando a todos.

Flavia no había dormido en toda la noche, no sabía por qué. Últimamente, no dormía bien. Había pasado una semana desde lo de aquel hombre, Adolfo, en el teatro, y hacía días que Dri no la visitaba. Al acostarse había dejado encendida la lámpara de petróleo, y el leve resplandor dibujaba sombras en las vigas de madera del techo, cuyas vetas semblaban caras atemorizadas.

Se puso el corsé. Luego pediría ayuda a la cocinera para apretarlo.

Se sentó frente al espejo de la cómoda. Tomó el cepillo y lo pasó una y otra vez por su cabello moreno.

Esos días, Nick estaba demasiado presente. Lo sentía como una sombra detrás de ella, tenía la sensación de que en cualquier momento le pondría la mano en la cintura, la atraería hacia él, hacia su sonrisa falsa y sus ojos azules y mentirosos.

Si cerraba los ojos, podía sentir que estaba otra vez en el camerino de Isabella, en el Metropolitan de Nueva York. Con ese aroma a su perfume de rosas, a maquillaje, a sudor. Volvían a rodearla los vestidos caros, el poco desorden sobre el tocador y, a lo lejos, la música que su madre interpretaba sobre el escenario.

La primera vez que hizo el amor, Isabella cantaba la «Casta Diva», de *Norma*. Nick despejó el tocador con un gesto del brazo, la sentó sobre esa madera fría. Ella cerró los ojos escuchando la música tenue y lejana, y movió los labios entonando la letra de la canción en silencio, hasta que él le cubrió la boca con los suyos y, con suavidad, se la entreabrió con la lengua.

Se dejó hacer, mientras la voz de su madre la acunaba con ese suave murmullo.

Él le subió la falda, le bajó las polainas, le recorrió los muslos suaves con los dedos, le colocó las piernas alrededor de su cintura y, de una sacudida, le rompió el himen justo en la nota más aguda, cuando Norma clama a la luna que derrame su nívea paz sobre la Tierra. Luego se movió, una y otra vez, siguiendo el ritmo del aria, prolongándola hasta más allá, mucho más allá de la realidad. Las manos se le clavaban en las nalgas, él la sujetaba fuerte para que no se le escapara como la música huye hacia el universo. Para tenerla ahí, abierta de piernas, terrenal, con el olor a sudor y a sexo vertiéndose sobre la superficie plana y fría del tocador.

Hasta que él jadeó y gruñó como un cerdo unas cuantas veces, y luego, se acabó. Se retiró de ella. Le dio una palmadita en la cara, le ofreció un pañuelo.

—Límpiate. Igual sangras un poco, no te asustes, es normal.

Nick metió su cosa, flácida, dentro del pantalón. Bebió un trago de la botella de whisky de su madre.

—Muy bien, preciosa. Lo conseguirás, serás la *prima donna* más hermosa que el Metropolitan haya visto jamás.

Ella se pasó el pañuelo por esa parte. Salía un poco de sangre mezclada con otra cosa viscosa que no sabía qué era. Nadie se lo había explicado, ¿de qué valía que su padre fuera médico? De esas cosas no se hablaba, y se suponía que ella nunca debería haberse dejado hacer nada, hasta que no estuviera casada.

—Trabaja duro, mi pequeña. Atiende bien a tu Nick, y tu Nick hará maravillas por ti.

Flavia se levantó del tocador, se recolocó la falda. La entrepierna le dolía, la notaba pegajosa. Era imposible que su madre no se diera cuenta de lo que había pasado. Lo notaría, la apuntaría con el dedo y se hartaría a llamarla puta. O quizá le diera una bofetada, como cuando se enfadaba mucho. O más de una, porque lo que había hecho era muy gordo.

Pero nadie lo notó.

Y ella continuó haciéndolo sobre el tocador de su madre cada noche de ópera.

El manuscrito secreto

Sí, me casé con aquel hombre, cambié el palacio del Marais por una casa pequeña en el Faubourg Saint-Antoine, muy cerca del taller de Boulle, el famoso ebanista que está elaborando la mayor parte de los muebles de Versalles y de la mitad de la nobleza de Europa, después de ganarse el favor del rey.

La familia de Claude también poseía un taller de ebanistería que, regentado por el padre y el hermano mayor, obtenía abundantes ganancias. Ocupamos la casa contigua a la tienda, la teníamos para los dos, ese requisito le puse para aceptar el arreglo. La casa disponía de salón, cocina y un pequeño patio en la planta baja, dos habitaciones en la planta superior, otras dos en la última, y una pequeña escalera de caracol que se retorcía entre todas ellas.

Me pareció maravillosa.

Lo nuestro fue algo muy raro, pues la gente no se casa por amor. Pero Claude me amaba, no había otro motivo para que alguien como él quisiera casarse con alguien como yo. No sé cómo, pero así sucedió. Nos casamos en la abadía de San Antonio, acompañados de sus padres, que no sonrieron ni una sola vez, de su hermano Robert y de su esposa, Marie.

Yo ya sabía lo que sucedería esa noche. Estaba harta de ver a la marquesa y al amante. Aun así, debo reconocer que, cuando llegó el momento, me temblaban las manos.

Bueno, tampoco tanto.

Puede ser que él estuviera más nervioso que yo.

Me puse la ropa de dormir, me metí en el lecho.

Él apareció poco después, también con su camisón. Sonrió, como siempre lo hacía, las arrugas se le pronunciaban al lado de su mirada rasgada. No solía hablar mucho, quizá porque no hacía falta. Apagó las velas, separó las mantas, pegó su cuerpo al mío. Yo hubiera preferido tener algo de luz. Cerré los ojos, esperando que me desnudara, quería sentir lo que la marquesa sentía, gemir como ella gemía. Su mano movió el camisón hacia arriba. «Eres preciosa,

Diane», me susurró, aunque no me veía.

Debo decir que no sucedió mucho más. Se montó encima de mí y me metió eso, se sacudió un par de veces, suspiró otro par, y se apartó.

Sangré un poquito.

Dejé de trabajar en la casa de la marquesa, Claude continuó. Eso suponía pasar la mayor parte del día sola, lo cual me encantaba, ya que podía leer. Sí, atendía mi casa, pero también leía. Y escribía. Cuando él llegaba, yo le tenía la cena hecha. Luego debía explicarme, a mí, la lección del día, y corregirme los escritos. Quería aprender latín, pues el abanico de libros de ciencia que podría leer se ampliaría en gran manera. Había que aprovechar el hecho de que sus padres le hubieran permitido formarse e ir a la universidad. Ninguno de los dos estábamos bien vistos en su familia, pero éramos felices.

También me contaba cómo iban las cosas en casa de la dama. Si había perdido mucho dinero a las cartas, si ya no se veía con Sainte-Croix, si ahora su lecho lo ocupaban otros. Yo estaba enterada de todo.

También me enteré muy pronto cuando el amante murió, en el verano de 1672.

Parece ser que estaba haciendo un experimento alquímico y se le cayó la máscara de vidrio que le protegía de los vapores venenosos. Eso decían los rumores. Ah, la alquimia. Es la vida y es la muerte, es el progreso y es el crimen. Todavía guardo la piedra negra que encontré en la calle el día que, aún inocente, visité la botica de Glaser.

No sé si fue por eso o por alguna otra causa, el hecho es que murió. La dama se volvió loca, pero no por amor, sino porque sus cartas y los reconocimientos de deuda que firmó antes de envenenar a sus hermanos continuaban en el laboratorio.

La marquesa envió a La Chaussée para que evitara que la policía registrara la casa, como si eso fuera posible. El comisario Picard entró, acompañado de dos notarios, dos procuradores, un sargento y un ujier, con la única intención de inventariar los bienes del difunto. Sobre la mesa encontraron un papel enrollado en cuya superficie el amante había escrito: «Mi confesión». Determinaron que una confesión es un asunto de la Iglesia, no de la policía, de manera que la echaron al fuego.

Qué no daría yo por haberla leído.

También encontraron otra cosa.

Una caja roja, de un pie de alto, cuya llave se encontraba en la pequeña cerradura dorada.

Es raro que no la echaran también al fuego, visto su respeto por lo

privado.

En este caso, la abrieron.

El contenido no era nada desdeñable.

Una carta del amante, rogando a quien abriera la caja que se la devolviera a la marquesa de Brinvilliers, pues su contenido le concernía solo a ella.

Los reconocimientos de deuda.

Cartas de la dama a su amante. Seguro que algunas las escribiría delante de mí.

Viales que contenían líquidos de diferentes colores.

Paquetitos con diversos polvos.

Bien, nada raro en un laboratorio de alquimia.

A Picard lo que le resultó raro fue el comportamiento del criado, La Chaussée, que, abierta la caja roja, huyó con mucha precipitación.

Así que se llevó la caja para examinarla y emitió una orden de arresto contra él. No contra la marquesa, consideró que aún no tenía pruebas.

La marquesa huyó, dicen que primero a Londres y después a Lieja. Desapareció el mismo día que me di cuenta de que estaba encinta.

Casi era mediodía cuando Dri llegó al teatro. Se dirigió al despacho de su hermano, maldita sea, ¿dónde se había metido? No estaba en ninguna parte.

Junio ya había empezado, y ellos seguían en el mismo sitio. Ni habían cerrado el teatro, ni sabían nada nuevo sobre el Lector, como lo llamaba Leone. Al menos, tampoco había habido más muertes. No lo soportaría. Ahora, tenía miedo de todo. Su oído parecía haberse amplificado, cada murmullo, el roce de las telas de los vestidos, el sonido de los zapatos sobre el pavimento, todo le producía un sobresalto. Porque ¿qué le separaba de la muerte? ¿Qué diferencia había entre Adolfo y él? ¿Quién sería el siguiente? O ¿no habría siguiente? Y si eso era así, ¿por qué? Su vida se había vuelto una sucesión de preguntas sin respuesta. Hablar con su familia tampoco era agradable, porque se suponía que, quizás, o no, no sabía, uno de ellos era… No. Imposible.

El despacho de Carlo estaba vacío, pero en el de Fabio se encontraban la *mamma* y Senta. Se acercó. Entró sin llamar.

—Ah, ¡eres tú! —dijo la *mamma*.

—Sí, soy yo. —Se sentó en una de esas butacas de cuero—. No entiendo por qué estáis aquí vosotras y Carlo no. ¿Lo habéis visto?

—No. ¿No estaba en casa, vienes de allí? —La *mamma* miró a Senta, que frunció el ceño.

Dri se percató del tono de su voz.

—La verdad, puede que sí que estuviera en casa. —¿Por qué tenía que protegerlo? Otro maldito interrogante—. No me fijé. Pero me preocupa que estéis aquí, y no por lo que pensáis, por el hecho de que… En fin. Es porque ha habido muertes en el teatro, y puede que haya más, no me gustaría que…

—Déjalo, mi querido hijo. Correremos ese riesgo. Mejor morir

viviendo que vivir muertas, ¿verdad, Senta?

Una voz los interrumpió.

—Buenos días tengan ustedes, señores. —Leone se pasó la mano por la perilla blanca—. ¡Uy, perdón! Señoras. ¡No! Señor y señoras. Señor Dellanotte, tengo novedades con respecto al papel, ¿recuerda? Los manuscritos aparecidos en los cadáveres.

Dri se levantó de un salto.

—Vayamos a mi despacho.

—Querido señor Leone, ¿le apetece un café? —preguntó la *mamma* —. Siéntese. Le ofreceremos unas pastas de almendras, muy ricas. Puede contarnos lo del papel, somos de la familia.

—Ah, no, pero ustedes…

—Da igual. —Dri se sentó de nuevo, resignado—. Siéntese, tómese un café, yo me tomaré otro, y cuéntenos lo que ha averiguado.

—Mire usted. —Leone se acercó a Dri y le susurró al oído—: Son mujeres, se pueden impresionar.

—Se cree que no le oímos. —La *mamma* susurró de la misma forma en el oído de Senta—. Y piensa que nos podemos impresionar por unas cuantas palabras, cuando tanto tú como yo hemos parido.

Dri dio un respingo al escuchar tamaño dislate.

—*Mamma*! Está bien, Leone, no se preocupe y cuéntenos lo que sea.

—Bien, si usted me autoriza, yo lo hago, lo único que intento, ya lo sabe, es ayudar. Mi amigo de la Sorbona, es decir, París, me ha contestado. He recibido su carta ayer mismo. Por cierto, ha mejorado mucho su caligrafía desde la última vez que me escribió. Ahora se le entiende con facilidad, aunque, como siempre, me envía las cartas con olor a *pastis*. He de decirles que el papel es antiguo, sí, señor. Concretamente, del siglo XVII. Y apuntando más, el papel fue fabricado entre 1636 y finales de siglo, en el molino de Jouriaud, en Saint-Junien, al este de Limoges, sí, como lo oyen.

—Es increíble —dijo Senta—. ¿Cómo puede saberlo?

—Por la filigrana, señora. Es la firma del artesano. Su nombre y un pequeño grabado de una espada, o eso creemos que es. Delagorce.

—¿De qué?

—El maestro artesano Delagorce, de nombre Philippe. Mi amigo lo ha encontrado en los registros de la época. El papel está firmado por él. Entonces las hojas de papel se formaban con ayuda de bastidores. Con hilos de latón dibujaban esas firmas en ellos, que se muestran en el papel si lo pone a contraluz como áreas más claras, ¿ven ustedes? —Leone sacó el manuscrito y lo alzó—. Acérquese, señor Dellanotte, mírelo.

—Mi hijo…

—Déjalo, *mamma*, él es así.

—Lo veo —afirmó Senta—. Aquí abajo. ¿Este es el manuscrito que dejó el asesino?

—Así es, señorita.

—Estoy casada.

—Ah, perdón, parece usted una niña de lo bien que se conserva.

—El papel puede ser antiguo, pero puede estar escrito ahora, ¿no? —preguntó Senta.

—Mi amigo dice que está escrito con pluma de oca y con tinta de la época. Por el aspecto, la caligrafía, por el lenguaje, afirma que se escribió en el mismo siglo que se fabricó el papel. Está seguro de ello.

—¿Quién puede tener un papel tan antiguo? ¿De dónde ha podido salir? —interrogó la *mamma*.

—Metido en algún libro viejo, por ejemplo. En la universidad hay muchos. O en algún baúl. Cartas, textos, artículos, cuadernos. Es interesante pensar que forma parte de una historia, el texto tiene afán literario. Mi amigo, ya sabe, París, va a indagar sobre él. Quizá pertenezca a una novela. Quizá, si hubiera copias, podrían darnos la pista de qué va a hacer el Lector la próxima vez.

A Dri le recorrió un escalofrío.

—¿Piensa que va a haber próxima vez?

—Sí, señor, por supuesto. Creo que el Lector tiene un plan, utiliza el manuscrito como guía, recrea lo que hay ahí escrito, lo ha hecho ya dos veces, aunque ponga algo de su parte, ya ven, aporta la originalidad de quedarse con el pulgar, sí, muy interesante. Si pudiéramos encontrar la obra… Tengan cuidado, abran bien los ojos. Dudo mucho que se detenga ahora. Mi teoría es que matará hasta que lo detengamos nosotros. Por cierto, queridas damas, tengo algunas preguntas que hacerles. He estado un poco indispuesto y por eso no he seguido con las pesquisas, pero estaría bien saber qué estaban haciendo el día de autos.

—¿Qué autos? —Senta se asombró.

—Ah, sí, señoras, el día que el Lector actuó por última vez.

—Yo ya no me acuerdo. —La *mamma* abrió uno de los cajones, lo volvió a cerrar—. Hace semanas de eso.

—Solo dos, amable dama, solo dos. Esos días tan señalados no se olvidan fácil, no, señor.

—Pues yo tampoco lo sé. —A Senta le tembló la voz—. Es la verdad.

—De manera que no tienen coartada. Quizá fueran ustedes las ejecutoras.

—Haga el favor de no faltar al respeto a mi familia, Leone. —Dri frunció el ceño.

—Tampoco usted tenía coartada, por lo que sé, aunque cuando lo del niño usted estaba en la orquesta. Estoy aquí por un motivo, y De

Blasio ya me lo ha dicho: no te fíes de nadie, Gianni, no te fíes de nadie. El más pintado puede ser un asesino en un momento dado.

—¿De veras lo cree? —Senta se retorció las manos.

—Sí, señorita, de veras lo creo.

—Pues yo no. —Dri dio una palmada en el brazo de la butaca—. Yo no creo que cualquiera pueda matar, y menos así. Quien mata lleva la violencia dentro de él.

—Se sorprendería, querido Adriano, se sorprendería. Aunque la verdad es que descartamos a las mujeres. Esta sangre fría no es propia del género femenino, no es propia de una madre y esposa, no lo es. Bien, les dejo. Me vuelvo a la universidad, o quizá pase primero por la prefectura. Estamos intentando averiguar qué características tendría el rostro de alguien tan calculador, tan planificador, tan violento. Quién sabe, tal vez dentro de unos días les traiga la cara del asesino dibujada en una hoja de papel. Frenología. De Blasio es un genio, sí, señor.

El manuscrito secreto

*E*ra evidente que eso podía pasar, a pesar de mis precauciones y de que Claude no me visitaba en el lecho muy a menudo.

Y pasó.

La sangre dejó de manar durante uno, dos, tres meses, mis pechos se agrandaron, el flujo de ahí abajo se volvió más abundante y blanquecino.

Yo, la criada muda con una mente diferente, una mente que no venía reflejada en el libro de anatomía de Paré, iba a convertirme en madre.

Qué ironía.

Fue entonces cuando decidí visitar a La Voisin.

Una mañana, temprano.

Caminé hasta Ville-Neuve-sur-Gravois, busqué una casa en la calle Beauregard, un poco más allá de la iglesia de Notre Dame de Bonne Nouvelle, casi lindando con la calle Poissonniere.

Un criado me hizo pasar a una habitación sin ventanas, con las paredes cubiertas por cortinas negras, cuyo único mobiliario era una mesa de madera de caoba, dos sillas y cuatro enormes velas amarillas.

No, no estaba nerviosa, había acudido a ese lugar para librar a mi cuerpo de un mal mayor.

Me indicó que esperara. Lo hice.

Y entonces entró en escena esa mujer.

Cubierta por una túnica de terciopelo púrpura bordeada de armiño, decorada con multitud de águilas bordadas con hilo de oro. Caminaba con la frente alta y el paso cadencioso, como si se creyera reina. Debía ganar sus buenos dineros con ese oficio tan… peculiar.

—Sois bienvenida a esta santa casa. —Poseía una voz educada y amable, que a pesar de todo suscitaba confianza. Quizá por eso había cobrado tanta fama en París—. Pongo a vuestra disposición el don que Dios me ha dado. Tomad asiento.

Me senté frente a ella. No era lo que se dice una mujer delgada, más bien lo contrario. Olía un poco a vino.

—Decidme, ¿deseáis que os lea el futuro en vuestras manos, en vuestro rostro? ¿O buscáis un remedio para alguna causa en particular?

Me llevé la mano a la garganta e indiqué que no podía hablar. Luego me señalé la barriga y negué con la cabeza. Si tan adivina era, se daría cuenta de mi intención.

Lo hizo.

—Sé lo que queréis. Que haya otro angelito más a la vera de Nuestro Señor. Qué mejor sitio que el cielo para un inocente. ¿Cuánto hace que no tenéis el mes?

Alcé la mano y dejé a la vista cuatro dedos.

—¿Ya cuatro lunas? Podemos hacerlo, pero tiene sus riesgos, ¿sois consciente?

Lo era, claro que sí.

Nos interrumpió el criado que me había recibido. Le dijo algo al oído. Me llegaron tres palabras: madame de Montespan. La Voisin asintió y se levantó.

—Esperad un momento, por favor. No tardaré, ha surgido una urgencia.

Supuse que había otra entrada más discreta que la que yo había utilizado. ¿Madame de Montespan? ¿La amante de nuestro apreciado rey? Sabía que La Voisin atendía a media corte, o a la corte entera, pero aun así me sorprendió constatarlo.

Me levanté y caminé por esa sala tan peculiar. ¿Pondría mi vida en las manos de esa mujer, por muy adivina que fuera? ¿Acaso me arriesgaría a pagar un precio tan alto por esa criatura que crecía en mí sin mi permiso?

Me asomé a la puerta por la que La Voisin había desaparecido.

Quedé fascinada.

Tras ella, había un laboratorio. No era tan grande como el del amante, pero ahí estaba, no le faltaba de nada. Observé con envidia la colección de alambiques, cucúrbitas, retortas, botes, frascos y crisoles. Eso era lo que yo quería, dedicar mi vida a la destilación, la extracción y la sublimación para obtener tinturas, esencias y espíritus. Experimentar. Ser alquimista.

No sé por qué, pero lo hice. Busqué en los estantes, leí los nombres escritos con una pulcra caligrafía sobre cada frasco, hasta encontrar lo necesario. Tenía de todo: veneno de sapo, de víbora, cantáridas, oropimente, otros muchos ingredientes de interés. Vertí en un matraz un poco de nitrato de potasio, lo puse al fuego, le añadí azufre, tal y como Glaser lo describía en su tratado, para hacer *Sal Polycrestes*.

Algo sencillo.

Cuando iba por la mitad del proceso, noté la mirada de La Voisin en mi espalda, densa como un garrote.

No tardó mucho en darse cuenta de lo que estaba haciendo. Abrió la boca varias veces, como si le faltara el aire. Me observaba, observaba el matraz, alzaba tanto las cejas que le llegaban hasta el comienzo del cabello.

—¿Tenéis conocimientos, madame? ¿Acaso habéis nacido para esto? ¿Dónde lo habéis aprendido?

Sonreí.

No se puede decir que La Voisin no fuera inteligente. Pronto se percató de todo lo que yo podía aportar. A partir de entonces, compartimos muchas horas en ese laboratorio.

Desistí de deshacerme de la criatura. Cada vez que La Voisin y yo hacíamos algún experimento, parecía que crecía un poco más, como si se nutriera de ellos. La notaba moverse en mi interior, exigiendo un sitio en mi vida, mostrándome que, aun dentro de mí, existía sin ser yo.

La noticia hizo muy feliz a Claude. Quiso proporcionarme una criada, ¡vaya idea más absurda! Ni que hubiera tanto trabajo en la casa. Hubiera sido una molestia, amaba la independencia que me proporcionaba la soledad.

La criatura nació el 10 de mayo de 1673, de madrugada. La partera fue Catherine Belleau, amiga de La Voisin, que también estuvo presente. Hubiera podido hacerlo sola, pero Claude lo prefirió así, aunque me dejó a mí elegir con quién. Parirás con dolor, dijo Dios, Nuestro Señor. Si hubiera sido mujer, no se le habría ocurrido tal idea.

Era fea, para qué nos vamos a engañar. Todos los bebés lo son, en cierta medida. Están a medio hacer, necesitan años para convertirse en obras consumadas. Pero no le faltaba nada, tenía todos los dedos, pelo en la cabeza, negro, como el mío, una nariz chatita, una vulva inflamada y un cordón umbilical que daba cierto asco mirar. La alimenté con la leche que salía de mis pechos hinchados. Le puse de nombre Madeleine.

Por cierto, pocos días después, la dama fue declarada culpable del asesinato de sus dos hermanos, y condenada a la decapitación y a ser quemada en la hoguera. Lástima que siguiera en Lieja, bien resguardada tras los altos muros de piedra de un convento de monjas de San Agustín. De todas formas, había algo que la protegía aún más que esos muros: era marquesa. ¿Quién se atrevería a ejecutar a una noble?

No tuvo tanta suerte La Chaussée. Lo condenaron a la tortura de los borceguíes y luego a ser enrodado, de tal guisa que el 24 de marzo, en la Grève, su cuerpo fue despedazado. ¿Y todo por qué? ¿Por cien doblones?

Esa mañana, en vez de ir al teatro, Dri ordenó a Arno que lo llevara a Vomero. Hacía calor. Pronto llegaría julio y, con él, *Tosca*, la tercera ópera del año. No, no cerrarían, Adolfo sería el primero que no lo permitiría. Debían seguir adelante. Bianca estaría maravillosa, y Giulio sería un perfecto Cavaradossi, el pintor. Pero a él, esa música lo trastornaba. Esas melodías que se repetían a lo largo de toda la ópera y que culminaban en la muerte del pintor le recordaban los asesinatos. Tenía un mal presentimiento, quizá solo fuera una tontería, ojalá. Pero no podía quitarse de encima la sensación de que pronto habría otro crimen. De que el Lector regresaría con su cuchillo o tijera o lo que fuera que utilizase, para cortar otro pulgar. Se estremeció.

Llamó con la empuñadura del bastón a la puerta. Le abrió la diva.

—Adriano, ¿por la mañana? —le susurró.

—Vengo a hablar con tu padre.

—¿De qué?

—Sabes que te quiero, ya es hora de formalizar nuestra relación. ¿Me quieres tú?

—Claro que sí. Pero lo de mi padre es otro asunto. Te va a decir que no.

Dri retrocedió un paso.

—Pero ¿por qué? Ya conoce a mi familia, le hemos dado trabajo, no sé…

—¿Le echas en cara el trabajo?

—No me refería a eso. —O quizá sí. Podía coger el dinero de los empresarios del teatro, pero no eran lo suficientemente buenos para que se casaran con su hija. No lo entendía. Muchas familias lo darían todo para emparentar con ellos. Era absurdo.

—No puedo contarte más, pero es así. No permitirá que me case contigo. Y yo nunca le desobedeceré.

—Y ¿qué hacemos, entonces? ¿Seguimos viéndonos noche tras noche, en el invernadero, ocultándonos? Quiero poder pasear por Nápoles contigo del brazo. Quiero verte como una esposa, no como una amante indecorosa.

—¿Eso soy para ti? —Se estaba enfadando, Dri lo notó con claridad.

—Trato de decirte que lo eres todo para mí. Que quiero lo mejor para nosotros. No voy a rendirme, Flavia, voy a buscar nuestra felicidad.

Flavia estaba cada vez más nerviosa. Porque Carlo podía llegar en cualquier momento. Debía cortar eso, debía elegir ya en quién se quería convertir.

—¿Y si te quedas embarazada? —continuó Dri—. ¿Qué hacemos?

Flavia se llevó la mano al vientre.

—Tengo cuidado.

—Las esponjas empapadas en vinagre fallan.

—¿Cómo sabes eso?

Se lo había contado la última *mezzo* con la que se acostó.

—Flavia, voy a hablar con tu padre.

—Al menos, deja que lo prepare. ¿Por qué no vienes mañana, después de comer, a tomar el café?

—Está bien —concedió—. Mañana, sobre las cuatro.

—Eres un testarudo. —Negó con la cabeza—. El que debe prepararse eres tú, para recibir un no. Ya te he avisado.

—Veremos.

—¿Vendrás esta noche?

—¿Quieres que venga?

—Sí.

—Lo haré.

Dri se giró, volvió a subir al *calessino*, le ordenó a Arno que lo llevara al teatro.

Flavia lo vio partir. Las cosas se complicaban. Si no lo convencía, ¿cómo reaccionaría Carlo cuando lo supiera? Él no tenía ni idea de que por las noches se veía con Adriano. Y ella, ¿qué quería? O más bien, ¿qué podía hacer?

Que qué harían si se quedara embarazada, había dicho. Ese hombre no sabía nada de ella, aunque creyera que sí. Nunca la conocería como era.

Una puta.

En aquella ciudad sinónimo de libertad, ella fue la esclava de Nick. Sí, lo permitió, hubiera dado cualquier cosa por conseguir sus sueños. Solo quería cantar, ¿era tanto pedir? Estaba su madre, Isabella Ferrer. Estaba Adelina Patti, que ganaba tanto dinero que se había comprado un castillo en Gales. Y muchas otras artistas: Hariclea Darclée, la

Stehle, Emma Calvé… Pero también había muchos teatros. Confió en el pelirrojo de barbilla firme, de ojos azules, que la miraba como si de verdad estuviera enamorado.

Nick le levantaba las faldas y disfrutaba de ella todo lo que quería. Luego se limpiaba las manos en los pantalones, bebía un trago del whisky de su madre y la dejaba allí, algo dolorida. Al rato, Isabella regresaba, triunfante, con los ojos verdes tan brillantes que daban miedo.

—Ha sido maravilloso, Flavia, cada noche los aplausos se prolongan más, el público me ama. ¿Cuántos ramos de rosas me enviarán hoy?

—Seguro que muchos, mamá.

La ayudaba a quitarse esa ropa que a veces pesaba tanto. Su madre olía a sudor, a los polvos de la cara, a alcohol. Le pasaba una toalla húmeda por el cuerpo, y ella se quejaba de que le hacía cosquillas, como si fuera una niña. Le ataba el corsé, muy apretado, como le gustaba. La vestía con su preciosa ropa, le daba un par de vueltas al collar de perlas, le cepillaba el pelo y le hacía uno de esos preciosos recogidos que le sentaban tan bien, mientras Isabella sonreía sin cesar, sintiéndose aún en el escenario, recibiendo una y otra vez el cariño de su público. Cuando salían del camerino, el pasillo estaba repleto de ramos de flores.

Y ella se moría de envidia, maldita sea.

Esa noche, Flavia se puso el vestido escotado de satén y tul, se echó en la muñeca un par de gotas de perfume de rosas, tomó la lámpara de petróleo y se dirigió al invernadero. Comenzó a calentar la voz. No tardó mucho en oír los pasos de Adriano. ¿Por qué se mostraba tan elegante, tan atractivo? ¿Por qué parecía tan sincero? Quizá lo era. Un poco de sinceridad en su vida, eso sí que era una novedad después de tanta desgracia.

Tomó aire. Entonó el aria en la que Floria Tosca, una artista, una cantante, se lamenta de su suerte, teme por la vida de su amado, el pintor Cavaradossi, que ha caído en manos de su rival, el malvado policía Scarpia. Clama por la injusticia, ella, que poco más tarde hunde un cuchillo en el pecho de Scarpia y luego se limpia la sangre de los dedos en una servilleta. Solo hacía un mes que Adriano le había dado el libreto y ya se lo sabía entero. Era una tragedia en toda regla, todos acababan muriendo. Le gustaba. La música era maravillosa, Puccini había estado soberbio. Decían que componía solo de noche, y qué más daba, si el resultado era ese.

Al acabar, Dri se acercó a ella. Le acarició la cara, el cuello, el pecho. Pasó la mano por el tul del vestido, bajó a la cintura.

—Estás preciosa, lo sé.

—No lo sabes —sonrió.

—¿Crees que me hace falta ver para saberlo? Te equivocas. Escuchar tu voz es suficiente para sentir tu belleza.

Estaba segura de que él lo sentía, de que le decía la verdad. Le puso la mano en el pecho, le gustaba notar en ella los fuertes latidos de su corazón.

Qué lástima no poder amarlo, casarse con él, darle hijos. Suspiró.

—¿Qué pasa, diva? ¿Acaso no me crees?

—Lo siento, Adriano, de veras. Mi padre nunca permitirá que me case contigo. Si le dices algo, me apartará de ti.

Dri se puso tenso.

—No lo entiendo.

—Él puede ir al teatro a ejercer su profesión. Pero no soportaría que yo tuviera algo que ver, ni remotamente, con el espectáculo. Nunca me permitirá que me case con un empresario, ni que cante. Es así y nada lo cambiará. Siéntate, tienes a tu izquierda una silla.

Le hizo caso.

—Nunca te he hablado de mi madre —continuó Flavia—. Prométeme que guardarás el secreto, que no le dirás nada a nadie.

—Te lo prometo.

—¿Puedo fiarme de ti?

—Sabes que sí.

—Mi madre es Isabella Ferrer.

Dri dio un respingo. ¿Isabella? ¿Por qué no lo había imaginado?

—Ya, ya sé que es difícil de creer, pero es así. Isabella es, o era, mi madre. Desapareció hace ya tres años, y no sé dónde está, aunque me lo imagino. Mi padre se ha negado a explicarme nada. Creo que le remuerde la conciencia. En fin. Es… muy duro. Yo la quería tanto, la admiraba tanto… —Un sollozo le rompió las palabras. Dri se levantó, fue hacia ella y la abrazó por la espalda. Su calor, su protección, la animaron a seguir hablando—. Mi madre era maravillosa. Tan hermosa, con sus ojos verdes, su cabello largo que le llegaba a la cintura, y esa voz. ¿La has escuchado cantar?

—Claro. En el teatro San Carlo y en el Costanzi de Roma.

—Ya sabes a qué me refiero, entonces. Cuando yo era pequeña, todo iba bien. Pero poco a poco, las cosas fueron cambiando. No sé cómo comenzó, no lo tengo claro. Le cambió la cara. Tenía siempre el mismo gesto de superioridad, ni una sonrisa, nada. Siempre seria, con todos. Solo se relajaba si bebía absenta o whisky, y mi padre no quería que bebiera. Llegó un momento en que discutían todo el rato, y mi padre culpaba al teatro. Quería que lo dejara, pero ella no podía, era su vida. Nosotros solo éramos el acompañamiento, lo que de veras le importaba era interpretar. Mi padre no soportaba ser siempre lo

secundario. Y llegó la violencia. Cuando discutían, mi madre rompía cosas. Se las tiraba a mi padre, que se limitaba a recoger los pedazos. Y todo empeoraba, ella bebía, su voz se deterioraba, se enfadaba más, y mi padre estaba cada vez más desesperado. Ella nos maltrataba a los dos. Luego comenzaron los olvidos. No sabía dónde dejaba sus cosas. Encendía la cocina cuando no tocaba, una vez casi quema la casa. Dejó de distinguir quién era, se creía de verdad el papel que estaba interpretando. Cuando hizo de Lucía de Lammermoor que, ya sabes, mata a su marido, mi padre tuvo miedo. Pensó que nos iba a hacer daño. Temió por mí, porque no era la primera vez que… En fin. Y una mañana que salí a dar un paseo, cuando regresé mi madre no estaba. Él no me contó nunca lo que pasó, pero yo me lo imagino: la internó en un hospital para dementes en Blackwell's Island, para protegerme. Tenía allí un amigo, un tal doctor Kinier, que había venido un par de veces por casa. Al poco, hicimos las maletas y nos fuimos de Nueva York. Estuvimos en Londres, en Madrid, hasta que vinimos aquí.

—Lo siento mucho. —La besó en la mejilla. Flavia temblaba entre sus brazos.

—Desde entonces, mi padre no soporta nada que tenga que ver con el teatro. Aún no entiendo cómo accedió a que fuéramos al estreno. Que él haga de médico es una cosa, porque no me incumbe a mí, pero que yo tenga algo que ver con la escena, no lo consentirá, y para él casarme contigo sería lo mismo que casarme con el teatro. Si se lo pides, nos mudaremos. Me llevará lejos, estoy segura. A otra ciudad donde no hayamos estado nunca, y yo estoy harta de viajar, me gusta Nápoles, querría quedarme.

—Me estás pidiendo que renuncie a ti.

—Solo te pido que esperes, que me des tiempo. Yo te quiero, Adriano. Pero no podemos hacerlo así. Si se lo dices ahora, me apartará de ti.

Dri negó con la cabeza. La abrazó más fuerte. No sabía qué pensar. Solo que la quería, que deseaba pasar el resto de su vida con ella. Pero estaba claro que en esto tampoco podía avanzar. Que no estaba en sus manos decidir.

Flavia se giró, alzó la cabeza, se puso de puntillas para alcanzar su boca. Él se percató del gesto, se inclinó hacia ella y la besó. Con demasiada fuerza, quizá. Porque sentía que se le escapaba y no lo podía soportar.

No se conformaría. Buscarían una solución. Haría lo que fuera por tenerla.

El manuscrito secreto

Mi intención era amamantar a la ovejita dos o tres semanas, lo justo para que recibiera el calostro y no muriera tan pronto. Pero Claude parecía apreciarla, así que decidí que continuara con vida, qué remedio. Era como si a mi cuerpo le hubiera crecido una excrecencia, siempre pegada a mí. Me leía la mente. Bastaba con que me pusiera a pensar en un libro, para que se echara a llorar. Aún no sabía que la vida es cruel, que no tiene en cuenta los deseos ni las apetencias de cada uno. Algunas veces la dejaba en uno de los cuartos de la planta alta, y yo bajaba a la cocina para leer tranquila. Cuando regresaba, me miraba con furia, como si entendiera lo que le estaba haciendo. Madeleine, la ovejita. Se empeñó en seguir respirando pasara lo que pasara, como si fuera adulta y entendiera lo que uno pierde con la muerte.

Tres veces por semana, se la dejaba a mi suegra, quisiera o no, y me iba a visitar a La Voisin. Ella recibía a los clientes, y yo trabajaba en secreto en el laboratorio. Habíamos progresado mucho con los venenos, gracias al libro de Glaser y a la experimentación. Estábamos intentando envenenar una camisa, de forma que quien se la pusiera, muriera al cabo de pocas horas. Debo reconocer que nuestro trabajo era muy demandado en diferentes ámbitos de la ciudad, incluida la corte.

Todo París se estaba convirtiendo en un pantano de veneno. Las esposas se deshacían de los maridos indeseados; de los hijos, los padres; algunos, de sus rivales; nadie estaba a salvo.

Por fin comprendí para qué tenía La Voisin un horno al fondo del jardín. Cocía en él unos panes muy peculiares. Unos panecillos arrancados a la fuerza del cuerpo de sus madres, a veces salía primero una pierna, luego el cuerpecillo, luego la cabeza; o al revés. Otras veces, eran bebés con el padre equivocado, o sin él. Pequeñas ovejitas como la mía, pero con aún menos suerte. Quién sabe, quizá las afortunadas sean ellas, que no llegan a sufrir la enfermedad de la vida.

La pequeña Madeleine crecía deprisa. La suegra la alimentaba con

leche de cabra y huevos crudos batidos, yo seguí dándole la mía por complacer a Claude. Los días pasaban y yo necesitaba más libros. En una ocasión gasté casi todas las libras que Claude ganaba en un mes para renovar la biblioteca. Debo reconocer que se enfadó mucho. Le di unos polvos de amor que le sentaron bastante bien: le hicieron ver de nuevo la vida con alegría.

Mas yo no quería acostarme con él demasiado a menudo, para no añadir ovejas al rebaño.

Claude no sabía dónde pasaba yo las tardes que no estaba en casa. La suegra terminó por acostumbrarse a Madeleine, no protestaba por tener que cuidarla. A él le daba excusas: que si paseaba por París, que si iba a visitar a una amiga. Yo lo atendía bien, no debía importarle qué hacía con mi tiempo. Mi tiempo es mío, por rara que parezca esa idea. Ya no es de la marquesa, y Claude no es mi dueño, aunque él y todo el mundo estén convencidos de lo contrario.

Había quien demandaba rituales más extraños para mí. Digamos que sus efectos eran poco verificables, en el caso de que tuvieran alguno.

Misas negras.

No eran misas negras al uso, por el afán de sacrilegio, que acabaran en orgías. Su propósito era pedir a Satán la concesión de algún favor.

¿Es que acaso por ser negras van a ser más ciertas que las, digamos, blancas?

Ah, pero cuán dispuestas estaban algunas personas a pagar por ellas sus buenos dineros.

Y cuán dispuesta estaba La Voisin para cobrar.

Al fin y al cabo, en esta ciudad la religión extiende sus raíces por los subterráneos de cada casa, llegando incluso hasta debajo de las sábanas.

Como no era algo que me interesara demasiado, solo estuve presente en una, por curiosidad. La había encargado una dama de la corte muy cercana al rey, no pondré por escrito su nombre.

La celebramos al atardecer del domingo, día del Señor, en la habitación donde La Voisin me recibió el primer día que la visité. Utilizó una mesa cubierta por una sábana negra para situar el altar y encendió cuatro cirios, uno en cada esquina. La ofició el padre Mariette, párroco de Saint-Séverin, un hombre de gran tamaño, tez blanca, cabellos negros y un gran amor por la riqueza. Vestía los hábitos propios de su profesión, si es que se le puede llamar así.

La dama no estaba presente, no hacía falta, lo único necesario era su dinero.

Yo llevaba por toda vestimenta una capa negra que me llegaba a los pies, La Voisin lucía su capa púrpura con las águilas bordadas en

oro.

El padre comenzó su retahíla, y el altar asomó en el escenario. No tendría más de quince años, menuda, delgadita, con el pubis tan rubio como el cabello, derramado alrededor de sus hombros, desnudos como el resto de su cuerpo. Apenas tenía pechos. Se tumbó sobre la sábana de la mesa. Le puse una vela negra en cada mano.

*E*ra la noche del estreno. Dri ya ocupaba su sitio en el foso de la orquesta, faltaba poco para comenzar. No era capaz de quitarse de encima el mal presentimiento. Al fin y al cabo, el día del estreno de *Pagliacci* fue cuando empezó la pesadilla. Todo se repetía: su familia, acompañada por George y la diva, iban a presenciar la representación desde el palco. No le había dicho nada sobre la diva a George, *cazzata*, seguía igual que antes, viendo a Flavia a escondidas, como si estuvieran haciendo algo malo. Respiró hondo dos, tres veces. No podía pensar en eso ahora: tenía que tocar. En breve, el drama se desarrollaría sobre el escenario. Su vida se había convertido en algo parecido a la ópera: una amalgama de amor, recelo y, por desgracia, muerte.

Al menos tenía la música. Con el *cello* apoyado en el pecho se olvidaba de todo, se convertía en esas notas que volaban por la sala, entrelazadas con las de los otros instrumentos para dar forma a algo tan sublime y tan efímero. La música de *Tosca* era algo especial. Cada nota resonaba dentro de su cuerpo provocando un sentimiento: de pasión, de celos. De muerte. Tocar *Tosca*, noche tras noche, le iba a exigir mucho. Lo sabía y, aun así, lo elegía. Pasó la pastilla de colofonia por la crin del arco, respiró hondo otra vez, comenzó a afinar el instrumento.

—Por vosotros —murmuró. Por Luca, por Adolfo. Cuánto hubieran disfrutado con la nueva obra de Puccini. Su padre se había dado prisa en programarla, pudo hacerlo porque conocía a Puccini, les había dado alojamiento alguna vez a él y a su amante, Elvira, sin ponerles reparos. Su padre era muy abierto para los demás, muy estricto con la familia.

Massimo marcó la obertura de la ópera, la orquesta comenzó a tocar esa música impactante. En el escenario, el drama tomaba forma.

Tosca, enamorada de Cavaradossi pero recelando de él. El policía Scarpia queriendo obtener lo que desea, que es el cuerpo de Tosca. El pintor, siendo torturado, la cantante, chantajeada.

Al acabar, Dri se secó las lágrimas. No podía con esa aria, la que Cavaradossi cantaba justo antes de ser fusilado. Sabía que iba a morir, que solo le quedaban minutos y ¿qué hacía? Pensar en su amada. Rememorar la primera noche con Tosca, a la que ya no volvería a ver. Las estrellas lucían, la tierra emanaba su aroma, y él, temblando, recordaba cómo desveló su cuerpo. Moría cuando más amaba la vida, maldita sea, ¿cómo debe sentirse alguien que sabe que se agota? Lo tenía claro. Justo como esa música, esas cuantas notas que se repetían a lo largo de la obra y que culminaban en la muerte del pintor. Notó la mano de Massimo en el hombro. Le acercaba el estuche del *cello*. No hacía falta decir nada, le dio una palmada en la espalda. Guardó el instrumento, tomó el bastón, se encaminó hacia su despacho.

Quizá fuera él el que muriera esa noche. Quizás el Lector le estuviera esperando en alguna parte para cortarle el pulgar.

Caminó a lo largo del pasillo, con los sentidos alerta, pero no oía nada raro, solo el murmullo del público abandonando el teatro, de los cantantes en los camerinos, de la tramoya que finalizaba su trabajo.

Tampoco percibía ningún olor extraño.

Llegó al despacho, que notaba vacío, como debía ser. Dejó el *cello* en su sitio. Salió y cerró con llave la puerta. Se dirigió al vestíbulo, donde lo esperaba la familia.

No, nada raro.

Todo normal.

Escuchó la voz de Biglietti, despidiéndose de Carlo.

La *mamma* y Senta conversaban en voz baja. Los pasos de Mario recorrían el vestíbulo, el crío solía moverse mucho. No oía a la diva ni a George, pero, al aproximarse, percibió el perfume de rosas y el peculiar aroma del médico. No olía a desinfectante, sino a, no sabía cómo definirlo, ¿a pan? ¿A fermento?

—Ha sido perfecto —decía la *mamma*—. Tosca, con el vestido de seda verde y las rosas bordadas, el escote al aire y la corona en el cabello, ha causado sensación, ¿has visto lo que comentaban las damas? ¡Tendremos lleno en el teatro! Lo hemos logrado, Senta.

—Es que la música es… No tengo palabras. —Senta cerró los ojos un instante—. Me hace sentir. Recuerdo a Puccini, siempre tan elegante, con el cigarro en la boca, el bigote bien recortado y ese aire de cazador. Parece mentira que de un hombre así haya salido tal belleza. Yo querría…

Componer. Eso era lo que deseaba. Lo había querido siempre.

—Mira, ahí está Dri —indicó la *mamma*—. Hijo, tienes pinta de cansado.

—Como todos. —Se pasó la mano por el cabello, para intentar colocar algo sus rizos—. Llevamos mucho tiempo ensayando para esta noche. Ha sido… especial. A Adolfo le hubiera fascinado.

—Seguro.

—No puedo ver la puesta en escena, pero escucho al público. Creo que habéis hecho un buen trabajo.

—¿Lo dudabas, acaso?

—No —mintió. Claro que lo dudaba. Nunca se hubiera imaginado que dos mujeres como ellas podrían desarrollar el trabajo de Adolfo, no tenían experiencia en la escena ni en ningún otro sitio.

—Llevo toda mi vida asistiendo al teatro, hijo mío, con Fabio. Algo he debido de aprender a lo largo de los años, ¿no? Conozco a todos los que trabajan aquí, sea de lo que sea. ¿Sabías que Bianca se asusta de los pájaros? ¿Que a Giulio le huele tanto el aliento que hay que obligarlo a enjuagarse con salvia justo antes de cada actuación, para que Bianca se sienta cómoda? Y qué decir de Piero, el barítono. No quería hacer de Scarpia. Nos costó mucho convencerlo. Pero lo hemos sacado adelante. Tú también has trabajado mucho. No así tu hermano, no sé por qué demonios está tan distraído.

—*Mamma*!

—Déjame hablar como me dé la gana, hijo.

—No te conozco.

Martia miró a su hijo. Sus ojos violeta estaban rodeados de esas ojeras oscuras. Ella sí lo conocía a él. Un hombre que, al igual que Fabio, presuponía que solo ellos tenían el privilegio de la libertad, de la educación. Que ellas debían estar siempre en el mismo sitio: la casa. No, no la conocía, porque en esos pocos meses, había cambiado tanto que ya era otra. ¿Se sentía mal por ello? No. ¿Era extraño? Sí, mucho, pero resultaba imposible desandar el camino. Y, además, estaba orgullosa. Posó los ojos en Flavia. Sabía que sus dos hijos se habían enamorado de ella. Y también sabía que no les convenía, a ninguno de los dos. Suspiró.

—Adriano, hijo, deberías descansar. —Se acercó a él, le tomó del brazo y le susurró al oído—: No te conviene salir tanto de noche. Trabajas mucho en el teatro.

—Ja. Tú también, *mamma*, tú también. —Dri le puso la mano sobre la suya.

—Pero yo duermo.

—Como debe ser.

Carlo se había acercado a Flavia y a su padre, que ya se despedían.

—Bien, nos vamos —dijo George—. Es muy tarde, mañana debo trabajar. Ha sido un placer acompañarlos en el estreno.

—¿Le ha gustado la obra, George? —preguntó Carlo.

—Sí, gracias. —No era cierto, pero Flavia parecía mucho más contenta desde que le permitía ese ligero respiro, y eso para él era muy importante—. Aunque tanto drama es demasiado para mí.

—Le agradecemos mucho su invitación —afirmó Flavia—. Que tengan buenas noches.

Dri, todavía con su madre cogida del brazo, dejó que se fueran sin tan siquiera intentar acercarse a ella, como le había prometido. Martia notó en su mano la tensión de su hijo. La verdad, no entendía la situación. Carlo estaba casado, su relación con la mediquilla, como la llamaba Senta, era imposible. Si Dri la quería, ¿por qué no actuaba?

—Esa mujer… —susurró—. ¿Qué quieres de ella?

—¿A qué te refieres? —Dri se tensó aún más.

—La hija del médico. ¿Qué quieres de ella?

Lo quería todo.

—Su padre se interpone, *mamma*.

—¿Por qué?

—No somos dignos. —Se arrepintió en cuanto lo dijo—. No, no es eso. Tiene miedo por ella.

—¿De ti? ¿Has hablado con él?

—Aún no.

—Y ¿a qué esperas?

—Es largo de contar. George no quiere que Flavia tenga ninguna relación con el teatro.

¿Y si dejaba el teatro, al menos por un tiempo? Tenía dinero, podían alquilar una casa en el campo y alejarse de ese mundo, de… los asesinatos.

¿Podría él vivir sin tocar? ¿Renunciaría a toda su vida?

¿Serviría de algo?

—No eres solo un músico, eres el dueño, puedes darle una vida de lujo.

—No se trata de eso. Ya te he dicho que es por el teatro.

—¿Lo ve indecoroso?

—Algo así.

—Hay muchas mujeres en el mundo.

—Las hay. No te preocupes, no pasa nada. ¿Nos vamos? Arno nos espera.

—Vamos.

Mario se acercó a ellos.

—Tío, has tocado muy bien. Me ha gustado mucho, ¡todos mueren! A Scarpia, qué malo, le apuñala Tosca, a Cavaradossi lo fusilan, ¡qué ruido! Y Tosca se suicida por amor, ¡es fascinante! Cuando sea mayor, voy a escribir óperas.

—¿La música o el libreto?

—Las dos cosas.

—Pues tienes que estudiar mucho para eso —dijo Senta, acercándose también.

—Lo voy a hacer. Estudiaré, y compondré una ópera en la que todos van a morir menos el héroe, que seré yo.

Salieron al exterior. Aunque hacía rato que era de noche, el calor y la humedad resultaban sofocantes. Arno situó el carruaje frente al teatro, Carlo abrió la puerta y le tendió la mano a la *mamma* para ayudarla a subir.

Pero Dri la agarró del brazo.

—Carlo, pide otro coche —dijo con voz ronca—. Que avisen a Leone, ¡que avisen a Leone!

Por un momento, todos callaron, mientras un par de nubes ocultaban la escasa luz de la luna creciente.

Carlo se asomó al interior del coche, solo alumbrado por la luz de gas de la farola de la calle.

Había un pequeño bulto en el asiento. Un hatillo de ropa, o quizás un animal muerto.

—No es nada —afirmó—. Pero la verdad es que huele mal. ¿Quién ha puesto esto aquí? ¿Arno?

El cochero se bajó del pescante.

—No, yo no. Les traje por la tarde, dejé el coche en la entrada trasera, me fui con el caballo a la casa para que se diera un paseo, como de costumbre, y regresé hace un rato. No he visto a nadie, no sé. Lo limpiaré.

Arno subió al *calessino*. Echó mano al hatillo, que se entreabrió, dejando al descubierto lo que contenía. El cochero se retiró con brusquedad. Perdió el equilibrio y acabó en el asiento que tenía detrás. En silencio, con la boca abierta y la mirada fija en ese rebujo de ropa.

—¿Qué pasa? —preguntó Dri—. Es algo muerto, lo sé. —Golpeó el suelo con el bastón, ojalá se equivocara, maldita sea.

Carlo echó una ojeada. Arno, pálido, no apartaba los ojos del hato.

—¿Qué es, Arno? —Entró también en el coche, para salir de forma inmediata—. *Porca miseria*! ¡No me lo puedo creer! ¿Quién ha puesto eso ahí? ¡Avisa a Leone! ¡Las mujeres, a casa! ¿Es que alguien nos tiene manía? Pero,¿qué es lo que quieren?

—¿Qué es? —Dri alzó la voz.

—¡Un bebé! ¡Un bebé muerto!

—¡Quiero verlo! —Mario, sin que pudieran evitarlo, entró en el carruaje—. ¡Es verdad! Es muy pequeño. ¿Son tan pequeños los bebés? ¿Y tan blancos? Está sobre un trapo negro, y él es tan blanco que… Tiene una herida en el pecho, tío, y ¡hay un manuscrito! Una hoja de

papel como la que tenía Luca. ¿Qué pone? No lo sé.

—Mario, no toques nada. Espera a que venga Leone, por si acaso. —Dri golpeó otra vez el suelo con el bastón. ¿Qué significaba eso, un bebé muerto en el *calessino* de los Dellanotte? Se le revolvió el estómago.

—Le falta el pulgar, como al canijo.

—¡Mario, sal del coche!

—Ya voy. Es muy pequeño, ¿son tan pequeños los bebés?

—Senta, llévate a tu hijo a casa —rogó Carlo.

—Quiero ser detective —afirmó Mario.

—Hasta hace un momento querías ser compositor. —Senta lo cogió del brazo y se lo llevó lejos del carruaje, no, no quería mirar hacia el bebé.

—Eso también.

—Arno, alquila un coche, lleva a las damas a casa y avisa a Leone, vive en la vía Nilo, cerca de la universidad.

—¿Donde el *Corpo di Napoli*?

—Sí.

No había sido nadie conocido. Dri se odió por el alivio que sentía. Por seguir vivo, porque el que hubiera muerto fuera aquel pequeño ser extraño y no alguno de la familia o del teatro.

—No quiero irme —anunció la *mamma*—. Es una verdadera pena, ¿qué diablo ha podido hacer esto? ¿De dónde han sacado a un bebé para dejárnoslo así, en nuestro *calessino*? ¿Quién nos odia tanto?

—Es una locura —dijo Dri—. No puedes quedarte, ¿qué vas a hacer aquí? Vete con Senta y tu nieto.

—Vete tú. Estoy harta de que me tratéis como si no supiera nada. Me quedo. Quiero saber qué va a decir ese hombre tan peculiar de esto. —La *mamma* se echó el chal por los hombros—. De aquí no me mueve nadie.

—Pues yo tampoco me voy. —Senta se acercó a la *mamma*, pero se dio cuenta de que Mario volvía a aproximarse al coche con intención de echar otra ojeada dentro—. ¡Mario! En fin, qué le vamos a hacer. Nos vamos.

—¡Que ya soy mayor!

—Muy bien, pero nos vamos. Ahí viene Arno con el coche de alquiler.

—Pero ¡yo quiero saber qué pone en el manuscrito! Quiero esperar a Leone.

—Luego te lo cuento —le consoló Dri—. Debes acompañar a tu madre a casa, es tu deber. Y a la *mamma*. Esto no es sitio para… —Si lo decía, sería peor.

—¿Para una mujer? Acabamos de estrenar el siglo xx. Las cosas están cambiando, y tu padre sigue ausente. —Se estaba

acostumbrando a decidir por sí misma, y le gustaba.

Dri escuchó cómo su cuñada y Mario partían con Arno, mientras la *mamma* se quedaba. Negó con la cabeza. ¿Qué pensaría su padre cuando regresara? ¿Qué diría si se encontrara en la situación en la que estaban? Se imaginó al pequeño cadáver sobre la suavidad del asiento de terciopelo del coche. ¿Qué clase de persona haría algo semejante?

Los zapatos de Martia resonaron sobre la toba. Entró en el coche, quería ver al pequeño ser. Apartó un poco la capa negra en la que estaba envuelto. Sí que era pequeño, aún tenía el cordón umbilical adherido al ombligo. ¿Dónde estaba la otra parte, es decir, la madre? ¿Seguiría viva, estaría clamando por su bebé desaparecido? ¿La habrían matado también? El corazón le martilleó fuerte en el pecho. Qué desgracia. No pudo evitar que las lágrimas comenzaran a caer.

—Hay que buscar a la madre —anunció—. Hay que devolverle lo que le ha sido arrebatado, para que pueda despedirse. Adriano, ¿esto por qué? ¿Carlo? ¿Por qué nos lo han traído a nosotros?

—*Mamma*, baja del coche. —Carlo se acercó y le tendió la mano—. De nada vale que estés ahí.

Le hizo caso. Salió del coche, miró al cielo, turbio, emborronado, no se veía ni una sola estrella. ¿Eran nubes, o el volcán humeaba? Negó con la cabeza.

—Quiero saber dónde está la madre.

—Es imposible. Nápoles es una ciudad muy grande.

—Denunciará la desaparición a la policía.

—Puede ser. Hablaremos con Leone.

Se quedaron en silencio bajo ese cielo sucio. Dri volvió la cara hacia donde debería estar el mar, pero no se notaba ni una leve brisa. Le sudaba la espalda, la frente, maldita sea, la pesadilla estaba otra vez entre ellos.

Leone no tardó mucho rato en aparecer, junto con Arno. Ambos se bajaron del coche de alquiler y se aproximaron deprisa.

—Buenas noches, qué hay, un cadavercito. —Leone abrió mucho el ojo izquierdo, mientras el derecho casi se cerró—. Pequeño, ¿no es así? Sin pulgar. ¿Me permiten verlo?

—Por el amor de Dios, hombre. —Carlo le señaló el *calessino*—. Todo suyo.

—¡Ah! Sí. Está envuelto en una capa negra, algo vieja. No sé de dónde la habrán sacado. Bebé varón de un día o dos de vida, bueno, ¡de vida! Parece llevar muerto más tiempo del que ha vivido. El Lector lo preparó con cuidado, como es su costumbre, sí, señor. Nada de sangre. Lo ha lavado. Causa de la muerte: herida incisa en el pecho, que probablemente le llega hasta el corazón. Le falta el pulgar, como a los otros. Se desangró, lo lavó, lo conservó hasta el día de hoy y lo depositó en el coche de los Dellanotte con algún propósito que aún se

nos escapa. Bien, leamos el manuscrito.

Leone se sentó en el asiento frente al niño, mientras la familia lo escuchaba con atención desde la calle.

—Casi no veo. ¿Por qué no me acercan una lámpara?

Carlo entró en el teatro y salió con una pequeña candela de aceite, que dejó al lado de Leone.

—Ah, muy agradecido. Sí, señor.

Las letras temblaban un poco bajo la luz de la lamparilla. Aun así, comenzó a leer.

> El páter siguió con su latín, declamaba cada vez más alto. Colocó un cáliz en el vientre del altar, besó su cuerpo joven, que se estremeció.
>
> Cuando La Voisin me hizo un gesto con la cabeza, salí de la habitación para recoger el objeto del sacrificio de la misa negra. Caminé descalza, el suelo estaba tan frío que dolía. La Voisin había guardado el objeto en la cocina, delante de los rescoldos de la chimenea. El hato blanco gemía, parecía un gatito. Me agaché para recogerlo. Solo se le veía la cara, de un ligero color cárdeno.
>
> Pobre ovejita. Ya estaba muerta, cuando aún no le tocaba ni siquiera nacer.
>
> Desenvolví los trapos blancos. Aún olía a útero. Lo cogí con suavidad, no era necesario ser brusco. Si hubiera podido hablar, le hubiera cantado su primera y única nana.
>
> La voz cadenciosa del páter se escuchaba cada vez más alto.
>
> Al lado del objeto había una pequeña daga de plata, con símbolos alquímicos labrados en la empuñadura. Me llevé ambos, cada uno en una mano.
>
> La capa negra me rozaba todo el cuerpo, los pechos, las nalgas, las piernas. Mis sentidos se habían exacerbado; en una mano, la daga helada, en la otra, el calor de una poca vida.
>
> El altar esperaba, su piel se mostraba aún más blanca sobre la negrura. Las llamitas de las velas tremolaron a mi paso.
>
> Puse el objeto del sacrificio sobre el pecho del altar, que estaba tan inmóvil como si ella misma hubiera expirado. Iba a recibir sobre su vientre la sangre del inocente, derramada como ofrenda a Satán, o más bien, al dinero.
>
> En otras misas, el páter llevaba a cabo el sacrificio. En esa, lo realizaría yo, Diane Nerry, la que nunca está donde debe, la que solo quiere aprender.
>
> Tengo que reconocer que no lo hice como hubiera debido. Hundí la daga entre dos costillas, a la altura del corazón, para que la muerte fuera rápida. ¿Tenía algún sentido que fuera el dinero el que determinara el destino de la ovejita? Malditos cuentos del demonio, y de Dios, las dos caras de la misma moneda.
>
> El altar cerraba los ojos con fuerza, las lágrimas se le derramaban para perderse en su cabello rubio. Lloraba las lágrimas que el objeto del sacrificio ya nunca podría llorar.

Leone acabó la lectura. Levantó los ojos del papel y los fijó en Carlo, Adriano y la madre. Todos mostraban en su rostro la misma expresión de horror. ¿Alguno de ellos sería el causante del asesinato? Podría ser. La señora se secaba una lágrima que le rodaba por la mejilla, ¿era de verdad o de mentira? Carlo le había retirado la mirada y la perdía a lo lejos, hacia las calles por donde los noctámbulos

deambulaban, borrachos o serenos, como si tuviera algo que esconder. Y luego estaba el otro, Adriano. Ese hombre era un enigma para él. No conseguía leer nada en su cara. Tenía claro que alguien cercano era el culpable de tan abominables acciones, pero aún no sabía quién podía ser. Había que indagar más. Debía hablar con ellos, pero despacio, de uno en uno, sin que se notara, así era como se podía obtener un mejor resultado. Bajó del coche.

—Bien, caballeros, señora. Lo de los manuscritos se pone cada vez más interesante, sí, señor. Ahora tenemos nombres propios: La Voisin. Diane Nerry. En los otros teníamos una marquesa y otro nombre: Christophler Glaser, el farmacéutico del rey. Estoy seguro de que esto es una historia real, de que pertenece a una obra mayor. Tengo que escribir a mi amigo de la Sorbona, ya saben, París, tengo que contárselo todo. Los pulgares. ¿Qué describe? Una misa negra. Hay una época en Francia, que se corresponde con la del papel, en que las misas negras, los encantamientos, los venenos, eran cosa corriente. Alquimia, señores, pero no de la buena, de la que busca la transformación de lo impuro en lo puro, sino de la otra, de la que se hace por dinero. Mal, mal. El mal ha trascendido el tiempo y llega hasta nosotros. ¿Por qué? No lo sé. Hay un loco suelto. Puede que mate solo por placer.

—¿Es que han hecho una misa negra en nuestro coche? —preguntó la *mamma*.

—No creo, señora. La víctima lleva muerta varios días, no es del todo reciente, no…

—Basta, no hay que entrar en detalles —interrumpió Dri.

—¿Por qué a nosotros? —La *mamma* se acercó a Leone, lo miró a los ojos.

—Sí, señora, hay que averiguarlo. Quizá sea uno de ustedes. Usted misma.

—¿Yo?

—Pero ¿qué dice? Leone, no le falte el respeto a mi madre. —Carlo dio una palmada en el lateral del coche.

—También puede ser usted. ¿Ve cómo se deja ganar por la ira? —Debía callarse. Así no se hacían los interrogatorios, no, señor, si De Blasio lo viera ahora se enfadaría con él.

—Váyase a…

—Carlo, basta. Déjalo. Leone tiene razón, puede ser cualquiera. —La voz de Dri sonaba cansada.

—¿Solo se te ocurre decir eso? —Carlo se giró hacia él, enfadado —. Increíble. Tú no eres sospechoso, ¿verdad? Porque no ves.

—No ve. —Leone bajó del coche—. Pero a veces no lo parece. Se maneja muy bien, tampoco lo descarto. Por ahora no se puede descartar a nadie. Voy a hablar con De Blasio. Hay que avanzar en el

asunto.

—Me gustaría encontrar a la madre —rogó Martia—. Hay que devolverle al pequeño. Hay que pedirle perdón.

—La buscaremos. Hablaremos con los *Carabinieri*. Puede que hayan denunciado la desaparición, o puede que sea un bebé abandonado en el orfanato, o en alguna otra parte. Se abandonan bebés, ya lo sabe, en esta ciudad hay quien no tiene qué comer, hay mujeres de mala vida, hay…

—Lo sabemos, Leone, está bien. —Dri se acercó a él—. Inténtelo al menos.

—Sí, señor. Tengo muchas cosas que pensar. Avisaré a la policía, ellos se llevarán el cuerpo de la víctima. Me voy. Pronto tendrán noticias mías. ¿Qué tal *Tosca*? Tengo que venir a verla. Me perdí *Pagliacci*, por culpa de mi mala salud. No puedo perderme esta nueva obra del caballero Puccini, no señor.

Leone subió al coche de alquiler que le había traído hacía un rato. Ellos se quedaron al lado del *calessino*. Dri golpeó el suelo con el bastón, como si con el gesto pudiera hacer desaparecer el pequeño cuerpo, como si pudiera hacer que se despertaran de esa maldita pesadilla en que se había convertido su vida.

El manuscrito secreto

La ovejita cambiaba deprisa. Cada vez sus ojos se hacían más oscuros, su cuerpo más largo y erguido. A los nueve meses ya era capaz de andar, al año corría y decía unas cuantas palabras. No había heredado de mí la falta del habla, pero sí alguna de mis peculiaridades: en su segunda primavera, el viento hizo caer dos polluelos del nido que había en uno de los árboles del jardín. Tuvieron la mala fortuna de que ella los encontrara.

Yo estaba en la cocina, me los trajo.

—Eh, eh. —Llevaba uno en cada mano con sumo cuidado. Los dejó en la mesa, apenas tenían plumas, no eran más que ojillos y pico—. *Mia*, mamá. Vida.

Tomó uno de ellos, cerró el puño con fuerza, dos pequeñas arrugas se le dibujaron en el entrecejo.

—*Mia*, mamá. —Sonrió y me lo mostró de nuevo—. Ya no.

Aprendía pronto.

Hacía algún año que Claude había dejado a los hijos de la marquesa para trabajar como preceptor en la casa del duque de Epernon.

Fue a finales de abril de 1676. Recuerdo el día, había nevado y la nieve se había helado sobre las calles de la ciudad a pesar de lo tardío de la fecha. Miré por la ventana, el cielo se mostraba tan pálido como la muerte. Me estremecí. Mi marido llegaba del trabajo con el rostro demudado y los ojos muy abiertos, como si hubiera visto un fantasma. Me acerqué a la chimenea, eché otro par de leños al fuego.

La ovejita estaba con la suegra, cada vez pasaban más tiempo juntas.

Claude se quitó el abrigo y la peluca, yo los coloqué en su sitio. Se acercó al fuego, extendió las manos.

—Diane, ven, siéntate a mi lado. Tengo algo que contarte. No te

entristezcas, por favor, sé que apreciabas mucho a la marquesa.

Ay, después de algunos años, qué poco me conocía. Puse cara de preocupación y acerqué otra silla a la chimenea.

—El mayor Goffin ha estado hoy en casa del duque. ¡Han traído a la marquesa! La han atrapado por fin, ni te imaginas cómo. El mayor se lo contó todo.

Abrí mucho la boca y los ojos.

—La Armada del rey, ya sabes, siempre en Holanda, andaba cerca de Lieja. Enviaron al oficial de policía François Desgrez a ver si podía detener a la Brinvilliers, pero no iba a entrar en un convento a la fuerza, eso es sagrado. ¿Sabes lo que hizo? Se disfrazó de sacerdote y la visitó en su celda. Durante días. ¿Cómo iba la marquesa a aguantar eso y quedarse tranquila? No. Quiso pasar a mayores. Y él la citó fuera del convento. Dicen que iba tan contenta pensando en el amor. Cuando llegó al lugar del encuentro, la apresaron, y ha venido escoltada por un regimiento de arqueros a caballo.

Al final, había caído. No se libraría, pobre mujer, a pesar de su nobleza.

—La han encerrado en la Conciergerie, en una estancia de la torre Montgomery. Ay, Señor. Me dan escalofríos de solo pensarlo. Goffin dijo que la van a someter a la tortura del agua, aunque también dijo que habían encontrado en la celda la confesión escrita de la marquesa y que era terrible. —Se secó dos o tres gotas de sudor que se le habían formado en la frente.

Maldita manía de escribirlo todo. La misma que tengo yo. Ah, pero yo no voy dejando a la vista mis letras, las tengo bien escondidas. Pasarán siglos antes de que alguien las encuentre y, solo entonces, seré eterna.

—Confesó de todo. Hay cosas que sabemos que son verdad, pero ¿y otras? Incesto, violación. Mi preciosa Diane, no sé si esto será demasiado para ti, perdóname. No diré más. Ah, y cuántos envenenamientos. ¿Acaso tú viste algo en esa casa malvada?

Negué con la cabeza, saqué un pañuelo de entre mis ropas y me enjuagué una imaginaria lágrima con él.

—Ay, querida, perdóname. No he debido decirte esto de tal manera. Pero vengo impresionado. ¡La tortura del agua!

Hice un gesto de interrogación.

—¿De verdad quieres saberlo? ¿Sí? La ponen boca arriba en una tabla inclinada en forma de v, para que la cabeza quede por debajo del pecho, y le hacen tragar enormes cantidades de agua por un embudo, ¡qué horror!

¿Para qué iban a hacer eso, si ya tenían una confesión completa, y ya estaba, como quien dice, condenada? ¿Quién era más cruel ahora?

Flavia se apoyó en la puerta del invernadero. Adriano se alejaba despacio, se perdía en la noche cálida del verano napolitano. Se aclaró la voz.

—«A tu lado, bajo la sombra de las estrellas, sentir el murmullo de la naturaleza. De los bosques, de los robles, de la hierba seca.» —Entonó el aria de *Tosca* bajito, solo un momento.

Adriano le había contado lo del bebé muerto. Se llevó la mano al vientre, a su vientre seco.

No había problema. Podía acostarse cada noche con un hermano y cada mañana con el otro, que nunca tendría hijos. Esbozó una sonrisa torcida, se mordió el interior de la mejilla casi hasta hacerse sangre.

Cerró la puerta del invernadero, se dejó llevar por aquellos pies que parecían saber lo que tenían que hacer hasta su cuarto en la casa rosa. Sus manos la desnudaron como si fueran las de otra persona, ella no se enteraba, porque no podía dejar de pensar en Nick.

En su bebé, también muerto.

En aquel día fatídico en que se dio cuenta de que ella no significaba nada, que era una más en la lista de conquistas de aquel hombre sin alma.

Aquella mañana en Nueva York, aún tendida en la cama, se había llevado los dedos ahí abajo una vez más, con la esperanza de que la humedad fuera sangre. Pero no. Llevaba sin manchar demasiadas semanas, ya no podía engañarse más, le habían crecido los pechos, se le estaba ensanchando la cintura.

Se dio la vuelta entre esas sábanas que olían a lavanda, se tapó la cabeza con la almohada, se la destapó de nuevo. Una poca luz se colaba entre las contraventanas desde la ciudad nevada. Ojalá no tuviera que salir de allí para hacer frente al hecho de que quizá, lo más seguro, sí, era que estuviera embarazada.

No, imposible. Se trataría de un retraso sin importancia, ya mancharía, quizá mañana, quizás al cabo de unos días. Lo de la gordura sería que estaba comiendo demasiado, aunque ella sabía bien que no era así.

Y entonces lo notó.

Un aleteo, un movimiento, un ligero golpecito en su interior.

Cerró los ojos a la tenue claridad de la habitación. Una lágrima se deslizó hasta la almohada. Se llevó la mano al vientre, la dejó ahí, dándole calor a esa criatura que se hacía notar por primera vez. Dándole calor al miedo que, como una explosión, secó cada una de sus venas.

Ya no podía engañarse más.

Debía buscar un remedio a esa enfermedad, si dejaba que creciera sería aún peor, era hora de solucionarlo, ¿a dónde podría ir?

Se lo diría a Nick.

Él la ayudaría.

Le costó salir de la cama. Apoyó los pies desnudos sobre el moderno suelo de linóleo. Esas manos la vistieron, esos pies la condujeron, un paso tras otro sobre las aceras cubiertas de nieve, hasta el teatro. Esa voz preguntó al portero por Nick, que le indicó el pasillo de los camerinos.

A aquellas horas matutinas, todas las puertas permanecían abiertas, los camerinos eran meras habitaciones vacías y silenciosas.

Menos el de su madre.

Qué casualidad. Le diría a Nick lo que pasaba en el mismo sitio en que los dos habían creado el problema. Era un buen augurio, ¿o no? Apoyó la mano en el frío pomo, lo giró con suavidad. Entreabrió la puerta, porque ¿qué hacía Nick por la mañana en el camerino de su madre? ¿De veras era él el que se oía tras esa puerta, o eran las de la limpieza? ¿Por qué gemían?

Echó una ojeada a través de la poca abertura.

Y los vio.

Se echó para atrás de repente, como si la hubieran golpeado.

En el mismo sitio en que la follaba a ella, encima del tocador, Nick se follaba a Isabella, a su querida mamá, que gemía con sus hermosos ojos verdes cerrados, como si disfrutara de veras. A Isabella, la *prima donna*, la diosa, la mujer más bella del mundo.

Cerró la puerta de nuevo, se apoyó en la pared solo un instante, para coger aire, para poder seguir respirando, aunque no mereciera la pena.

No, ella nunca lograría ser como Isabella. Era la segundona, la imitadora, la que no tenía personalidad propia, ¿por qué había tenido que nacer? Si solo era una molestia para su madre.

Sus pies, que siempre sabían qué hacer, la llevaron lejos de allí.

Caminó por la calle 65 hasta Central Park, se descalzó sobre el césped nevado, sintió el frío que le subía por el cuerpo y llegaba, primero hasta ese maldito polizonte que llevaba en la tripa, y luego hasta su corazón. Ella no tenía un corazón normal, no desde ese día. Su corazón se estaba volviendo blanco y helado, como el de la Reina de las Nieves.

Estuvo en Central Park hasta el mediodía. Se sentó en un banco bajo un sauce albo de nieve y bajo aquel cielo añil brillante, sin importarle lo que su padre y su madre, oh, sí, la bella, le dirían cuando regresara. De vez en cuando el viento movía las ramas del sauce, la nieve caía sobre su cara, se deshacía en la mejilla y acababa sobre su vestido rosa, sobre sus guantes negros.

No le quedó más remedio que regresar al teatro y buscar a Nick de nuevo. El propio director, Maurice Grau, le indicó dónde se encontraba. En el escenario, supervisando el montaje de *Hamlet*. Se suponía que ella no podía estar allí, pero sus pies no entendían de esas cosas, y la llevaron a lo largo de la platea hasta el proscenio, donde se detuvo hasta que él la vio.

Al principio, no le hizo caso. Al cabo de un rato, se acercó a ella.

—¿Qué haces aquí? —le susurró al oído. Notó tan cerca esa boca que había besado a su madre que tuvo ganas de vomitar. Dio un paso hacia atrás, pero se tuvo que acercar de nuevo para decirle esa maldita cosa. Su mano le agarró del brazo, tiró de él.

—Llevo un hijo tuyo en el vientre.

La miró como si estuviera loca.

—Yo no sé nada de eso.

—Debes ayudarme. Si no lo haces, todo el teatro se enterará de tus diversiones. ¿Te gustan las familias? ¿Madre, hija? Y porque no hay más. Quizás una hermana, o…

—¡Calla! Calla. Pero no pienses que puedes chantajearme con esto. Aquí cada uno se acuesta con quien quiere o puede, niña, nadie se va a escandalizar. Además, podrían o no creerte, quién sabe. Aunque viniendo de mí, seguro que se lo creerían. —Rio.

Ya no era tan guapo, con ese pelo rojo y los ojos azules y la barbilla firme.

Apretó aún más la mano sobre su brazo, le hincó los dedos todo lo fuerte que pudo. Apartó los ojos un momento para mirar al escenario, a los cortinajes dorados, a la tramoya.

—Ayúdame —repitió con voz débil.

—Te ayudaré, porque no quiero problemas. Sé muy bien lo que debes hacer. ¿De cuánto estás?

—No lo sé. —No quería decirle nada a ese desalmado, que tanto le había prometido. Pero ¿qué remedio le quedaba?—. De… unos cuatro meses.

—Es mucho. —Nick pestañeó, asombrado—. ¿Por qué no me lo has dicho antes?

Se sintió como una imbécil. ¿Qué entendía ella de eso? Nada.

—Bueno, da igual —continuó Nick—. Conozco una mujer que soluciona estos casos, no es la primera vez que… En fin. Es más fácil de menos tiempo, pero la realidad es la que es. Nena, hay que ir cuanto antes. Si alguna vez quieres subirte ahí —señaló el escenario—, hay que evitar…

Flavia tenía frío, estaba temblando. Sabía que Nick tenía razón, que no podía dejar que eso fuera a más. Volvió a mirar hacia el escenario, donde los carpinteros montaban la sala de la coronación del castillo de Hamlet, con el trono forrado en terciopelo rojo. Su cabeza negó, sin que ella se diera cuenta.

—¿Cómo que no? —Nick frunció el ceño—. ¿Te rindes tan pronto? Aún no puedes permitirte esto, ni siquiera has debutado. Además, era una sorpresa, pero te lo diré hoy. La semana que viene tienes una prueba con el director Abbey para entrar en la compañía: quieren irse de gira por el país el año que viene. No dirás que no te… Con un bebé no se puede ir de gira a ninguna parte, no te contratarían, me harías quedar en mal lugar. ¿Me harás quedar mal, princesa?

Flavia le soltó el brazo, le daba asco. Aspiró hondo. Ella estaba hecha para cantar, lo sabía. Su mente estaba diseñada para aprender melodías, su garganta para emitirlas, todo su cuerpo se lo pedía a gritos.

—¿Están buscando cantantes para la compañía? —pudo murmurar.

—Mañana a las ocho te espero en la entrada del teatro. Iremos a Five Points, en el bajo Manhattan, pero no tengas miedo, conozco a gente allí, no nos harán nada. Venga, nena, todo saldrá bien. Me voy, estoy trabajando, ¿no? Hasta mañana.

El proscenio curvo. El telón de damasco color oro. Le habían dicho que, en 1892, hubo un incendio que lo destruyó todo, y hubo que levantar el teatro de nuevo. ¿La vida era eso? ¿Destruirse, renacer? ¿Seguir adelante?

Sus pies la condujeron de regreso a casa, los botines negros pisaban la nieve blanca con cuidado para no resbalar. El cuento se hacía realidad, se había convertido en la Reina de las Nieves, ahora tenía un duro pedazo de hielo en vez de corazón.

El manuscrito secreto

La otra persona que me mantenía bien informada era La Voisin. Entre sus muchos amantes constaba el verdugo de París, André Guillaume, que solía suministrarle grasa de ahorcados; o monsieur Latour, vizconde de Cousserans. Tenía una extensa red de colaboradores. Sabía qué sucedía y qué se necesitaba en cada casa de la enorme París. Su marido vivía atemorizado en su propio hogar. Pero eso sí, no tenía que ganarse la vida, ella ya lo hacía por los dos, y con muy buenos resultados: se podía decir que contaban con más posibles que muchos nobles.

Me fue narrando todo lo relacionado con la marquesa. Pennautier, el financiero, fue apresado también y acusado de envenenar al menos a tres personas con ayuda del amante, para quedarse con sus cargos. Parece ser que se sospechó de Glaser, mi maestro, pero este había desaparecido, se desconoce si murió o si regresó a Basilea, de donde procedía.

Asignaron a la marquesa un confesor: el abate Pirot. No sé cómo lo hizo, pero esta fue convenciéndolo poco a poco de su arrepentimiento y, al final del proceso, que duró hasta julio, el pobre hombre la tenía por santa.

Lo confieso, tuve miedo. De alguna manera, me sentía culpable. A veces, de noche, me parecía oír golpes en la puerta, me imaginaba al oficial de policía Desgrez desenvainando la espada, apoyándola en mi pecho y conduciéndome a mí también a la Conciergerie.

El 16 de julio, le leyeron el veredicto. Se la condenaba por el envenenamiento de su padre y de sus hermanos, y por atentar contra la vida de su hermana. Ella lo asumió.

Pero querían que confesara más.

El verdugo la desnudó entera. Me imagino ese cuerpo tan conocido por mí allí expuesto, ante esos hombres impíos. No se merecían tanta belleza.

La sentaron en el potro de tortura, ataron sus manos y pies a unas argollas que sobresalían del suelo, su espalda se arqueó tanto que

tomó la forma de una v invertida.

Tan expuesta. Qué le harían. No puedo creer que se limitaran a preguntar y a echarle agua en la boca con la ayuda de un embudo. No, no puedo creerlo, aunque el verdugo nos lo narrara así.

Había que tener estómago para tener a un verdugo como amante, y La Voisin con más razón, ¿es que no se daba cuenta de que cualquier día podía ser ella la ajusticiada?

En el tormento ordinario, le echaban agua, la agitaban, le preguntaban por sus cómplices.

No consiguieron nada.

En el extraordinario, sustituyeron el caballete por otro el doble de alto. Las cuerdas de las muñecas y los tobillos desgarraron esa piel blanca, se hincaron en la carne.

Sí, confesó algunas cosas, parece ser.

Que se había valido de arsénico, vitriolo y veneno de sapo.

Que con beber leche hubieran sanado. ¿De veras afirmaría tal cosa, ahí, doblado su cuerpo por la mitad?

Que se estaba muriendo.

No, no se moría. Aún le quedaba lo peor.

El día de la ejecución estuve dudando si llevar conmigo a la ovejita. Al final decidí que no, porque quería seguir el carretón que llevaría a la marquesa desde el principio hasta el final. Todo el recorrido, el poco camino que le quedara para terminar. La pequeña me estorbaría, me haría ir más lenta. Avisé a la suegra de que me iba y la dejé en el lecho, aún durmiendo.

Era julio, pero para mí hacía frío. Mucho. Tenía las manos heladas, los pies helados, tanto, que casi no podía caminar. Me sobrepuse, debía hacerlo, debía acompañarla.

Caminé hasta la Conciergerie. Una multitud esperaba ya en el patio, todo París quería ver a la bella marquesa caída en desgracia, a la asesina, a la envenenadora, a una noble a la que iban a ejecutar; era algo que no solía suceder. Me abrí paso hasta quedar frente a la puerta, quería estar la primera, quería que su mirada de color azul se posara en mí como antaño, que me dijera: «Ven a peinarme, Ratita», «ayúdame a desnudarme», yo lo haría mientras ella hablaba y hablaba, ojalá el tiempo pudiera volver atrás, ojalá pudiéramos volver a sentir lo que una vez sentimos, volver a ser lo que una vez fuimos.

Tuve que esperar un buen rato en aquella mañana tan fría. Me dolían todos los huesos.

Los alguaciles a caballo abrieron paso entre la multitud, y un carretón sucio de barro tirado por un mal rocín se acercó a la puerta.

Apareció ella, mi dama. Descalza, sus ropas cubiertas con una

camisola blanca, sujetaba un crucifijo con las manos atadas, del que no separaba los ojos.

Cuánto le costaría verse así. Humillada ante toda la ciudad. Seguro que eso para ella era peor que la muerte.

Reconocí a André Guillaume, el verdugo, a su lado. Le tendió la mano y la ayudó a subir al carretón. Se sentó en una esquina, sobre la paja. Él subió tras ella, y también otro hombre desconocido para mí, sería ese confesor del que hablaban.

Una mujer me empujó, imagino que sin querer. La miré de tal manera que se puso pálida y se apartó de mí.

Un criado se puso al frente del carretón, tomó las riendas y azuzó al rocín, que emprendió el camino hacia Notre-Dame.

Entre tanta gente, me era difícil seguirla. Pero no iba a permitir que nadie me arrebatara el privilegio de acompañarla hasta el final. Me abrí paso a codazos, me situé a un lado del carretón. Ella no levantaba la vista del crucifijo. Al pasar por delante del Hospital de Dieu, lo hizo. Miró al hospital, su boca volvió a dibujar esa sonrisa que me recordaba a un perro enseñando los dientes. Solo un instante. Luego, vio algo que transformó su rostro en una mueca demoníaca. Seguí la dirección de su mirada: la causa parecía ser un hombre a caballo que formaba parte de la escolta. Alguien murmuró que se trataba de Desgrez, el hombre que había conseguido apresarla. La dama habló un rato con el confesor, que logró apaciguar su inquietud.

Y entonces levantó los ojos y me vio.

La mirada se tornó tan fría que consiguió acabar de helarme. Se me paralizaron las piernas, mi cuerpo casi acaba sobre los adoquines sucios de la plaza. Miré al cielo azul, al sol sin fuego que se alzaba sobre los edificios. La miré a ella de nuevo, y sonreí. Pareció sorprendida. «Ratita, desnúdame.» Lo hacía. Lo hacía incluso cuando ella estaba tan borracha que no se enteraba de si se acostaba desnuda o vestida. Yo le iba quitando despacio cada prenda: los cuellos, los lazos, las mangas, el corsé, la camisa. Las faldas. La desnudaba sobre la cama, dejaba al descubierto ese cuerpo tan bello. A veces, lo recorría con el dedo. La rodilla. El interior del muslo, tan suave. El vello rubio. El ombligo, la línea sedosa que separa los senos. El cuello. Esos labios finos. Si estaba lo suficientemente borracha, volvía a bajar. Mi dedo se detenía en la hendidura. Solo un segundo. Solo un momento, antes de ponerle el camisón como podía, por la cabeza, e ir cubriendo su belleza con él, casi tumbada a su lado en el lecho.

Ahora ese cuerpo iba a dejar de ser algo vivo y cálido.

Ya no oiría más su voz, la posibilidad de volver a verla se esfumaba como lo haría su cuerpo en el fuego.

El veneno la mataba también a ella.

Un guardia a caballo se interpuso entre las dos. Dejé de verla, pero

continué andando a pesar del dolor.

Hasta que llegamos a Notre-Dame, cuyas puertas estaban abiertas de par en par. El murmullo del gentío que abarrotaba el templo fue disminuyendo. Los alguaciles nos obligaron a dejar un espacio vacío alrededor de la carreta. El verdugo quitó la madera que cerraba la parte posterior, alzó en brazos a la marquesa y la depositó en el suelo. Ella se arrodilló en el atrio de la iglesia, alguien le puso en las manos atadas un pesado hachón encendido.

Llegaba el momento de la máxima humillación.

Porque la muerte no lo es. La muerte forma parte de la vida, es algo natural, no importa lo que la cause.

El escribano hizo que repitiera la frase que le estaba leyendo.

Más alto, le exigió.

La multitud guardaba silencio.

—Confieso que por maldad y por venganza envenené a mi padre y he hecho envenenar a mis hermanos, y atentado contra la vida de mi hermana para apoderarme de sus bienes, de lo cual pido perdón a Dios, al rey y a la justicia.

De lo único de lo que se arrepentiría sería de haberse dejado atrapar, aunque la gente parecía creerla, qué curioso.

Regresaron al carretón, tomamos el camino de la plaza de la Grève. Al pasar por el puente de Notre-Dame, divisé a madame de Sévigné, la escritora. Esto le proporcionaría un buen asunto para sus cartas.

En dos semanas, todo. La renuncia, la oportunidad. La muerte, el renacimiento. La mañana siguiente, Nick la estaba esperando en la esquina del teatro, entre la calle 39 y la calle 40, cerca del poste del reloj, que daba las nueve. Tan elegante, con su abrigo de paño sobre el traje negro, su bombín y su bastón con la empuñadura de nácar, todo un caballero. Le tendió el brazo para que se apoyara en él, la ayudó a subir al coche de alquiler. Cuánta gente en la calle dejaba sus huellas sobre la fina capa de nieve. El coche se unió al tráfico ya denso y se dirigió hacia el sur, el caballo se puso al trote, asustado por uno de esos nuevos autos de motor.

—No te preocupes, princesa. —Nick se mostraba conciliador—. Madame Fini sabe lo que hace.

Flavia no tenía ganas de hablar. Solo quería que aquello pasara pronto, que se quedara en el pasado, como si nunca hubiera existido, como si perteneciera al mundo de los sueños. Cerró los ojos. Nick daba golpecitos al suelo de madera del coche con el bastón. Le puso la mano en el muslo, ella se la apartó.

Los olores de la ciudad cambiaban poco a poco. Se hacían cada vez más variados e intensos, hasta que Flavia no tuvo más remedio que abrir los ojos, ¿dónde la estaba llevando ese hombre? ¿Podía fiarse de él, si la realidad era que no lo conocía?

—No te asustes, belleza. Tengo amigos aquí.

—¿Qué… qué es esto?

—Ya te lo conté ayer: Mulberry Street.

El coche casi no podía avanzar, se lo impedía la multitud que invadía la calle. Ella nunca había estado en un sitio como aquel, nunca había visto ese tipo de gente, tan diferente. No hablaban como ellos, no vestían como ellos. Cuántos puestos callejeros, cuántos niños, y algunos con los pies sucios desnudos sobre la nieve. Qué mal olía.

¿Había curtidores? Cruzó los brazos sobre el vientre. Sabía que lo que iba a hacer era ilegal, pero se había esperado otra cosa, no ese barrio, esa miseria, esa… suciedad.

Le iban a arrancar a su hijo del vientre. A esa parte de ella que tenía arraigada en su propia carne.

El coche se detuvo delante de un edificio de ladrillo rojo con las altas contraventanas de color verde. En la primera planta, un toldo que alguna vez fue blanco protegía la entrada a una tienda de zapatos. El cochero abrió la puerta y le tendió la mano para ayudarla a bajar.

De repente, se encontró en medio del gentío. Mujeres con chales ajados sobre los hombros y cestas de mimbre en el brazo hablando a voces en italiano, hombres con remiendos en la ropa, niños medio desnudos, carros cargados con mercancías variadas que colapsaban la calzada. Tiendas de todo tipo, incluso un banco, ¿qué ponía? Banca Malzone. Un niño llevaba en brazos un bebé muy pequeño, ¿sería su hermanito? Parecía estar a punto de dejarlo caer.

Dos, tres copos de nieve se posaron sobre el abrigo negro de Nick, que, delante de ella, hablaba con el zapatero. Se acercó un poco más, los copos eran como estrellas heladas, formaban bellos dibujos hexagonales.

Entraron en aquella tienda mal iluminada, los zapatos colgaban en hileras desde el techo, ya estaban usados, tenían la forma del pie de su anterior propietario, que habría muerto de asco en un lugar así. Tosió. En silencio, el zapatero los llevó a la trastienda y les indicó unas escaleras que subían al primer piso. Nick asintió y depositó unos dólares en su mano llena de grietas. Ambos subieron, arriba los esperaba una mujer ya vieja, con el pelo blanco recogido en un moño en lo alto de la cabeza.

—Pasen, pasen —susurró—. Les estábamos esperando.

¿En esa habitación se iba a deshacer de su hijo? Sí, eso solo podía ocurrir en un lugar tan triste como aquel. Las contraventanas, cerradas, apenas dejaban pasar unas líneas de luz, la pared desconchada rezumaba humedad. Al menos, habían encendido el fuego. La vieja la examinaba con sus ojillos negros, su media sonrisa mostraba una boca sin dientes. Tras ella, apareció una niña, vestida con una camisa amarilla y un delantal gris sobre la falda. ¿Le iban a atender una vieja y una niña? Le empezaron a castañetear los dientes. Los apretó con fuerza; no, no iba a permitir que Nick percibiera su miedo.

Una sola habitación, con una cama sucia, una chimenea, un cubo de cobre con agua calentada al fuego y unos paños grises, mal apilados sobre una silla de mimbre y un gancho de metal.

Nada más.

Negó con la cabeza. Nick, al verla, la tomó del brazo y la condujo

a la cama, murmuraba palabras que ella no oía para convencerla.

Y sí, se dejó hacer, maldita sea. Le permitió que la tumbara sobre las sábanas que olían a sudor, permitió que aquella mujer a la que le faltaban la mitad de los dientes la desnudara y le diera un vaso lleno de whisky barato que la dejó medio atontada en cuanto se lo bebió, permitió que la abriera de piernas y que metiera ahí abajo ese gancho de metal.

Lo permitió todo.

El dolor la dejó sin conocimiento.

Apenas recordaba lo que pasó después. Despertaba, volvía a adormecerse. Olía a sangre, Nick y la vieja murmuraban apuntándola con el dedo. El abandono se apoderaba de su cuerpo como una nube que se le metía por la boca, por la nariz, y la ablandaba, cada vez se sentía más inconsistente, sus huesos se aflojaban y desaparecían, y ella podía volar sobre la cama y el techo de la habitación y sobre todo Manhattan, incluido el teatro.

El teatro. La prueba. Intentó cantar, pero los labios también se le estaban volviendo blandos.

¿Había otro hombre en la habitación? Parecía que sí. Nick volvió a repartir esos billetes grises aquí y allá. El hombre le puso un trapo en la cara, ¿acaso estaba muerta? Y todo se volvió negro otra vez.

Cuando despertó, no había parte de su cuerpo que no le doliera.

Miró alrededor, Nick se había ido, solo estaba la niña de la camisa amarilla, ahora manchada, ¿esas manchas marrones de qué eran? No pudo reprimir un gesto de repulsión. La niña se acercó a ella y le puso la mano en el brazo.

—¿Estás viva?

—No lo sé. ¿Lo estoy? —Las palabras no querían salir de su garganta seca—. Agua, por favor.

La niña le acercó a los labios una jarrita de loza. Bebió un trago, se mareó, acabó vomitando sobre las sábanas.

—Más trabajo —murmuró la niña—. Al caballero le saldrá caro. ¿Estás viva? Creí que no lo contabas, que la habías *palmao*. El caballero también lo creyó, por eso avisó al matasanos, para librarse del muerto, o de la muerta, pero resultó que no, que se oía el *latío*. Te ha *vaciao*, el muy canalla, pero ha *sio* por algo. *Pa* salvarte la vida. Ahora eres medio mujer solo, pero mejor eso que *na*.

La niña le retiró la sábana sucia de vómito, le puso otra por encima.

—Una manta. —No le salía la voz. ¿Se habría quedado sin voz? Entonces sí que se moriría.

La niña la cubrió con una manta de lana áspera. ¿Para qué valía si no se le quitaba el frío?

—¿Qué me han hecho?

—*Vaciao*. —La niña le apuntó con el dedo hacia el vientre—. *Pa* que dejara de sangrar.

No sabía a qué se refería. Sí, le habían quitado el niño, ahora tenía el vientre vacío, sería eso.

La vieja entró en la habitación. En la mano llevaba un cuenco de sopa humeante. Se acercó a ella, se la tendió.

—Todo está bien, señora. Se ha librado *usté* por poco, pero ya no volverá a tener estos problemas, debería estar contenta. Su hombre lo estaba, ya lo creo que sí. Muy buen servicio damos en esta casa.

—¿Qué… ha pasado?

—Mimí, ¿no se lo has contado? —La vieja pellizcó en el brazo a la niña—. Por el amor de Dios, no vales para nada. Señora, ya no tendrá que preocuparse jamás por… Ya no hay nido, y sin nido, no hay pajaritos. No hay nido. —Negó con la cabeza—. Ande, cómase la sopa, hay que reponerse.

No hay nido. Y sin nido, no hay pajaritos. Miró el cuenco de sopa que le tendía la vieja, se dio la vuelta en la cama. Se cubrió la cabeza con la manta, se acurrucó como si ella misma hubiera vuelto al maldito nido que la engendró, el vientre de su madre, Isabella, la mujer más hermosa del mundo. Ojalá nunca hubiera salido de él, total, ¿para qué? Si lo único que tenía ahora era un alma helada, como la de la Reina de las Nieves, un mundo yermo, un cielo blanco. Cerró los ojos.

Pasó dos días metida en esa habitación. Por las noches, se sentaba al borde de la cama, con los pies desnudos sobre el suelo de madera, y miraba las pocas brasas que alumbraban en la chimenea.

Vacía.

Podría vivir con aquello, debía vivir con aquello o, mejor dicho, sin aquello. Era cuestión de acostumbrarse. ¿Por qué dolía, si se lo habían quitado?

—Es verdad —murmuraba—. Tienen razón. Es una preocupación menos.

Y cantaba.

Porque, al menos, nadie podía quitarle su voz.

Cantaba el lamento de Almirena, de la ópera *Rinaldo*, de Händel. No solía representarse, pero se la había enseñado su madre cuando era pequeña.

—«Deja que llore mi cruel suerte, y que suspire por la libertad.»

—¡Calla! Quiero dormir —voceaba la vieja desde la habitación contigua.

Pero ella no callaba.

—«Y que suspire por la libertad, y que el dolor quiebre estas

cadenas. Deja que llore. Deja que llore.»

Pero ella no lloraba, nunca lo hacía, estaba hecha de hielo y sabía que nunca, nadie, derretiría con sus lágrimas ese dolor.

Al tercer día apareció Nick para devolverla a la vida normal, que, sorprendentemente, había continuado tras la puerta.

—Bien, preciosa, problema resuelto. A tu madre le he contado que estabas con mi prima, que ha dado a luz. Estás un poco pálida, pero eso lo achacaremos al cansancio de velar por un recién nacido.

La vieja rio.

—Estos hombres no tienen cuidado ninguno. ¿Un recién nacido? Qué ocurrencia. Eso solo podía inventarlo un hombre, y nada más. Gracias, gracias, caballero —dijo al recibir el dinero—. Ya sabe dónde estamos, para servirle.

Flavia se apoyó en su brazo para bajar aquellos peldaños desgastados.

—Han adelantado la prueba, princesa. Es mañana.

Se detuvo un momento. El enfado crecía en su interior, le amargaba en el pecho, en la garganta. Tosió.

—Aun así quiero hacerla.

—Contaba con ello. Ya verás como te sale bien.

Nick la miró de reojo. Flavia adivinó lo que pensaba: que no podría, que estaba demasiado débil. Por su culpa. Maldito hombre, maldita cosa que le colgaba entre las piernas. La ayudó a subir al coche, le puso las manos en la cintura y, casi sin esfuerzo, la levantó del suelo.

—¿Te bañarás al llegar a tu casa? Ya sabes lo que tienes que contar. Mi prima Mery ha dado a luz. Su esposo está en el ejército y tú, querida, me has hecho el favor de cuidarla estos días. Isabella te ha echado de menos en el camerino.

—Ya te habrás encargado tú de consolarla.

—¿Qué?

—Nada.

—Bien. Te dejo en el teatro, ¿verdad?

Flavia bajó del coche en la misma esquina de la calle 39 con la 40, cerca del poste del reloj, que volvía a dar las nueve. Nunca lograba recordar qué pasó después, por qué no llegó a su casa hasta por la tarde, qué le dijeron Isabella y George.

Pero sí recordaba muy bien lo que pasó al día siguiente.

El manuscrito secreto

Habían montado el cadalso delante del ayuntamiento.

No fue rápido.

Hubo que despejar a la gente, que no permitía que el criado del verdugo se acercase a asistirlo.

No sé dónde estarían los hijos de la marquesa, ni su marido. Sí estaban las esposas de los hermanos envenenados, allí, lo más cerca que podían, tiesas, enjugándose las lágrimas con falsedad. Como si ellas y sus acusaciones no hubieran tenido algo que ver, ¿a qué venía llorar ahora?

El verdugo hizo subir a Marie-Madeleine a la plataforma de madera. La puso de rodillas frente a un madero y, con unas tijeras, comenzó a cortarle el pelo. Tras, tras, resonaba en la plaza. La gente sudaba a mi alrededor, pero yo seguía teniendo cada vez más frío. Tras, tras, le movía la cabeza con brusquedad, tras.

El cuello debía quedar al descubierto para que él pudiera hacer su trabajo con el pulso firme que le caracterizaba. Había mandado decir seis misas para que el Señor le asistiera en ese momento, eso le confesó a La Voisin.

Los rizos de la dama caían sobre la madera. Como el pellejo de un visón.

El abate Pirot permanecía a su lado, con los ojos desencajados, se secaba de vez en cuando el sudor de la cara.

Recuerdo el olor. La peste de tanta gente junta se podía saborear.

Cuando acabó, retiró con el pie aquellos cabellos, alzó a Marie-Madeleine y le vendó los ojos.

Ya nunca vería nada. No tomaría vino, ni haría el amor, ni lloraría una lágrima más.

Le rasgó la parte trasera de la camisa de un tirón.

Le ordenó que permaneciera con la cabeza alta.

Sí, muy alta, como corresponde a alguien de su categoría, tan alta que parecía mirar directamente al sol dorado.

Se oyó un golpe sordo, el sonido se extendió como una onda en el

agua por toda la plaza.

Parecía que no pasaba nada. Que la marquesa era inmortal, que ninguna espada acabaría con ella. El engaño solo duró un segundo. La cabeza cayó, y el cuerpo también, todos pudimos ver el cuello rebanado.

La multitud gritó. Algunos de júbilo, otros, por miedo.

Un muchacho que estaba a mi lado quiso salir corriendo, pero había demasiada gente. Vomitó sobre el hombre que tenía detrás, que protestó airado.

El verdugo hurgó debajo de su capa y sacó una botella, de la que bebió dos largos tragos.

Con un brazo cogió el envoltorio, con la otra mano, la cabeza, aún con los ojos vendados, y los arrojó a la pira, que su criado acababa de prender.

La pira ardía, el aire se llevaba el humo sobre el Sena, como si fuera otro río de color gris.

El olor de la madera quemada, de la carne ardiendo, se unió al de la muchedumbre.

La marquesa se elevaba sobre nosotros, extendía sus largos dedos sobre cada alma, se convertía en aquel humo que todos respirábamos.

Yo la apreciaba. Quiero pensar que ella también me quería.

No, no es cierto. Nosotras no sabemos lo que es el amor, somos incapaces de sentir.

Por fortuna.

Atardecía. Apenas quedaban unas pocas brasas de color rojizo en la pira, pero yo seguía ahí, a su lado. Había visto deshacerse su cuerpo en el fuego, las cenizas alzándose al cielo por el viento. Una parte de mi vida se había quemado con ella, algo que había permanecido dormido en mi interior durante esos años de bonanza se había roto.

Necesitaba sentirme poderosa de nuevo, necesitaba saber que seguía valiendo algo.

La gente rebuscaba entre las brasas casi apagadas con la esperanza de encontrar uno de sus huesos para llevárselo consigo, porque a alguien le había dado por decir que era una santa, y cuando alguien dice algo, siempre hay quien lo cree.

Yo no lo busqué. Vino a mí. Un pequeño huesecillo de una pulgada como mucho, parecía una falange de algún dedo, quizás el pulgar. Ahí, en el suelo, entre mis pies. Ella me lo dio, lo tomé, lo guardé entre mis ropas, al lado de la piedra negra.

Al caer la noche, los guardias dispersaron a la poca gente que aún seguíamos allí. No quería ir a casa, me sentía ajena a la vida cotidiana, con ese hombre convencional como era Claude, y esa niña cuyo

nombre era el mismo que el de la marquesa muerta. Nunca quise ser madre, sabía de antemano que no podría hacerlo bien. Caminé por la ciudad como una vagabunda, el hielo de la mañana se había rajado en la pira, y la sangre que inflamaba mis venas se había vuelto densa como el plomo derretido. No tenía encima nada más que mis manos, con ellas bastaba, solo había que elegir la víctima adecuada, y esa maldita ciudad estaba llena de pordioseros.

Nunca me gustó París. Si yo hubiera nacido en la familia de la marquesa no habría salido de Offémont.

Pero la marquesa se había sublimado, y se había llevado con ella mi vida más o menos normal.

Sin darme cuenta, llegué al Faubourg Saint-Antoine, a la ebanistería, a la que se había convertido en mi casa. Iba a pasar de largo, pero Claude apareció en la puerta, con una vela en la mano a pesar de que, en esa época del año, la claridad dura hasta muy tarde.

—Por favor, Diane, ¿de dónde venís? ¿Por qué habéis tardado tanto? Estaba preocupado. Pasad, pasad.

Podría entrar en casa. Dar en la cabeza con el atizador a ese hombre que seguía tratándome de vos aunque fuera mi marido, y dedicarme a abrirle cada extremidad con el cuchillo más afilado de la cocina. Podría ver cómo los tendones sujetan los músculos a los huesos, qué aspecto tienen los nervios, cuán duro es el hueso.

No lo hice, sería absurdo. Me mordí los labios por dentro hasta sangrar, simulé que lloraba por la dama. Me acosté enseguida a pesar de que había pasado la jornada sin comer.

Los días pasaban, pero la inquietud se quedó conmigo.

A finales de verano, después de haberlo planeado mucho, supe que había llegado el momento.

Elegí una noche tranquila, de esas cuyas dueñas son las estrellas. Añadí unos polvillos al plato de Claude y al de la ovejita. Nada raro, solo quería que durmieran. Lo hicieron, claro que sí. Había considerado vestirme de hombre, pero determiné que sería más fácil que me abrieran la puerta si la que llamaba era una mujer.

Preparé todo lo necesario. Una plancha de hierro que por la tarde había utilizado para la ropa, después de almidonarla. También había fregado el suelo de la primera planta, de rodillas, entero, lo cual me había provocado escozor en las manos, pero eso no viene al caso. Un cuchillo mediano, por si acaso. Unas tijeras. Una sierra pequeña. Un escalpelo que llevaba días afilando. Lo había comprado en un puesto de viejo del mercado, junto con un libro del que hablaré más adelante. Un camisón ajado. Escondí los instrumentos entre mis ropas. La plancha y el camisón los llevé en la mano.

Salí. Un vientecillo refrescaba la noche, el otoño estaba presto a llegar. Mi destino se situaba dos calles más abajo. Me detuve delante de una de las casas. Nada la diferenciaba de las demás, salvo su ocupante: una viuda joven, de pelo castaño y ojos azules, de la misma estatura que la marquesa. Sí, lo reconozco, se parecían. Madame de Morandé vivía sola. Hacía poco que había acompañado al suegro a esa casa, para entregar dos sillas. Esperé a que nadie me viera, el Faubourg a esas horas estaba tranquilo.

Llamé.

La vida es más simple de lo que parece. Nacemos, nos desarrollamos, intentamos encontrar la felicidad. Todos tenemos deseos, todos luchamos por conseguirlos.

Hay personas cuya vida es fácil, sencilla, lineal. Dan un paso tras otro, siempre rectas, de principio a fin.

Hay otras cuyos pasos son retorcidos, sinuosos.

Otras ni siquiera caminan si no les tiendes la mano. Pero si se la tiendes, si les ayudas con una pequeña motivación, tienen tan poco que harán lo que les propongas.

Le tenderé la mano, le ofreceré algo que desee y se dejará conducir. Será fácil, como las otras veces. Será sencillo engañarla, porque confiará en mí.

*H*abían pasado dos días desde el estreno de *Tosca*. Desde que alguien había dejado un pequeño cadáver en el coche de caballos de los Dellanotte, quién sabía con qué propósito. La familia acababa de comer, la *mamma* les servía café en unas pequeñas tazas de porcelana, mientras Mario miraba hacia el jardín a través de uno de los ventanales del salón.

—Tío, ¡viene ese hombre, Leone! Huy, se ha tropezado, casi se cae.

La *mamma* dejó la cafetera sobre la mesa y se acercó a la ventana a tiempo para ver cómo Leone se aproximaba a la casa, cómo miraba alrededor con asombro y decía algo que nadie podía oír.

—Voy a abrir.

Martia abrió la puerta antes de que Leone golpeara la aldaba.

—¿Cómo es posible? —se admiró él—. ¿Iba a algún sitio, señora? Vaya coincidencia, yo llego cuando usted sale.

—Bueno, si tenemos visita me quedaré. —Martia sonrió—. ¿Ha encontrado a la madre?

—No es mi intención molestarla. Me gustaría hablar con los hombres de la casa. Debo comunicarles cosas importantes, claro que sí. Los *Carabinieri* han hecho bien su trabajo, para variar.

—No se preocupe. Pase, le serviré un café y podrá contarnos lo que sea. Imagine que soy un hombre también.

Leone abrió mucho el ojo izquierdo. Ambos se dirigieron hacia el salón.

—Eso es imposible, señora. No lo del café, sino lo de que usted… Ah, no puedo imaginar que alguien con faldas sea un hombre.

—Me cambiaré de ropa.

—*Mamma*, por favor, déjalo. —Carlo se levantó para saludar a Leone—. Siéntese, y díganos lo que sea, por el amor de Dios.

Senta, nerviosa, se retorcía las manos bajo la mesa.

—La madre. La hemos encontrado. Hacía varios días que había denunciado la desaparición del bebé, y vino a reconocer el cadáver. ¿Se puede reconocer a un recién nacido al que apenas has visto unas horas? Parece que sí. Una pobre mujer que trabaja de criada en el Vomero. Una pena.

—Me gustaría ir a visitarla. —La *mamma* se secó una lágrima.

—¿Para qué? —Carlo negó con la cabeza—. ¿Por qué no lo dejas estar?

—Se lo debemos.

—No le debemos nada. —Carlo dio una palmada en la mesa—. Nosotros no tenemos la culpa de esto. Yo no, al menos. Hay que cerrar el teatro, es el único remedio. Sin teatro, no hay muertes.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Leone—. Las muertes podrían seguir.

—Siempre… —Carlo dudó—. Siempre son allí. ¡Por favor! Está claro.

—Quizá tenga razón —dijo Dri—. Quizá sea alguien que no quiera que sigamos abiertos.

Si cerraban, George ya no podría impedir que se casara con Flavia. Pero el teatro era todo lo que tenía, y mucha gente dependía de él.

Podrían venderlo y largarse a Eritrea con Fabio. Dri sacudió la cabeza. ¿Qué estaba diciendo? Era una locura.

Senta miró a su marido. A él nunca le había gustado el teatro. La *nonna* se levantó de la mesa, se acercó a la ventana y observó las nubes que rodeaban al Vesubio.

—No es motivo —afirmó—. Ningún asesino va a cerrar nuestro teatro.

—*Nonna*, si no sales de la casa, qué más te da a ti —gruñó Carlo.

—Hijo, no me faltes al respeto. —Corrigió la *mamma*—. Yo tampoco permitiré que el teatro se cierre. Vamos a ver a esa mujer, Leone, haga el favor. ¿Sabe dónde vive?

—¿Y usted, lo sabe?

La *nonna* se santiguó. La *mamma* se encogió de hombros.

—Si lo supiera no se lo preguntaría.

—Lo siento, señora. Debo resolver el caso, es lo que De Blasio espera de mí. Hay que hacerlo, hay que detener al Lector, para que no siga con lo suyo. Ana de Rosa, se llama la madre. Viuda reciente, la pobre, el padre se cayó del caballo y se fracturó el cuello hace un par de meses, ya ve cómo la desgracia se ceba con el miserable. Vive por la Arenella, a las afueras del Vomero, pero a estas horas estará trabajando. ¿De verdad quiere verla?

—¿Ha estado en su casa? ¿Está muy… necesitada?

—Pequeña y humilde pero limpia. No se crea que todo el mundo en Nápoles vive como ustedes. —Leone señaló con un gesto de la

mano los muebles del salón—. Hay gente que no tiene nada en esta ciudad de contrastes.

—Lo sabemos. Hijos, si no queréis venir ya voy yo. Prepararé una cesta con comida y algunas cosas.

—*Mamma*, esto es absurdo —dijo Carlo—. No hay ninguna necesidad.

—Yo iré. —Dri se levantó de la mesa—. Voy a prepararme.

—Yo también —afirmó Mario.

—Tú te quedas aquí —replicó Carlo—. Tienes que estudiar. A tu habitación, Mario. Mujer, no entiendo por qué permites a tu hijo presenciar las conversaciones de los adultos.

Senta dio un respingo en la silla, pero no dijo nada.

Al cabo de un rato, Dri, la *mamma* y Leone se dirigían hacia el Vomero en el *calessino* conducido por Arno.

—Ya no pensará que es alguien de la familia, Leone. Ninguno de nosotros conoce a esa tal Ana.

—Ustedes van mucho a visitar al médico, y esta tal Ana sirve en una casa bastante próxima a la suya. Ahora los dueños no están, pero ella es la encargada de mantener la casa. Había dejado a la víctima en la cocina, mientras limpiaba las habitaciones. Cualquiera pudo entrar un momento y llevársela. No sé si por un impulso o con premeditación.

Dri se estremeció, a pesar del calor.

Sintió vergüenza. ¿Leone sabía que él y Carlo cortejaban a la misma mujer?

—Mi ceguera…

Leone observó a la *mamma*, que miraba a los viandantes a través de la ventanilla. Y a Adriano, el segundo hermano, con su inseparable bastón. Era difícil que un ciego se hiciera con el bebé de esa manera, pero no imposible. ¿No le había seguido de noche en su deambular por la ciudad como si viera? ¿No le había observado entrar en ese invernadero, donde, estaba seguro, se encontraba con esa mujer? Era muy sospechoso. Quizá tuviera un plan o un… ayudante, en el caso de que fuera él el autor de toda esa barbarie. ¿Dos lectores? Era una idea interesante y nada descabellada, dada la minuciosidad con que se desarrollaban los asesinatos.

Al comienzo de la calle donde vivía George, Leone mandó detener el coche.

—Ahí es. —Señaló un pequeño palacete recién construido, con la fachada adornada por volutas florales talladas en la piedra.

Los tres bajaron del coche, Leone golpeó la puerta con la aldaba.

Una, dos, tres veces.

No abrió nadie.

—¿Debería estar aquí? —preguntó Martia.

—Debería. Ana de Rosa, ¿no nos oyes? Quizás esté distraída, o en algún rincón de la casa donde no se oye esta aldaba tan potente, es bonita, ¿verdad? Una muy lograda cabeza de león. —Volvió a golpearla con fuerza.

Sin resultados.

—Y ahora ¿qué hacemos? ¿Vamos a su casa? Leone, ¿dónde vive?

—A las afueras, por la vía Arenella. ¿Quieren ir?

—Por supuesto. —La *mamma* volvió a subir al *calessino*—. Quiero llevarle lo que le he preparado, pobre mujer.

Continuaron el trayecto rodeando la colina de Vomero. Los edificios dieron paso a la campiña, hasta que, no muy lejos, Leone indicó el lugar, frente a varias ruinosas casas de labradores.

—Ahí. —Señaló a la más pequeña—. Ahí vive Ana de Rosa, la madre.

Una casita que, en su conjunto, tendría el tamaño de una de las habitaciones del palacete de Chiaia, y no precisamente la más grande. Con la fachada amarillenta desconchada por la humedad.

Martia se secó una lágrima que le corría por la mejilla. Tomó la cesta y llamó a la puerta, que cedió y se entreabrió.

—¿Hola? ¿Ana de Rosa?

Dri se aproximó. Le sorprendió el olor a húmedo, a tierra, a podrido.

—¿Señora Ana de Rosa? Es la policía —gritó Leone—. ¿Está usted ahí?

Le respondieron los ladridos lejanos de dos o tres perros.

—¿Tampoco hay nadie? —La *mamma* empujó la puerta—. ¿Seguro que es aquí?

—Sí, señora. En esta misma habitación hablé ayer con ella, una mujer menuda, morena, con unos ojos azules muy dulces, ¿sabe usted? Muy dulces. Parecía una niña que no hubiera perdido la inocencia, a pesar de tanto sufrimiento.

Entraron. La *mamma* dejó la cesta encima de la mesa, al lado de una jarra de leche y un vaso. La chimenea estaba limpia, con las cenizas bien barridas. La casa constaba de una única estancia, amueblada con una mesa, dos taburetes, una cama y una escasa alacena de madera ennegrecida por el tiempo y el humo. En ese lugar la familia habría comido, dormido y amado los pocos años que la vida les había concedido. Ni marido, ni hijo, ¿qué iba a hacer ahora esa pobre mujer?

—Oh, Dios mío —exclamó Leone—. No me lo puedo creer. ¡Miren ustedes! ¡Hay un manuscrito!

Dri sintió cómo el suelo se tambaleaba bajo sus pies.

—¿Qué tipo de manuscrito? ¿Dónde está, qué… es esto?

—Hijo mío. —La *mamma* se acercó a él y se apoyó en su brazo—.

Es un manuscrito de esos. Pero ¡no hay nadie! No le habrán hecho nada a la madre, ¿verdad?

Leone tenía el papel en la mano. Alguien lo había dejado sobre la vieja manta de lana de color marrón que cubría el lecho. Sin soltarlo, recorrió toda la habitación con la vista, buscando algo que le dijera qué podía haber pasado, pero no encontró nada. Con paso rápido salió al exterior, dio toda la vuelta a la casa, se acercó a los cuatro almendros cercanos y al huerto de la parte posterior sin hallar ni rastro de la mujer ni del… Lector. Regresó, Adriano y la *mamma* le esperaban en el umbral de la escasa vivienda.

—No hay nada, señora, caballero. No encuentro cadáver, ni ningún indicio.

—Lea el manuscrito —rogó Dri—, haga el favor.

Leone, tras recuperar el aliento, comenzó a leer.

> La viuda se asomó por la ventana de la planta de arriba.
>
> —¿Quién sois?
>
> Elaboré mi mejor mueca compungida para ella.
>
> —Ah, sois la mud… La mujer de monsieur Nerry. ¿Os sucede algo? Esperad, que bajo a abrir. ¿Qué pasa? A estas horas de la noche… Algo grave debe de suceder. Voy.
>
> Por supuesto, no imaginaba nada. Confiaba en una mujer desconocida que llamaba a su puerta por la noche, ¿por qué? ¿Por ser mujer, como ella? ¿Por haberle entregado dos sillas? ¿Por vivir en el mismo distrito?
>
> Apreté la plancha con fuerza en la mano derecha.
>
> No tardó. Abrió la puerta, me dejó pasar. La cerró.
>
> Estábamos juntas, la una frente a la otra. Bajé la cabeza para mirar bien su cara, tenía justo la misma talla que la marquesa, una edad parecida. Sus mismos ojos azules, esos labios finos. Le faltaban las perlas en los lóbulos, la piel empolvada. El perfume de violetas. Qué pena.
>
> —Pasad, sentaos. No sé cómo ni por qué… ¿Os apetece un vaso de leche?
>
> Qué amable. Me agasajaba.
>
> Fue como enarbolar una hoz, el mismo ademán curvo. La plancha impactó contra su sien izquierda con un sonido seco, croc.
>
> No se me puede acusar de haberla hecho sufrir. Ni se enteró. Murió con la preocupación por mí perfilada en su cara.
>
> Todo quedó en silencio. Las dos sillas nos miraban desde una esquina, tan nuevas, con el respaldo de madera labrada. Un acto cotidiano como comprar dos sillas selló su destino. La vida se muestra, a veces, cruel.

—La han matado. —Se lamentó la *mamma*—. Estoy segura. ¿Nos la habrán dejado en el teatro?

—Esto no es normal, maldita sea —dijo Dri—. Vamos al teatro.

—Un momento. —Leone se acercó a la alacena, abrió las dos puertas de la parte de abajo—. Hay que encontrar la plancha.

Buscó en la alacena, en las dos cestas de mimbre al lado de la chimenea, en el propio hogar, en el caldero de cobre que colgaba sobre él. En la cama, bajo el colchón. Se pasó la mano por el cabello

negro, miró alrededor dos, tres veces.

—No hay nada, señores. No la encuentro.

—La… dama no está, no tiene por qué estar la plancha. —Dri salió fuera, al calor del sol que lucía en lo alto del cielo despejado—. Vamos al teatro. Quizás…, ojalá sea una falsa alarma.

Arno los condujo de regreso a Nápoles.

El día de la prueba, Flavia madrugó mucho. Su padre ya se había ido a la consulta, su madre aún no se había levantado. Se colocó la camisa y el corsé rosa, que le permitía apretárselo muy fuerte sin necesidad de ayuda. Eligió el vestido de cachemira verde con los brocados en la parte delantera. Recogió su largo cabello en la nuca, se dio unos toques de maquillaje para disimular la palidez y se colocó el precioso sombrero con cintas a juego con el vestido que su madre le había comprado en la Sexta Avenida. Como si nunca hubiera pasado nada, como si fuera la misma que hacía tres días, una semana, un mes. Respiró hondo. No estaba nerviosa, solo iba a hacer algo que su naturaleza le pedía día tras día.

Tras la ventana, había salido el sol; con un chal bastaría. Salió del apartamento sin ver a su madre, no quería que se enterara. Si no la elegían, no le diría nada. Si la elegían, le daría una sorpresa. Caminó hasta el teatro despacio, con el paso tembloroso por la debilidad. De vez en cuando, se llevaba la mano al vientre. Ahí ya no había nada. ¿De qué manera se llenaría ese hueco? Lo llenaría de música, quedaría colmado por todas las arias que conocía, el vasto repertorio de su madre que llevaba escuchando y cantando desde… desde que nació.

Entró por la puerta de los artistas a la cervecería de ladrillo amarillo, como algunos llamaban al teatro, reconstruido hacía apenas cuatro años después de un incendio, con ayuda de los nuevos ricos de la ciudad, como los Vanderbilt. La verdad, no era un edificio muy bonito por fuera. Pero dentro estaba la vida. Los aspirantes ya hacían cola en uno de los dos largos pasillos de la platea, porque tras el escenario casi no había espacio para nada, ni para guardar los decorados, que debían ser transportados en camiones cada noche al almacén. Tampoco había salas de ensayo, el coro se iba a ensayar a Sherry's, el restaurante. No era un teatro para grandes montajes, con

el escenario demasiado estrecho, pero sí para lucirse: la acústica era de lo mejor que conocía. El techo era altísimo, bajo él, los cinco pisos de palcos no sobresalían demasiado sobre el extenso patio de butacas. Cuando estaba lleno, no distaba mucho de acoger seis mil personas, la flor y nata de Nueva York, dispuestas a aplaudir a la *prima donna*.

Se colocó en la fila. Se tuvo que apoyar en el respaldo de la butaca más cercana, porque se cansaba mucho al estar de pie.

La chica que estaba delante de ella se dio la vuelta.

—Hola, ¿vienes a la prueba?

—Sí.

—Yo también. He estudiado con Mathilde Marchesi, ¿y tú?

—Yo no.

No tenía ganas de hablar. Solo quería que le llegara el turno de subir al escenario y cantar. ¿Mathilde Marchesi? Habían ido a visitarla la última vez que estuvieron en París. Esa mujer con la nariz un poco grande y una voz de *mezzo* imponente les había regalado su manual sobre la teoría y práctica del bel canto que Isabella se había apresurado a tirar en cuanto llegaron a su apartamento de la Rue Madame, cerca de los jardines de Luxemburgo. Flavia lo había recuperado a escondidas para estudiarlo. Aún lo conservaba, viejo y manoseado, en uno de sus baúles.

El teatro estaba casi a oscuras, salvo por algunas luces en el proscenio. Las mujeres iban subiendo al escenario, cantaban un par de canciones, hasta que les decían que pararan, ¿quién estaba para elegirlas? Se puso de puntillas. Tres caballeros, sentados en primera fila. Uno era Nick. Otro, Henry Abbey, el director de la compañía. Ah, el otro era uno de los Vanderbilt. ¿Pondría dinero? Seguro. Ya se sabía lo mal que estaba la compañía, siempre medio en quiebra.

La fila avanzaba deprisa, solo le quedaban dos chicas delante. Abbey se atusaba el gran bigote y tomaba notas en un cuaderno. Nick la miró de reojo y le guiñó un ojo. Respiró hondo dos, tres veces. Comenzó a calentar la voz con unas cuantas escalas, como sus rivales.

Y, al poco, le llegó el turno.

Subió al escenario, se situó frente a los tres hombres que decidirían su futuro. Se tambaleó un poco, suspiró. Apretó los puños, se relajó. Tomó aire, adoptó la postura correcta y se lanzó.

Con la misma aria que había entonado en aquella habitación donde se había quedado parte de ella, el lamento de Almirena, el *Deja que llore*.

Cuando acabó, los tres hombres comentaban algo entre ellos. Abbey asintió, se puso de pie y se acercó al escenario.

—¿Flavia Norris es su nombre? ¿Sí? Acérquese.

Lo hizo.

—Suéltese el pelo.

Se quitó el sombrero, las horquillas y las cintas, se ahuecó el cabello con la mano. Su larga melena ondulada le llegaba casi a la cintura.

—Cántenos algo más alegre, señorita. Muévase por el escenario, a ver qué tal se le da.

¿Se atrevería? ¿Podría? Sobre la madera oscura de ese escenario, la soprano Emma Calvé había representado a Carmen más de cien veces. Su interpretación era magistral. Carmen, la gitana libre y valiente, lo que ella siempre había querido ser.

Respiró hondo otra vez. Meneó la cabeza sacudiendo su cabello, se colocó las manos en la cintura y comenzó.

—*L'amour est un oiseau rebelle, que nul ne peut apprivoiser*.

Los tres hombres se pusieron de pie, se colocaron lo más cerca del escenario que podían.

Ella dio un paso adelante, moviendo las finas caderas, sin dejar de cantar.

—*L'amour est enfant de bohème, Il n'a jamais, jamais, connu de loi. Si tu ne m'aimes pas, je t'aime. Et si je t'aime, prends garde à toi!*

No, allí no tenía miedo, caminó por el escenario haciendo ruido con sus zapatos, se levantó un poco la falda y la hizo girar tras ella, solo echaba de menos el diálogo con la música, pero en su cabeza resonaban todas las notas que, aun ausentes, la acompañaban.

—*L'amour…, l'amour…*

Cuando acabó, los tres hombres aplaudieron.

—¿De dónde la has sacado? —Oyó que Abbey le preguntaba a Nick.

—Ya te lo contaré. Te dije que era buena.

—Que venga mañana a mi despacho a firmar el contrato. ¡Siguiente!

Lo había conseguido, ¡cantaría con la compañía del Metropolitan! No lo podía creer. Miró de nuevo a Nick, que asintió con la cabeza.

¿Eso significaba que sí? Bajó del escenario con las piernas temblorosas, se sentó un momento en una de aquellas butacas negras.

¿Lo había logrado? No se lo creía. No se enteró de que Nick se acercaba a ella hasta que notó su voz en el oído.

—Te lo dije, princesa. Entras en la compañía.

Le dio dos palmaditas en el brazo antes de regresar al lado de Abbey y Vanderbilt.

Qué calor en el pecho, qué rojas se le pusieron las mejillas.

Entraría en la compañía, aprendería, progresaría y acabaría cantando *Carmen* frente al teatro lleno, como Emma Calvé, como su propia madre, Isabella.

Regresó al apartamento deprisa. Sus pies casi no dejaban huellas sobre la nieve, parecía que volaba. Entró en el salón, vacío. Se acercó

al dormitorio de sus padres, entreabrió la puerta. Isabella seguía en la cama, su padre no estaba, por la hora seguiría en la consulta. Tendría que esperar hasta el mediodía para contárselo. Preparó la comida: sopa de cebolla y pollo al vino. Como si fuera fiesta.

Al cabo de un rato, Isabella apareció en la cocina. Incluso en camisón estaba hermosa, con la larga melena cubriéndole la espalda. Le clavó la mirada de color verde, como la de una bruja.

—¿Qué cocinas?

—Cosas ricas.

—Ah, bien. ¿Qué haces con el vestido de cachemira puesto? Bueno, da igual. ¿Puedes peinarme?

Separó la olla del fuego, el pollo estaba casi listo, y fue tras ella. Su padre no tardó mucho en llegar. Después de comer, se levantó de la mesa y se quedó frente a ellos.

—Tengo algo que decir. He estado en la prueba esta mañana en el teatro. ¡Quieren contratarme como cantante para la compañía!

Los dos se quedaron quietos, mirándola. Su padre abrió la boca, pero no dijo nada. Su madre tiró la servilleta que tenía en la mano al suelo, se levantó y se quedó frente a ella, tan cerca que respiraban el mismo aire. Como si la fuera a besar. Le llegó el olor de su perfume de rosas, intenso y dulce.

—Tú, pequeña. —Isabella hablaba en voz baja—. No estás preparada para algo así, ni lo estarás nunca. No sueñes ni por un momento que puedes parecerte a mí. Estás muy lejos de eso, solo harías el ridículo. Tus padres estamos para protegerte, no permitiremos que te hagan daño, ni ahora ni nunca. —Le acarició la cara, le apartó un mechón de pelo y se lo colocó tras la oreja—. Te queremos demasiado. El teatro no es para ti. Eres muy joven para entenderlo, dentro de unos años te darás cuenta de lo que te digo. George —se giró hacia él—, hay que protegerla. Si no, le harán daño. Será mejor que no salga de casa en unos días.

El hielo volvía de nuevo, se le atascaba en la garganta, le rompía las cuerdas vocales. Quiso protestar.

—Pero… Yo…

—Ni una palabra más, jovencita. —Su padre le apuntó con el índice—. Tu madre tiene razón. Te quedarás en tu habitación hasta que se te quiten esas fantasías de la cabeza.

Isabella cerró con llave la puerta de casa.

—Ya se lo digo yo a mister Abbey, no te preocupes. No voy a permitir que te hagan daño. Es un mundo muy cruel.

—Tú estás en él —se atrevió a decir—. Tengo dotes, mamá. Las he heredado de ti.

—¡Malditas jóvenes, que creen que lo pueden todo, como las nuevas, son solo recién llegadas y se atreven a mirarnos por encima

del hombro! Nunca te parecerás a ellas, Flavia. Yo no lo permitiré. Yo soy la única en esta casa que se sacrificará.

—¿A qué llamas tú sacrificio? —Flavia tenía en la cabeza la imagen de su madre y Nick en el camerino, haciendo…—. Tú no te sacrificas, tú vives, cantas, haces lo que te gusta. Pero ya estás mayor, eso es lo que pasa, y no admites que ahora yo tenga mejor voz que tú.

No se esperaba la bofetada, ni el sabor de la sangre en la boca, ni las gotas bermellones que comenzaron a caer sobre el vestido de cachemira.

—Pero ¿qué haces, mujer? —Su padre se acercó a ella y con una servilleta intentó limpiarle la sangre—. No era necesario. Ven, Flavia. Te…

La condujo a su habitación, la sentó sobre la colcha blanca que cubría la cama. Salió un momento a por el maletín, regresó enseguida y comenzó a curarla.

—No se lo tengas en cuenta a tu madre. Solo se preocupa por ti.

Mentira. La única preocupación de Isabella era ella misma. Intentó decírselo a su padre, quería convencerlo, estaba perdiendo la oportunidad con la que siempre había soñado.

Pero no la dejaba hablar.

—No digas nada, que te dolerá. Yo tampoco quiero que te dediques a eso, mira lo mal que le sienta a tu madre, cómo está cambiando. —Flavia se percató de los ojos enrojecidos del padre, de la lágrima que le corría por la mejilla—. Tú, mi dulce hija, debes mantenerte lejos de esa vida, que hace que las personas envilezcan. A ti no te pasará como a ella, está enfermando, seguro, ya no es la misma, mi querida Isabella. Tú te mantendrás lejos de esa vida, en esto tu madre tiene razón, yo me encargaré.

Acabó de curarla, salió de la habitación y la dejó allí, desolada, sentada sobre la colcha blanca manchada con dos pequeñas gotas de sangre.

Lo había perdido todo.

*E*l *calessino* botaba sobre la toba volcánica. Iban demasiado deprisa, un viandante los increpó desde la acera.

—¿Y si está allí ahora el asesino con ella, con Ana? ¿Y si llegamos a tiempo? —La *mamma* se sujetaba al asiento con ambas manos—. ¡Arno! ¡Vaya más rápido!

—No se puede, señora, voy a atropellar a alguien —gritó el cochero desde el pescante.

—Calma, *mamma*, llegaremos enseguida. Quizá sea una falsa alarma, no te preocupes aún. —Dri intentó tranquilizarla.

El trayecto al teatro se le hizo eterno. Ese hombre, Leone, no paraba de murmurar en voz baja, pero no lo suficiente para que no le oyera.

—Pergamino, qué cosa tan curiosa, no sé…, mmm…, la muda, la mujer de… Ahí hay algo por dónde tirar, estoy seguro. Dos sillas, una marquesa. Le escribiré enseguida a mi amigo de la Sorbona, o quizá me acerque y busquemos juntos en la biblioteca, tiene que haber algo, no hay duda, en la época del papel, tiene que haberlo, quizá nos dé una pista de lo que viene y nos podamos adelantar, hay que poner agentes a vigilar el teatro, hay que…, mmm…

—Ya hemos llegado —anunció la *mamma*—. ¡Vamos!

Martia se recogió las faldas, quizá demasiado, porque se le veían los tobillos, bajó del coche y corrió hacia la puerta trasera del teatro, que era la que se utilizaba a esas horas.

—Espere, señora. —Leone fue tras ella, casi se tropieza por mirar arriba, al cielo, para no ver las pantorrillas de la impetuosa dama, que con su edad era capaz de apresurarse de esa manera.

—¿Por dónde empezamos? —Martia se dirigió a la parte delantera, recorrió con la mirada el vestíbulo, que estaba vacío, entró a la platea. Había demasiadas sombras, demasiada oscuridad. Subió a la parte

trasera del escenario para encender las luces. Leone, que la había seguido, buscaba entre las butacas.

Dri había tomado otro camino.

Hacia el pasillo de los despachos.

El primero era el suyo. Respiró hondo, apoyó la mano en el pomo y lo movió.

Seguía cerrado, tal y como lo había dejado la noche anterior. Lo abrió, inspiró. No notó nada fuera de lo normal, no olía a sangre, ni a perfume o sudor. Cerró de nuevo, se dirigió al siguiente. El de su hermano. Resultó que también estaba cerrado con llave, y él no tenía manera de abrirlo. Tampoco el asesino podría, ¿no? Era de esperar. Continuó al siguiente, el de Adolfo.

Y ahí ya lo olió.

De nuevo, el aroma ferroso de la sangre, aunque en este caso, apenas se trataba de un trazo en el aire.

—¡Eh! —gritó—. ¡Leone! ¡Es por aquí!

Habían llegado tarde, estaba seguro.

Se dio prisa, abrió el despacho de Adolfo y enseguida se percató de que el olor no venía de allí, sino del despacho de su padre.

Corrió hasta la puerta, la abrió, se quedó en el umbral.

—¿Hola? ¿Me oye alguien? ¿Es usted, Ana?

Solo le respondieron los pasos rápidos de Leone y su madre.

—¿Está ahí? No toque nada, déjeme ver, ah, la víctima, sí. —Leone entró en el despacho—. Mujer de talla pequeña, melena castaña y ojos azules, sí, mírala, los tiene abiertos, como si aún fuera capaz de ver la vida, y no, ya se le ha escapado por esa herida. No hace mucho, aún está caliente. El golpe ha sido contundente, por lo que aprecio.

—¡Ah! —La *mamma* se apoyó en el brazo de Dri—. ¡Adriano! ¡No hemos llegado a tiempo!

Él la abrazó un momento. Le llegaba un tenue olor a sangre, junto con el de una vela encendida y el perfume Fougère de Fabio, que aún permanecía—. ¿Salimos, *mamma*? Aquí ya no podemos hacer nada.

—Espera. Quiero decirle algo. —Martia se acercó a la muchacha, porque solo era eso, una muchacha joven, menuda, una madre reciente a la que le habían quitado todo, tirada en el suelo del despacho de su marido—. Lo siento, Ana. Siento que no hayas vivido un poco más, primero tu marido, y ahora tu bebé y tú. No sé por qué ha pasado, pero lo siento mucho. Espero que estés con ellos, arriba, en el cielo. —Se santiguó—. Y espero que la maldad no os haya podido separar.

—Señora, no se acerque —advirtió Leone—. Tengo que investigar. Hay una vela encendida, esto es un santuario, otra vez. ¿Cómo la habrá traído hasta aquí? ¿Se conocerían? No la ha matado en otro sitio, ha sido aquí. No hay ninguna plancha a la vista, y estoy seguro

de que… A ver. —Sacó una libreta de cuero y un lápiz—. Vamos a dibujar la herida, mire los bordes, ¿lo ve, señor Dellanotte? Ah, no, perdón. El golpe en la cabeza ha sido terrible, ha debido quedar seca en el momento. Perdón, perdón. Sí. Hay pergamino. En esta ocasión tenemos dos y no uno, vaya usted a saber por qué. ¡Ah! El pulgar. Claro, cómo no. Se lo ha cortado también. Es curioso, no había visto nada igual, le corta el pulgar, ¿con qué? ¿Con una sierra pequeña? Y se lo lleva. Los debe tener bien escondidos, ¿dónde los guardará? Voy a encontrarte, ya lo verás. He leído un libro sobre huellas dactilares y has encendido esa vela. —Se puso unos guantes, se acercó a la mesa, apagó la vela, la envolvió en su pañuelo y se la guardó en el bolsillo —. Me la llevo, señores, para observarla en el laboratorio, a ver si encontramos algo. Creo que voy a tomarles las huellas a todos, será lo mejor. Sí. El próximo día me traigo un equipo.

—No es raro que las cosas del teatro tengan las huellas de todos —dijo la *mamma*—. Lo raro sería que no las tuvieran.

—Hay que investigar.

Dri se apoyó en la pared del pasillo. No sabía si quería escuchar lo que ponía el manuscrito, total, ¿para qué? Se trataría de otra descripción de horrores.

—Léanos eso —pidió Martia—. Quiero saber qué dice ahora el Lector.

—Mi opinión es que esto no lo dice el Lector, ya lo sabe, sino otra persona. El Lector lee, pero solo escribe aquí. —Leone señaló el cadáver y la habitación—. Veamos. Vamos a ver qué pone.

> Me arrodillé a su lado, busqué con dos dedos el pulso en el cuello.
>
> Nada, no podía ser de otra manera. Le había roto la cabeza, parte de los sesos se habían derramado sobre la alfombra. Tenía los ojos abiertos, fijos en el techo. Eso estaba bien. Quería ver esos ojos azules, que hasta hacía un momento buscaban respuestas. ¿Quién tiene respuestas, siendo como somos tan limitados?
>
> Había una vela encendida sobre la mesa. La viuda debía haberla dejado ahí mientras abría la puerta. La acerqué al envoltorio, pues ahora comenzaba mi trabajo.

—¿Ya está? —preguntó Martia.

—Vaya, qué breve ha sido esta vez. Los ojos, la vela. Y nada más. ¿Hay alguna plancha? Voy a buscar.

—Le ayudaré.

—¿Cómo sabe que ha sido con una plancha? —interrogó Dri.

—Lo pone en el manuscrito. Y la forma de la herida coincide. — Leone se sacó del bolsillo la libreta, la abrió por la página del dibujo y se la señaló—. Triangular, y mire, con este borde algo irregular. No creo que esta plancha planche ya mucho. Se engancharía la ropa. Si la encontráramos…

—Voy fuera —anunció Dri. Necesitaba tomar el aire. Alejarse de las malditas tumbas en que se habían convertido los despachos, el teatro entero. La melodía de *Tosca* resonaba en su cabeza, una y otra vez, se alzaba, decaía, volvía a alzarse como la voz del tenor, arriba, para despedirse de la vida, para decir adiós a lo que de verdad importa.

¿Quién podía conocer a Ana de Rosa y saber que estaba embarazada? ¿Quién pasaba cada día delante de esa casa de Vomero? Él y su hermano Carlo.

Su hermano. Negó con la cabeza. No, era absurdo. Alguien debía estar vigilándolos, alguien que quería inculparles, echarles encima toda esa mierda.

Salió. La calle de atrás del teatro estaba siempre en sombra, pero aun así no se aguantaba el calor. Se pasó la mano por la frente. Si su hermano…, ¿dejaría que Leone destapara su culpabilidad? ¿Dejaría que la familia quedara expuesta de esa manera? ¿O sería preferible otra solución?

Pero ¿qué estaba pensando? Era imposible que Carlo fuera un asesino.

Eso, simplemente, no podía pasar.

El manuscrito secreto

Saqué los instrumentos de entre mi vestimenta, los puse formando una hilera.

Primero, las tijeras.

Corté su ropa, de abajo arriba. Solo llevaba el camisón y un chal, de manera que no empleé en ello demasiado tiempo. Daba igual, contaba con la mayor parte de la noche.

Su cuerpo desnudo parecía temblar a la luz de la vela.

Tenía los pechos algo más grandes que los de la marquesa.

Sonreí.

¡Reí! A mi manera callada, reí.

La había puesto así para mí, era mía, al menos durante un rato. Mía por fuera y por dentro.

Acerqué la cara a su vientre. Olía fuerte, como cualquiera, aunque cada uno tenemos nuestras sutiles diferencias. Ella me recordaba al romero, intensa, un poco amarga.

Rocé uno de los pezones con la nariz. ¿Alguien se los habría besado alguna vez? Lo hice, por si acaso: a mí no me los había besado nadie. Sabían salado. Acaricié primero un pecho, luego el otro. Blandos y a la vez consistentes, qué extraño. Volví a reír. Cuando me cansé de tocarle los pechos, bajé con la mano por el vientre hasta la hendidura. Monte de Venus, pubis. Le abrí un poco las piernas y acerqué la vela, para verlo bien. Labios mayores, menores, diferentes aberturas, todo como en el libro de anatomía de Paré.

También lo toqué, sí, lo confieso. Primero por fuera, luego por dentro, noté el calor y la humedad del cuerpo en mis dedos.

Fue delicioso.

Con los dedos aún húmedos recorrí la piel suave del interior de los muslos, me detuve un momento en las rodillas, bajé hasta los pies. Tenía una pequeña cicatriz al lado del tobillo izquierdo, nada de particular.

Una vez explorado el exterior, había que profundizar.

Me puse el camisón viejo que había traído de casa, para no

mancharme.

Tomé el escalpelo, hice un corte en forma de v invertida bajo las costillas. Grande, de lado a lado. Sí, lo había afilado bien.

Enseguida me di cuenta de que hubiera sido mejor hacerlo de otra manera, porque eso me daba acceso a una parte limitada del interior. No importaba, era la primera vez. Añadí una incisión vertical, desde el cuello hasta el pubis. Aparté los colgajos.

Era glorioso.

Lo tenía delante. Uno de los grabados de Paré, en vivo. El cuerpo humano, tan contradictorio por ser complejo y simple a la vez. Ya no olía a romero. Solo al intenso aroma de la carne y de la sangre.

Saqué los órganos, uno a uno. Todos tuvieron su momento, en todos me detuve, fueron sopesados, fueron observados. Los fui colocando al lado del envoltorio, sobre el camisón cortado, que absorbía en parte los fluidos.

Fue muy ilustrativo, pero algo sucio. No podría explicarle a Claude de ninguna manera el hecho de que mis ropas estuvieran manchadas de sangre. Tampoco abrí el estómago para ver su contenido, qué asco.

Estaba cansada. Las rodillas me dolían. Debo reconocer que, a pesar de toda la curiosidad, el envoltorio me gustaba más cuando estaba sin abrir. La decepción me pesaba en los párpados.

Me faltaba una última operación.

Utilicé la sierra pequeña para cortar el pulgar de la mano derecha. Lo dejaría secar en alguna parte poco accesible de mi jardín y lo guardaría al lado del de la marquesa, mi dama, mi querida señora.

No puedo emular todo lo que hace Diane. Ella es mucho más valiente que yo, más inteligente, busca el conocimiento por encima de todas las cosas, mientras que yo no soy más que alguien vulgar.

Persuadir a la viuda fue tarea fácil. Un poco de dinero, una promesa de reconocimiento para su triste y malogrado hijo. Hacía días que la tenía vigilada, fui viendo cómo crecía su tripa, asistí de lejos al accidente de su marido; no soy culpable de causarlo, lo juro, no siempre miento. Escuché el llanto del bebé desde la calle, la vi a ella limpiar las cortinas de una de las habitaciones del piso de arriba y supe que había llegado el momento. No me costó ocultar al neonato hasta la noche del estreno, algo tan pequeño no ocupa mucho espacio en nuestras grandes casas.

No sé por qué todo resulta tan sencillo, incluso aburrido.

Me gustaría que acabara ya, dejar esta tarea ingrata. Pero ese ser, Leone, no se entera de nada. No va por donde quiero que vaya, solo por incompetencia, ¿tengo que ponérselo todavía más fácil? ¿Qué víctima debo elegir para que tome el camino que le indico?

Dri no pasó mucho tiempo solo en la trasera del teatro. La *mamma* y Leone acabaron su registro en el despacho de Fabio y salieron también.

—Nada, hijo, no hemos encontrado la plancha.

—No hay pistas. —Leone le puso la mano en el brazo un momento —. El escenario está limpio.

—Yo no diría eso —dijo Dri con la voz ronca—, con esa pobre chica ahí en el suelo. ¿Se le ocurre algo, Leone? ¿A cuántos más tiene que matar para que sepamos quién es?

—No es fácil, mi querido caballero. En cuanto pueda pasaré por su casa, voy a tomarles las huellas a todos. Sí, mancharemos un poco, pero es necesario.

—¿Nos inculpa, acaso? —Dri frunció el ceño.

—Es una manera de demostrar su inocencia, si encontramos otras huellas en la vela que no sean las suyas, o en algún otro lugar relacionado. Aunque ya le digo que el asesino es cuidadoso hasta el extremo. No deja ni rastro, lo cual es sorprendente. Debe de ser muy inteligente. Voy a poner vigilancia, es necesario, no podemos permitir que siga matando. ¿Quién está en el teatro en estos momentos?

—El personal de servicio: las costureras, las limpiadoras. Los de la tramoya no han llegado aún. Y Biglietti, el conserje.

—Hay que hablar con él. ¿Cómo ha podido entrar el asesino?

—La puerta trasera suele estar abierta. Quizá tengamos que cambiarlo todo. Quizás el teatro tenga que permanecer cerrado a cal y canto a partir de ahora. Aunque cuando lo de Luca… Ya estaba cerrado.

—¿Hay túneles bajo el teatro? Nápoles está llena de túneles.

—Los cegamos cuando reformamos del edificio, antes de abrir. Eso no es una posibilidad. ¿Quiere hablar con Biglietti?

—¿Sería posible?

—Vamos.

Los tres entraron de nuevo en el teatro. Recorrieron el largo pasillo que comunicaba con el vestíbulo de la entrada principal. Allí, sentado en una silla de anea, Biglietti intentaba leer las noticias del periódico *Il Mattino*, ayudado por sus lentes. Levantó la cabeza, sonrió.

—Ah, el señor Dellanotte, y la señora también, y el… de la universidad. Señora, Senta ya está en la sala de costura, hace un rato que ha llegado.

—¿Senta? —Se extrañó la *mamma*—. Aún es pronto. ¿No venía con Carlo?

—Vino andando, señora.

—Señor Biglietti, ¿qué ha hecho a partir del mediodía? —interrogó Leone.

—Pues… Llegué aquí sobre las cuatro. Abrí la puerta trasera para que entrara el personal, barrí el vestíbulo y saludé a las costureras y a Senta cuando llegaron.

—¿No ha visto a nadie más? ¿Nada raro?

—A nadie más. ¿Pasa algo?

La *mamma* le puso la mano en el brazo.

—Biglietti, han matado a una mujer en el despacho de Fabio.

El conserje palideció. Se le cayó el periódico al suelo, se agachó para recogerlo con las manos temblorosas.

—No sé qué va a ser de nosotros. ¿Quién es?

—La madre del bebé que nos dejaron en el *calessino*.

—Pura maldad. —El anciano negó con la cabeza—. Pura maldad.

—Entonces, ¿no nos puede decir nada? —insistió Leone—. ¿No ha visto nada, no ha oído nada que se pueda relacionar con el crimen?

—No, señor, lo siento mucho.

—Me lo esperaba. En fin. Salgamos fuera, aquí no hay nada que hacer por ahora. Debería irme, hay que mirar la vela por el microscopio.

—Podemos salir por delante —indicó la *mamma*—. Biglietti, ábranos.

El anciano sacó su manojo de llaves del bolsillo y abrió la enorme puerta de madera labrada. Salieron hacia el calor del verano napolitano. El sol, en lo alto del cielo, los deslumbró.

—¿Ven? Este calor ablandará la vela en un momento. La universidad me espera. Adriano, ¿dónde está su hermano?

—¿Quién, Carlo? —Dri tuvo que aclararse la voz para responder.

—Creo que no tiene otro.

—¿Qué hora es?

—Las cinco menos tres minutos.

—A las cinco y media comienzan los ensayos, nosotros solemos

llegar un rato antes. No debería tardar.

—¡Ah! Viene un carruaje. —Leone señaló hacia un coche de alquiler que se detuvo en la vía Roma—. Sí, es su hermano, Carlo, mírelo, a tiempo para explicar dónde ha estado hasta este momento. ¡Señor Dellanotte! —Leone corrió hacia Carlo, que depositaba unas cuantas liras en la mano del cochero—. Un momento, por favor, cochero, espere unos minutos. Necesito que me lleve. Señor Dellanotte, ¿qué opina del asunto?

Carlo saludó tocándose el ala del sombrero con la mano. Ambos caminaron hacia la entrada del teatro.

—¿Qué asunto? ¿Han hablado con la madre?

—¿De dónde viene?

—De casa. —Carlo se aproximó a la *mamma* y a Dri—. ¿Qué le pasa a este hombre?

—Es… ¿Por qué no ha venido Senta contigo?

—Salió antes que yo, dijo que le apetecía caminar. —Habían discutido, sí, se habían gritado, su mujer quería cosas que no podían ser.

—¿De manera que no hay nadie que corrobore su coartada? —Leone le apuntó con el índice.

—¿Qué coartada, por el amor de Dios? ¿Qué dice este hombre?

—Carlo, han matado a la madre del bebé. —Dri golpeó el suelo con el bastón—. En el despacho de Fabio.

Carlo se llevó la mano a los ojos un instante, para luego cerrarla y amenazar con el puño a Leone.

—¿Cree que necesito una coartada para eso? Está usted loco.

—Carlo, hijo mío. —La *mamma* se acercó a él y le sujetó el brazo —. Solo intenta ayudar.

—Pues lo hace de una manera muy rara. ¿No sería mejor que otro inspector se encargara de esto? Este hombre es una desgracia.

—Ahora vendrán los policías a hacerse cargo del cadáver. —Leone miró a lo lejos—. Y este hombre, que soy yo, va a descubrir qué es lo que pasa aquí no tardando mucho, se lo aseguro, sea quien sea el culpable. Me voy, tengo un coche esperando y mucho que hacer en la universidad. Sí, mucho que hacer. Entre otras cosas, preparar un viaje a la Sorbona, ya saben, París.

—Que le vaya bien —dijo Carlo, mientras Leone se alejaba—. Vamos dentro. O mejor no. No quiero ver más cadáveres, por el amor de Dios, esto es demasiado. Creo que hoy me largo, no os hago falta, estoy más que harto de los crímenes, del teatro y de todo. Necesito aire. Dri, tú tienes la música, pero yo no tengo nada. ¡Nada! Esto es… increíble.

Carlo se dio la vuelta y se alejó hacia la vía Roma. Tomaría otro coche, iría a visitar a la bella, su querida Flavia, su Colombina. Lo

único bueno que la vida le había ofrecido hasta entonces.

La *mamma* y Dri entraron de nuevo en el teatro.

—*Mamma*, ¿qué hacemos? ¿Suspendemos el ensayo? ¿Y la función? Hay muchas entradas vendidas.

—No sé cómo puede reaccionar la gente si se entera de esto. Ya estamos en boca de toda la ciudad, hasta ahora el público no deja de venir, pero dudo que… Voy a buscar a Senta. No suspendas nada, ve al ensayo, nosotras atenderemos a la policía.

Dri asintió. Ensayarían *Carmen*, la ópera del último trimestre de ese maldito 1900. No sabía si podría concentrarse con esa sospecha metida en la cabeza.

Carlo.

A Carlo nunca le había gustado el teatro.

Flavia se ató el delantal en la cintura, se colocó la cofia. Le gustaba ayudar a su padre, y esa tarde había cola en la pequeña sala de espera de la casa. Acomodó a una mujer embarazada en una de las sillas y dio paso a la consulta a un hombre que llevaba la mano envuelta en un trapo manchado de sangre. Hizo que se sentara en la camilla, le quitó la venda. Se había cortado la yema entera del pulgar.

—En mi trabajo, ¿sabe *usté*? Soy zapatero.

—¿Le duele?

—No.

—Mi padre le curará, no se preocupe. Pero debe mantener la herida seca y limpia, para que cicatrice bien.

Flavia alzó la vista hacia la ventana. Un coche de alquiler se detuvo frente a la casa, de él salió Carlo. ¿Qué hacía allí?

—Papá, ¿esperas a Carlo? Acaba de llegar.

—No. Ahora no puedo atenderlo, por favor, hija, sal y pregúntale si es urgente. ¿Habrá pasado algo en el teatro? A ver, caballero, cómo tiene ese dedo.

Flavia se limpió las manos en una toalla limpia y se dirigió a la puerta. Carlo ya había entrado en la sala de espera. Se acercó a él.

—¿Sucede algo?

—Sucede, Colombina, que no aguanto más. Te quiero, quiero llevarte conmigo —susurró, acercándole la boca al oído—. Lo dejaré todo: el teatro, a Senta, a mi familia. Tengo ahorros. ¿Dónde quieres ir? ¿A París? ¿A Nueva York? Sí, a Nueva York, cuanto más lejos, mejor.

Los ojos de Carlo brillaban. Tenía la mandíbula tensa, Flavia pensó que, si pudiera, la devoraría en un instante. Le hizo un gesto para que la siguiera, avanzaron pasillo adelante hasta la cocina. Flavia se apoyó en la mesa y le señaló una silla, pero él se acercó más, la tomó por la

cintura y apoyó la cabeza en su hombro, solo un instante. Ella le puso la mano en el pecho y lo empujó con suavidad hacia atrás. Carlo se quedó de pie, frente a ella.

—¿Por qué me rechazas?

—¿Por qué no estás en el teatro?

—No quiero regresar allí. Ha habido otra muerte, ¿lo entiendes? Han matado a una mujer. Yo… Me gustaría cerrarlo antes de que maten a nadie más.

Flavia se estremeció.

—Y ¿qué piensa tu familia de eso?

—¿De las muertes? —Carlo sacó un pañuelo del bolsillo del pantalón y se secó el sudor de la frente—. Están asustados.

—De cerrar el teatro.

—No están de acuerdo. Ellos quieren seguir adelante, pero ¿para qué? No hay nada que hacer.

—Mucha gente depende de vosotros.

—Yo no quiero volver. Es… un baño de sangre. Estoy harto. Llevo toda mi vida entre butacas, lidiando con cantantes histriónicos que se creen dioses, casado con una mujer que no me ama y que tampoco se molesta ya en fingir que lo hace. Necesito un poco de felicidad, y tú me la das.

—Estás enfadado.

—Estoy desolado.

—Debes irte. Tengo que ayudar a mi padre. Vuelve al teatro, es tu deber. Yo no puedo hacer nada, lo siento.

Carlo se giró. Puso las manos sobre la encimera de mármol, apartó dos o tres cacharros, respiró hondo. ¿Le estaba diciendo que no?

—Voy a sacar unos pasajes. Si no te gusta Nueva York, podemos ir a Buenos Aires. ¿O a Londres? Donde prefieras.

—No puedo dejar a mi padre. Por favor, vete, hablaremos otro día. La sala de espera está llena, debo ayudar.

Carlo se dio la vuelta, la agarró por los brazos, la besó con fuerza.

—Eres lo único que da sentido a mi vida, Colombina. Lo más preciado. No permitiré que te separes de mí.

La soltó, salió de la cocina con paso rápido. No volvería al teatro. Pasaría la tarde en el barrio español, había sitios donde lo consolarían sin protestar, y un trago de *grappa* le sentaría bien, le quitaría esa angustia de dentro del pecho.

Flavia se retorció las manos.

Era hora de tomar una decisión.

El manuscrito secreto

No coloqué el pulgar en el jardín, podría habérselo comido algún gato, o algún pájaro. Pensé en dejarlo secar en la despensa, al fondo del estante de las manzanas, pero quizá le entraran gusanos.

Al final, lo cocí. Cocinar es algo que toda buena ama de casa debe desempeñar con habilidad. Separé la carne del huesecillo y la tiré al fuego, junto al camisón sucio, esa misma noche, antes de que llegara la mañana y mi familia convencional se despertara.

Ya tenía preparado un sitio para él.

En el puesto del mercado había comprado otra cosa, además del escalpelo.

No era un puesto como los demás. Era un itinerante, recorría toda Francia comprando y vendiendo útiles de segunda mano, algunos bastante peculiares.

Yo compré un libro.

Eso es lo que parecía por fuera, un libro encuadernado con una piel casi blanca, bellamente gofrado, con cinco nervios en el lomo y dos cierres dorados.

Debo decir que el buhonero me aseguró que era piel humana, mas no lo creí.

El libro escondía secretos en su interior, aunque no los habituales.

Porque no era un libro.

Se trataba de un escondite secreto para venenos. O para medicamentos: un mismo principio puede curar o matar, que no es otra cosa que sanar de la vida. Recuerdo la emoción que sentí al ver por primera vez su interior, tan pulcramente decorado con papel de aguas de diversos colores. Tenía dos columnas. En una, siete pequeños cajones. En la otra, dos cajones uno poco más anchos arriba, un hueco con una botellita de vidrio y dos cajones más bajo la botella. Cada uno con el nombre de la sustancia que contendrían cuidadosamente caligrafiado en la parte superior.

Confieso que me desilusionó que estuvieran vacíos, pero aun así me pareció precioso.

Por supuesto, lo conservo con mucho cuidado.

Metí la falange de la marquesa en el primer cajón de la columna izquierda, bajo el nombre de «*Hyoscyamus-Niger*», que no es otro que el beleño negro, la hierba de las brujas. A la de madame de Morandé le correspondió el primero de la columna derecha, «*Papaver-somniferum*», el opio. En cierta manera su muerte durmió mis inquietudes, aunque solo por un tiempo.

Lo guardé con el resto de los libros, en el baúl de mi alcoba, bajo llave. No quería exponer ninguno de ellos a la curiosidad de la ovejita, que aumentaba cada día.

Los primeros días, nadie dijo nada.

Cuando la encontraron, fue como si una ráfaga de aire gélido recorriera el barrio.

Salí a la puerta de mi casa, me apoyé en la pared para escuchar a la gente que pasaba.

—¡La han asesinado!

—¿A quién, a quién?

—A madame de Morandé, la viuda que vivía calle abajo.

—¡No!

—Está la policía en su casa. Parece ser que madame Sorel, su vecina, se dio cuenta de que hacía dos días que no salía, quizá más, ¡una semana, por lo menos! Entró y se la encontró allí, en el suelo, ¡la han despedazado!

Qué exageración. La gente dice lo que le parece.

—¡Que el Señor nos ampare!

Entré a por un chal y di un paseo hasta la casa de la viuda.

Un corrillo de vecinos murmuraba bobadas en la entrada, alrededor de los carruajes de la policía. Olía, sí, a cadáver, como debía ser. No es un olor cualquiera. Cuando se huele una vez no se olvida.

Me coloqué al lado de madame Sorel, que no paraba de secarse los ojos con la manga.

—Ay, hija mía, pobrecita. —Se dirigió a mí—. ¿Quién iba a pensar que la pobre no disfrutaría de las sillas tan bonitas que le fabricó vuestro suegro? —Me sequé yo también los ojos, qué iba a hacer si no —. La han… La han… Ayyyyy…

Madame Fortabat, que vivía enfrente, la abrazó con su enorme corpachón. Sería interesante abrirla y ver qué grosor alcanzaba su capa de grasa.

Madame Bordeau me abrazó también a mí, porque yo era incapaz de dejar de llorar.

—Yo sé quién ha sido —afirmó monsieur Fortabat. Lo miré de reojo, ¿me habría visto llamar a la puerta de la viuda? Me sacó de dudas enseguida—. Lo ha hecho el hombre lobo.

Lloré más fuerte aún. Madame Bordeau lo miró con enfado.

—Por favor, André, asustáis a todo el mundo con esas cosas.

—Debo asustar. Hay que tener miedo, porque el hombre lobo está entre nosotros, porque ha comenzado la caza.

—No ha sido el hombre lobo —rectificó madame Sorel, entre hipidos—. Ha sido el mismísimo Satanás, ¿quién, si no, puede hacer algo así? Estaba, estaba… Ayyyy…

Un policía salió de la casa de la viuda, tan blanco como lo estaría ella. Se apoyó en el carruaje y vomitó al lado de la rueda. Uno de los caballos se puso nervioso, pero monsieur Jouvet, que vivía tres calles más allá y también se había acercado para disfrutar del evento, sujetó las riendas y logró tranquilizarlo.

Dejé de llorar, me aparté del abrazo de madame Bordeau. Me acerqué hasta el policía, le puse la mano en el brazo un instante, para reconfortarlo. Él asintió.

La puerta de la casa permanecía abierta. Otro policía la custodiaba, un hombre entrado en años, vestido de negro, con una gran peluca oscura, que me daba la espalda. Parecía estar observándolo todo con mucha atención.

Desde donde yo estaba se podían atisbar, al fondo, los pies cerúleos de la viuda. Tuve que tragarme con rapidez la risa que quiso salir.

Fue la primera vez que oí su nombre.

—La Reynie, venid un momento, por favor —pidió alguien, en el interior.

El hombre acudió a la llamada, mientras un policía más joven ocupaba su puesto en la puerta, pero él parecía no soportar la estampa de la mujer abierta en canal: se cruzó de brazos y perdió la mirada muy lejos, hacia las torres altas de Notre-Dame.

Madame Bordeau se acercó de nuevo a mí.

—Muchacha, ese era Nicolas de La Reynie, el teniente general de la policía de París. Es muy listo, no se le escapa nadie.

Asentí.

Seguro que el mismísimo Satanás sí podría escapar de él.

Senta entró en su habitación, preocupada. Se quitó la blusa, se dejó esa falda pantalón de color azul oscuro que había mandado confeccionar a Chiara, a semejanza de las que llevaban dos mujeres ciclistas en una fotografía de una revista de modas de París. Era toda una innovación. Se miró al espejo: le encantaba. Estaba muy cómoda con ella, pero nunca se atrevería a ponérsela fuera. Todos la mirarían, sería un escándalo.

Carlo aún no había llegado, y ya se había hecho de noche. No había sabido qué contestar a Mario cuando había preguntado por él. Era una falta de respeto continua, a ella, a su familia y al teatro. Menuda temporada. Las cosas salían bien gracias a Martia, a Dri y a ella misma. Si fuera por Carlo, ya habrían cerrado el teatro.

Se oían voces en la planta baja. Entreabrió la puerta y sí, era su marido, ya había regresado, gracias al cielo. ¿Con quién hablaba? Con Dri. Se descalzó, salió al pasillo, se apoyó en la barandilla. Desde ahí escucharía mejor. Si se asomaba, incluso podría verlos. Tocó con la mano la cinta rosa que llevaba colgada del cuello con la llavecita de la caja de escritura.

—Hay que cerrar, Adriano. No podemos permitir que quien sea siga matando en el teatro, ¿no te das cuenta?

—¿Qué has bebido, hermano? ¿Te has pasado con la *grappa*? La *mamma* estaba preocupada, y tu esposa también.

—Ah, ellas. Ojalá ese fuera el mayor de mis problemas. De nuestros problemas.

—¿Dónde estuviste antes de llegar al teatro?

—Hermanito, ya te lo dije, en casa.

—Pero no con Senta.

—Ahhhh. Seeenta, esa mujer.

—Más vale que dejes de hacer tonterías. Procura guardarte las

espaldas, ¿me oyes? Leone sospecha de ti.

A Senta le temblaban las piernas. Se asomó solo un instante, lo suficiente para verlos: Dri, tan alto y elegante incluso con la camisa entreabierta; Carlo, con el traje sucio y el cabello despeinado pese al aceite de Macasar.

—Leone no sabe por dónde anda, como para resolver nada. El culpable será quien menos lo esperemos. Quizá Massimo, o Giulio, el tenor, ¿no está siempre enfadado? No se llevaba bien con Adolfo.

—Eso es absurdo. Sube a dormir, te hace falta. Mañana debes venir al teatro, hay que decidir los decorados de *Carmen*.

—Hazlo tú, que tan buena visión tienes.

Senta contuvo el aliento. Se asomó otro poquito, vio cómo Dri apretaba los puños y volvía a relajarlos.

—Arriba, Carlo. A la cama.

—Síií. Con mi complaciente mujercita. ¡Senta! ¿Estás dispuesta?

—¡Carlo! —La *mamma* salió de la cocina, ya en camisón—. No faltes al respeto a tu esposa. Ya está bien, es tarde, vais a despertar a Mario y a la *nonna*.

—En esta familia nadie me hace caso. Me voy, sí, me voy arriba.

Senta regresó deprisa a la habitación. Se quitó la falda pantalón y guardó en un cajón del tocador la cinta de la llavecita justo a tiempo de que no la viera Carlo.

Su marido entró, cerró la puerta tras él y se la quedó mirando.

—¿Por qué estás casi desnuda?

—Me estaba poniendo el camisón.

—Eres… —Carlo se quitó el chaleco, lo tiró a un rincón, comenzó a desabrocharse los botones de la camisa. Parecía haberse recuperado de la borrachera—. Eres hermosa. Con esos pequeños pechos casi fuera del corsé, pareces una… Ejem. Ponte el camisón. O no, quédate así. Yo…

Se acercó a ella. Le retiró la melena de los hombros hacia la espalda, le desató una a una las cintas del corsé.

—¿Cuánto hace, mi pequeña Senta? Ya un tiempo, ¿verdad?

Sí, hacía tiempo que Carlo no hacía el amor con nadie, por desgracia. Tenía ganas, su mujer estaba atractiva, parecía complaciente, le quitó la camisa que llevaba bajo el corsé y la dejó solo con las medias, blancas, hasta medio muslo. Le acarició uno de los pezones. Senta bajó los ojos y le dejó hacer.

La tumbó en la cama. Se quitó la ropa, se colocó sobre ella y la penetró, con fuerza, era suya, ¿verdad? Al menos ella sí que le pertenecía.

Por la mañana, cuando abrió los ojos, su mujer se afanaba, otra

vez, en llenar unas cuantas páginas, con su caja de escritura abierta sobre el tocador. Sacudió la cabeza, le dolía. Se sentó al borde de la cama.

—Creo haberte dicho que dejes eso, Senta. ¿Otra vez con lo mismo?

—No es nada malo. ¿Has dormido bien? —¿Sería buen momento para plantearle lo que se había propuesto? No, nunca lo sería, pero no quedaba más remedio—. Carlo, quiero pedirte algo. Quiero que veas esto.

Le tendió cuatro páginas escritas por ella.

Cuatro preciosas páginas repletas de pentagramas y notas musicales.

Porque lo que de veras le gustaba era componer.

Y quería escuchar su música interpretada por una orquesta. Como la del teatro.

Aunque solo fuera por una vez, quería sentir su música viva, libre, aérea.

Pero Carlo ni siquiera hizo el amago de coger las hojas. Ni las miró.

—Eres una mujer, Senta. ¿Quién va a querer escuchar la música compuesta por una mujer? ¿No ves que te empeñas en algo absurdo? ¿Conoces tú a alguna mujer que componga? ¿Acaso hay alguna obra famosa cuya autora sea femenina? Ya te lo respondo yo: no.

—Las hay. Clara Schumann, por ejemplo. Madame Viardot y su hija. La Malibrán también compuso canciones.

—Nada. Tonterías. Cosas menores, domésticas.

—¿Y Ethel Smyth? ¡Ha compuesto una ópera!

—¿Te refieres a *Fantasio*? ¿Ese fracaso que nadie quería estrenar? Asúmelo, mi pequeña. —Carlo se levantó, se acercó a ella y le depositó un beso en la frente—. Las mujeres no estáis hechas para componer. Vuestro ámbito es otro: el de la casa, el de los hijos. A la vista está.

Senta tenía las mejillas rojas por la rabia.

—Las mujeres valemos lo mismo que vosotros. Si no hay más composiciones es porque vuestra actitud es siempre la misma: de superioridad.

—El mundo es como es, y si es así, alguna razón habrá, ya te lo digo yo. Basta, Senta. Hay cosas más importantes que esto.

—Soy tu mujer. ¿No me quieres dar ni una oportunidad? ¿No te vas a molestar ni en leer la canción? ¿Nada? Tú puedes cambiar las cosas. ¿Ese es el aprecio que me tienes?

—Te aprecio, claro que sí. Eso no tiene nada que ver.

—¿Entonces?

—Ya te lo he explicado. Déjame, mujer. Voy a desayunar. Según

mi hermano, hoy hay trabajo, porque a mí nadie me hace caso en esta familia. No quieren cerrar, hasta que nos maten a todos, entonces se cerrará sí o sí.

Carlo salió de la habitación.

Y ella se quedó allí, de pie delante de la cama, con las hojas repletas de música en la mano y el color de la rabia en la cara.

¿Por qué era tan difícil todo? Arrugó las hojas, las lanzó a una esquina de la habitación. Se arrepintió enseguida: las recogió de nuevo e intentó alisarlas. Borrar de ellas las arrugas de la ira, dejarlas como eran, impolutas, hermosas.

Pero era imposible: estaban arrugadas, igual que su vida. Nada las devolvería a su estado original.

Y, aun así, seguían conteniendo todas esas notas que no se harían realidad.

Su marido no la apoyaba, ni lo haría nunca.

Aún recordaba el día de su boda. Su madre la ayudó a ponerse el vestido color marfil que Carlo había encargado en Roma y Chiara había ajustado a su talla. Era precioso, con el corpiño, la cola, los brocados de raso y los bordados en oro. Se había sentido como una joya, y eso es lo que había sido durante los primeros años de su matrimonio: un objeto que exhibir en el teatro, en el nuevo y flamante Rettifilo, en la galería Umberto I. Pero año tras año había perdido lustre a ojos de su marido y ahora era para él poco más que una carga.

Hacía años que su madre había muerto, no tenía más familia que los Dellanotte, y aunque la tuviera, no la admitirían de vuelta. Eso era su vida, y nada más.

El manuscrito secreto

La Voisin y yo nos hicimos amigas, o algo parecido. Yo pasaba en su laboratorio de la calle Beauregard las tardes del lunes, martes y jueves. Me enteré de que su nombre completo era Catherine Monvoisin, de soltera Deshayes. De que su marido había regentado una joyería en el Pont Marie, pero se había arruinado y ella no tuvo más remedio que desarrollar el don que Dios, Nuestro Señor le había concedido a la edad de nueve años, para poder subsistir. No tardó mucho en ganar sus buenos dineros como adivina, y pronto aprendió a complacer las variadas peticiones de sus clientes, desde un simple filtro de amor a otras preparaciones menos inocentes.

Me hacía pasar por su criada, para que nadie pensara que estaba al tanto de sus muchos y muy variados tejemanejes. Por prudencia, o por temor, no quería que me asociaran con la extensa red de malhechores a la que pertenecía, regentada por un tal Boineau el Caballero. Una vez apareció por el laboratorio. Llevaba una peluca castaña clara y su nariz prominente me recordó a Cyrano de Bergerac. No hablaba demasiado bien el francés. Oh, pero parecía un hombre interesante. Había participado en mil guerras, incluida la Fronda. Y había matado, o eso se decía, muchas veces y de muy variadas maneras.

Luego estaba el mago Lesage, que convivió con La Voisin un tiempo como amante (y con su marido y su hija Marguerite, claro está. No recuerdo si su nieto había nacido, creo que no). Feo, sarnoso y un embaucador de cuidado. Había sido condenado a galeras, pero se libró con ayuda de La Voisin, que por supuesto tenía influencias en la corte. Lesage engañaba a la gente con una especie de truco barato pero efectivo. Les hacía escribir sus deseos en un papel y lo echaba al fuego, o eso creían ellos, para sacarlo luego de entre sus ropas con gran pompa y proceder a leerlo.

Se supone que los alquimistas buscan no solo la piedra filosofal, sino también la perfección y elevación del alma. Yo nunca conocí a ninguno con principios. Vendían venenos, acuñaban moneda falsa y huían de la policía.

Hasta que llegó él.

Al principio parecía uno más. Otro sabio, adivino, otro amante del dinero.

Entró en el laboratorio acompañado por La Voisin el primer lunes de febrero de 1677, justo cuando yo estaba reparando un vaso que se había roto. Había reducido la cal viva a polvo, la había diluido con clara de huevo y, con la ayuda de un lienzo, la estaba aplicando con cuidado en las juntas.

Alto, de buen porte, me sorprendió lo noble de su mirada. No era, lo que se dice, un hombre guapo: se había quemado parte de la cara. Nunca supe en qué momento ni por qué causa.

—Es mi sirvienta —aclaró La Voisin con respecto a mí—. Monsieur Bayle, este es mi laboratorio, modesto, como veréis.

El hombre observaba alrededor mostrando cierto asombro. Se fijó en todo: los hornillos, el alambique, las alacenas con su multitud de frascos, la mesa y lo que había sobre ella: una balanza pequeña, diversos polvillos, la decocción de sapos y mi cuaderno de notas, abierto.

Este le llamó especialmente la atención. Hasta tal punto le sorprendió que lo tomó sin permiso y comenzó a hojearlo.

Por supuesto, se lo arrebaté de las manos.

Sonrió, me miró como si estuviera analizando uno de los cuadros del palacio del Louvre.

—¿Es vuestro? Demasiado complicado para una criada. —Su voz grave se me metió en el pecho—. No conozco ninguna que sepa leer. ¿Quién sois?

—No os va a contestar, monsieur. Es muda. Os confieso que no es mi criada, sino mi… ayudante. —La miré con furor, ¿cómo que ayudante? Si la más acertada, la que tenía más conocimientos, era yo. Ella sonrió—. Diane, no os preocupéis. No dirá nada, es uno de los nuestros. Viene de Occitania, pasará en París un par de semanas y se alojará en esta casa.

—Encantado de conoceros, Diane. Entonces, ¿es vuestro el cuaderno?

Asentí con la cabeza.

—¿Me permitís verlo?

Negué, por supuesto.

—Entonces, os enseñaré yo el mío.

Eso sí que me llamó la atención.

—Bien, disfrutad del laboratorio —dijo La Voisin—. Para eso me pagáis. Creo que os gustará estar en compañía de Diane, podréis hacer cosas interesantes, quizás incluso encontréis la fórmula del polvo de proyección. Tengo cosas que hacer.

Nos dejó solos.

—Llamadme Adam.

Eso dijo, mientras se acercaba a mí y sacaba de entre sus ropas un libro encuadernado en piel de color azul.

Me lo tendió, con una sonrisa en sus labios finos. Así, con un gesto tan sencillo como ese, puso a mi disposición toda su sabiduría.

¿A quién tengo que matar ahora? ¿Qué debo hacer para que me tomen en serio, para que ese hombre, Leone, se dé cuenta de algo?

¿Debo matar al hermano? ¿O tal vez a la madre?

Lo que diga el manuscrito, eso haré. Al fin y al cabo, qué más da una persona que otra. Si pongo en hilera todos los huesos de los pulgares, no sabría distinguir de quién es cada cual. Sí, quizás el del niño, por el tamaño. ¿El de un músico será diferente? Me temo que tampoco. Todos valemos lo mismo, es decir, nada. En un momento se nos va la vida y no nos damos cuenta de lo preciado que resulta cada segundo. Solo somos un puñado de huesos, algo de carne y el aire que entra y sale de nuestros pulmones, el aire que nos empeñamos en respirar, que es siempre el mismo.

El aire por el que viaja la música, el viento que estremece.

Viento me llamaban, no sé por qué, si mi cuerpo es tan sólido como cualquier otro, si mis huellas siempre se dibujan sobre la arena, si no puedo volar libre sobre los rojos tejados de Nápoles.

Carlo se limpió la mano en el pantalón por enésima vez. Aún tenía el índice y el pulgar manchados por la tinta que Leone había utilizado para tomarles las huellas el día anterior, a pesar de que había reconocido que en la vela no había encontrado ninguna, ni tampoco en otra parte. Qué hombre tan pesado. Menos mal que descansarían de él un tiempo, ya que se iba a París a visitar a ese presunto amigo. ¿Qué pensaría que iba a encontrar allí? ¿Al asesino del teatro? Absurdo.

El coche de alquiler trotaba sobre la toba volcánica, camino a la casa de George. Hacía calor, el sol estaba en lo alto del cielo, casi era mediodía. Con un poco de suerte, el médico estaría haciendo las visitas del final de la mañana y podría hablar con Flavia sin la molesta presencia de su padre.

La tendría toda para él.

Volvió a frotarse la mano contra el pantalón. Le estaba saliendo una especie de sarpullido en la palma, la tenía roja.

No se percató de que, tras él, iba un carruaje.

El *calessino*, con Arno a las riendas y su mujer, Senta, en el interior.

No, no era la primera vez que lo seguía. Senta sacó la cabeza por la ventanilla, aunque fuera algo impropio de una dama, como muchas de las cosas que hacía últimamente, y comprobó que Arno desempeñaba bien su trabajo. Tampoco el coche de su marido iba deprisa, no era difícil seguirlo a cierta distancia.

Ya sabía dónde se dirigía. A ver a la mediquilla, como siempre.

Pero esta vez sería distinto.

Porque pensaba entrar en la casa. Sorprenderlos a ambos, haciendo… lo que fuera que hicieran. Se sentó de nuevo, pasó la mano sobre el terciopelo negro del asiento.

Miró hacia fuera. Las calles parecían siempre las mismas, con esas

casas altas, los vendedores callejeros, los músicos. Toda Nápoles era música, una canción que a veces sonaba triste y a veces dinámica como las nubes, el volcán, el mar.

Quizá si pillaba a su marido con esa mala mujer, podría… No sabía. Convencerlo de que, a cambio, le diera una oportunidad. Lo que había compuesto no era una canción de dos o tres páginas, sino que iba camino de ser una ópera. Una maravillosa ópera titulada *El teatro de la vida*, y sí, había un asesino que mataba en un teatro, un manuscrito antiguo y una dama que descubría que su amante era el culpable, y acababa delatándolo y suicidándose porque, sin él, no podía vivir.

Todo un drama, como debía ser.

Arno detuvo el carruaje un poco antes de la casa del médico, como siempre hacía. Ella se colocó el sombrero, apoyó la mano en la manilla de la puerta, inspiró hondo. La abrió, bajó del *calessino*.

No escuchó a Arno, que le decía que no fuera, que debían volver a casa, o acercarse al teatro, o ir al mercado, sí, al mercado, a por limones. El sudor le empapaba la camisa bajo el maldito corsé. Debía quitárselo ya de una vez y no volvérselo a poner. Cambiarlo por la falda pantalón. Pero no se atrevía. Se quedó bajo ese sol inclemente, deseando caminar los pasos que la separaban de la casa del médico, apenas cien metros, para encontrar ¿qué? ¿Una puerta cerrada? ¿Una ventana abierta? ¿A su marido con otra? ¿De verdad necesitaba verlo para saber que era así?

No lo necesitaba.

Se tocó la cinta rosa de la llavecita. Ella era una mujer valiente, capaz de imaginar un futuro diferente al que le habían trazado. De manera que caminó hacia la casa del invernadero.

Carlo entró sin llamar. Tenía ganas de su Colombina, no lo podía remediar. La quería. Ojalá pudiera llevársela con él, dejarlo todo. A Venezuela, por ejemplo, ¿no se iban muchos cada día? O a esa otra tierra tan lejana: Australia. Allí nunca nadie los encontraría, podrían incluso ponerse nombres nuevos, como si fueran personas diferentes, las que ellos quisieran. Sería maravilloso.

—¿Colombina? —llamó.

—¿Carlo? ¿Otra vez aquí? —Flavia bajó las escaleras, estaba en su habitación, leyendo un libro ya antiguo de Jenner sobre las vacunas.

—No bajes, preciosa, deja que yo suba.

Carlo subió uno, dos peldaños, hasta quedar frente a ella. Qué bien olía su perfume de rosas. Le puso las manos en la cintura, pero Flavia se las apartó.

—Carlo, debemos hablar. Esto no puede continuar, estás casado, no está bien, es indecoroso. Yo… ya no puedo más.

—No digas eso, preciosa, no lo digas. Tengo dinero, por eso no hay

problema. Nos iremos a donde quieras: ¿te gustaría Australia? Podemos cambiar de nombre, inventarnos una nueva vida para vivirla juntos. Te lo ofrezco todo, solo tienes que decirme que sí.

Senta llegó al umbral de la casa justo a tiempo para escuchar cómo su marido le proponía huir a la mediquilla. Las piernas le flaquearon un momento, apoyó la mano en el marco de la puerta entreabierta y respiró hondo otra vez.

—No puedo hacer eso —respondió Flavia—. No dejaré a mi padre. Si quieres una vida nueva, búscala para ti. Yo debo seguir adelante en esta ciudad. Dejaremos de vernos.

—No. —Carlo la agarró aún más fuerte por la cintura, le buscó la boca, ella gimió bajo esa fuerza—. Eres lo más preciado que tengo. Lo único bello. No puedo perderte.

Senta apretó la mano contra el tibio marco de madera. No quería sentir el escozor en la nariz, la humedad de las malditas lágrimas en las mejillas, la angustia retorciéndole el vientre.

—Basta, por favor —suplicó Flavia—. Suéltame, me haces daño.

—No puedes huir de mí. —Carlo la apretó contra su cuerpo, pero ella se revolvía, no era tan delicada ni frágil como podría parecer, lo empujó con brío y tuvo que agarrarse al pasamanos de la escalera para no caer.

—Debemos dejarlo, de verdad, Carlo. Estás casado, basta ya.

—Te he llevado al teatro, te he…

—¿Qué, Carlo? —Senta, por fin, pudo mover sus piernas, aunque le pesaban toneladas, solo dos pasos, los justos para que ellos la vieran —. ¿Qué has hecho por ella? ¿Lo que no has hecho por tu esposa?

Carlo palideció. Se agarró al pasamanos aún más fuerte. Se aclaró la garganta. Cerró los ojos, los abrió de nuevo. No, maldita sea, eso no estaba en sus planes. Por un momento se imaginó en Australia, una tierra desconocida, sin las comodidades de la casa de la Riviera di Chiaia, lejos de su familia, de Mario, de todo lo que había sido su vida hasta entonces.

Y tuvo miedo.

—Senta, yo… —balbuceó.

—No digas nada. No necesito explicaciones. En realidad, no necesito nada de ti. —Mentira, sin él no era nada ni tenía a dónde ir. Se mordió el interior de la mejilla. ¿Para qué había provocado esa situación? ¿Acaso tenía algún sentido? No era la única mujer ofendida, lo sabía, había tenido suerte de que la aceptara como esposa y su única salida era aguantarse, pero ella quería… quería… Apuntó a Carlo con el dedo—. Tienes un hijo, ¿qué pensaría si escuchara lo que acabas de decir? ¿Es que no lo aprecias?

Flavia permanecía quieta, retorciéndose las manos, sin saber qué decir.

Carlo se sentó en uno de los peldaños de la escalera. Se tapó la cara con las manos un momento.

—Senta… No sé cómo explicarte…

—Vete con ella a Australia. ¡Vete! Será un alivio para mí. —Ella tampoco sabía qué decir, no sabía nada, cuando se casó con ese hombre creía que las cosas serían de otra manera, que el amor llegaría con los años, que viviría feliz y respetada. Pero no. Él hacía lo que quería, ella lo que debía. ¿De veras? Porque no debía haber escrito nada, no debía haberse enamorado de Dri. Sintió lástima. De él, que parecía desolado, de ella misma, incluso de Flavia, que no tenía ni marido ni honra. Era absurdo prolongar más aquel maldito momento. Se dio la vuelta, salió de esa casa que la asfixiaba. No volvería a pedirle nada a su marido, total, ¿para qué? Buscaría otra manera, seguro que la había.

—Se ha ido —se sorprendió Carlo—. Se ha ido. ¿Qué hacemos ahora?

—¿Aún no lo sabes? —La voz de Flavia era fría—. ¿No sabes lo que tienes que hacer? Yo te lo digo: déjame en paz, vuelve con tu esposa, hazte cargo de tu vida. No hay más que hablar. Sal de esta casa y, por favor, no regreses.

Flavia se giró y sin dejar de retorcerse las manos subió a su habitación. Cerró la puerta con llave, se aproximó a la ventana y miró al exterior. Carlo tardó unos minutos en salir. Los hombros le temblaban. Caminó calle abajo hasta desaparecer entre la poca gente, hasta deshacerse bajo ese intenso sol de julio.

La elección estaba hecha. Ojalá no fuera un error.

El manuscrito secreto

No voy a relatar nada sobre monsieur Adam Bayle. Al fin y al cabo, ¿cuánto duró? No llegó al medio mes, ¿qué es eso en toda una vida, cuál es su importancia? Incluso se puede pensar que nunca sucedió, que la engañosa mente se lo imaginó todo.

Adam se convirtió en mi maestro, y en más de un sentido. ¿Cabe su historia en un escrito como este?

Bien, de acuerdo. Lo contaré, solo por el hecho de que así vuelvo a revivirlo.

Como tantas veces, en mi memoria.

Al fin y al cabo, ¿qué razón más pertinente puede haber para escribir que obtener placer en ello?

Era el hombre más inteligente que he conocido jamás. Se había doctorado en Medicina en Montpellier. Sabía latín como si fuera su lengua materna. Había viajado por toda Europa.

Y le gustaba conversar, aunque conmigo no era más que un monólogo.

Entraba en el laboratorio, se colocaba a mi lado, me explicaba lo que íbamos a destilar esa tarde y hablaba. Con su voz grave y educada disertaba durante horas sobre sus viajes y sobre los alquimistas que había conocido, tan apasionadamente que me arrastraba con él a su mundo de magia. En Londres había conocido a un tal Newton con ideas revolucionarias sobre por qué estamos pegados al suelo y no salimos volando. Y a Robert Boyle, que había escrito *El químico escéptico*, del que me ayudó a leer capítulos enteros, ya que estaba en latín y, a pesar de las clases con Claude, aún no lo dominaba.

También me habló de Marie Meurdrac, la autora de uno de los libros de química con más éxito del momento, que yo poseía y había leído varias veces: *La química caritativa y fácil para mujeres.* Desconozco cuántas ediciones llevará ya. La había visitado en su laboratorio del castillo de Gros Bois. Según él, se trataba de una dama bondadosa, que repartía sus preparaciones y medicinas entre los pobres, y deseaba divulgar sus conocimientos.

Sí, es verdad, en el mundo hay mujeres así.

Aunque Molière se ría de ello.

Se estaba bien en el laboratorio con los hornos encendidos y él a mi lado.

Mientras, en la calle, nevaba el frío de febrero.

No esperó mucho para besar a la muda.

Solo tres días.

Me estaba hablando de un tal Cassini, que hacía poco tiempo había descubierto algo en los anillos de Saturno. Un espacio hueco, un poco de nada, si es que se puede decir así. Se acercó a mí, me colocó tras la oreja un mechón de pelo que se me solía escapar de la cofia.

—Saturno es un precioso planeta —me susurró al oído con su voz grave y cadenciosa, como si recitara un encantamiento—, pero en el universo no hay nada comparable a vuestra belleza.

Adulador. No necesitaba conquistarme con piropos, su sabiduría me había enamorado desde el primer discurso.

Si a eso se le puede llamar amor.

Me rozó la oreja con los labios, su respiración cálida me hizo sonreír. Alcé los ojos hacia su cara. Era una invitación, por qué no. Intuía que con él podría sentir lo que la marquesa sentía con el amante.

Que, por fin, alguien amasaría mi cuerpo, me haría disfrutar.

Me besó. Puso su mano en mi cintura y me atrajo hacia él. Olía bien, un poco a caballo, un poco a algún tipo de perfume almizclado.

Dejamos de lado la cantárida, los crisoles, el alambique.

—Voy a… destilaros, sublimaros, extraer vuestro espíritu —afirmó el pretencioso—. Voy a…

Me tomó en brazos, sí, lo hizo. Me llevó a la alcoba sin ventanas que La Voisin le había alquilado. Me dejó con cuidado sobre el lecho, encendió varias velas.

—El amor es como la alquimia, mi preciosa Diane. Lleva su tiempo, hay que prepararlo con calma, porque el amor todo lo mejora. Es una reacción química.

Hablaba suave, con ese tono envolvente que reverberaba en mi vientre.

Nunca había sentido nada igual.

Se quitó la ropa, en esa habitación en la que solo había una cama, un baúl, cuatro velas y sus llamitas amarillas, y unas pocas brasas en la estufa.

Me la quitó a mí, prenda a prenda, suspiraba sobre la piel que iba quedando al descubierto.

No hacía calor, pero el fuego prendía en mi cuerpo ya desnudo, él lo avivaba con sus manos.

No quedó parte de mi piel que no tocara con los labios y con los

ojos.

Me permitió hacer lo mismo con su cuerpo. Se tumbó, expuesto y pude explorarlo en su totalidad. Lo hice, sí, como con la viuda lo recorrí entero, lo observé entero, metí mis dedos donde quise y no me avergüenzo de ello, no, porque no hay lugares más dignos que otros, todos lo son por igual. Aunque algunos afirmen lo contrario.

Cuando estuve satisfecha, volvió a tocarme, a besarme, hasta que, llena de temblores, me penetró.

Me pareció que había sido la primera vez, y en verdad lo fue.

Esa misma tarde, fui al Faubourg Saint-Antoine, preparé algo de ropa y dejé una nota a Claude, diciéndole que mi amiga había enfermado y que iba a pasar un tiempo cuidándola. La ovejita, como la mayor parte del tiempo, estaba con la suegra.

Sí, era desatender mis deberes, mentir, cometer adulterio. Aunque fuera por unos días, ¡me iba de casa! Fui egoísta, engañé.

Sabía que me lo perdonaría.

Tenía diez días para disfrutar de Adam, uno por cada dedo de las manos. Y no quería perder ni un minuto de ese poco tiempo. Quería escuchar su voz, que me hablara de todos sus viajes, quería sublimar mercurio con él.

Quería el amor carnal, lo confieso.

Luego, él continuaría con su destino y yo con el mío.

Me lo dio todo, con creces. Fuimos la Opus Magnum alquímica, el uno en el otro. La transmutación plena.

Adam pagó a La Voisin para que nos dejara en paz. Teníamos el laboratorio para nosotros, mañana y tarde.

Cuando la noche caía y era temprano en los oscuros días de invierno, el cuerpo se convertía en la prioridad. Hicimos cuanto se puede hacer, probamos cuanto se puede probar. No hubo ninguna vergüenza, ningún límite entre nosotros.

Una de las veces, encendió el horno del jardín solo para tener calor bajo la noche estrellada. Prendió al lado una hoguera, puesto que la helada caía sobre nosotros, sobre la hierba, sobre los oscuros árboles que nos velaban en parte el cielo. Las llamas altas parecían querer amarse con nosotros. Se desnudó y me desnudó a mí, como siempre hacía. Sacó de entre sus ropas un tarrito con un ungüento, me lo dio a oler.

—¿Confiáis en mí?

Negué con la cabeza, sonreí.

—Hermosa mía, ¿queréis volar? Será sublime.

Sabía que solo serían unos días.

Que lo que no hiciera entonces ya no lo haría nunca.

Le cogí la mano, la guie hasta el tarrito. Tomó con el dedo una pequeña cantidad, me la aplicó en la hendidura, dibujando un círculo mágico en mi interior, mientras los árboles susurraban palabras extrañas. Con un gesto me indicó que lo ungiera a él también. La pomada era untuosa, olía a hierbas, ¿cuánto tendría de estramonio, mandrágora, beleño? Lo interrogué con la mirada.

—Ahora no importa, mi querida Diane. Ahora es el momento de la carne, de los instintos. De la vida. Ponédmelo.

Lo hice. Le unté el miembro y, bajo sus indicaciones, le puse un poco en el pecho.

Nos tumbamos sobre la hierba húmeda, entre el horno y la hoguera, bajo aquellas estrellas, nunca las había visto brillar de aquel modo, solo para nosotros. Olía a la tierra invernal, a madera quemada, al aire nocturno y limpio. Flotábamos. Entrelazó sus manos con las mías, no, sus manos recorrían mi cuerpo, se me metían dentro, en la boca, en el pecho, entre los muslos, él era todo manos y miembro y hechizos murmurados en mi oído.

Nos amábamos y volábamos, éramos solo espíritu, me había destilado con ese fuego, me había vuelto etérea y aérea, humo gris entre las estrellas. Y a la vez sentía cada pulgada de mi piel contra la suya, cada pulgada de mi piel sobre la tierra que se había vuelto cálida como un útero.

Nos amamos durante largo rato, hasta que la hoguera se volvió cenizas y el hielo caía sobre nuestros cuerpos, aplacando el calor.

Casi amanecía cuando sentí sus brazos alzando mi cuerpo exhausto.

Creo que me dormí en cuanto me depositó en el lecho.

Dri había estado caminando por la Via Caracciolo, al lado del mar, hasta Merguellina y luego de vuelta, sin importarle el calor. No estaba contento. Leone no avanzaba nada con… los crímenes, y ahora se había ido a París, ¿para qué? ¿Qué pretendía encontrar allí? Sí, quería que su amigo de la Sorbona, como decía él, examinara el manuscrito, les proporcionara alguna respuesta. No sabía cómo iba a contribuir eso a encontrar al causante de las muertes. Al menos, había dejado a dos policías vigilando todo el tiempo el teatro, para evitar que el Lector volviera a actuar. Ojalá pudieran.

Además, la sospecha de que Carlo tuviera algo que ver le revolvía el estómago. No, era imposible. Su hermano podía ser algo malhumorado, a veces un tanto egoísta, pero no era un asesino.

Y, sin embargo, era el único que se le ocurría, si, como decía Leone, se trataba de alguien cercano.

¿Qué podría hacer él para salir de dudas? ¿Registrar el despacho de Carlo en el teatro? ¿O la habitación que compartía con Senta? ¿Y cómo? No podía pedirle ayuda a Mario. O quizá sí, si se inventaba alguna historia para justificar el registro. Quizá lo hiciera, necesitaba avanzar en el asunto, sentir que colaboraba en algo, por Luca, por Adolfo, por todos. Incluso por él mismo. Mientras no solucionara ese tema, ¿cómo iba a proponerle nada a Flavia? Meterla en el teatro era ponerla en peligro, por lo visto. Aunque eso tampoco sucedería, porque, según ella, su padre no lo permitiría, *cazzata*. Su vida había devenido una sucesión de hechos absurdos, de callejones sin salida.

Golpeó el suelo de toba volcánica con el bastón. Ya podía oler el aroma del limonero que su abuelo plantó en el jardín del palacete de la Riviera di Chiaia y el de la albahaca y el orégano. Deslizó el extremo del bastón por la pared hasta llegar a la puerta de la valla que separaba el jardín de la calle. Frunció el ceño: el *calessino* llegaba a la

vez que él. ¿De dónde venía a esas horas? Esperó. Escuchó la voz de Arno deteniendo al caballo.

Pero nadie bajaba del coche.

—¿Arno? ¿De dónde vienes? —Antes de acabar la pregunta, la oyó. ¿Era Senta? Lo era. Y estaba sollozando. Se quedó paralizado. ¿Qué le pasaba a su cuñada?—. ¿Senta? —llamó—. ¿Te encuentras bien?

Senta se sobresaltó. Adriano la estaba escuchando llorar y ella… ¿qué le diría? Sabía que a Adriano también le gustaba esa mujer, se notaba a la legua, y no podía contarle que… su marido… Se aclaró la voz.

—Sí —contestó—. No te preocupes. Solo es una indisposición pasajera.

Dri se acercó al coche, tentó con la mano hasta encontrar la manilla de la puerta, la abrió.

—¿Te ayudo a bajar? —Su voz sonaba preocupada.

Senta se permitió mirarlo como Carlo miraba a Flavia. Solo un momento. Observó sus ojos violeta, su pelo oscuro y rizado, su mandíbula firme. Se sintió aún más desolada, se le escapó otro sollozo.

—¡Senta! —Dri tendió la mano hacia ella hasta encontrar su brazo, se lo apretó con suavidad—. ¿Ha pasado algo? ¿Qué te sucede?

—La música. —No se le ocurrió otra cosa, nunca le diría nada de Carlo—. La música.

—¿A qué te refieres? Ven, apóyate en mí, baja del carruaje y vayamos a casa.

Lo hizo. Se apoyó en su brazo, parecía mentira que estuviera tan fuerte, y entraron en el jardín.

—Estoy componiendo una ópera, Adriano, y nadie quiere… —La interrumpió otro sollozo, maldita sea, ¿cómo era posible que estuviera diciéndole a su cuñado tales sandeces?

—¿Que has qué?

Senta respiró hondo. Debía calmarse y cortar esa conversación ya.

—No tiene importancia, de verdad.

—Cuéntamelo. Sabes que la música es mi vida. ¡Una ópera, nada menos! ¿Me cantas algo?

Su voz ronca y amable le producía todavía más ganas de llorar.

—Si yo no sé cantar. No soy como ellas, las *prime donne*.

—Cada uno es como es y tiene los talentos que tiene. No sabía que podías componer. ¿Se lo has dicho a Carlo?

Volvió a sollozar. Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano, como una niña.

—Carlo no piensa que merezca la pena.

—No me fío mucho del criterio de mi hermano para la música. A veces se equivoca, como con *Così fan tutte*.

—No, si ni siquiera se ha molestado en leer las partituras.

Dri detuvo sus pasos un instante, ella también. Una brisa suave movió las hojas del limonero, esparciendo su aroma dulce por el jardín.

Su hermano era un egoísta. Tenía una familia propia y no la cuidaba.

—Cántame un aria. No busco una voz, no te preocupes, y sé que interpretada por una orquesta sonará muy distinta, pero me gustaría escuchar la melodía. ¿Te sabes alguna, o necesitas leerla?

Se las sabía casi enteras. Eligió el aria con la que su protagonista se da cuenta de que su amor es el culpable de las muertes. Se acercó al limonero, pasó la mano por el tronco rugoso y empezó a tararear.

Dri la siguió con atención. Comenzaba lenta, triste, temblorosa, pero poco a poco se fue transformando, tomaba pasión, aumentaba el ritmo hasta llegar a transmitir rabia, ira, para luego volver a decaer de nuevo en un sentimiento parecido a la desolación. Le recorrió un escalofrío.

Porque le recordó a lo que él sentía frente a los asesinatos.

¿Su cuñada tenía talento?

Dio dos golpes en el suelo con el bastón.

—Senta, me gustaría que Massimo leyera la obra y que la orquesta me interpretara algunas arias, ¿puede ser?

—¿Qué le estás diciendo a mi mujer, hermano? —Carlo caminaba hacia ellos por el sendero de tierra del jardín. Con los puños apretados y el ceño fruncido.

Ninguno de los dos, ni tan siquiera Dri, le habían oído llegar.

—¿Tu mujer compone y no lo sabíamos?

—Mi mujer hace muchas cosas que no sabes, ¿verdad, cariño? Senta, ¿otra tontería más?

Senta se tragó el nudo de rabia que le atascaba la garganta. Ahí aparecía su marido, como si no pasara nada, pidiéndole cuentas ¡a ella! Después de lo que había hecho, de lo que llevaba haciendo ¿desde cuándo? ¿Meses?

—¿Te atreves a hablarme de tonterías? —Senta se acercó a él con la cara roja por la ira—. ¿Tú, que estás por ahí con… quien te da la gana, sin ningún respeto? Tú, que solo me miras cuando te conviene, que me tratas como si fuera boba, que no me tienes en cuenta más que para… —Se lo calló. Para la cama, cuando él quería. Respiró hondo varias veces, porque el maldito corsé la ahogaba, le dolía la espalda, el estómago y todo lo que podía doler. Si pudiera, le daría una bofetada a su marido. Le diría que no lo quería, que estaba enamorada del otro, de Dri. La vista se le nubló, pero pudo apoyarse a tiempo en el tronco del limonero.

—Por favor, Carlo —pidió Dri con la voz ronca—. Senta no se

encuentra bien. Ya hablaremos más tarde.

—¿Que Senta no se encuentra bien? ¿Y tú qué sabes cómo se encuentra mi mujer? ¿Qué hacías con ella aquí fuera, tan juntos, maldita sea?

Dri notó el aliento de su hermano muy cerca, dos o tres gotas de saliva le salpicaron la cara. Apretó los puños, los nudillos se le pusieron blancos.

—Voy a suponer que no te he oído —le susurró—. Voy a entrar en casa. Porque no quiero hacer algo de lo que me pueda arrepentir, aunque te lo merezcas.

—Tampoco Flavia va a querer nada contigo. Ya no será para mí, pero aún menos para ti, no tengas ninguna duda al respecto, o esa furcia lo pagará caro.

Fue imparable, de veras, como si el Vesubio erupcionara, lanzó los puños al rostro de su hermano, y luego al vientre, y luego al pecho, notó dos o tres golpes que Carlo le asestaba también a él, aunque no le dolían, porque la imagen de Flavia con Carlo lo ocupaba todo, ensuciaba su vida, le hería con un dolor que no tenía fin.

Senta gritó, pero no se detuvieron. Intentó respirar hondo, que el aire volviera a entrar en sus pulmones, pero no lo lograba, no lo suficiente; se estaban pegando, los dos hombres se enredaban a golpes delante de ella. Se desmayó y su cuerpo cayó al suelo, sobre la hierba.

Justo cuando la *mamma* entraba en el jardín.

Martia cerró los ojos, los volvió a abrir. No se creía lo que estaba viendo.

Sus hijos, pegándose. Y Senta, desfallecida bajo el limonero.

—¿Qué locura es esta? —chilló—. ¡No me lo puedo creer! ¡Senta! ¡Ayudadme!

Martia corrió hacia ella, se arrodilló a su lado y acercó la oreja a su boca. Respiraba, gracias a Dios. Por un momento creyó que… los asesinatos…

—¿Le habéis hecho algo a Senta? ¡Ayudadme!

Dri paró de pegar, pero su hermano aprovechó la ventaja y le lanzó un derechazo al pómulo.

—¡Carlo, la *mamma*!

—¡Ya no tenéis diez años, por el amor de Dios! —clamaba Martia —. ¡Sois unos estúpidos! ¡Carlo, ven aquí y hazte cargo de tu esposa, que se ha desmayado! ¿Es que ya no se os puede dejar solos?

Carlo sacudió la cabeza. ¿La *mamma* había llegado? ¿Qué decía de Senta? Y ¿qué le importaba a él? Ya no tenía a Flavia, se había acabado, ¿realmente eso podía ser así? Miró a su hermano, que se llevaba la mano a la mejilla. Se tocó la nariz, le sangraba. Se sacó un pañuelo del bolsillo para limpiarse. Respiró hondo, no conseguía volver a la realidad, su hermano delante de él, la *mamma* inclinada

sobre Senta tendida en el verde de la hierba, Flavia que ya no le quería. ¿Tenía sentido la vida? Deseó largarse de ahí, entrar en alguna taberna del barrio español y hartarse de *grappa* hasta perder el sentido. En vez de eso caminó hasta el limonero, ayudó a la *mamma* a aflojar el corsé de su esposa. Su piel tan blanca asomaba entre los pliegues del vestido, seguía pareciendo una niña, como cuando se casó con ella. ¿La quería? Sí, pero no como a Flavia. Los ojos se le nublaron, pero solo duró un instante.

—Traigo agua. —Dri había entrado en la casa y había salido con un vaso de agua. Se lo dio a la *mamma*, que metió los dedos en él para salpicar la cara de su nuera. Al notar el frío del agua, Senta abrió los ojos.

—Gracias a Dios —dijo la *mamma*—. Me habías preocupado. Carlo, ayúdame a llevarla a la cama. Será mejor que descanse un rato.

Dri entró a la casa tras ellos. Se metió en su habitación, cerró la puerta con llave. Echó agua en la palangana, se lavó la cara. Le dolía el pómulo, pero no demasiado. Qué vergüenza, su hermano y él, peleándose. ¿Qué había dicho? ¿Que Flavia ya no sería para Carlo, pero tampoco para él? ¿Qué significaba eso? ¿Carlo y Flavia… qué? ¿Habían tenido algo, pero ya no? Si en el fondo lo sabía, maldita sea. Dio una palmada en la pared. ¿Merecía la pena añadir más preguntas a su ya demasiado caótica vida? Tenía el *cello* en un rincón de la habitación. Lo sacó de su estuche, se sentó en el borde de la cama y lo acercó a su cuerpo. El calor de la madera le daba seguridad, lo conocía bien, sabía cómo manejarlo, el *cello* nunca mentía, nunca disimulaba, no como los demás. Había querido olvidar que a su hermano también le gustaba la diva, maldita sea. Apoyó el arco en las cuerdas y comenzó a tocar.

El manuscrito secreto

Todo tiene un comienzo, todo tiene un fin. Nacemos, morimos, a veces con tanta premura como las lilas al comienzo de la primavera. Febrero se marchitó rápido, mi vida se quedó yerma, como lo había estado hasta entonces. La diferencia es que antes no me había percatado, porque no se echa de menos lo que no se conoce.

Da igual, la soledad es mi destino.

El día que tocaba, Adam Bayle se levantó sin hacer ruido, pero yo lo oí y me levanté con él. Aún era de noche. Se vistió con prisa, se colocó la peluca con un gesto rápido. Nunca he visto a nadie ponerse la peluca de tal manera con tan buen resultado. Ordenó a un criado que le metiera el baúl en el carruaje que le esperaba fuera. Se colocó la espada, el sombrero, la capa. Lo acompañé a la puerta. Acercó su cara a la mía, inspiró, exhaló, como lo hacía siempre. Su aliento me hizo cosquillas en la oreja.

—Que la vida te proporcione placeres, querida mía. No podemos desear otra cosa.

Montó en el carruaje y partió. No sé si miraría atrás alguna vez, no creo que lo hiciera. Adam siempre mira adelante, hacia el futuro. Yo sería una historia más que relatar a la siguiente amante: «He conocido a… He estado con…».

Entré de nuevo a la casa de la calle Beauregard. Recogí mis cuatro cosas, incluido mi cuaderno con todas las notas nuevas que había copiado del de Adam, y me fui, aquella mañana tan fría. Caminé por las calles de un París aún dormido, bajo la fina lluvia, para regresar a la cotidianeidad, a la vida familiar, con mi hombre común y la ovejita no tan común. Pasé al lado del foso de la Bastilla, me embarré los zapatos y el bajo de la falda.

Cuando llegué, empapada, Claude aún no se había ido a trabajar. Desayunaba.

Se sobresaltó tanto que se atragantó con el café y estuvo tosiendo un rato.

Me quedé ahí, de pie delante de él, con el rostro triste. El agua me

goteaba por la cara como si estuviera llorando.

Se levantó, dio dos o tres pasos por la sala, se volvió hacia mí.

—¡Por Dios santo, Diane! ¿De dónde venís así? —Se llevó las manos a la cabeza—. ¿Dónde habéis estado todo este tiempo?

Se acercó a un cajón, sacó papel, pluma y tinta, y me los tendió.

La cosa no podía ir peor.

Señalé mi ropa mojada.

—Ya, excusas, siempre excusas. ¿Creéis que podéis iros por ahí, sola, y luego volver como si no pasara nada? Qué barbaridad. Qué barbaridad. ¿Qué amiga es esa que os ha requerido durante tanto tiempo? Qué barbaridad —repitió.

Apretó los puños. Pero no. Claude nunca me pegaría, ni a mí ni a nadie.

—Ha habido rumores, Diane. Rumores de mala gente, que me decían que estabais con otro en una casa de dudosa reputación. Si no os conociera, me lo creería. París es como una vieja curiosa, todo lo quiere saber, y lo que no sabe, se lo inventa. Qué barbaridad. No quiero que volváis a hacer algo así, por nadie. Lo primero es vuestra familia. Sé que sois caritativa, pero no podéis abandonarnos de esta manera.

Asentí, compungida.

—Está bien. Asearos, cambiaros de ropa. Imagino que Madeleine estará encantada de veros, eso si se acuerda de vos. Yo me voy a casa del duque, porque alguien tiene que ganar el dinero en esta santa casa.

Yo también podría hacerlo, y además ganaría bastante más que él. Como La Voisin, como tantos otros. Había acumulado suficientes conocimientos para satisfacer a varias cortes de varios reyes.

Me dieron ganas de salir huyendo de esa rutina que me asfixiaba. De correr tras aquel carruaje que parecía ya pertenecer a otra vida. De irme a buscar a Marie Meurdrac y preguntarle cómo lo había hecho ella, cómo había podido poseer un laboratorio propio, escribir un libro de química y triunfar. Quizá ser la protegida de la condesa de Guiche y vivir bajo la sombra benefactora del duque de Angulema tuviera algo que ver.

No lo hice. Me quedé delante de mi marido, viendo cómo se frotaba las manos, defraudado, enfadado por una ausencia que nunca le explicaría. Al cabo de un rato bajó la cabeza, se colocó la capa y partió.

Fui a la cocina, preparé café. Había algo de pan, comí un poco.

Nos es dado un tiempo demasiado escaso para existir. ¿Merecía la pena desperdiciarlo de aquella manera? ¿Es que acaso no podía luchar por lo que quería, debía conformarme con un destino tan parco en alicientes, con esa casa, ese hombre, ese aburrimiento?

¿Era un obstáculo tan grande no poder hablar? Podría tener una criada que me ayudara a comunicarme con los clientes.

Pero me hacía falta dinero. A La Voisin nunca le había pedido nada, ella se quedaba con las ganancias, al fin y al cabo comencé siendo una intrusa en su laboratorio, aunque ganara más gracias a mi talento.

Había una forma de obtener fondos.

Era sencillo.

Debía heredar.

Después de la función, Dri salió del teatro a la tibia noche napolitana.

No podía quitarse de la cabeza las palabras de su hermano: «Flavia ya no será para mí. Ya no».

Ya no.

¿Hasta dónde había llegado su hermano con la diva? ¿A dónde le había permitido ella llegar?

¿Se lo preguntaría?

Caminó deprisa hasta que faltaban unos pocos pasos para llegar al invernadero.

Se detuvo de repente, sintió en la cara el aire caliente que recorría la ciudad desde el Tirreno, olía un poco a los vapores de azufre del Vesubio. Esa noche, Nápoles estaba demasiado en silencio y él no sabía por qué. Negó con la cabeza. Era mejor no saber nada, no pensar nada, solo caminar hacia delante y recorrer el camino, dejar pasar las horas, los días, los años y que el tiempo siguiera su rumbo inmutable, al fin y al cabo ¿se podía cambiar algo?

Tal vez sí.

Pero era más cómodo lo otro: dejarse llevar. ¿No lo hacía la mayoría? Entonces, ¿por qué él pensaba tanto, buscaba respuestas que tal vez nunca encontraría? Si ni siquiera era capaz de ver lo que tenía delante, ¿por qué pensaba que podía ver más allá?

Dio un golpe en el suelo con el bastón. Nada tenía sentido.

Además, temía encontrarse con una verdad hiriente. No quería imaginar a la diva en brazos de su hermano. No quería creer que había disfrutado de su piel suave, del tacto de su larga melena cayendo sobre su pecho cuando…

No, eso era imposible. Flavia era una mujer decente, aunque el hecho de que se acostara con él sin estar casados contravenía esa

opinión.

¿Debía creer que él era una excepción?

¿Debía creer que lo amaba?

Siguió caminando despacio hasta el invernadero. Abrió la puerta, entró. Se quitó la chaqueta, la corbata, el chaleco, el sombrero, daban demasiado calor en ese ambiente tan húmedo. Los dejó en un taburete alto que Flavia le preparaba, siempre, en la entrada, un par de palmos a la izquierda. Respiró hondo, era curioso, pero las orquídeas casi no emitían ningún perfume. Olía a la oscura esencia de la turba, al aroma de la madera de las mesas, al de otras plantas: geranios, azaleas, salvia. A Flavia le gustaban.

Pero las orquídeas no olían. Parecía que no tenían alma. Había pasado los dedos por sus flores aterciopeladas de formas complicadas, sus hojas lisas cubiertas de humedad. Seguro que eran hermosas, aunque él no pudiera disfrutar de su belleza. Dio varios pasos adelante. Extendió las manos hasta dar con una de ellas.

—Es una Vanda. —Flavia se acercó a él. Solo la cubría una camisa de color blanco que le llegaba hasta el comienzo de los muslos. Notaba la tibia humedad del suelo bajo sus pies descalzos, pero no le importaba, le gustaba todo lo que la hiciera sentir—. Viene de muy lejos, de las islas Filipinas, ¿te imaginas? Ha recorrido medio mundo hasta acabar aquí, igual que yo. Puede vivir sin tierra, se alimenta del rocío. Me la ha regalado mi padre hace unos días. Él no se ha dado cuenta, pero sus flores tienen el color de tus ojos.

Dri tocó las flores de la Vanda, sus hojas finas y alargadas, sus raíces aéreas. Como si la estuviera tocando ya a ella.

—Flavia, ¿qué quieres de mí? ¿Por qué estás conmigo? —dijo en voz baja.

—¿Tiene que haber un porqué o un fin? En el amor eso no existe. —Flavia le puso la mano en el hombro.

—¿Estás conmigo porque me amas?

—¿Y si yo te lo preguntara a ti?

—Yo ya te lo he dicho: te amo. Si no estamos preparando la boda es porque tú me dices que no hable con tu padre. ¿Qué has tenido con mi hermano? ¿A qué estás jugando?

Lo había dicho. El miedo le dejó sin respiración por un momento.

Flavia no contestó enseguida. Se alejó de él, caminó entre todas aquellas plantas cuajadas de flores. Pasó los dedos por los tallos florales de una *Phalaenopsis*, se acercó al mecanismo que movía los paneles laterales de cristal del invernadero y lo accionó para que se abrieran un poco más.

—Hace calor —afirmó—. Tanta temperatura no es buena para las orquídeas, ni para nadie. No conoces mi pasado, Adriano. No me conoces, y puede que sea mejor así.

Dri apoyó las manos sobre la mesa y bajó la cabeza.

—No, no es mejor así. ¿No podemos amarnos con normalidad, confiar el uno en el otro? Eso es lo que yo quiero. Un poco de normalidad.

Flavia miró hacia afuera, pero solo consiguió ver su imagen reflejada en los cristales húmedos.

—Pues yo no. Yo busco un amor que me haga temblar, que me queme por dentro, que sea capaz de derretir el hielo que paraliza mi corazón. Como en *La Reina de las Nieves*, el cuento, ¿lo conoces? Me lo leía mi madre cuando yo era una niña pequeña. Los protagonistas son dos muchachos: Kai y Gerda, su enamorada. Pero a Kai se le mete en el ojo un pedacito del espejo del mal, que transportaba el viento. El espejo hiela su corazón y su alma, ya solo es capaz de ver lo desagradable del mundo, la fealdad de las personas. La Reina de las Nieves se lo lleva con ella a su palacio helado, hace que olvide a Gerda y a su familia. Lo aprisiona en el frío de la soledad y el odio. Pero ahí está el amor de Gerda que lo puede todo con su bondad. Va a buscarlo sin que le importe ponerse en peligro. Su sufrimiento lo salva, ella llora por él, sobre él, y sus lágrimas consiguen arrastrar de los ojos de Kai ese pedacito de espejo. Yo no puedo llorar, Adriano, ya no. No sé cómo apartar el mal de mí y necesito un amor que lo aleje. ¿Tu amor es tan fuerte como para salir en mi busca, como para llorar las lágrimas que no puedo derramar?

—Mis ojos no funcionan, pero mi corazón sí.

Dri se acercó a ella. Buscó su cintura con la mano, la acercó a él. Conocía el cuento. La besó en la frente y luego en la mejilla.

—La Reina de las Nieves besó a Kai dos veces: para que olvidara y para que pudiera vivir en el hielo —murmuró en su oído—. No le dio un tercer beso, porque le arrebataría la vida. Pero yo sí te lo daré a ti. Te besaré tantas veces que tu corazón saltará en tu pecho como una golondrina y jamás volverás a tener frío.

Ya nada importaba. Ni los asesinatos, ni su hermano, ni ninguna otra cosa que no fuera ella, su aliento, los latidos de su cuerpo bajo los dedos.

Estoy en una encrucijada, lo reconozco, no sé qué hacer.

Quería reproducir, uno por uno, los asesinatos de Diane en el teatro, pero no puede ser, esos dos policías que lo vigilan me lo impiden, al menos por ahora.

Y, sin embargo, la representación debe completarse, no importa si la realizo sin público; en fin, deberé conformarme.

Quedan tres muertes.

En dos, el escenario será Nápoles entera.

El último acto se resolverá con la tercera, y yo, a pesar de todo, las disfrutaré todas.

A mediados de agosto, Leone regresó de París. Se bajó del tren, se secó el sudor de la frente. Ya echaba de menos el ambiente de la Sorbona, tan internacional, tan abierto, tan avanzado. A De Blasio le hubiera encantado acompañarle, sí, señor, pero en Nápoles tenía mucho trabajo. Recogió su equipaje con cuidado de no soltar el portafolios de piel con su preciado contenido y tomó un coche de alquiler. Se acercó a la universidad, pero De Blasio no estaba. Bueno, ya hablaría con él. Pasó por la prefectura de la policía por si había habido algún hecho remarcable en su ausencia, algún otro crimen, pero no. Nada nuevo.

Él sí traía novedades. Su visita había dado frutos.

Subió de nuevo al coche, que olía a sudor. Era un poco desagradable, pero estaba cansado, no tenía ganas de andar. Quería llegar cuanto antes a casa, con su mujer y su hijo. Qué casualidad, el cochero era el mismo que, en el último asesinato del Lector, el de Ana de Rosa, la madre, había acercado a Carlo al teatro. El mismo que le había llevado a él a la universidad con la vela envuelta en un pañuelo en el bolsillo, el que le había contado que ese hombre no venía de la Riviera di Chiaia, sino de la vía de San Giacomo, a dos pasos del teatro, y que le dio una moneda de plata por el corto paseo.

Había encargado a los policías que lo vigilaran especialmente a él. Daba gracias de que no hubiera sucedido nada. Debía encontrar la manera de asegurarse y detenerlo antes de que matara de nuevo. ¿En qué tipo de criminal encajaba, según la clasificación de Lombroso? ¿En el criminal nato? ¿En el loco? Ojalá pudiera examinar su cráneo, para ver si tenía el abultamiento de la parte posterior de la cabeza, porque los otros rasgos, como el cráneo pequeño o la frente hundida, pues no… ¿Tendría tatuajes? De Blasio decía que eran seña de delincuencia. Cuando lo detuviera, lo comprobaría. Si es que, al fin,

era culpable.

El coche se detuvo frente a su casa. Había echado de menos a su mujer y a su hijo, a pesar del ambiente de estudio tan productivo. Ellos eran algo bueno, muy bueno, entre toda aquella maldad. Eran su faro, con su luz iluminaban cualquier oscuridad. Qué afortunado se sentía por tenerlos.

Al día siguiente, a primera hora de la tarde, se acercó al teatro. Con el portafolios bien apretadito bajo el brazo. Encontró a uno de los policías delante de la puerta principal, y al otro, en el pasillo de la primera planta, que conducía a los despachos. Ninguno de los dos había visto nada raro. ¿Cuánto llevaba el Lector sin matar? Desde principios de julio. ¿Volvería a hacerlo? ¿O no lo haría hasta que desapareciera la policía del teatro? Estaba seguro de que aprovecharía cualquier descuido. Golpeó con los nudillos la puerta del hermano más alto, el ciego: Adriano.

—Pase, Leone, me alegro de que haya regresado. ¿Todo bien?

¿Cómo sabía que era él? Se pasó la mano por el cabello. Parecía mentira. Abrió la puerta y entró en el despacho. Dri estaba de pie frente al escritorio, guardando ese instrumento tan grande, el violoncelo, en su estuche de madera.

—Todo bien, sí, señor, he llegado ayer, ya ve. Mucho calor en Nápoles, en París se estaba mejor, ya sabe, la Sorbona. Si usted viera la biblioteca…, los archivos… Es increíble.

—Siéntese, por favor. ¿Ha descubierto algo?

—¿Su hermano está por aquí?

—Aún tardará un rato. ¿Prefiere esperar?

—Quiero contárselo a usted. Lo he hecho —susurró—. He encontrado las muertes. Tal y como las describe el manuscrito, solo que en las actuales el asesino les corta el pulgar desde el inicio a todos, en aquellas se le ocurre a partir de… La del bebé ha sido más difícil de identificar, debido al gran número de misas negras que parece que… En fin. En los registros de la policía y en los periódicos de la época. No erramos mucho al datar el papel de camisas. Lo que pone ahí es real, ¿sabe usted? Lo hicieron de verdad. Lo malo es que no coincide el autor. En los manuscritos el autor es una mujer, en los periódicos, un monstruo: el Aserrador. Nunca llegaron a atraparlo. Simplemente, dejó de matar. Desapareció. O murió, quién sabe. Fue dejando un reguero de sangre tras de sí, y el mejor policía que ha tenido Francia, el jefe de policía La Reynie, al servicio de su majestad Luis XIV, no pudo atraparlo. Si creyera en la magia, pensaría que ha viajado a lo largo de los siglos para llegar hasta nosotros. Pero soy un científico.

—¿Cómo? ¿Piensa que la mujer de los manuscritos y ese Aserrador son la misma persona?

—No, señor. ¿Una mujer cometiendo tales aberraciones? ¿Matando un hombre, a niños y a otras mujeres? Lo veo imposible. No tendría ni la fuerza ni la pericia. Creo que el Aserrador escribió el manuscrito para contar su historia, pero cambiando los nombres y los personajes, para que no lo atraparan. Y ahora tenemos un imitador: nuestro Lector. De todas formas, poseemos una parte muy escasa del manuscrito completo. Ojalá encontremos lo que falta. Quién sabe, señor, no se puede descartar nada, quién sabe…

—¿Otras mujeres, dice? ¿Es que hay más?

—Encontramos tres más con la referencia del Aserrador. Si no lo detenemos, seguirá matando. Tres mujeres, asesinadas del modo más horrible. Espantoso, sí, señor. Un monstruo.

Dri se pasó la mano por la cara. Caminó hasta la ventana, para sentir un poco del calor del sol, porque un sudor frío le recorría la espalda. No tardó mucho en dirigirse de nuevo hacia Leone.

—¿Por qué lo llama el Aserrador?

—Ah, sí, perdón por explicarme tan mal. Son artículos de *Le Mercure Galant*, una hoja de la época. En él lo apodan el Aserrador por la costumbre que tiene de serrar el pulgar de las víctimas, como en el manuscrito y al igual que nuestro Lector. En el periódico solo hemos encontrado las muertes de las mujeres. Con las otras, buscamos similitudes en los archivos de La Reynie. Un niño, un pobre huérfano de los que mendigaban en las calles, estrangulado y abandonado en una casa en ruinas. Un hombre degollado con unas tijeras a las afueras de París, eso coincide con nuestro segundo asesinato, aunque no le cortaron el pulgar, quizá porque aún no se le había ocurrido, no sé. A partir de ahora solo hay mujeres. La Reynie lo anotaba todo, como hay que hacer. Ah, está ese asunto, el de los venenos. Era una época convulsa aquella, cuando Luis XIV disfrutaba de las pasiones en la corte más elegante y disoluta de Europa. Versalles se estaba construyendo, mientras París se emponzoñaba. Todo lo describe La Reynie. Qué hombre aquel. Se preocupó de fomentar el alumbrado público, para que las calles estuvieran iluminadas y que así disminuyera la delincuencia. Era un visionario, sí, señor. Investigó el asunto de los venenos, que empezó con la marquesa de Brinvilliers y, años más tarde, acabó con medio París involucrado. Incluso la Montespan, la amante del rey. Ah, qué época. Ah, qué policía, La Reynie. Aún hoy sigue siendo un ejemplo.

Dri caminaba por el despacho. De la ventana a Leone y vuelta.

—No veo cómo puede ayudar esta historia a encontrar al asesino, ahora, en este momento.

—Todo real, ¿se imagina? Los asesinatos de los que habla el

manuscrito existieron, de mediados a finales del siglo XVII. Y ahora un loco se dedica a recrearlos otra vez. Los periódicos reflejan tres víctimas más, lo que implica que en el presente al menos tres mujeres están en riesgo de morir, ahora lo sabemos. Hay que vigilar el teatro, sin que nadie lo sepa, solo usted y yo. Haremos que algunos policías pasen por empleados. Las mujeres están en peligro, porque el Lector querrá seguir con lo suyo. ¿Su madre? ¿Su cuñada? ¿Las empleadas del teatro?

—Ana de Rosa no tenía nada que ver con el teatro.

—Pero era la madre del bebé, ¿comprende? No hay bebés en el teatro, necesitaba alguien de fuera. Y la trajo aquí a morir. Ese día, su hermano no venía de su casa, me lo dijo el cochero, ¿se acuerda? Estábamos delante del teatro. Su hermano venía de la calle de al lado. En coche. Disimulando. Mintiendo. El que mató a Ana debía de estar cerca en ese momento, porque aún la encontramos caliente. Su hermano cumple con los requisitos.

—No diga eso. Mi hermano no es perfecto, pero de ahí a organizar todo esto va un mundo. Yo lo conozco y eso es imposible.

—Ni se imagina lo que hemos visto, amigo, en comisaría, ni se lo imagina. El mal tiene muchas caras. Y cuando uno se lo encuentra de frente, tiembla. Cuide de sus mujeres. Yo le ayudaré. Ojalá podamos detener al culpable antes de que mate a otra. Necesito registrar el despacho de su hermano. Y su casa, si pudiera ser. También voy a poner vigilancia en su casa. ¿Me ayudará? ¿Dirá que es un amigo suyo al que tienen que alojar?

—En mi casa ¿por qué?

—La siguiente es una viuda de cierta edad.

—No hay viudas en mi casa.

—Pero su padre no está.

—Por el amor de Dios, ¿piensa que la siguiente puede ser mi madre? ¿De verdad? —Dri dio un golpe con la palma de la mano sobre la mesa—. ¿Supone que mi propio hermano va a matar a mi madre? ¿Entiende lo que me está diciendo?

—Lo de su hermano es una teoría. Solo sé que es mejor prevenir.

Dri negó con la cabeza. Lo echaría de su despacho, ya, en ese mismo momento, maldita locura.

Pero no lo hizo.

—¿Y Flavia? Está relacionada con nosotros. ¿Puede estar en peligro?

—No descarto nada. Que tenga cuidado. Que cierre la casa con llave por la noche, que no salga sola por el día. No tengo policías para todas, puede ser la costurera, la peluquera, la cantante, o quizás alguien de fuera, como Ana de Rosa.

—Entonces, ¿cómo vamos a evitarlo?

Leone, con el ojo izquierdo abierto y el derecho semicerrado, se hizo la misma pregunta.

Y no encontró la respuesta.

El manuscrito secreto

La partida de Adam Bayle me dejó un hueco en el pecho, un aire raro en los pulmones que me abrasaba por dentro. Me vi obligada a buscar la manera de sentirme mejor. Necesitaba tener en mis manos otra vez el poder; yo decidiría, yo otorgaría; yo, al fin, negaría.

Tardé un par de semanas en preparar un plan. Aquella vez no debía ser en el Faubourg Saint-Antoine, ni alguien relacionado con mi suegro. No podía arriesgarme a levantar sospechas.

Elegí a uno de los muchos clientes de La Voisin: madame Moreau. Vivía no muy lejos de la calle Beauregard. Guardaba también cierto parecido con la marquesa, lo reconozco, tengo debilidad por las mujeres de pelo castaño, tez blanca, estatura pequeña, ojos azules y carácter caprichoso. Un par de veces había ido a su casa, embozada, para entregarle en mano dos paquetitos de polvos de sucesión.

Había enviudado gracias a La Voisin, o a mí. Qué pena, no tendría tiempo para disfrutar de su recién adquirida libertad, que ella misma se había procurado.

Aquella vez lo hice durante el día.

Mi convencional familia durmió bien esa madrugada, que aproveché para preparar el instrumental a conciencia. Afilé el escalpelo, escondí entre mi ropa las tijeras, la sierra pequeña. Saqué del baúl el libro de los medicamentos, observé el dedo descarnado de la santa marquesa de Brinvilliers, el de madame de Morandé. Me los acerqué a la nariz. Solo olían al vago perfume herbáceo del libro. Pronto tendrían otro compañero. Destiné para él el cajón de la *cicuta virosa*, tan venenosa como la propia madame Moreau.

Incluí un par de elementos más: cuerdas, lienzos del tamaño necesario y otros utensilios que luego detallaré.

Me sobró noche. Limpié el fuego de la cocina, que ya acumulaba demasiada ceniza. Parte de ella la mezclé con la tierra del jardín y aproveché para cavar varios surcos. Cuando llegara la primavera, sembraría algunas hortalizas. Preparé un copioso desayuno para Claude y la ovejita, que incluía huevos revueltos con jamón frito en

abundante mantequilla.

Claude se mostró contento.

La ovejita los devoró con apetito. Pronto cumpliría cuatro años. Hablaba como una vieja y, para mi regocijo, sabía leer y escribir con meridiana claridad, cosa que extrañaba sobremanera a los suegros.

Claude me dio un beso en la mejilla y partió a casa del duque. La ovejita se fue ella sola a la ebanistería. Independiente, como debía ser. Quizás ella tendría más suerte que yo. Al menos, su madre querida no la abandonaría en una casa extraña, aunque fuera para trabajar.

Debo reconocer que su madre sí la abandonaría. Pero tenía asegurado su apellido paterno, los Nerry nunca la expulsarían del rebaño.

A media mañana tomé el camino hacia La Ville-Neuve-sur-Gravois, cerca de las murallas, bien envuelta en la capa. Me constaba que madame Moreau había despedido a su única criada y que aún no había encontrado sustituta. Estaría muy contenta pensando en la mejor manera de gastar su herencia recién adquirida.

Lástima que no fuera a tener tiempo para tal cosa.

Al aproximarme a la casa, me cubrí con el embozo, como las otras veces. Llamé.

La viuda no tardó en abrir la puerta. Me miró con cara de extrañeza.

—¿Qué hacéis aquí? Ya no os necesito —susurró.

Alcé las cejas, la empujé con suavidad, entré en la casa.

Miré alrededor y sí, ahí estaba, sobre el recibidor.

Un jarrón de Delft, blanco, decorado con pequeñas flores azules, que me había llamado la atención desde el primer día. Tenía el tamaño adecuado para mi mano.

Una persona no se puede defender cuando no sabe que va a ser atacada.

Agarré el jarrón y le golpeé la cabeza. Quedó semiinconsciente. Atranqué la puerta. La llevé hasta la cocina, la senté frente a la chimenea. Amarré su cuerpo con fuerza a la silla, con las manos juntas y las muñecas vueltas hacia arriba sobre su falda, bien sujetas con la cuerda que había traído. Metí un lienzo en su boca y lo aseguré con el otro para que no pudiera gritar, pues la precisaba viva. Le solté el cabello, largo, castaño, se lo coloqué detrás de las orejas, bien guapa.

Ya la tenía donde quería. Desvalida y expuesta para mí.

Le saqué los pechos, abundantes, por encima del corpiño. Le levanté las faldas, que quedaron arrebujadas bajo sus manos. Abrí sus piernas, cubiertas con las medias hasta la rodilla, y se las até a las patas de la silla, bien separadas. Qué muslos tan blancos tenía. Su olor era muy potente, a orina, a tabaco, a mantequilla.

Noté que, poco a poco, volvía en sí. Sacudió la cabeza. Un hilillo

de sangre le caía por la cara pálida. Le acaricié la mejilla. Qué preciosa era.

Poco a poco, pudo enfocar la mirada. La fijó en mí. No sé qué vio que le causó tanto pánico. Podía oírlo brotar en su pecho, subir por la garganta y quedarse atascado en la tráquea. Podía oír cómo la asfixiaba mientras su cuerpo pugnaba por seguir vivo, quería desatar sus manos, sus piernas, quería salir corriendo y dejarme ahí, sola delante de aquel poco fuego. Negué con la cabeza. Le indiqué silencio.

Saqué el pequeño frasco de plata y hueso que había comprado el otro día en la tienda de Simon Barbe, el perfumista de la marquesa.

Violetas.

Como la dama.

Mojé dos dedos con el perfume, me los acerqué a la nariz.

Era como si fuera ella la que estaba en esa silla, sometida a mi voluntad.

Mojé un poco más los dedos, los pasé por sus pezones oscuros, por los muslos, por la tibieza del interior de su cuerpo.

La miré, había cerrado los ojos, las lágrimas se unían al fino reguero de sangre que aún le manaba de la cabeza.

Eché una ojeada alrededor. Sí, había un paño sobre la mesa, al lado de una jarra con agua. Le limpié la cara. Enjuagué el paño, lo escurrí, se lo pasé por el pecho, por los senos, por cada pulgada de piel descubierta. Como cuando la lavaba a ella, mi dama.

Saqué mi peine de madera. Me coloqué detrás, rocié su cabello de perfume. Era delicioso despiojarla y peinarla, sentir el calor de su cuello delicado en mis manos.

Tuve la tentación de entrelazarlas en torno a él y apretar.

Pero aún no había llegado el momento.

Era yo la que decidía cuándo y cómo, era yo.

Eché atrás la cabeza, reí.

*M*artia se preparó en su habitación para hacer lo que llevaba tiempo haciendo casi cada mañana: salir sin que nadie se enterara de a dónde iba. No se lo había dicho ni a Senta, aunque ella lo entendería, seguro. Le gustaba tener ese secreto: era la primera vez, en toda su vida, que hacía algo solo para ella. Algo que merecía la pena.

Lo peor era que ahora estaba ese hombre en la casa. El supuesto amigo de Dri. Sabía que no era tal y sospechaba que pudiera ser cosa de Leone. Decía llamarse Russo. Tenía el pelo rubio y unos ojos azules tan claros que parecían agua, y que, lo reconocía, le daban miedo de lo fijo que miraban. Siempre estaba vigilando.

Y por eso llevaba ya un par de semanas sin ir.

Hasta ahora. No quería ni podía pasar más tiempo sin visitar la casa azul, sin disfrutar de los placeres que le proporcionaba y que la habían cambiado por completo en pocos meses. Se recogió el pelo en la parte superior de la cabeza, se empolvó un poco la cara. Llevaría el sombrero de las cintas blancas, el que Fabio le había regalado el año pasado por su cumpleaños. Lo mandó traer de Roma para ella; cuando quería, su marido se portaba bien. No sabía qué pensaría de su nueva afición, no creía que le gustara. Por suerte, no tenía que darle explicaciones.

Salió al pasillo. Desde la barandilla de la escalera echó un ojo a la planta de abajo. Ese hombre, Russo, no debía seguirla. Qué pesado. Ahí estaba, en la entrada al salón, mirando hacia arriba. Se echó hacia atrás para que no la viera. ¿Qué podía hacer? Debía pensar algo para despistarlo. Regresó a la habitación, dejó el sombrero sobre la cama. Bajó la escalera con la cabeza alta, despacio, pasando la mano por la barandilla de cobre recién pulido.

—¿Va a salir, señora Dellanotte?

—Voy de compras. ¿Quiere acompañarme?

—Claro. La acompañaré con gusto.

—Estupendo. Así podrá ayudarme con los paquetes. ¡Ay! Me he dejado el sombrero en la habitación, ¿podría traérmelo?

—Enseguida.

Russo se giró y subió los peldaños de dos en dos. Ella se apresuró a abrir la puerta de la casa, corrió por el sendero del jardín y salió a la calle, rápido. Siguió adelante en dirección a la Piazza dei Martiri todo lo deprisa que le permitía el corsé, que no era mucho, la verdad, porque se ahogaba. Volvió la cabeza y sí: un indignado Russo con la cara colorada y su sombrero en la mano la seguía, pero aún estaba lejos. Menos mal que, según se aproximaba a la Piazza del Plebiscito, las calles se llenaban de gente, de vendedores ambulantes, de coches de caballos. Con un poco de suerte, podría despistarlo.

Se detuvo frente a la iglesia de San Francesco da Paola, para recuperar el aliento. Y no, no lo veía. Pero sí vio a Carlo, un poco más allá. ¿Qué hacía ahí? ¿La estaba siguiendo también? Por suerte, no estaba muy lejos de su destino. La casa azul se encontraba un par de calles más arriba, en la Via Monte di Dio, casi en la parte más alta de Pizzofalcone. Se coló entre dos grupos de mujeres que caminaban en su misma dirección. Hablaban de lo cara que se había puesto la carne, de la zapatería nueva en la vía Egiziaca. De la familia que había emigrado a América.

No tardó mucho en encontrarse frente a la casa azul. En realidad no era azul, sino del mismo color de la toba volcánica con la que Nápoles se había construido: gris. Pero a ella le parecía preciosa y por eso la llamaba así. El cielo luminoso se reflejaba en el vidrio de sus grandes ventanales, parecía que, si entrabas dentro, podrías tocar las cuatro nubes blancas. Y de veras que podías. Suspiró. Ojalá la hubiera conocido antes. Pero en fin, una no podía lamentarse por el pasado, porque ya no tenía remedio. El futuro, eso sí que se podía cambiar. Miró alrededor: ni Carlo ni Russo la habían seguido, qué suerte. Empujó la alta puerta de madera en forma de arco, siempre estaba abierta para quien lo sabía. Caminó a lo largo del recibidor hasta llegar a la gran sala.

La sala de los libros.

Que le habían cambiado la vida.

De pequeña, no había ido a la escuela, debía ayudar a la familia. En Procida, la isla donde se crio, había una señora que recitaba cuentos a los niños. Al caer la tarde se reunían en el puerto a su alrededor para escucharla, con el suave murmullo del mar como música de fondo. Hasta que se había puesto a recitar a un tal Dante Alighieri. Entonces se la habían llevado al manicomio porque, según algunos, hay cosas que no están hechas para las débiles mentes de las mujeres, cosas que hacen que pierdan la razón. Ahora ella leía a Dante

y a quien le daba la gana, y no se notaba más loca, sino más valiente. Podría ser que en eso consistiera la cosa.

—Hola, Martia, te estábamos echando de menos, qué bien que hayas podido venir.

Ahí estaba Bianca, la soprano, y el resto de las mujeres. Cuánto le tenía que agradecer. Bianca, al ver que no podía leer esas revistas de moda que venían de París, le habló de ese lugar, de la maestra Vecchia, como la llamaban, que daba clase a mujeres analfabetas y que había fundado el Círculo de Minerva, al que ella pertenecía ahora. Su verdadero nombre era Vezzosa, y parecía tener más de cien años. Había comenzado a dar clase en la escuela primaria después de la unificación, cuando la mayor parte de las mujeres, y casi de los hombres, pero menos, eran analfabetos. Ahora lo serían la mitad, iban avanzando, poco a poco, demasiado despacio. En el Círculo de Minerva pensaban que cuando todas las mujeres supieran leer, el mundo cambiaría.

Estaba de acuerdo.

Desde que la maestra Vecchia la enseñó a leer, ella había cambiado.

Y ya nada sería igual.

Russo regresó al palacete de la Riviera di Chiaia, maldiciendo. Esa mujer, ¿cómo podía ser? Se le había escapado de las manos. Uno no podía distraerse un momento, uno no podía estar en todo, eran demasiados, la madre, el hermano ciego, la que parecía una niña, o, mejor, una muñeca de porcelana. No podía estar al cargo de todos a la vez. Leone le había dicho que la que parecía un objetivo más claro era la madre, y que vigilara también al hermano, Carlo, el repeinado, pero al final si estaba pendiente de uno, no lo estaba de la otra, y ahora no sabía dónde andaban ninguno de los dos. Necesitaba ayuda, pero siempre eran pocos en esa ciudad tan grande, y no todos sus compañeros eran leales, algunos estaban dentro de la *malavita*. Los que trabajaban con De Blasio y con Leone eran de confianza, pero resultaban muy pocos.

Abrió la verja del jardín, se aproximó a la casa.

Lo vio de lejos.

Un papel clavado en la puerta con una navaja pequeña.

Se le retiró toda la sangre del rostro. Porque sabía que el Lector dejaba un manuscrito cada vez que mataba.

—*Porca miseria*, pero ¿qué…? —exclamó en voz alta. La puerta estaba entreabierta, ¿habría ido a por la Muñeca y no a por la madre? Entró con rapidez—. ¿Señora? ¿Señores? ¿Dónde están?

—Aquí —contestó Dri, que estaba en su habitación. Se había traído

el *cello* y le estaba pasando un paño a la delicada madera—. ¿Pasa algo?

—¿La señora?

—¿Senta o mi madre? —Dri dejó el *cello* sobre la cama. Ese hombre estaba alterado, algo debía pasar. Salió al pasillo—. Senta creo que está arriba, mi madre no lo sé.

—Su madre está en alguna parte de Nápoles.

—¿Y no sabe dónde? Se supone que usted…

—Déjelo. ¿Y su hermano?

—Carlo ha salido.

Maldita sea. El repeinado no estaba. Había registrado su habitación y su despacho, con discreción y con ayuda del ciego, y no había encontrado nada. Bueno, sí: una caja de escritura que no pudo abrir porque estaba cerrada con llave. Podía haberla forzado, pero no querían que Carlo supiera que lo vigilaban, así que había vuelto a dejarla en su sitio; además, el ciego le había dicho que eso no era de su hermano, que debía pertenecer a la Muñeca.

—¿Señora? —Russo volvió a llamar.

Senta estaba componiendo, otra vez. Lo hacía cada vez que podía, y no lo dejaría por nada. Aún estaba esperando que la orquesta tocara su música, pero confiaba en que Dri cumpliera su promesa. ¿Para qué la llamarían? Dejó las cosas con cuidado en la caja de escritura, la cerró y se colgó la llave al cuello. Bajó.

—Estoy aquí, ¿necesitan algo?

Russo suspiró con alivio. La Muñeca seguía viva.

—Hay un papel clavado en la puerta de la casa con una navaja —anunció.

Dri apretó los puños.

No, no podía ser.

—¿Qué clase de papel? —preguntó.

Russo frunció el ceño. La verdad es que no sabía qué clase de papel, quizá ni siquiera se trataba del manuscrito, podía ser otra cosa. Carraspeó. Sin decir nada, se dirigió a la puerta, salió. Con el pañuelo que llevaba en el bolsillo, como le había enseñado Leone, rodeó la navajita y tiró de ella con cuidado. Se desprendió enseguida, dejando una pequeña marca en la madera. El papel cayó al suelo. Lo recogió, comenzó a leer.

El corazón le latió con rapidez.

—Está en francés.

—¡Maldita sea, avisen a Leone! —gritó Dri, desde el interior—. ¿Dónde está mi madre?

Russo se estremeció. La madre. La había perdido de vista un poco antes de llegar a la plaza del Plebiscito, no sabía qué dirección había tomado. Y Carlo tampoco estaba. La cosa no pintaba bien.

—¿Y la *nonna* y la criada? —Había que saber dónde estaba todo el mundo antes de partir a la prefectura.

—*Nonna*? —Dri se dirigió a la cocina, porque su madre y su *nonna* tenían la mala costumbre de pasar mucho tiempo allí aunque no les correspondiera. Como con tantas cosas, maldita sea, así estaban, ¿dónde demonios se había metido su madre? No, no podía imaginar que Leone tuviera razón y que ese maldito monstruo hubiera…—. *Nonna*?

—Mi nieto, un hombre hecho y derecho, llamando a su *nonna* como si tuviera cinco años. —Su voz le llegó con claridad desde la cocina—. Esto hacía tiempo que no se veía. Querrá comer algo, ¿eh, María? ¿Qué quieres comer, Dri?

Adriano se detuvo en medio del pasillo. Escuchó a la criada asentir. Las dos estaban bien, y era mejor que, de momento, no supieran nada, era mejor que continuaran en la cocina.

—Nada, *nonna*, no te preocupes. Seguid a lo vuestro.

Regresó al lado de Russo, que le mostraba la navaja a Senta.

—De Carlo. —La voz de su cuñada temblaba—. Es de Carlo.

—¿Qué está pasando? —preguntó—. ¿Qué es de Carlo?

—La navaja. —Russo tragó saliva—. La que sujetaba el papel. Tiene dos iniciales grabadas en el mango: C. D. Carlo Dellanotte.

—Avise a Arno, que vaya a buscar a Leone —ordenó Dri. Russo salió corriendo de la casa.

Senta apoyó la espalda en la pared, pero eso no impidió que se deslizara hasta el suelo.

—No puede ser. —Casi no le salía la voz.

Dri caminaba arriba y abajo del pasillo. Salió al jardín, respiró hondo. Olía a tormenta. ¿Dónde narices estaba su madre? Los compases del aria de *Tosca*, la de Cavaradossi antes de morir, sonaron una vez más en el interior de su pecho, como lo venían haciendo desde que escuchó la canción por primera vez. Se limpió con rabia una lágrima que no pudo contener. No, era imposible.

Arno no tardó demasiado en regresar con Leone.

—Hola. —Caminó deprisa por el sendero del jardín—. ¿Hay otro manuscrito? ¿Dónde, dónde está?

Dri señaló la casa.

—Pase, lo tiene Russo. No sé si quiero saber lo que dice. De todas formas, será una tragedia.

Aun así, Dri siguió a Leone hacia el interior.

Enseguida, Leone comenzó a leer.

> No debía entretenerme mucho. Había elegido visitar esa casa en pleno día, pero era peligroso.
>
> La brillante melena de madame Moreau, con su aroma a violetas, lucía perfectamente peinada.

Quizá le había dado demasiado fuerte con el jarrón, porque de vez en cuando perdía la consciencia. O quizá se desvanecía a causa de su propio miedo.

Me puse frente a ella, intenté espabilarla. Le tomé el pulso en el cuello. Ah, los latidos bajo mis dedos. La vida.

Le acaricié los pechos, tan blancos. No habían alimentado a ninguna criatura, que yo supiera. ¿Para qué los quería, le habrían proporcionado algún placer? Le pellizqué los pezones. Abrió los ojos, fijó su aterrorizada mirada azul en mí. Volvió a cerrarlos, con fuerza.

Tenía tanto miedo que deseaba escapar de todo aquello, incluso mediante la muerte.

Se haría su voluntad, claro que sí.

Saqué el escalpelo.

—La viuda —murmuró Leone—. Oh, Dios mío, ¡es el mismo nombre que figura en los archivos de La Reynie! Madame Moreau murió en su casa, de una manera que… Oh, sí, señor. El manuscrito cuenta una historia real, ya lo sabíamos. ¿Dónde está su madre? ¿Y Carlo?

Nadie contestó. Ni Russo, que seguía pálido como el maldito papel de camisas, ni Senta, aún sentada en el suelo, ni Dri. Solo le respondió un trueno cercano de la incipiente tormenta.

Era mediodía y llovía sobre los tejados grises de la ciudad. Flavia ya no solía esperar a su padre para comer si salía a atender alguna urgencia, y ese día llevaba toda la mañana fuera. Ella también había salido, pero había regresado a tiempo para la comida.

Aunque no tuviera hambre.

Casi nunca la tenía. El corsé no le dejaba espacio para comer, ni para respirar, ni para sentir. Aun así, permitió que la criada le sirviera un plato de sopa y algo de pescado, del que dejó la mitad.

—Señorita —comentó mientras retiraba los platos—. Se me olvidaba decírselo. Esta mañana llegó una carta, la he dejado en el despacho de su padre.

¿Una carta? ¿De quién sería? No solían recibir correspondencia.

—Gracias. Cuando recoja la cocina, puede irse.

Se sentó en una de las sillas tapizadas con tela de flores del salón, con uno de los libros de medicina de su padre entre las manos. Cuando la oyó salir, entró en el despacho.

Ahí estaba. Un sobre de color claro, con unos cuantos sellos con la cara de George Washington adornados por las líneas curvas de los matasellos, y el nombre de su padre y su dirección escritos con una elegante caligrafía. Le dio la vuelta, leyó el remite. Sanatorio de mujeres de Blackwell's Island.

De manera que era verdad. Su madre había acabado en ese lugar infame. ¿Acaso no tenían dinero para que la cuidaran en un entorno más amigable? Aunque desde que aquella periodista, Nellie Bly, había pasado allí diez días haciéndose pasar por loca y había publicado esa serie de artículos en el periódico *New York World*, se suponía que el estado había invertido mucho dinero en la mejora de la atención a las pacientes. O eso decían.

Pobre Isabella. Había pasado de ser la diosa del Metropolitan a

pudrirse en una celda del frenopático. Se acercó al armario junto a la ventana, miró al exterior. Ya comenzaba a llover, las nubes negras se fundían con la ciudad, con el mar, como si la noche hubiera llegado demasiado temprano. Abrió la vitrina, tomó uno de los bisturís y lo utilizó para rasgar el sobre.

Dentro, una cuartilla, nada más.

Una mera cuartilla con unas líneas escritas a mano y una firma: doctor Kinier.

Unas pocas letras bastaban para comunicar una muerte.

Imaginó a su madre, demacrada después de esas horas, días, meses, años. Quizá parte de su preciosa melena se habría vuelto gris y su mirada verde habría perdido brillo, como una hoja seca. Estaría flaca, y su voz se habría agrietado como los muros del propio edificio. La imaginó muerta sobre las sábanas blancas del escaso lecho, con las manos cruzadas sobre el pecho. Helada, como la Reina de las Nieves.

Muda para siempre.

Dejó la cuartilla sobre la mesa, para que su padre la viera al llegar. Se sentó en la camilla. Su precioso vestido de seda rosa se arrugaría, pero daba igual.

Un rayo cayó muy cerca, el ruido fue tan fuerte que parecía que se habían rajado los cristales del invernadero.

Pero seguro que no.

Las preciosas orquídeas sin alma, como las llamaba Dri, seguirían a salvo en su prisión, muy lejos de la selva.

Cuando su padre, calado, entró en la casa, Flavia no se movió. Tampoco cuando se acercó a la mesa y tomó el papel con las manos aún mojadas. Ni cuando se aproximó a la ventana para mirar afuera con la cara empapada, era la tormenta, seguro, que seguía en él.

—La enviaste a Blackwell's Island. ¿Por qué no me lo dijiste?

—Tú ya lo sabías.

—No sé por qué dices eso.

—Nos conocemos, Flavia, eres mi hija.

—Soy tu hija, pero no me conoces.

—Te protegeré siempre, por encima de todo. La envié ahí para protegerte, y lo sabes. —George seguía con la mirada perdida en la tormenta—. Te protegeré con mi vida si hace falta. Pagaré cualquier precio, cumpliré cualquier castigo, si es necesario para que tú estés bien. Isabella nos estaba haciendo daño. Cuánto la quise. Qué preciosa era. Cuando le comenté lo que pasaba al doctor Kinier, me aconsejó internarla, y lo hice, sí. Me arrepentí enseguida, pero ya no pude dar marcha atrás.

No le contó a su hija que la primera vez que fue a visitarla con la esperanza de que se encontrara mejor, ya no era ella. Era un fantasma pálido con dos heridas en las muñecas y marcas de electroshock en las

sienes. Le pasó la mano por delante de los ojos pero no se inmutó. No lo reconocía, ni a él ni a nadie.

Por su culpa.

Por haber firmado el maldito consentimiento ante el juez.

¿Cómo iba a ponerse delante de Flavia para contarle lo que había sucedido? Imposible. Pero su hija era muy inteligente, sabía que había buscado una solución, sabía que, por encima de todo, estaba ella. Puso la mano sobre el cristal frío por la lluvia.

—Lo siento mucho, hija mía —continuó—. Nos hemos quedado aún más solos.

En el palacete de la Riviera di Chiaia, Dri daba golpes con el bastón en el suelo. Una, otra vez. Habían acomodado a Senta en una de las butacas del salón, y María, la criada, se dedicaba a abanicarla. La *nonna* se sentaba en su silla al lado de la ventana para mirar hacia el Vesubio, como le gustaba. Leone y Russo cuchicheaban en el pasillo.

—Se me escapó. —Se justificaba Russo—. Me despistó diciéndome que le trajera el sombrero, y aprovechó para irse. Carlo aún estaba en casa, debió de salir poco después.

—Hay que esperar, a ver si aparece. —Leone se pasó la mano por la perilla—. O podríamos ir al teatro. Puede que los hombres que tenemos allí hayan visto algo.

—¿Voy yo?

—Buena idea.

Dri se dirigió a la entrada de la casa. Había percibido pasos en el sendero del jardín. Alguien se acercaba bajo la tormenta.

La puerta dio paso a Mario, que venía de dar un paseo con sus amigos.

—Hola. —Saludó con despreocupación—. Anda, si Leone está aquí. Hola, señor Leone. ¿Sabe algo ya del Lector, hay novedades?

—No, caballero. Todavía nada.

Senta respiró hondo varias veces, tenía que rehacerse, tenía que sacar a su hijo de la casa. Apartó a María, se levantó y fue hacia él.

—Mario, acompáñame. Tengo que hacer compras, comeremos fuera. Espera un momento, que me prepare.

No tardó nada. Cogió a su hijo del brazo y, juntos, salieron.

—Hace bien —afirmó Leone—. Es una mujer valiente. No quiere que el chico reciba malas noticias así, tan de repente. La navaja… Carlo.

—¿No es demasiado evidente? —comentó Russo—. Si yo fuera el asesino, no dejaría mi navaja como prueba.

—Nunca se sabe. Quizá quiere que lo detengamos. No es el escritor

de su propia historia, nunca lo ha sido. Puede que quiera decidir algo, para variar.

Russo enarcó las cejas. Al fin y al cabo, era lo único que tenían. Salió, se dirigió al teatro. Dri regresó al salón.

—*Nonna*, tienes que comer algo. María, tráigale un plato.

La cocinera se secó una lágrima con la punta del delantal.

—¿No esperamos a tu madre? —preguntó la *nonna*—. ¿Y a Carlo?

—Es tarde. Quizá se hayan quedado a comer juntos en alguna parte.

—¿Sin avisar? Martia no se comporta así. ¿O sí? Porque últimamente está bastante distinta. No sé qué pensará mi hijo cuando vuelva de ultramar. Si es que vuelve.

—*Nonna*, por favor, no digas eso. —Dri se acercó a ella y le puso la mano en el brazo—. Volverá.

—¿Han matado a tu madre? —La *nonna* se tocó el collar con el cuerno rojo que no se quitaba nunca.

—¿Qué es lo que estáis diciendo? —Martia, de pie en la puerta del salón, los miraba a todos con asombro—. Me he retrasado un poco, ¿por qué no estáis comiendo?

—Hija mía. —La *nonna* sonrió—. Ya sabía yo que lo tuyo no era morir aún, pero estos hombres me hacen dudar de todo, ¡qué barbaridad! Vamos a comer.

—Pero ¿qué dice? ¿Morir yo? ¿Por qué?

Dri se acercó a ella. Sentía tanto alivio que le dieron ganas de llorar. La abrazó un instante.

—Ha aparecido otro manuscrito, *mamma*, clavado en la puerta. Teníamos miedo por ti.

—Sí, señora, sí. —Leone entró al salón detrás de ella—. Clavado en su puerta, con la navaja de Carlo.

—¿Y por qué tiene el asesino la navaja de Carlo? ¿De dónde la ha sacado? ¿Otro manuscrito? Ay, Dios mío. Otra muerte. ¿Y si ha matado a Carlo?

—No, señora —dijo Leone—. Ha matado a una viuda, mujer. Lo pone aquí. —Le mostró el papel.

—¿Y dónde está?

—No lo sabemos.

—Hay que ir al teatro. La habrá dejado allí, como siempre. —La *mamma* dio media vuelta y se dirigió a la salida—. ¡Arno! Prepara el coche.

—*Mamma*, come algo —rogó Dri—. Deja que vayamos nosotros.

—Tonterías. ¿Quién tiene hambre? Yo no.

—Yo sí. —La *nonna* se sentó a la mesa—. Id a buscar el mal. Yo ya soy muy vieja para preocuparme por la vida.

—Usted tranquila, madre. —La *mamma* se dirigió a la salida,

deprisa—. Vamos, Dri. Señor Leone, venga con nosotros. ¿Dónde está Russo?

—En el teatro, supongo —dijo Leone—. Estaba muy afligido por haberla perdido esta mañana.

—Esto es un desastre. —Dri negó con la cabeza—. De mal en peor. ¿Qué pretendía Alfano cuando me envió a este hombre? No lo sé.

—Alfano estaba muy preocupado por el caso. —Leone se mesó la perilla—. De Blasio y él no son amigos, pero a Erricone no le gusta que haya algo en la ciudad que se le escape, y más si es de esta naturaleza. El crimen solo le pertenece a él, según dijo.

—Pues de nada está valiendo.

—Quizás hoy haya una detención. —Leone miró su reloj de bolsillo: ya eran las cuatro—. No tardando.

Arno los condujo al teatro. La tormenta ya había pasado, la toba volcánica se mostraba aún más gris bajo el cielo nublado. La brisa hacía que la lluvia siguiera cayendo bajo los árboles de la Riviera di Chiaia. Dri respiró hondo. Un día como ese no debía oler tan bien, a tierra mojada, al aire limpio.

Russo los esperaba en la entrada principal.

—Nada —anunció—. Aquí no hay nada. No hay novedad.

—Pues la novedad estará en algún sitio —dijo Leone—. ¿Ha aparecido Carlo?

—No.

—¿Falta alguien más?

—No lo sé. —Russo alzó los hombros.

—¿Los hombres lo saben? Deberían.

Russo entró de nuevo en el teatro y al poco salió acompañado de los dos policías, vestidos como los carpinteros que trabajaban en los decorados. Leone se acercó a ellos, hablaron en voz baja. Cuando acabaron, Leone se acercó a la *mamma* y a Dri, que esperaban junto al coche.

—Falta la mayoría —dijo Dri—. No llegarán hasta dentro de un rato, cuando comiencen los ensayos.

—Sí, señor —contestó Leone—. Pero esta mañana la costurera no ha venido a trabajar.

—¿Chiara?

—Ay, *Santa Madonna*, ¡Chiara! —exclamó la *mamma*—. Hay que ir a su apartamento del Vico Galuppi. No, no estará allí, tiene un taller de costura en Pizzofalcone, cerca de la casa azul, desde hace poco. Yo la he ayudado.

Se detuvo de repente. Sí. Muy cerca de donde, esta mañana, había visto a Carlo. ¿Dónde estaba su hijo?

—Vi a Carlo allí, esta mañana —continuó, casi susurrando—. ¿Estará en peligro?

—Vayamos. —Leone subió al coche de nuevo—. Hay que asegurarse. Russo, venga también. ¿Carlo estaba cerca del taller de Chiara?

Martia asintió.

Leone abrió mucho su ojo izquierdo y se mesó la perilla.

*E*l taller de Chiara estaba en la Via Egiziaca, en la segunda planta de un alto edificio, sobre una tienda de ultramarinos.

—En el segundo, en la puerta de la izquierda —señaló Martia.

—Subiremos nosotros. Russo, vamos —ordenó Leone.

—Dri, apóyate en mí. —La *mamma* le tendió el brazo—. No creerán que nos vamos a quedar en la calle.

—Por el amor de Dios, *mamma*, ¿es que piensas subir? —Dri la sujetó del brazo—. Si ha pasado algo ahí arriba, no va a ser bonito.

—No lo será, señora —dijo Leone—. Quédese aquí fuera.

—Atacan mi teatro. Matan a mis empleados, que están bajo mi supervisión, y ¿pretenden que me quede quieta? Chiara es mi amiga. Me pidió ayuda para crear este taller de costura y la apoyé. Puede que no pase nada. Puede que una de sus hijas esté enferma. —No dijo que, cuando eso sucedía, siempre enviaba recado. Que Chiara nunca había faltado a su trabajo sin avisar primero, y más cuando faltaba poco para un estreno—. Habrá que comprobarlo. Si no está aquí, iremos a su casa.

Entró la primera. Dri la siguió, apoyado en su brazo. Aunque no quisiera, aunque prefiriera estar muy lejos, la *mamma* tenía razón. En cuanto subieron el primer tramo de escalones, lo supo.

Chiara, en el caso de que fuera ella, estaba muerta.

El olor a sangre le resultó tan intenso que pudo saborearlo. Se detuvo, sujetó a su madre. Leone se tropezó con su espalda.

—¿Pasa algo?

—¿No lo huelen?

Escuchó a Leone inspirar hondo.

—No sé. Huele a ultramarinos, ¿huele a salsa de tomate?

—*Mamma*, no te acerques más. Deja que vayan ellos. Que pasen primero, al menos. Hay alguien muerto, se lo aseguro.

—Debemos entrar primero nosotros, señora, para ver si hay alguna pista. Es necesario.

—De acuerdo, pasen. Esperaremos en la puerta.

Dri suspiró con alivio, no sabía si por su madre o por él mismo, aunque no viera. Subieron hasta la segunda planta. Leone giró el pomo de la puerta, se abrió con facilidad.

—*Santa Madonna* —exclamó—. Señora, creo estar en lo cierto si afirmo que se trata de Chiara.

La *mamma* asomó la cabeza por el umbral. Todo parecía estar en orden: la mesa de costura, las telas, la caja de tizas, las tijeras, el maniquí con uno de los trajes que estaba cosiendo, la Singer vieja que ya no utilizaban en el teatro y que le había regalado.

Se fijó en lo que había al lado del alfiletero.

Un papel escrito con esa caligrafía elegante.

Una aguja aún enhebrada, al lado de algo que… ¿podía ser un pulgar? No, seguro que era cualquier otra cosa, no podía ser un pulgar ni nada de eso. Despegó los ojos de la mesa para ir a posarlos en algo peor.

En una esquina de la habitación, cerca de la estufa de hierro. Ella. Atada a una silla, con la cabeza inerte inclinada hacia el pecho. Sobre un charco de sangre como una alfombra oscura. Con el vestido levantado hasta las rodillas, dejando al aire sus piernas manchadas por el líquido rojo. Un poco más allá, en el suelo, los restos rotos de un jarrón blanco y azul.

Martia se sintió desfallecer. Dio dos pasos atrás, se apoyó en su hijo.

—El manuscrito —anunció Leone—. No falla. Oh, señor. ¡Un pulgar! ¿Esta vez no se lo ha llevado?

Russo carraspeó y sacudió la cabeza, no quería vomitar, era un policía, un hombre hecho y derecho, no podía dejarse vencer por el miedo, por el asco, por la huella del maldito mal. Estaba ahí para combatirlo, ¿no era así? Tosió.

Leone tomó el manuscrito y comenzó a leer.

> Quería hacer dos incisiones, para ver por cuál de ellas sangraba más. No tenía intención de ver el interior, era demasiado sucio.
>
> Me agaché frente a ella. Pasé los dedos por la piel cálida del muslo. Había querido enviudar. ¿Es que su marido la trataba mal? Tenía una existencia acomodada, pero eso no significaba nada. Le pellizqué un poco la hendidura, dio un respingo. Respiraba rápido. ¿Cuántas veces más realizaría algo tan cotidiano, algo en lo que ni reparamos?
>
> Palpé la cara anterior del muslo izquierdo, hasta que encontré la arteria femoral. Apenas se notaba, pero fue suficiente.
>
> Hice una incisión de un par de pulgadas.
>
> La sangre comenzó a manar, mientras la dama temblaba.
>
> Corté también la muñeca derecha, para seccionar la arteria radial.

Me aparté un poco, no quería mancharme.

La sangre fluía con cada latido, oscura, sobre sus piernas blancas, le empapaba poco a poco las medias.

Ya no había fuego en la chimenea. Olía a humo, a hierro, a violetas.

Me hubiera gustado mirarla a los ojos, pero confieso que no supe cómo podía obligarla a mantenerlos abiertos, si su deseo era dejar de ver tan pronto. De todas formas, ya no tenía ansia de atisbar algo del más allá. Hacía tiempo que había llegado a la conclusión de que era un concepto inventado por algunos para asustar a los niños. Dios, demonio. Paraíso, infierno. Todo leyendas.

Estaba preciosa, atada a la silla, tan desvalida, muriendo frente a mí.

Cada vez había más savia bermeja derramada en torno a ella. Su respiración agitada comenzó a tornarse calma. Su cuerpo se relajaba. Sus ojos por fin se abrieron, ya velados por la falta de ímpetu.

Acerqué mi nariz a la suya. Compartimos su último aliento.

Me di cuenta de que no me había percatado de por qué arteria la pérdida de sangre había sido más abundante. Probablemente por la femoral.

Daba igual.

Había sido hermoso.

Bien, el espectáculo había acabado.

Demasiado breve, como siempre.

Le quité los lienzos de la boca. Saqué la sierra y le corté el pulgar, lo envolví en uno de ellos.

Le corté también el otro. Lo dejé sobre la mesa, como regalo para La Reynie. Seguro que lo disfrutaría sobremanera.

Tengo que reconocer que busqué por la casa, abrí cajones, baúles.

Tuve suerte. Bajo el colchón del que debía ser su lecho, hallé una bolsa de luises de oro.

Iba siendo hora de cambiar de vida, de llevar a cabo mis planes.

Me puse la capa y el embozo, abrí la puerta, me uní al enjambre de ciudadanos que iban y venían por las calles de la ciudad, como si fuera una más. Lo era, ¿verdad?

Leone negó con la cabeza. Dio dos pasos hacia Chiara, la examinó.

—Todo —iba diciendo—. Se cumple todo lo que leímos en los archivos de La Reynie. La descripción de los hechos, el pulgar que le dejó el Aserrador de regalo y que ahora el Lector nos proporciona, el otro también amputado. Todo. Este manuscrito está escrito por un monstruo, y ese monstruo de alguna manera ha llegado hasta nosotros. Se ha perpetuado. Más de doscientos años después, sigue matando. Es terrible. ¿Dónde habrá encontrado el Lector este manuscrito? Hay que hallar el resto. Pobre Chiara, es igual que en el papel. Los cortes, las ataduras, todo. Parece que no hay huellas, como siempre, Russo, examina la mesa. Es tan cuidadoso… No hay signos de lucha, todo está ordenado, ¿lo limpiaría? Es terrible. Hay que buscar huellas, por favor, que no entre nadie, Russo, deja la mesa y avisa a De Blasio. Que venga con refuerzos. Señor Dellanotte, señora Dellanotte, váyanse. No toquen nada. Quizá de aquí podamos sacar algo en claro.

—Tiene razón, *mamma*. Vámonos.

Martia guardó silencio. Se santiguó y salió acompañada de Adriano.

He podido elegir muy pocas cosas. Siempre ha habido quien tomara las decisiones con respecto a mi vida y a mis asuntos, por un motivo u otro.

Y ahora resulta que yo decido sobre la existencia de los demás. Yo elijo quién vive o quién parte, quién puede seguir respirando el viento que nos da la música y quién cerrará su garganta para siempre.

Es una sensación placentera, lo reconozco.

Poco a poco, me libraré de las cadenas que hasta ahora me aprisionaban y conseguiré volar, libre por fin, sobre las tristes cabezas de los mortales.

El manuscrito secreto

Tardé un par de meses en ganarme del todo la confianza del suegro. Sí, de vez en cuando limpiaba el taller, lo acompañaba en alguna entrega, pero para que mi plan fuera efectivo, necesitaba acercarme a él. A monsieur Antoine Nerry. Alto y delgado como su hijo, con sus mismos ojos rasgados. A diferencia de él, tenía unas manos fuertes, callosas, surcadas por venas que sobresalían, por arrugas profundas. Era un hombre calmado que disfrutaba con su trabajo.

El hermano mayor de Claude se encargaba de las tareas más pesadas en la ebanistería. Cortaba la madera, montaba los muebles con ayuda de varios empleados. Monsieur Nerry trabajaba en los acabados. Tallaba las elaboradas decoraciones, casi todas con motivos vegetales, pintaba, doraba. Dominaba el arte de la marquetería.

La suegra no solía estar en el taller. Ocupaba su sitio en la planta de arriba, en la cocina.

El primer día acompañé a la ovejita y se la dejé a la suegra.

El segundo, nos demoramos en el taller para saludar al abuelo.

El tercero envié a la niña arriba y me quedé un rato por allí, como si el asunto me hubiera suscitado un repentino interés. A partir de entonces, cada día me sentaba al lado del suegro y lo observaba. Sus manos viejas tenían la precisión de las de un cirujano. Preparaba las pequeñas piezas de madera de boj, de nogal. De caoba, tan rojiza y extraña. De marfil, de nácar. Las recortaba con precisión, las iba encajando en su lugar para dibujar aquellas formas perfectas. Era otra forma de alquimia, de transformación, de magia.

Él levantaba los ojos de la madera de vez en cuando para observarme de reojo, incluso hacía algún gesto de fastidio, como si le molestara mi presencia cercana. En más de una ocasión me señaló la puerta, pero no le hice caso. No solía hablarme. Quizá porque sabía que no podría contestar.

Pronto aprendí la mejor manera de asistirle. Le acercaba los instrumentos que necesitaba, la madera que me indicaba con una mirada. Le servía algo de agua, pues no bebía vino. Le pelaba y

cortaba una manzana, o una pera, o le traía algún bizcocho recién horneado.

Poco a poco se acostumbró a mi presencia. A mi cotidianeidad. Me convertí en otro elemento más de la famosa ebanistería Nerry. No tan famosa como la de Boulle, que hacía años que se había trasladado a un taller al lado del Louvre gracias al favor del rey, pero en fin. Hacíamos lo que podíamos. La situación duraría lo que debía durar, ni mucho, ni poco, lo necesario para que los polvos de sucesión hicieran su trabajo sin levantar sospechas. Limité mis visitas a La Voisin a dos tardes por semana para poder atender mi casa y a mi marido.

Comencé el asunto en marzo de 1678.

Demasiado tarde.

Cuando París estaba dejando de ser acogedor, por culpa de las pesquisas de ese intrigante La Reynie.

Estaba deteniendo a gente, interrogando, atormentando, debido a que una tal Madeleine Lagrange había afirmado, un año antes, que existía una conspiración para matar al rey con una ¿carta envenenada? Qué absurdo.

La Voisin me había advertido: debíamos ser extremadamente prudentes.

Bien, lo seríamos.

Comencé con dosis pequeñas, que apenas le causaron malestar.

De cara a la primavera, las dupliqué.

Los dolores de estómago se convirtieron en algo cotidiano para él.

En verano, la suegra se empeñó en llamar al médico. Yo hubiera preferido que no lo hiciera, como es evidente, pero en fin. Confiaba en su probada incompetencia.

Cuando llegó, monsieur Nerry estaba en su lecho, yo barría el taller. Lo seguí a la casa, donde lo esperaba la suegra. Quería enterarme del diagnóstico. Entró a la habitación, cerró la puerta tras él. La ovejita se pegó a mí.

—Madre, ¿creéis que se morirá?

Bajé los ojos hacia ella, que me tiraba de la falda. Ni asentí ni negué.

—No sé por qué Dios nos ha hecho así. No sé por qué nos tenemos que morir. —¿Se acordaría de aquel pajarito que mató con sus propias manos? Quizá ya no—. Tampoco sé por qué os hablo, si ni siquiera me escucháis —susurró. Se separó de mí y se abrazó a la suegra, que se retorcía las manos sin apartar los ojos de la puerta.

Tenía razón.

Cuando el médico salió, nos acercamos a él, ansiosas. Me esforcé por imitar la expresión de anhelo de la suegra.

—Bien, señoras. Lo que padece monsieur puede ser algo natural, pero también puede ser otra cosa. Lo he visto antes, en los hermanos

de aquella marquesa, la de Brinvilliers. Atendí a Antoine, atendí a François. Con el primero no sospechamos, pero sí con el segundo. Yo ya…

Me afané para no mover ni un solo músculo, para no pestañear, para que mi mirada permaneciera invariable. ¿Tenía que ser el mismo médico? El calor de la ira me quemó en el estómago.

—¿Monsieur tiene algún enemigo?

Nos miró con atención, a todas, incluso a la ovejita. La suegra se quedó paralizada, con la boca abierta.

Me brotó una lágrima, que no me molesté en enjugar. Bajé los ojos.

—No os asustéis —pidió el caballero—. Lo que os ruego es que lo vigiléis bien. Vos también, señora. —Se dirigió a la suegra—. Que no coma nada que no le preparéis. Aunque eso no asegure que… Ejem. Bien, volveré dentro de unos días para ver cómo sigue nuestro enfermo. Hasta entonces, dadle una infusión hecha con estas hierbas. —Le tendió un paquetito a la suegra—. Espero que se vaya notando la mejoría. Vaya caso, aquel de la Brinvilliers. No os podéis imaginar cuántos hay así. París ha enloquecido.

La suegra acompañó al médico hasta la calle. La ovejita y yo entramos en la alcoba. Monsieur, pálido, ojeroso, nos hizo un gesto con la mano para que nos aproximáramos.

—Bah, matasanos. Venid, hijas. Madeleine, dad un beso a vuestro abuelo. Ya veréis cómo pronto estaré bien. Para el otoño, sí, para el otoño.

Había un deje de tristeza en su voz, como si no estuviera convencido de lo que decía.

Yo sí lo sabía. Sabía que antes del otoño estaría bien, al menos, del mal que le aquejaba. Con ese médico rondando por ahí y el maldito La Reynie persiguiendo a los de nuestro gremio, no podía arriesgarme a acabar en la hoguera.

La *mamma* y Dri subieron al coche y ordenaron a Arno que los condujera al teatro.

—«¿Sabes qué oscura obra, ahí abajo, se completa?» —murmuró Dri, citando a la *Tosca*—. «Ahí… ¡se prepara un patíbulo!»

—*Tosca* es una ópera —respondió la *mamma*—. Aquí no hay patíbulos. Hay tribunales.

Dri guardó silencio. No quería pensar qué pasaría si era Carlo el culpable. ¿Qué pensarían la *mamma*, o Senta? ¿Y Flavia? ¿Realmente la diva habría… tenido algo con él? ¿Querría seguir relacionándose con el hermano de un asesino? ¿Le valía de algo? Solo contaba con las migajas de amor que ella le daba, de vez en cuando, en el invernadero. Pero era mejor que nada. Si Carlo era culpable, perdería toda oportunidad de que George le diera permiso para casarse con ella.

—Dejaremos el teatro —dijo por fin—. Así se acabarán las muertes y yo podré casarme con Flavia.

La *mamma* acarició el terciopelo negro del asiento.

—Si cierras el teatro, todo habrá acabado, y nuestra familia perderá lo que es y por lo que ha luchado durante todos estos años. ¿Qué diría tu padre? ¿Y tu *nonno*?

—Mi padre se ha ido por su cuenta. Y el *nonno*…

Nunca le había contado a su madre, ni a nadie, lo que pasó aquella tarde en que Enrico Alfano salvó la vida y él perdió la luminosidad del mundo. ¿Qué clase de persona utiliza a su nieto, un niño, como escudo, y luego sigue viviendo como si nada? Negó con la cabeza.

—No podemos seguir así —continuó—. Ya han muerto demasiadas personas.

—Nada te asegura que, si cierras, el asesino deje de matar. Eso solo pasará si Leone logra encontrarlo.

—*Mamma*, Leone sospecha de Carlo.

Martia sintió cómo su vientre se encogía. Ese vientre que había creado sus dos hijos y otros dos que no pudieron sobrevivir. Era imposible que alguien que había nacido de ella se dedicara a arrebatar vidas, lo sentía en su carne.

—Leone no tiene certezas.

—Debería tenerlas y que esto se acabara.

—Ten paciencia. Llegará.

Ojalá él estuviera tan seguro.

Cuando llegaron, Dri se acordó de que tenía el *cello* en casa, de manera que ordenó a Arno que lo condujera a Chiaia. La *mamma* se apeó y entró en el teatro. Fue directa al despacho de Carlo y sí, su hijo estaba dentro. Uno de esos policías que se habían disfrazado de carpinteros pero que todo el mundo sabía a lo que se dedicaban vigilaba la puerta. Le saludó con una inclinación de cabeza y entró en el despacho sin llamar. Carlo estaba anotando los gastos que había supuesto el montaje de *Tosca* en un cuaderno de contabilidad. Levantó la mirada un momento.

—*Mamma*, no tengo tiempo.

—Como bien dices, soy tu madre. —Colocó una silla al lado de la de Carlo, se sentó y le puso la mano en el brazo—. Mírame, hijo.

Pero él no levantó los ojos del cuaderno. No, no quería mirar a su madre, no tenía ganas, solo deseaba que lo dejaran en paz.

—Carlo, ¿qué has estado haciendo esta mañana?

—¿De verdad no voy a poder trabajar con calma?

—Han matado a Chiara.

La *mamma* vio la expresión de horror de su hijo, cómo sus ojos del mismo color ámbar que los de su padre se clavaban en ella pidiendo explicaciones, rogando que no fuera verdad. Y su certeza se confirmó aún más.

Carlo se levantó de la silla, se pasó la mano por su cabello bien peinado con el aceite de Macasar.

—¡No me lo puedo creer! ¿Y no queréis cerrar el teatro? ¡Esto es un desatino!

—Tu hermano también lo dice. Pero yo no. Esto —hizo un gesto con la mano señalando alrededor— no es algo que pueda o deba desaparecer de un día para otro, aun con lo que está pasando. Esto es algo más grande, ya no por toda la gente que depende de nosotros, sino por lo que significa. Le damos ilusión al público. Le damos algo en lo que pensar, algo por lo que seguir adelante. La ópera es un espectáculo grandioso, y nada debe hacer que desaparezca. Superaremos este episodio desgraciado. Leone encontrará al causante.

—Mucho confías en ese fantoche.

—No hables así.

Cuánto le costaba contener la furia que lo corroía por dentro. Nada estaba bien, ni el teatro, ni su mísera existencia. Nadie le hacía caso.

—¿Y Adriano?

—Vendrá ahora para los ensayos.

—Hablaré con él.

—¿Para qué? Ya te digo que cerrar no es una opción.

—No te compete tomar esa decisión.

—No me faltes al respeto.

—Tú nos estás faltando al respeto a nosotros y a padre, ¿qué haces en el teatro, por qué sales sola de casa? No es una actitud correcta para una…

—Alto. —La *mamma* se levantó, se puso frente a él y le apuntó con el índice—. Soy una mujer, sí, pero ¡he aprendido a leer! Hay mujeres que estudian, que escriben, que van a la universidad. Son pocas, pero las hay. Y cada vez serán más. No soy un adorno para la casa.

—Eso es absurdo. ¿Que has qué? ¿Por qué? ¿Dónde? ¿Ves como nos faltas al respeto? ¡Adriano! ¡Esto es absurdo!

—Deja de exagerar. ¿No lees tú? Yo también valgo. Yo también opino.

—*Mamma*, ¡no! ¡Basta! Siento vergüenza. Dejémoslo ya, ¡por favor!

—Voy a seguir en el teatro, y cada vez más. Necesitamos una nueva costurera, pobre Chiara. No sé si alguien va a querer trabajar con nosotros, quizá no. *Ciao*, hijo. Sigue con la contabilidad.

Martia salió del despacho. Se limpió los ojos llorosos, pero sonrió. Su hijo sabía que ella había cambiado y ella sabía que su hijo era inocente. No había ido tan mal.

Al día siguiente, aún no había amanecido cuando sonaron varios golpes en la puerta del palacete de la Riviera di Chiaia. Carlo se despertó sobresaltado, se puso el batín y bajó a abrir. Se encontró a su hermano, que también se había levantado, y a Russo.

—¿Quién es? —preguntó Carlo antes de abrir.

—¡Leone!

—*Santa Madonna*, ¿a estas horas? —dijo la *mamma*, que se había levantado también, al igual que Senta.

—Sí, señora. —Leone golpeó de nuevo la aldaba—. Hay noticias.

Carlo abrió. Leone entró primero, seguido de tres policías de uniforme.

—Carlo, queda detenido —anunció Leone con el ojo izquierdo muy abierto—. Esposadle.

Los tres policías se acercaron a él. Uno de ellos lo cogió por el brazo y se lo giró hacia la espalda, otro le colocó las esposas.

—Esto es absurdo —exclamó—. ¿Por qué me detienen? Yo no he

hecho nada.

—Se equivoca, Leone —dijo la *mamma*—. Es inocente.

—¿Qué va a decir la madre? Hemos encontrado huellas dactilares que lo inculpan. Y la navaja…

—¿Qué navaja? —preguntó Carlo—. Hace días que perdí mi navaja. ¡La perdí! ¡Son unos inútiles!

—Basta, Dellanotte —ordenó Leone—. Vendrá con nosotros. Adiós, señores. Por fin hemos podido detener esta barbarie. Russo, se acabó la vigilancia.

Salieron.

Se llevaron a Carlo.

Senta se abrazó a la *mamma* para no caer al suelo.

Dri apoyó la espalda contra la pared, respiró hondo.

Su hermano. No quería creerlo, pero al final había resultado verdad.

—No, no —decía la *mamma*—. Se han equivocado. Es inocente. ¡Inocente!

La *nonna*, en camisón, lo había visto todo desde la escalera.

—El mal. —Besó el colgante en forma de cuerno rojo—, el mal está en nosotros, anida en nuestro corazón. Hay quien lo domina, hay quien es dominado por él. Que Dios nos ampare.

El manuscrito secreto

La ovejita besó al suegro, salimos de la habitación.

La rabia se apoderó de mí.

No podía continuar con mi plan. Debía visitar al viejo para no levantar sospechas, sin veneno de por medio. Le regalaría mi tiempo a cambio de nada, me aburriría como una idiota viendo cómo colocaba esas piezas, una tras otra, perdería una hora, dos, tres, cada mañana.

Agarré a Madeleine del hombro con demasiada fuerza.

—Madre, ¡me hacéis daño!

La suegra, que volvía de acompañar al galeno a la puerta, me miró aún peor de lo normal.

—Ven, Madi. —Cómo cambiaba su tono cuando se dirigía a mi hija —. Te prepararé un vaso de leche.

No solté a la niña. Era mía. Negué con la cabeza, la cogí de la mano. La niña iba a protestar, pero la miré. La palabra se le heló en la boca.

A mí me hizo gracia. Tenía la facultad de enmudecer a mi hija y no me había dado cuenta hasta entonces.

La conduje hasta nuestra casa.

Fuimos al pozo del patio, sacamos agua. Añadí jabón y ambas nos pusimos a fregar la escalera de caracol, de arriba abajo, escalón por escalón, de rodillas. Como las buenas mujeres.

El hecho era que, seguramente, nunca tendría mi propio laboratorio. Siempre sería una esposa frustrada, una madre espantosa, una persona fuera de su sitio.

Al menos, tenía a La Voisin. Poco a poco, reduje mi tiempo en el taller e incrementé de nuevo el que pasaba en la casa de la calle Beauregard. Podía refugiarme en ese lugar asombroso, que olía diferente en cada momento, dependiendo del frasco que abriera, de la destilación que hiciera. Era más mi casa que la del Faubourg Saint-

Antoine. Y además, cuanto más tiempo pasaba yo en el laboratorio, más tiempo tenía ella para ocuparse de sus otras obligaciones.

Enviaba muchos angelitos de vuelta al cielo. El horno del jardín estaba encendido cada vez más a menudo.

Visitaba clientes, recolectaba plantas, vigilaba a sus competidores, se acostaba con sus numerosos amantes.

El acuerdo era provechoso para ambas.

Pero yo no había olvidado el falso libro del buhonero. Tenía la intención de obtener un nuevo dedito para el siguiente cajón del libro, el de la *bryonia alba*. La brionia es una enredadera de un color verde intenso, persistente, que se extiende como una mala hierba, se mete donde no debe. De sus racimos de flores blanquecinas nacen pequeñas bayas de color negro. Bastan cuarenta para matar a una persona.

Había alguien que me recordaba a esa planta entrometida.

La vecina, madame Florit. Vivía frente a la ebanistería.

Mucho menos de cuarenta palabras suyas podían matar la reputación de cualquier dama.

Estaba algo obesa. No cumplía del todo los requisitos, pero se aproximaba bastante, y no había que ponerse exigentes, tampoco era tan fácil encontrar el escenario perfecto. Me pillaba bastante a mano, conocía sus costumbres. Su marido y sus dos hijos, aún solteros, trabajaban en el taller de Boulle. Aún recuerdo el escándalo que armaron cuando Boulle trasladó su taller cerca del Louvre. Se quejaron, protestaron, gritaron. Solía escuchar sus peleas demasiado frecuentes desde mi casa. Era, por decirlo de alguna manera, molesta.

Casi cada mañana se iba al mercado. Demasiado a menudo para una familia corriente, pero así era. Venía, colocaba la compra y salía a sentarse un rato a la puerta de su casa. A observar cómo la gente iba y venía, a hablar con unos y con otros de los demás. Por la tarde, el humo que salía de su chimenea olía a carne asada. De algún sitio venía tanta redondez en los cuerpos de los cuatro.

Determiné que ella sería la siguiente, pero no me apetecía hacerlo como con las demás, las que se parecían a mi dama.

Con ella probaría algo diferente. ¿Acaso no era venenosa la brionia? ¿No era ese su cajón? ¿No estábamos en verano, cuando maduran las bayas?

Leone se decidió. Carlo llevaba ya un día en la celda, era hora de interrogarlo.

—Russo, vamos a ello.

Los dos hombres bajaron al sótano de la prefectura, donde se encontraban los calabozos. Carlo estaba encerrado en una celda sin ventanas, con un jergón y un cubo como único mobiliario. Lo encontraron sentado en el suelo, con los brazos cruzados sobre las rodillas, el traje arrugado y la mirada perdida. En cuanto los vio, se levantó de un salto y se acercó a los barrotes.

—¿Me van a sacar ya de aquí? Esto es un ultraje. Perdí la navaja hace unos días, ni siquiera sé cuántos porque no la uso, esa es la verdad. Cuando acabemos con esto, les llevaré a ustedes ante un juez. Leone, sabía que no lo conseguiría desde el primer día que lo conocí, pero no pensé que se equivocaría tanto.

—Si es inocente, me va a tener que explicar unas cuantas cosas. Vamos, Russo, espósalo. Pero esta vez lo vamos a hacer un poco diferente. Espósalo aquí, en este lado. —Leone abrió la celda y señaló uno de los extremos.

Russo alzó una ceja, pero no dijo nada. Entró en el calabozo, esposó las manos de Carlo a los barrotes.

—Esto es absurdo, ¿qué pretende al esposarme así? ¿Va a pegarme?

—No, señor. Yo no pego a nadie. Solo quiero charlar. Quiero que me cuente dónde estaba, pongamos por caso, la mañana que Chiara murió. Ha sido antes de ayer, lo recordará perfectamente.

Carlo frunció el ceño. No tenía coartada y lo sabía.

—En Nápoles.

—¿En Nápoles? ¿Esa es su respuesta?

Carlo miró alrededor, sin saber por qué. Huir era imposible, y, si lo

consiguiera, ¿qué haría? ¿Vivir escondido, como un pordiosero?

—En Nápoles, sí, vagando por las calles, muy lejos del taller de Chiara.

—Miente. Así es imposible que crea en su inocencia, si me miente todo el rato. Su madre lo vio en Pizzofalcone.

—¿Mi madre? ¿Y qué hacía mi madre en Pizzofalcone?

—Ella sí tiene coartada. Pasó la mañana en la casa de la maestra Vezzosa. Parece ser que leer es algo irresistible para ella. La señora Dellanotte no mató a Chiara, ni tampoco a Ana de Rosa, porque mientras moría, Adriano y ella estuvieron conmigo. Dígame, ¿dónde estuvo usted el día que asesinaron a Ana de Rosa?

—En mi casa, se lo dije entonces.

—Sin coartada y mintiendo de nuevo. No soy tan torpe como usted piensa, hago indagaciones, pregunto a las personas. El cochero que lo trajo me dijo que lo había recogido en la Via de San Giacomo, al lado del teatro. Usted estaba en el sitio adecuado, en el momento adecuado, y además miente. No, ya ve cómo están las cosas, no puedo creer en su inocencia. ¿Estuvo usted en el taller de Chiara?

—Nunca.

—Pues cuénteme por qué hay huellas suyas en uno de los pedazos del jarrón, si su madre afirma que ese jarrón no es ni de su casa, ni del teatro.

Carlo palideció. Leone abrió aún más su ojo izquierdo.

—No tiene ninguna excusa, ¿verdad? —siguió Leone—. No se puede ser tan cuidadoso una y otra vez. No podemos controlarlo todo, siempre hay algún fallo, algún imprevisto. Confiese, Carlo. No le queda más remedio.

—No es cierto —balbuceó—. No hay huellas mías en el jarrón.

—Lo limpió bien, ¿verdad? Y aun así se le escapó ese poquito. Qué cosas.

—Ningún juez admitirá unas huellas como prueba de culpabilidad. Alguien pudo ponerlas ahí.

—¿Poner sus huellas? No lo estropee más, Carlo. Y, además, ya se han hecho estudios sobre las huellas, ¿conoce el libro de Francis Galton? Hay muchos avances.

Leone se pasó la mano por la perilla. No, no era cierto. No creía que, con lo que tenía, un tribunal condenara a ese hombre. Lo de las huellas era ciencia, pero dudaba de que los jueces lo fueran a admitir, nunca antes se había hecho. Necesitaba su confesión.

—No me dice dónde estuvo antes de ayer, ni el día que mataron a Ana de Rosa. No tiene coartada. No le gusta el teatro, se siente prisionero de él, estaría encantado de cerrarlo, ese ha sido su propósito desde el principio, ¿verdad? Sí. Y matar. Le gusta matar, disfruta con ello, se ve en cada acto criminal. Dígame, ¿dónde esconde

el manuscrito? ¿Y los pulgares?

Carlo negó con la cabeza. Clavó la mirada en la pared de ladrillo que rezumaba humedad.

—Imagino que tendré derecho a un abogado, ¿no?

Russo se acercó a él y le propinó un puñetazo en el estómago. Carlo gimió.

—Déjelo, Russo, no haga eso —pidió Leone—. No hace falta. Carlo firmará su confesión, ¿verdad?

—¿No me ha oído? —gruñó Carlo—. No soy cualquiera en esta ciudad, soy Carlo Dellanotte, el dueño del teatro Dellanotte. Prepárese. Será usted el que tenga que presentarse ante el juez.

—No, señor, no lo crea. Acabará haciéndose justicia, eso es así. Lo tenemos, Carlo. Es cuestión de tiempo.

En el palacete de la Riviera di Chiaia, Senta salió de la casa con una silla, la puso bajo el limonero y se sentó. Necesitaba ese sol, el aire libre, no soportaba más estar en el interior, la *mamma* lloraba cada dos por tres, el enfado de Dri se extendía a su alrededor como una sombra que lo cubriera todo. Y ella… no podía creerlo. Negó con la cabeza, tuvo ganas de gritar.

Estaba casada con un monstruo. ¿Su marido había hecho todo eso? ¿Había matado a Luca, a Adolfo, a… un bebé? ¿Ella había dormido a su lado durante todos estos años, sin darse cuenta de cómo era?

Habían pedido a Leone que lo mantuviera en secreto todo lo que se pudiera. Temía lo que pasaría cuando la gente se enterara. La señalarían, y a Mario también. Aún no se lo habían dicho. ¿Cómo se hace eso, decirle a tu hijo que su padre es un asesino? Cerró los ojos con fuerza, no quería derramar ni una sola lágrima más por ese desalmado. Los abrió al escuchar a alguien a su lado.

La *mamma*. Traía otra silla.

—Hace bueno aquí fuera, ¿verdad? —Se sentó junto a ella, le puso la mano en el brazo un momento.

—Sí. Hace bueno.

—Senta, espero que no creas ni por un momento que Carlo ha hecho todas esas cosas. Mi hijo no es así. A veces tiene mal humor, es verdad, y es un poco egoísta, quizá por mi culpa. Pero no haría esas barbaridades.

Senta suspiró. Era su madre, ¿cómo iba a creerlo? Ella tampoco lo creería de Mario.

—No, *mamma*.

—Tienes dudas.

Senta miró en dirección al mar y deseó estar en un barco, navegando rumbo a donde fuera, lejos de allí.

—No las tengas —continuó la *mamma*—. Es inocente y hay que sacarlo de la cárcel. Voy a hablar con un abogado, el mejor de Nápoles: Domenico de Roberto. Él nos ayudará, ya lo verás.

La *mamma* se levantó, tomó la silla y entró en la casa de nuevo.

Flavia, en el invernadero, cantaba *Tosca*. Le gustaba esa ópera. Tan… teatral. Tan inquietante. Además, cuando cantaba, no pensaba en nada, solo en la melodía, en las palabras que se desgranaban. Casi prefería que esa noche Adriano no apareciera, que la dejara cantar tranquila, que la dejara olvidar la imagen de su madre muerta sobre el jergón de un sanatorio mental. Pero ahí estaba. Entraba en el invernadero deprisa, como si tuviera ansia por verla. Se quitó la chaqueta y la corbata y las dejó en el taburete. Se desabrochó los botones superiores de la camisa. La brisa se colaba por los paneles abiertos, se podían ver algunas estrellas y la luna, blanca y redonda, tras la alta silueta del hombre. Flavia se detuvo tras cantar el párrafo en el que Floria Tosca da muerte a Scarpia, el malvado jefe de policía.

—«¡Este es el beso de Tosca! ¿Te ahoga la sangre? ¡Te ha dado muerte una mujer! ¿Me has torturado lo suficiente? ¿Me oyes aún? ¡Habla! ¡Mírame! ¡Soy Tosca…! ¡Oh, Scarpia! ¿Te sofoca la sangre? ¡Muere maldito! ¡Muere! ¡Muere!»

A Adriano le recorrió un escalofrío. Pudo sentir la pasión de la diva mientras mataba al malvado, su dolor, su fuerza.

—Tengo que contarte algo. —Su voz sonó ronca, no, no podía decirle que su hermano era un asesino, era demasiado. Carraspeó.

—Dime, entonces —le susurró al oído.

—Es mi hermano. Está… detenido. En fin… Leone lo acusa de los asesinatos.

La seguía teniendo entre los brazos. No se retiraba, no lo rehuía.

—Lo siento —dijo ella—. Debe ser duro.

—Quédate conmigo. No te vayas.

—No me puedo ir, porque te estás convirtiendo en mi casa.

—Ojalá lo fuera.

—¿Piensas que es culpable?

—No lo sé. —Dri negó con la cabeza—. Pero ahora no quiero pensar más en ello, porque estoy contigo.

Flavia sonrió. Dri comenzó a desnudarla y ella a él, entre todas aquellas orquídeas sin alma, bajo la escasa luz de la luna.

El manuscrito secreto

Tomé la costumbre de saludar con la mano a madame Florit. A veces me paraba con ella y escuchaba sus peroratas.

—¿Qué tal está vuestro suegro, madame, se ha repuesto ya? Qué pena, qué pena, aún es joven. Esperemos que se reponga, no como monsieur Lalande, sí, ese que vive ahí abajo. —Señalaba en una dirección con su mano regordeta mientras me fijaba en su pulgar, que pronto sería mío—. Bueno, vivía, murió hace tres días de unas fiebres, o de otra cosa, ya sabéis, porque madame Lalande gusta de ir con unos y con otros, y la hija… ¡Ay, la hija! Os digo, pero no lo comentéis. —Bajaba la voz y aproximaba la boca a mi oído, mientas me sujetaba el brazo con la mano, para que no me fuera antes de que acabara con el chismorreo—. El niño ese que tiene no es de su marido, ¡no, no! Os lo digo yo, que sé mucho de la vida. ¿No la veis acaso, cómo mira a los hombres, cómo el niño no se parece en nada a su presunto padre? Ay, si yo os contara.

Yo asentía, como si me interesara lo que esa mujer me relataba con tanta pasión, y seguía con mi plan. De vez en cuando, le llevaba un pedazo de bizcocho en un platito de peltre. Lo devoraba en un momento, ni siquiera se molestaba en saborearlo.

Cuando determiné que había llegado el momento, salí a pasear una mañana temprano a las afueras, cerca del Sena, para buscar en los cercados de las huertas algún ejemplar de brionia. Fue fácil encontrarlo, pues se trata de una especie bastante común. No se puede decir que sea una planta fea, no lo es, aun a pesar del tacto velloso de sus hojas. Recogí las bayas. Cuarenta. Menos hubieran sido suficientes, no iba a confiar el éxito de mi misión a una única sustancia.

Recolecté también un buen puñado de moras, que aportarían más sabor a la preparación. Las probé, grandes y dulces, y mancharon mis dedos con ese color tan parecido a la sangre.

Disfruté sobremanera del paseo, pues esa noche había caído una poca lluvia, la tierra olía a humedad y al aire limpio de las afueras de la ciudad. Me dio pena regresar a la inmundicia de las calles, ¿acaso

estamos hechos los seres humanos para vivir hacinados, entre tanta porquería? Qué asco.

Cociné un bizcocho. Debo decir que me quedó esponjoso, dorado, en su punto de dulzura: me estaba haciendo una experta. Elaboré una crema de moras. Separé una parte, a la que añadí las bayas de brionia y la preparación que había traído el día anterior del laboratorio, cuyo ingrediente principal era la cicuta.

Rellené un pedazo de bizcocho con la mezcla venenosa, le puse un poco más por la superficie y lo decoré con tres moras. Que no se dijera que la última comida de madame Florit no iba a ser deliciosa. El resto del postre sería para mi familia convencional y para mí.

Como en las otras ocasiones, coloqué el bizcocho en el plato de peltre, salí, crucé la calle. Ahí estaba, sentada en esa silla que apenas podía sostenerla.

—Ah, ¿qué me traéis hoy? Tiene buena pinta. Os lo agradezco, sabéis que tengo debilidad por lo dulce.

¿Acaso, comiendo tan rápido, da tiempo a conocer qué gusto tienen las cosas? Lo dudo.

Se levantó para devolverme el plato. Volvió a ponerme la mano en el brazo y a susurrar:

—Vuestro marido. Está muy bien colocado en ese palacio del duque, ¿no es verdad? Qué suerte tiene.

Alcé las cejas.

—Habrá mujeres muy guapas en ese palacio, las habrá.

¿A dónde quería ir a parar? ¿Tenía Claude una amante?

—Debéis tener cuidado, no sea que os lo roben. En esta ciudad hay mucha pecadora, sí, mucha pecadora. Si oigo algo, os lo comentaré, como agradecimiento a las cosas ricas que me ofrecéis.

Asentí. Tampoco era tan importante. Me despedí de ella, no quería que me vieran allí más rato del debido.

La observé desde la ventana de la sala.

Al principio estaba tan tranquila. Contemplaba a la gente, como era su costumbre. Debía conocer los hábitos de medio Faubourg.

Al cabo de un rato comenzó a retorcerse las manos. Una y otra vez. Luego, cruzó los brazos delante del estómago. Había llegado el momento de acudir. Escondí el perfume de violetas y la sierra pequeña entre mis ropas, salí, me acerqué a ella.

Su cara pálida estaba cubierta de sudor.

—No sé… —balbuceó—. No sé… Creo que me pasa algo.

Intentó levantarse, la ayudé a entrar en casa.

Escuché cómo su orina goteaba en el suelo.

Se llevó una mano a la garganta, como si le ardiera.

—Aggg, ahí, ahí. —Señaló el patio trasero, casi no podía hablar. La llevé hasta él.

Dejé de sujetarla, cayó sobre la tierra cubierta de hierba. No solo se había orinado, la diarrea le había manchado la falda y las piernas. El olor acre me atravesaba. Saqué el perfume, mojé los dedos y se los pasé por el rostro sudoroso. No mejoró mucho, la verdad.

Tendió la mano hacia mí, me miró. No sé qué vería, pues abrió los ojos y la boca más de lo que parecía posible. Quiso gritar, pero su garganta solo fue capaz de emitir unos cuantos gorgoteos. Eso era lo bueno de la cicuta.

La dejé ahí. Aún tardaría un poco en morir, y yo quería registrar la casa: suele haber algo de dinero bajo el colchón, en la alacena o en algún baúl. Lo hallé escondido en una tetera, en el primer estante del armario de la cocina. Bien, ahora esas libras tenían otra dueña. En la mesa había un plato con manzanas, me apeteció una y me la comí.

Cuando determiné que había llegado la hora, salí al patio y me acerqué a ella.

Por fin, Leone se comporta como debe. Me divierte sobremanera ver cómo hace lo que le digo, cómo el plan se desarrolla según lo previsto, siguiendo el rumbo descrito en el manuscrito, mi brújula, mi mapa.

Me llamaban Viento porque lo soy. Me muevo como un ente invisible entre los frágiles y necios humanos, entro en sus casas, en sus vidas y en sus cuerpos como la brisa que viene del mar.

La confianza me vuelve invisible.

*F*lavia caminaba por la Via Caracciolo adelante, en dirección al puerto y al Castel dell'Ovo. Su padre estaba atendiendo urgencias y ella, esa mañana de finales de verano, no quería quedarse en la casa. Pasó por delante de las instalaciones de la Exposición Internacional de Higiene, que había sido inaugurada el mayo pasado por el rey Umberto I y su esposa Margarita, y que se había malogrado a la vez que el pobre rey, qué poco le había durado la alegría, solo hasta que lo asesinaron a finales de julio en Monza. Estaba siendo un año raro y terrible, desde luego. Ella y su padre habían visitado la exposición más de una vez. Recordaba la intervención del senador Renzi, su presidente, en la inauguración, comparando a Nápoles con una sirena dormida a orillas del Tirreno, que comenzaba a despertar a la modernidad. La ciudad había mejorado mucho, parecía ser, por las obras del *rissanamento*, pero aún le quedaba mucho, ella tenía con qué comparar.

Se recolocó el sombrerito, la sombrilla le pesaba un poco, le hartaba el vestido, todo le molestaba. La verdad, buscaba escapar de sus pensamientos, pero eso era imposible. La culpa está en el interior, y por mucho que uno viaje, huya, camine lento o rápido, siempre late al mismo ritmo del corazón, como una herida infectada.

La imagen de Isabella, con la melena derramada alrededor de su cuerpo sobre las sábanas blancas, los ojos verdes velados por la muerte y su voz silenciada, la seguía persiguiendo.

Hubo unos años tranquilos en su vida que, a pesar de la absenta y el opio, duraron hasta el día que hizo la prueba para la compañía del Metropolitan, su madre cerró la puerta de aquel apartamento y su padre se quedó con la llave.

A partir de entonces, todo cambió.

Los primeros días se quedaba en su habitación, sentada sobre la

colcha, mirándose las manos blancas sobre el vestido verde, azul, rosa, el que tocara. De vez en cuando fijaba la vista en la ventana y pensaba qué pasaría si se inclinara sobre el alféizar y cayera. Acabaría desmadejada y rota sobre la acera y su sangre teñiría de rojo la nieve. Pero no era eso lo que quería. Quería encontrar la manera de seguir viva sin útero y en silencio. Lo del útero le daba un poco igual, pero lo otro era imposible.

Aunque sí, encontró la manera.

Su motor fue la venganza.

Comenzó escondiéndole cosas a su madre.

Le descolocaba el armario, de forma que tardaba mucho más tiempo del que debía en vestirse y prepararse, porque nunca encontraba nada. Le desparejaba los zapatos y las medias. Una vez le metió su almohada en la estufa y casi salieron ardiendo.

George empezó a pensar que su esposa estaba perdiendo la cabeza.

La desaparición del broche que George le había regalado por su cumpleaños el año que la conoció, y que Isabella llevaba puesto en cada representación, porque decía que le daba suerte, fue lo que más la afectó. Se lo cogió justo antes del estreno de *Tristán e Isolda*. Lo tiró al suelo, lo pisoteó y lo echó a la basura, lo hizo, sí, y aún recordaba la sensación de irrealidad que tuvo mientras sentía su dureza bajo el zapato, era como si estuviera interpretando el papel de malvada en una obra de teatro, pero no, sucedía de verdad. Los gritos de su madre cuando vio que el broche no estaba también fueron reales. Y el disgusto de su padre al ver llorar a Isabella. Le costó mucho convencerla de que podía cantar sin el broche y aun así el estreno no estuvo todo lo bien que hubiera debido.

No, ella tampoco había sido una buena hija, pero sus padres le habían arrebatado lo único que le daba sentido a su vida.

Poco a poco, aquello fue a más. Una vez, se golpeó la cabeza con el marco de la puerta a propósito y le dijo a su padre que lo había hecho Isabella. Él la creyó.

Su madre también la creía, y cada vez bebía más absenta y fumaba más opio, y su voz se iba diluyendo como el humo aromático de la droga.

Mientras la suya cobraba fuerza, carácter, personalidad, porque ensayaba todo el tiempo que las ausencias de su padre le permitían.

Incluso delante de su madre.

Hasta que sucedió aquello.

Una tarde de febrero cualquiera, mientras nevaba sobre la ciudad.

Una tarde en que Isabella no actuaba y su padre había salido a atender a un paciente.

Su madre estaba sentada en el sillón del salón. Aún llevaba puesto el camisón. Ella le había escondido la pipa del opio, de manera que

Isabella se mostraba nerviosa. Le sirvió un vasito de absenta. Se acercó a la ventana, la abrió y se asomó para ver si venía su padre.

—Cierra la ventana, que hace frío —dijo Isabella al cabo de un rato. Flavia volvió hacia ella, le sirvió otro vasito de absenta y regresó a la ventana. Cuando divisó la silueta de su padre en la acera cubierta de nieve, la cerró y se aproximó de nuevo a su madre.

—Isabella —le dijo—. Cántame. Cantemos juntas. Quiero que me ordenes matar a Sarastro, como cuando era pequeña.

El aria de la Reina de la Noche, que pertenece a *La flauta mágica*, de Mozart. Cuántas veces la habían interpretado juntas, su madre hacía de reina, ella, de Pamina, su hija.

Fue a la cocina, tomó el cuchillo de la carne y se lo puso en la mano a su madre.

—Canta, madre: «La venganza del infierno hierve en mi corazón» —Flavia alzó su voz. Isabella abrió mucho los ojos y se aferró al cuchillo. Lo intentó, sí. Se levantó del sillón, se acercó a ella y cantaron a coro—, «la muerte y la desesperación arden a mi alrededor».

Pero el alcohol hizo que le fallara la voz ya la primera vez que pronunció el nombre de Sarastro, mientras su hija seguía, seguía, la superaba, su voz se alzaba, vigorosa, acometía el *staccato* con maestría, crecía hasta hacerse gigante delante de sus ojos, mientras ella se deshinchaba con ese cuchillo en la mano. Veía el brillo en los ojos de Flavia, que repetía el *staccato* de nuevo, una y otra vez, riéndose de ella. Lo intentó, no en vano aún era la más grande, la más hermosa, la *prima donna*. Lo intentó y lo logró, pidió la muerte de Sarastro a manos de Pamina, «¡repudiada y abandonada serás, por toda la eternidad, destruidos quedarán todos los lazos de la naturaleza, si Sarastro no expira por tu mano! ¡Escuchad, dioses de la venganza! ¡Escuchad el juramento de una madre!». Pero falló en el fa sobreagudo que el aria exige, y su hija sí, su hija iba y venía, improvisando, como si no le costara.

—«¡La venganza del infierno hierve en mi corazón!» —siguió Flavia—. «¡En mi corazón! ¡Nunca más serás mi madre!» —Porque se lo cantaba a ella con todo el odio que se le había formado dentro desde el día de la prueba, le devolvía la bofetada, las humillaciones, le lanzaba a la cara la enorme tristeza que la asfixiaba, su voz volvía a alcanzar el fa sobreagudo una y otra vez, y la cara de Isabella se desencajaba cada vez más, como si la agresión fuera, de verdad, algo físico.

—¡Calla ya! —gritó—. ¡Calla!

—¿Por qué debo callar, madre? —Se lo susurró al oído, Isabella olía a rosas, pero también a sudor, la cara le brillaba de rabia—. ¿Porque no soportas darte cuenta de que soy mejor que tú?

George abrió la puerta de la casa justo a tiempo de contemplar cómo su mujer, desencajada por la ira, intentaba clavarle el cuchillo de la carne a su querida Flavia, que lloraba muerta de miedo con las manos extendidas para intentar detenerla. El maletín de médico cayó al suelo y el ruido distrajo a Isabella, que fijó en él sus ojos verdes de loca solo un instante, lo suficiente para acercarse a ella, agarrarla por el brazo y obligarla a soltar el cuchillo, que cayó al suelo de linóleo.

—Es mala, George —dijo ella—. Nuestra hija es mala.

—Sí, cariño. Yo me encargo, no te preocupes. Vamos a la habitación.

Le puso la mano en la cintura delgada, bajo la tela fina del camisón notaba la dureza del hueso de la cadera. Se dejó conducir con docilidad. Su querida esposa. Aún la amaba, claro que sí, a pesar de todo. Pobrecilla, la ópera había confundido su mente de tal manera que ya no distinguía la realidad de la ficción. ¿Se pensaba que su hija era Sarastro? Las había escuchado cantar desde la escalera. Llevaban años cantando juntas esa aria, pero jamás con un cuchillo en la mano como en el teatro, jamás con esa violencia. No podía permitir que Isabella siguiera así, o le haría daño a Flavia, e incluso a él mismo, ¿no había incendiado la almohada en la estufa de manera que casi salen ardiendo? Debía buscar una solución. Hablaría con su colega, el doctor Kinier.

Entraron en el dormitorio, la sentó en la cama. Su aliento olía a absenta. Le retiró el pelo de la cara.

—¿Hoy no te ha peinado Flavia? —le dijo con cariño—. Aun así, eres hermosa.

—Es mala, George. Cree que canta mejor que yo.

—No te preocupes, amor. Yo me encargaré de eso. Tú descansa.

Le pasó el dedo por la piel blanca y suave del rostro. Bajó por el cuello, se le notaban los pezones bajo el camisón, alzándose y decayendo al ritmo de la respiración. Sintió ahí abajo esa quemazón que lo impulsaba hacia ella, su princesa Isolda. Le levantó el camisón por encima de las rodillas, ella se echó hacia atrás, acostándose y cerró los ojos.

—No sé si estoy… —murmuró.

—No te preocupes de nada, mi princesa Isolda. Yo te cuidaré. —George se desabotonó el pantalón, que cayó al suelo, seguido por los calzones—. Yo lo solucionaré todo. Tú descansa.

Se tumbó a su lado. Acercó el miembro a su costado, el calor le subía por la cintura, le hacía perder el sentido. La amaba, sí, a lo que quedaba de ella, al pedazo de Isabella que no le había arrebatado el maldito teatro, el opio, la absenta.

La amaba tanto.

Que haría cualquier cosa.

Las cosas no iban bien. Leone dio una palmada sobre la mesa, se levantó y se acercó a la ventana. La abrió, pero no corría nada de aire. Al menos, no quedaba mucho para que el verano tocara a su fin. Tanto calor no le agradaba, además, ponía nerviosa a la ciudad, había más incidentes, robos, agresiones… De todo.

Estaba fracasando. El señor Dellanotte no colaboraba. De Blasio y él le habían tomado todas las medidas antropométricas, habían buscado tatuajes, le habían interrogado una y otra vez, sin obtener el resultado previsto.

Aun así, habían decidido llevarlo ante un tribunal. Presentarían cargos al cabo de unos días, antes de que se hubiera acabado la primera semana de septiembre.

Se acercó a la mesa, abrió con la llave uno de los cajones, sacó las notas que había traído de la Sorbona. La siguiente víctima del Aserrador, según La Reynie, fue una madre de familia, ni joven ni vieja, en el Faubourg Saint-Antoine. Apareció envenenada en el patio trasero de su casa. El criminal cambiaba de forma de actuar, pero siempre se llevaba el pulgar de la mano derecha. La Reynie había interrogado a algunas personas al respecto, entre ellas a la vecina de enfrente de la muerta, una joven muda llamada Diane Nerry.

Diane. Le sonaba ese nombre.

Le dio un vuelco el corazón. ¿Ese nombre no había aparecido en el manuscrito? Sacó la carpeta de cuero donde lo conservaba y buscó hasta encontrarlo. Ahí estaba, ¿cómo no se había dado cuenta antes? En la descripción de la misa negra. ¡Era real! ¡Diane Nerry existía, vivía frente a una de las víctimas, La Reynie la había interrogado! Debía contárselo a De Blasio.

¿Diane Nerry, una criada muda, era la autora de los crímenes abominables del Aserrador? ¿De veras era real? Negó con la cabeza.

No lo podía creer. Según su mentor, las mujeres eran inferiores al hombre en inteligencia, prueba de ello era el menor tamaño del cerebro; sin embargo, el Aserrador tenía una mente fría y sagaz.

Quizás esa tal Diane tenía ínfulas de escritora y había inventado la historia a raíz de lo que estaba sucediendo, aunque él había creído, y en la universidad estaban de acuerdo, que el autor de los manuscritos era alguien letrado, un noble, y no una muda que vivía en el Faubourg Saint-Antoine. Sí, sería eso, seguro. En aquella época, en París, a algunas mujeres les daba por escribir.

Aunque, a veces, la realidad supera cualquier fantasía, ellos lo sabían bien.

Bueno, al fin y al cabo, ¿qué más daba? Él lo que debía procurar era que Carlo confesara. Guardó los papeles, cada uno en su portafolios, cerró el cajón con llave y bajó, otra vez, a los calabozos.

—Vamos, Carlo, aproxímese.

Carlo estaba tumbado en el catre y no hizo ademán de levantarse.

—Estoy descansando.

—No puede estar muy cansado.

—Ni se imagina cuánto.

—Usted puede poner fin a esto y lo sabe.

Carlo se levantó y se aferró a los barrotes tan fuerte que se le pusieron los nudillos blancos.

—Se le va a caer el pelo, maldita sea, en cuanto salga de aquí. Y saldré, ya lo creo que sí. Mi abogado ya está en ello.

—No lo permitiré.

—Enséñeme el jarrón. Ya se lo he dicho, ¡enséñeme el jarrón!

—Usted ya ha visto el jarrón. Lo estrelló contra la cabeza de Chiara.

Leone giró la cabeza hacia las escaleras. Alguien bajaba con mucha prisa.

Era Russo.

—¡Leone! Sabía que estaba aquí. —El hombre, pálido, le señaló con el dedo—. ¡Suba! Hay novedades.

Lo hizo.

—¿Qué novedades?

—Malas. Muy malas.

En la primera planta de la prefectura le esperaba De Blasio. Ya de por sí era un hombre serio, pero en esa ocasión su frente despejada estaba aún más fruncida, su mirada penetrante aún más oscura que lo habitual. Leone se estremeció.

—Lo siento, Leone. Se lo dije: el cuerpo de Dellanotte no muestra señales de ser el de un asesino. Parece un hombre normal, por la forma del cráneo, de la cara: no la tiene cuadrada, como los de la Camorra, ni triangular, como los ladrones. Tampoco tiene tatuajes… Y

ahora hay otra mujer muerta a la que le han cortado el pulgar. La ha encontrado su marido, se ha puesto a dar voces en el portal hasta que los vecinos han llamado a la policía. Le están tomando declaración, pero no es capaz de decir más de dos palabras seguidas con sentido. No para de temblar. Pobre hombre. Yo en su lugar también temblaría.

Leone se tambaleó. Respiró hondo, debía dominarse, ya se sabía, era un caso difícil.

—No se preocupe. —De Blasio le puso la mano en el hombro un instante, para darle fuerza—. No es culpa suya. Yo también estaba convencido de que lo teníamos, por fin. Pero ya ve que no.

—¿Otra mujer? ¿Y si es un imitador?

—Hay manuscrito, querido amigo.

—Oh, Dios mío. Entonces hemos detenido al hombre equivocado. —Leone se pasó la mano por la perilla. Los Dellanotte le iban a crucificar, seguro.

—Sin duda. Procederé a liberarlo, ustedes vayan al barrio español, al número 7 del Vico Giardinetto, en la segunda planta. Hay dos policías en la puerta.

—¿Ha sido fuera del teatro? ¿Quién es la víctima?

—Se habían mudado hace poco. Parece que ella trabajaba en el teatro, pero no se paraban a hablar con nadie, así que nadie nos ha dicho su nombre. Averígüelo.

—Si trabajaba en el teatro, Carlo la conocerá. —¿Qué estaba sugiriendo? Carlo no querría saber nada de él, era… una locura pensar que, después de todo, iba a colaborar—. En fin, es el que está más a mano, ¿no cree? Lo tenemos aquí, sería perder el tiempo ir a la Riviera di Chiaia a buscar a una de las mujeres, porque el otro, el hermano, es ciego.

—Pues coja la llave del calabozo y dígaselo. A mí me esperan en la oficina de antropometría, cuanto antes intentemos seguir el rumbo correcto, mejor.

—Carlo estaba empeñado en ver el jarrón. —Leone abrió mucho el ojo izquierdo y cerró el derecho—. Sería buena idea enseñárselo. Si sus huellas están en él, quizá pueda decirnos a quién pertenece.

—De acuerdo en todo. Pero primero vayan a reconocer a la nueva víctima.

—Sí, señor.

Las llaves del calabozo le pesaban en la mano. Mucho. Casi no podía con ellas, de veras. La cara le ardía. En los quince años que llevaba trabajando en la prefectura, no le había pasado nada igual. Bueno, había cometido errores, quién no. Pero este era de gran magnitud. Bajó los escalones de uno en uno, aunque de nada valía retrasar el momento. Él no era un pusilánime, no, señor. Haría lo que tenía que hacer.

Se puso delante de la puerta del calabozo.

—Señor Dellanotte —dijo en alto, con voz todo lo firme que pudo —. Su inocencia ha quedado demostrada.

Carlo, que se había tumbado de nuevo, se levantó de golpe.

—Ha habido un nuevo asesinato del Lector, sí, señor, con amputación del pulgar y manuscrito incluidos, y si usted estaba aquí encerrado, que lo está, no ha podido hacerlo. Dios sabe cuál era su propósito al andar por Pizzofalcone aquella mañana, y al mentirme, pero…

Leone se quedó paralizado.

¿Y si tenía un cómplice, que ahora lo hacía parecer inocente?

Suspiró.

De todas formas, De Blasio tenía razón, las medidas antropométricas de ese hombre no parecían las de un asesino. También era verdad que no todo el mundo estaba de acuerdo con esas teorías. Sacudió la cabeza. Tenía la costumbre de dudar de todo y eso no se podía remediar en un momento, pero ahora urgía ir a reconocer a la mujer.

—No, no está en libertad aún, me tiene que demostrar que quiere colaborar. ¿Prefiere ir esposado?

Carlo lo miraba con la boca abierta. ¿Otro asesinato? ¿Salir de allí? Estaba harto de esas cuatro paredes, de que lo trataran como un criminal, del aire viciado y maloliente.

—¿Ir a dónde? —preguntó.

—A reconocer el cadáver.

—¿Otro cadáver? ¡Por el amor de Dios! Y ¿pretende que yo vaya a reconocerlo? ¿A dónde, al teatro?

—No, señor, al Vico Giardinetto.

—¿Qué hay en el Vico Giardinetto?

—Vayamos a verlo, ¿no cree?

—No, no creo. ¿No dice que soy inocente? Suélteme, entonces, o se las verá conmigo.

—Le soltaré si colabora.

—Esto es absurdo. ¿Otro cadáver? ¿En el Giardinetto? ¿Por qué piensa que voy a saber quién es?

—No hay pulgar, hay manuscrito. Los vecinos dicen que trabajaba en el teatro, aunque no saben de qué. Venga, señor Dellanotte, acompáñeme.

Carlo negó con la cabeza. Ese hombre lo sacaba de quicio, primero lo encerraba y ahora pretendía llevarlo a ver ¡otro cadáver!

—Iré con usted si luego me deja libre de una vez ya, porque se lo he dicho, ¡soy inocente!

—Le dejaré libre. —Ningún juez le condenaría ya antes, y menos ahora—. Pero debe reconocer el jarrón.

—¡El jarrón! ¿Cuántas veces le he dicho que me lo enseñe, dígamelo? ¿Cuántas?

—Sí, tiene razón —admitió Leone—. Lo siento. Me he equivocado, lo reconozco. Abriré la puerta, no le esposaré y vendrá conmigo a ver si sabemos quién es la pobre mujer a la que le ha tocado encontrarse con el monstruo.

—Querría ir a cambiarme a casa.

—No hay tiempo. Después.

Carlo hizo un gesto de fastidio, pero se conformó. Subió las escaleras tras Leone, salió por fin de la maldita prefectura, del maldito palacio de San Giacomo, alzó la cabeza al maravilloso cielo azul napolitano, respiró por fin ese aire limpio. Le dio la espalda a Leone, no quería que viera la lágrima que no era capaz de contener. Se la limpió con la manga y dio gracias al cielo de haber podido salir del agujero, porque, a pesar de las protestas, ya se veía pasando la vida que le quedaba tras los gruesos muros de la cárcel de Poggioreale. Sonaba duro, pero agradecía al Lector que hubiera vuelto a actuar. Si no, quizá no se habría librado.

Siguió a Leone en dirección a las estrechas calles del barrio español. El Vico Giardinetto estaba cerca de la prefectura y también del teatro. Algunos de los cantantes de la compañía vivían por allí, pero no sabía exactamente dónde. Un escalofrío le recorrió la columna. Odiaba ver esos cadáveres, en la vida había pensado que tendría que pasar por algo así. Ojalá fuera alguien desconocido. Atravesaron la vía Roma y en un momento estuvieron delante de aquel edificio. Entraron en el portal, subieron. Olía a comida recién guisada. En la segunda planta, dos policías custodiaban la puerta de la izquierda. Leone saludó con una inclinación de cabeza.

—¿Los vecinos han visto algo?

—Nada, señor, solo al marido, gritando. No hay testigos.

—Como siempre. ¿Dónde está?

—En el dormitorio.

—Bien, señor Dellanotte, ¿está preparado?

—No.

—Hay que hacerlo.

Leone entró en el apartamento. Parecía todo normal, sin signos de lucha, como en los demás asesinatos. Abrió una puerta, pero daba a la cocina. A la segunda, acertó.

La mujer estaba en el suelo, al lado de la cama. Tenía grabado en la cara el sufrimiento. Leone miró alrededor: no veía el manuscrito. Salió fuera, preguntó a los guardias. Uno de ellos se sacó el papel del bolsillo. La misma caligrafía que los otros, el mismo francés antiguo. Lo leyó.

He de decir que tenía bastante mal aspecto. No se parecía en nada a la marquesa, pero en fin. Había emitido líquidos por cada orificio de su cuerpo.

Acerqué mi boca a la suya para tomar a su lado su postrer aliento, pero el olor era demasiado desagradable, qué asco. Me limité a agarrarla de la mano mojada y a comprobarle el pulso. Así estuve hasta que dejó de respirar y el corazón le latió por última vez.

Saqué la sierra y obtuve mi dedo para el cajoncito de la brionia.

El manuscrito secreto

Justo en ese momento, escuché la voz.

Me puse al lado de la puerta que daba al patio, preparada para atacar a cualquiera que apareciera. No había tenido la precaución de traer un cuchillo, ni el escalpelo, nada, solo la sierra. Y mis manos.

—Madame, ¿estáis ahí? ¡Madame Florit!

La voz parecía pertenecer a un muchacho.

—Madame, ¡os traigo la cerveza!

Vaya, a la señora le gustaba la malta, al fin y al cabo es más barata que el vino.

—No está, maldita sea, no sé para qué me dice que venga a estas horas. Bueno, yo se la dejo aquí y me voy, ¡vaya si lo hago! Adiós.

Lo escuché todo, con los músculos tensos, dispuesta a que la Florit no fuera el único envoltorio que la policía encontrara en ese patio yermo.

El ruido que hizo el vidrio al ser depositado sin cuidado en el suelo.

El mordisco que el joven le dio a una de aquellas manzanas.

Sus maldiciones.

—¡Maldita sea la vieja! A ver ahora cuándo cobro. Por no cargar con ellas otra vez ¡perderé dinero! Mañana me tocará volver.

La puerta de la calle al ser cerrada de nuevo.

Suspiré.

Al final, la Florit haría su último viaje en solitario.

No me hubiera importado matar al muchacho. Pondría mis manos en torno a su cuello y apretaría mientras lo miraba a los ojos desorbitados por el miedo.

Otra vez sería.

Esperé aún unos minutos. La mañana se había nublado, comenzó a caer una lluvia fina, otoñal, que lo tiñó todo de gris. Unos cuervos graznaban sobre el tejado.

Me acerqué a la puerta de la calle, asomé la cabeza. Todo parecía tranquilo. Crucé la calle y entré en mi casa.

Al atardecer, escuché los gritos.

—¡Ayyyy! ¡Ay, mi mujer, que se ha muerto!

—¡Madre! ¡Madre! ¡Despierta! ¡Está muerta, está muerta!

Tan escandalosos como siempre. Cuando estaba viva no paraban de discutir, ahora que ya no estaba, la echarían de menos.

Cuando Claude llegó, me encontró delante de la chimenea, con las manos temblorosas.

—Diane, ¿estáis bien? Ya no se puede vivir en este barrio. Madame Florit… ¿Lo habéis oído? Sí, desde aquí se oye todo. Me lo ha contado monsieur Fortabat, está ahí fuera.

Otro cotilla que no se perdía nada, fuera bueno o malo. El que, en el caso de la viuda, decía que la había asesinado el mismísimo Satanás. Me llevé la mano a la boca, abrí mucho los ojos.

—Primero pensaban que le había dado una apoplejía, pero luego se fijaron… Nada, querida, nada. No os preocupéis. Quiero que me prometáis que vais a tener cuidado. Que no vais a abrir a nadie desconocido. Esto es… Increíble.

Me asomé a la puerta. Había un corrillo de gente en la calle, delante de la casa de madame Florit. Aprovechaban cualquier asunto para reunirse, claro que sí.

También estaba el carruaje de la policía y, por supuesto, él: La Reynie. Estaba interrogando a los vecinos. Uno de ellos dijo algo y señaló en dirección a mi casa.

Me señaló a mí.

Debo reconocer que, en aquel momento, fue divertido.

Por gestos, dije a Claude que fuera a por la ovejita, que aún estaba con la suegra. Lo hizo, mientras La Reynie se acercaba con sus andares elegantes, seguido por las miradas de todo el vecindario. Tan imponente, con su capa negra, su gorguera blanca, su larga peluca. A sus ojos intensos no se les escapaba ni un solo detalle, seguro.

La Voisin me había hablado de él. Nació pobre, pero consiguió casarse con la heredera del señorío de Reynie, que le proporcionaba una asignación anual de por lo menos doscientas libras. Colbert había creado su cargo y se lo había otorgado por sus probados méritos. Estaba empeñado en mejorar la iluminación nocturna de la ciudad, para hacerla más segura, y amaba los libros, tal era la persona que querría condenarme a la hoguera si supiera quién soy en realidad.

Pero no lo sabía.

Compuse mi mejor mueca de aflicción. Desencajé un poco mi mandíbula.

—Buenas noches, señora. —Su educada voz sonaba, tal vez, demasiado suave—. ¿Vos sois madame Nerry?

Al asentir, abrí un poco más la boca. Monsieur Fortabat se acercó también.

—Es muda, pobrecita. No vais a sacar una palabra de su boca.

La Reynie ni siquiera lo miró. Esos ojos oscuros escrutaron cada pulgada de mi cara, de mis manos.

—Decidme, ¿visteis esta mañana a madame Florit?

Ojos y boca abiertos por completo, mientras una lágrima me recorría la mejilla, caía sobre mi pecho, dejaba una pequeña mancha húmeda en mi blusa.

—Tranquila, madame Nerry, no os preocupéis. —Monsieur Fortabat me dio una palmadita en la espalda—. Es policía, está investigando lo que le ha ocurrido a nuestra vecina, para que no vuelva a pasar más. —Hablaba despacio, exageraba la vocalización de cada sílaba—. Para que no nos pase a nadie más.

Dos, tres, cuatro lágrimas más siguieron el mismo camino que la primera.

—Monsieur, por favor. —Se dirigió a La Reynie—. ¿No veis que la asustáis? Es muda, no vais a sacar ni una palabra de ella.

—Silencio, por favor. —La Reynie estaba serio—. ¿Visteis a madame Florit hoy? Me han dicho que suele sentarse a la puerta de su casa por la mañana.

Me sequé las lágrimas con las manos temblorosas y asentí.

—¿Sabéis a qué hora fue?

Negué.

—¿Pronto?

Negué.

—¿Antes del mediodía?

Asentí.

—¿Le llevasteis un pastel?

Asentí.

—Suele hacerlo. Esta mujer es tan amable que a veces hornea un dulce y lo reparte entre los vecinos. Os aseguro que cocina bien —aclaró monsieur Fortabat.

—¿Lo tenéis aún?

Por supuesto que lo tenía. Desencajé aún más la mandíbula, si es que eso era posible. Entre, corté un pedazo del pastel, lo puse en el mismo plato de peltre que le llevé a la viuda, y se lo ofrecí.

Solo le echó una ojeada.

—¿Visteis a alguien más entrar en su casa?

Negué. Alzó las cejas, las bajó. Se pasó la mano por la peluca.

—¿Sabéis leer?

Monsieur Fortabat emitió una carcajada breve antes de taparse la boca con la mano.

Miré al suelo. Moví la cabeza de lado a lado.

—Bien, lo imaginaba. No os preocupéis. Quizá tenga que haceros alguna pregunta más, ¿es esta vuestra casa?

Asentí.

Se alejó. Escondí la sonrisa que quería aflorar a mis labios, porque monsieur Fortabat seguía a mi lado.

—Es horrible, madame Nerry, horrible. Ya se lo dije, esto es cosa del mismísimo demonio. Los he oído hablar, el jefe piensa que es el mismo asesino que mató a madame de Morandé, porque a las dos les faltan los pulgares, ¿lo creéis? —Negué, me limpié otra lágrima—. Pues sí. Y a otra mujer que vivía en Villeneuve. Vaya ciudad. París se ha vuelto loca.

Claude se acercaba con la ovejita, dormida, en brazos.

—Voy dentro —susurró.

Dije adiós con la mano, seguí a mi marido al cálido interior de mi casa.

Leone alzó las cejas. Un texto breve, como los últimos. ¿Brionia? Sí, era una planta bastante común, con uso medicinal y, como muchas, también venenosa, dependía de la dosis. Pero no creía que el Lector hubiera utilizado brionia, porque ya se había pasado el tiempo de las bayas, a no ser que las hubiera preservado de alguna manera, lo cual tampoco sería extraño. Entró de nuevo, Carlo miraba por la ventana. Echó un vistazo por la habitación. Apestaba a vómito y a todo tipo de emisiones corporales. La mujer parecía haber sufrido mucho.

Había un vaso sobre la cómoda. Se lo acercó a la nariz: olía un poco a vino. Habría que hacer la autopsia, pero podría tratarse de cicuta, que era soluble en alcohol. Lo envolvió en su pañuelo, se lo llevaría.

Había manchas de sangre en la cama y alrededor de la mujer, señal de que el pulgar había sido amputado antes de morir. Pasarían varias horas hasta el desenlace, seguramente el asesino no quería arriesgarse a esperar hasta el fin. Se pasó la mano por la perilla. Era una desgracia. Si él hubiera estado más avispado, esa mujer se habría salvado.

Pero no había sido así.

No había nada más que le llamara la atención en la habitación. Era hora de que Carlo le dijera si conocía o no a la víctima.

—Carlo, entre.

—No.

—Venga, hombre, ya sé que no es agradable, pero cuanto antes lo haga, antes se acaba.

Carlo se pasó la mano por el cabello, alborotado sin el aceite de Macasar. Frunció el ceño. Ojalá pudiera salir corriendo de allí, correría por la costa hasta bordear el Vesubio, no pararía ni siquiera al pasar Sorrento. Pero no. Tenía que entrar ahí, a ver quién era esa

mujer. Respiró hondo. Caminó despacio hasta la puerta de la habitación, echó una ojeada dentro, pero solo veía los pies cerúleos.

—Maldita sea, ¡esto es absurdo! —Se sacó un pañuelo del bolsillo, se lo puso en la boca, pero el pañuelo tampoco olía bien después del tiempo que llevaba encerrado, aun así, era mejor que esa peste a vómito y a… de todo. Se aproximó un poco más—. ¡Ah! ¿Qué es esto? ¡Es Lía! ¡Joder, Lía!

—¿Trabaja en el teatro?

—Es cantante. —Carlo se secó el sudor frío que le helaba la frente con el pañuelo y salió de la habitación—. *Mezzosoprano*, para más señas. Lía Santoro. Iba a interpretar *Carmen*, ahora en octubre, no hacía mucho que había llegado de Roma. No puede ser. Otra más. ¡Qué nos queda! Si usted no fuera tan inútil, creyendo que yo… Maldita sea. Esto no tiene fin. ¿Estoy libre? ¿Me puedo ir a casa?

—Nos vamos los dos. Yo a la prefectura y usted a su casa. Su familia se alegrará de verlo, seguro. Pero, por favor, mañana por la mañana pásese por la oficina, para ver el jarrón. Y oiga, Carlo…

—¿Sí?

—Lo siento.

Que lo sentía, decía. Carlo salió del apartamento. Había pasado demasiados días encerrado sin merecerlo por culpa de aquel hombre, y decía que lo sentía. Más lo sentía él. Ya pensaría qué hacer con eso. Ahora solo quería llegar a casa, que le llenaran la bañera de agua caliente y quitarse ese olor a encierro, y ojalá el agua se llevara el recuerdo de Lía inmóvil en el suelo, y el del pobre bebé, y el de los demás. Pero no. De eso no se libraría, jamás.

Senta tomó la tisana que la *mamma* le preparaba después de cada comida desde lo de Carlo. Le gustaba tenerla entre las manos, el calor le iba subiendo poco a poco, tomaba un sorbito, la dejaba humear cerca de la cara. El aroma dulce parecía consolarla durante un instante, aunque la sensación era pasajera, enseguida la angustia volvía a apoderarse de ella, la ahogaba más que llevar un corsé demasiado apretado. No podía creerlo. O sí, sí lo creía. Imaginaba las manos grandes y cuidadas de su marido sujetando unas tijeras manchadas de sangre, o una plancha, o el instrumento con el que cortaría los pulgares de las víctimas. Los había buscado por toda la casa, la había registrado de arriba abajo, pero no había encontrado nada. Podría tenerlos en algún lugar del teatro, o en otro sitio que ella no conociera, porque estaba visto que Carlo tenía muchos secretos. Jadeó.

Dri, sentado a la mesa frente a ella, escuchaba su respiración agitada. Todos lo estaban pasando mal, salvo Mario. Aún no le habían

dicho la verdad, creía que su padre estaba en Roma, pero el niño se mostraba inquieto: percibía la tristeza a su alrededor. Menos mal que solía salir a jugar con algún amigo, al menos ese rato era feliz. La *mamma* lo preocupaba, pero ella tenía esperanza. Senta no. Cada vez comía menos y respiraba peor.

—Senta —dijo—. ¿Dónde tienes las partituras de la canción que me cantaste en el jardín?

—Ya da igual. —Senta se aferró aún más a la taza—. No te preocupes por eso.

—Te hice una promesa y me gustaría cumplirla.

—Sí, Senta. —La *mamma* entró en el salón—. Yo no la he escuchado y me haría mucha ilusión.

—Te gustará —afirmó Dri—. Lo haremos esta tarde. Massimo estará encantado. Si va bien, se podría incorporar al entreacto de *Carmen*.

Senta alzó las cejas. ¿En el entreacto, para que el público la escuchara? Si se lo hubieran propuesto hacía unos días le hubiera encantado. Ahora, solo tenía miedo.

—Vamos, Senta —dijo Martia—. Carlo no está muerto, no actúes como si lo estuviera. Tampoco es culpable, el abogado conseguirá demostrarlo en breve, te lo digo yo. De manera que te quiero ver con la cabeza bien alta, orgullosa de ser quien eres, orgullosa de componer. Eso no lo hace cualquiera. Prepárate, nos vamos al teatro.

Senta negó con la cabeza. Aun así, subió a la habitación, abrió el armario y eligió un elegante vestido de Charles Worth que su marido le había traído de París, aunque le habría gustado más ponerse la falda pantalón de la pobre Chiara. Ahogó un sollozo. Sacó la caja de escritura, buscó las partituras. Una de ellas, arrugada, le recordó el día en que Carlo la rechazó. En ese momento ella aún no pensaba que el padre de su hijo era un asesino, aún podía contar con breves instantes de felicidad, no como ahora.

Partieron al teatro. Si la *mamma* hubiera tardado un poco más en ajustarse el corsé, si Dri se hubiera despistado con el bastón como le pasaba a veces, se habrían encontrado con Carlo.

Pero no lo hicieron, y Carlo llegó a una casa vacía.

Senta se apoyó en el brazo de la *mamma* para bajar del coche. Las dos caminaron tras la imponente silueta de Dri, que se movía con la seguridad de siempre, pero que en realidad no estaba seguro de nada. No sabía qué pensar de lo de su hermano. Era… demasiado macabro. ¿Cuánto tiempo podrían mantenerlo en secreto? No mucho más. ¿Qué haría la gente de Nápoles cuando se enterara? Sería un desastre. Tendrían que cerrar el teatro, sí o sí. Él no creía que el abogado fuera a solucionar nada, la ciudad necesitaba un culpable y Leone lo había encontrado. Ojalá las cosas fueran distintas. Ojalá hubiera un medio

para borrarlo todo. Pero no lo había, y él, como iba siendo habitual ese maldito año, no sabía qué hacer. Se giró hacia las mujeres.

—Senta, dame las partituras. Se las paso a Massimo, que las revise, y dentro de un rato nos vemos en la platea. Hay que comprobar los nuevos decorados de *Carmen*, creo que ya estáis al tanto.

—Sí, hijo, nosotras nos encargamos. Pasaremos también por costura, que sin Chiara hay que estar más pendientes del arreglo de los trajes. No hay quien la sustituya, cuánto la echo de menos.

Dri asintió. No era una metáfora: nadie quería trabajar en el teatro. No tenían costurera, ni director de escena, algún cantante había dejado la compañía. Y eso que aún no sabían lo de Carlo. Se dirigió al despacho de Massimo, cerró la puerta tras él.

El manuscrito secreto

El viernes siguiente, cuando llegué al laboratorio de La Voisin, me encontré con un ejemplar de *Le Mercure Galant* sobre la mesa. La Voisin lo leía con atención. Alcé las cejas; no era algo que hiciera muy a menudo.

—Mirad. —Me lo tendió—. Mirad lo que pone aquí.

Me acerqué, leí el título del texto.

«Un aviso para las débiles y expuestas mujeres que abren su puerta a cualquiera.»

Fruncí el ceño.

—Es increíble. —La Voisin señaló con el dedo la página del periódico—. Ya no vamos a poder desempeñar nuestro oficio con tranquilidad. No nos basta con que La Reynie esté merodeando todo el día, y no solo eso, ¡que esté deteniendo gente! Mientras no sea a nosotras, no está mal, así nos libramos de la competencia. Pero con ese hombre nunca se sabe. Como te decía, no nos basta con eso, ahora hay alguien que se dedica a matar mujeres. El Aserrador, lo llaman. Lleva varias, no es la primera vez que lo nombran.

¿El Aserrador? ¿Qué era eso?

Leí las pocas líneas que el periódico dedicaba al asunto, entre noticias sobre nuestro amado rey y sobre la muy considerada industria textil francesa.

Que habían muerto varias mujeres, inocentes, confiadas, que dejaban entrar a un hombre en su casa incluso de noche.

Que no todas habían muerto igual, pero que lo que sí tenían en común es que el asesino les serraba el pulgar de la mano derecha.

Que por eso y por algunas cosas más, la policía pensaba que un mismo hombre las había matado a todas.

Y que las mujeres debían guardarse bien de abrir a ningún desconocido a partir de entonces, porque el Aserrador podía volver a actuar.

No pude aguantar la risa, para sorpresa de mi muy querida amiga.

—¿De qué os reís? Creo que nunca os había visto reír. Si al menos

hicierais algún ruido, no sería tan raro.

Bien, me contuve, a duras penas.

—Mi hija ya tiene algo real por lo que temer. Le encanta tener miedo, en cuanto le hable del Aserrador estará contenta. ¿Sabéis que me teme a mí? Cuando nació su hijo se fue un tiempo a vivir a otra casa, por si acaso. Lo ocultó de mí. No entiende que yo lo único que hago es ayudar a mujeres que están en apuros, solo eso.

Y bastante a menudo, por cierto. Nada decía del beneficio que le reportaban esos pequeños cuerpos en las misas negras. Asentí de todas formas.

—Marguerite es demasiado pusilánime. No sirve para este trabajo tan complejo. Me agrada haberos encontrado, querida Diane. En fin, me voy. Debo llevar algo a madame de Montespan.

¿La amante del rey? Debía de estar muy celosa: el rey no paraba de catar nuevos cuerpos, y ella, después de haber parido unas cuantas veces, no podía competir con los dieciocho añitos de la Fontanges. Ahora había tres familias que acompañaban al rey a la misa en Saint-Germain, si incluimos a la legítima. ¿Querría otro filtro de amor? ¿Veneno para sus rivales?

Despedí a La Voisin. ¿A cuántas almas habrá enviado al más allá a cambio de dinero? A bastantes más que yo, seguro. Parecía mentira que esa clientela tan noble tuviera negocios tan turbios. Françoise de Dreux, enamorada del duque de Richelieu, había matado a dos de sus amantes con el vino envenenado que una tarde elaboramos para ella. Madame Philbert mató a su marido para casarse con su amante. Y tantos otros: Olympia Mancini, la condesa de Soissons, su hermana la duquesa de Bouillon, François Henri de Montmorency, duque de Luxemburgo; podría llenar un par de páginas con la lista de nuestros clientes.

Sin embargo, era yo la que salía en *Le Mercure Galant*. Bueno, yo no: el Aserrador, terrible asesino de mujeres.

Decidí que no era demasiado pronto para poner algo en el siguiente cajoncito, el de la *Datura Stramonium*, de preciosas flores blancas y oscuro, muy oscuro corazón. Pocos gramos de sus hojas matarían a la ovejita.

Lo reconozco, tuve en mi mente por unos días cocinar un puré de verduras especial para ella, pero ¿qué placer me supondría? ¿Hacer daño a la suegra? Tampoco era tan importante.

No, esta vez quería volver a tener a la marquesa delante de mí, disfrutar de su cuerpo, profanarlo incluso como lo hacía el amante, con delicadeza y tiempo.

*E*l palacete de la Riviera di Chiaia estaba en silencio, no había nadie. Era pronto para el teatro, pero quizá su familia había salido un poco antes. Parecía mentira cómo el mundo, que se había detenido para Carlo, seguía girando para los demás. Respiró hondo, olía como siempre, a guiso sabroso, a los perfumes de las mujeres. Sonrió, mientras las lágrimas comenzaban a humedecerle las mejillas. Cuánto había echado de menos su hogar. Qué iluso había sido al pensar que podía vivir sin su familia. Solo un imbécil podía pensar así. Pasó delante del salón, dentro estaba la *nonna*, dormida en una de las butacas. Tan arrugada y a la vez tan digna. Se limpió las lágrimas con la manga sucia de la camisa, no quería despertarla. Subió a su habitación. Estaba claro que no se iba a bañar ahora, aunque le apetecía. Se lavó con el agua fresca de la palangana, se puso ropa limpia. Pasó por la cocina y se comió un plato de *cianfotta* de verduras que había sobrado del mediodía.

Debía ir al teatro. Les mostraría a todos que era inocente, que ya nadie iba a culparlo de esas barbaridades. Que todo había sido un error de ese incompetente, Leone.

También les informaría de lo otro. De que ya no contaban con Lía, la *mezzosoprano*, para la ópera del cuarto trimestre, *Carmen*. Si es que no se habían enterado aún.

Tomó un coche de alquiler. Se sentó en la butaca forrada de terciopelo, miró hacia el mar. Cuánto había echado de menos el aroma de la sal, el color azul del horizonte. El gris de la toba volcánica, el canto de sirena de la ciudad ruidosa, que atrae y envuelve hasta que acaba por convertirse en una amada prisión. Su Nápoles. Carraspeó. Él no era tan romántico, ni tan nada. Tampoco le gustaba tanto la ciudad, los forasteros decían que estaba llena de ladrones, y tenían razón. Ladrones, camorristas y ahora, además de los de siempre, un

asesino sanguinario que nadie era capaz de atrapar.

El coche se detuvo delante de la puerta principal del teatro. El caballo se asustó justo cuando Carlo se apeaba, pero el cochero lo detuvo a tiempo para evitar la caída del pasajero. En otra ocasión hubiera maldecido unas cuantas veces, pero no en esta. Le pagó en silencio, subió las escaleras y entró en el fresco vestíbulo del teatro Dellanotte. Todo estaba igual: las plantas, el brillante suelo y Biglietti en su silla de enea, con la hoja del periódico en la mano. Al reconocerlo, se levantó.

—Buenas tardes, señor Dellanotte, ¿tenía pensado llegar hoy? No lo sabía. Espero que su viaje a Roma le haya resultado provechoso. Aquí sin novedad.

¿Podría ser que hubieran convencido a la gente de que estaba en Roma? ¿No sabían nada de la acusación? Ojalá fuera así. Echó una ojeada alrededor para recomponerse, a la vez que la música comenzaba a extenderse desde el escenario. Los ensayos se iniciaban, como siempre. Esbozó una sonrisa.

—Sí, gracias, Biglietti. ¿Dónde está mi familia?

—En la platea todos, señor. Incluso el señor Adriano, porque hay canción nueva. ¿Ve? Ya empieza. —El hombre señaló hacia el escenario.

—¿Ah, sí?

Los dos se quedaron en silencio, escuchando.

Carlo cerró los ojos. Era una melodía triste, que le recordaba los días de encierro, lejos de todo. La voz de Bianca comenzó a emitir un lamento melancólico. Desde allí no llegaba a entender el sentido de lo que cantaba, solo le llegaba el sentimiento de la música. Luego aceleró, las notas se alzaban, rotundas, enfadadas, la voz de la soprano parecía reclamar justicia por algo, para luego volver a caer en la desesperación.

Abrió los ojos. Biglietti se mostraba conmovido también.

—Muy bonita. La primera vez que la tocan solo con el violín y el piano, y ya emociona —afirmó el conserje con voz temblorosa—. ¿De quién es?

—No lo sé. —Negó con la cabeza. Quizás el amigo de su hermano, Saint-Saëns, le había enviado una nueva obra para el próximo año. O Puccini, o Cilea…, o Debussy. Suspiró—. Voy dentro, Biglietti.

—Bien, señor.

Solo alumbraban la platea un par de luces de gas desde el proscenio. Esperó unos minutos hasta que se le adaptaron las pupilas, caminó por el pasillo hasta la fila delantera. Los músicos continuaban el ensayo con el primer acto de *Carmen*, Dri aún no se había incorporado y hablaba con las mujeres. Faltaban aún unos metros cuando levantaron la cabeza hacia él. Intentó sonreír.

—Oh, gracias a Dios. ¡Carlo! —exclamó la *mamma*—. ¡Por fin se han dado cuenta! Han tardado demasiado, tan listos como se creen.

Senta abrió la boca para que el aire llegara más rápido a sus pulmones. Caminó hacia su marido, le miró a la cara, seria.

—¿Te han soltado? —preguntó—. ¿Por qué?

Él se acercó, le pasó la mano por el cabello castaño. Leyó las dudas en sus ojos grises como la ceniza.

—Lo siento, nena. Siento no hacerte feliz —susurró en su oído—. Pero no he matado a nadie, no soy así.

—No sé cómo eres —respondió ella de la misma manera—. Ya no.

—¿Podemos intentar que la situación mejore? —No, no se imaginaba en ningún sitio más que en el palacete de la Riviera di Chaia, con su familia, como hacía unos meses, antes de que su padre se fuera, de que el médico y Colombina se colaran en su vida, de que comenzara el disparate del Lector. ¿Qué le había pasado? ¿La *grappa* le había afectado al cerebro? Lo peor era que no se podía volver atrás.

—¿Has escuchado el aria? —Senta parecía más alta, más hermosa incluso.

—Sí, desde el vestíbulo.

—¿Qué te ha parecido?

—Impactante. Te hace sentir. ¿De quién es?

—Mía, Carlo. ¿Te acuerdas de la partitura que no quisiste mirar?

—Hemos tardado mucho en darle el lugar que merece —murmuró la *mamma*—. Espero que nos perdone.

Carlo notó el calor en las mejillas. Y en las orejas. ¿Había confundido la música de Senta con la de Saint-Saëns o… Debussy?

—Ahora me dirás que no te gusta. —Senta se dio la vuelta y volvió al lado de la *mamma* y Dri.

—¿Cómo es que te han soltado, hermano?

Carlo apoyó la mano en el respaldo de una de las butacas. La *mamma* aprovechó para acercarse y darle un abrazo.

—Mi hijo. Nunca dudé de ti. No te preocupes, nadie lo sabe. Leone se avino a guardarlo en secreto hasta que confesaras, nosotros hemos dicho que estabas de viaje en Roma.

—Gracias. —Tuvo que tragar saliva antes de contestar, para ver si se le deshacía el nudo de la garganta—. Lo sé. Es… Ha pasado algo. Otra vez. Por eso me han soltado.

—¿Cómo? —La voz de Dri sonó ronca—. ¿Qué significa eso?

—Lo siento. Otro… asesinato. Con manuscrito y pulgar. Lía.

—¡Lía! ¿La *mezzo* de *Carmen*? —La *mamma* se sentó en una de las butacas.

—Sí. En el apartamento que alquiló. Esta mañana, mientras yo seguía encerrado. He ido con Leone a reconocerla. Han usado… veneno.

—¿Cuánto queda para *Carmen*? —exclamó Senta—. ¡Dos semanas! No vamos a encontrar sustituta. Ahora sí que tendremos que cerrar.

Senta y Carlo se sentaron al lado de la *mamma*.

Dri se tambaleó. Apretó los puños, lanzó un golpe al aire.

—No hay visos de que Leone encuentre al culpable, está claro —dijo en voz alta, como si estuviera declamando—. Y no podemos permitir ni una muerte más. El último día de la representación de *Tosca*, anunciaremos el cierre del teatro Dellanotte. El telón caerá para siempre.

Se dio la vuelta, bajó al foso, se colocó el *cello* entre las piernas y se unió a los músicos en el ensayo. Todo había acabado, no le quedaban más que unos cuantos días. La orquesta, que formaba parte de él, se desharía por la ciudad, por el país, dejarían de ser una sinfonía para no ser nada más que notas perdidas, monótonos solos.

Y él ya no tendría nada.

El manuscrito secreto

El otoño, gris, envolvió París en la lluvia. No hubo un día que amaneciera azul. Llegaron las primeras nieves sin que hubiera encontrado la ocasión ni el escenario para divertirme otra vez. A finales del año, el cajoncito del estramonio seguía vacío.

Al llegar diciembre, La Voisin me encomendó un extraño encargo.

—Debéis ir a casa de La Vigoreux, en la calle Courtauvilain. Da una fiesta, irán La Bosse y casi todos nuestros rivales. Es necesario estar al tanto de lo que traman, de lo que se proponen. Yo no puedo ir, pero vos podéis pasar desapercibida. ¿Me haréis ese favor?

Asentí. Eso se me daba bien.

La Bosse y La Vigoreux eran otras dos famosas adivinas y vendedoras de polvos de los que hacían felices a unos y enviaban bajo tierra a otros. Se suponían amigas, aunque ambas encontraban placer en acostarse con la familia de la otra y en quitarse los clientes; pura rutina, si se piensa bien.

De todas formas, poco voy a narrar de la noche de la fiesta. Tengo que reconocer que no me gustó: había demasiado veneno en el ambiente.

Y al final, alguien se dio cuenta de quién era yo.

Tuve que marcharme, con prisa y con algún golpe sobre mis espaldas.

Solo me enteré del mucho vino que bebían, de lo mucho que presumían.

La Bosse, con la cara enrojecida y el cuerpo hinchado, estaba contenta, o más que eso, borracha.

—¡Qué buen oficio! ¡Qué buena clientela! —reía—. Mi casa parece la corte, entre tantas duquesas, marquesas, princesas y señores. ¡Tres buenos golpes más y me retiro, con la fortuna hecha!

Nunca hay que presumir de esa manera, nunca, porque no se sabe quién es el que se sienta enfrente, no se sabe, en realidad, qué contactos tendrá.

Y así sucedió.

Esa cena fue el comienzo de nuestra ruina, si es que otros hechos no lo habían sido ya antes.

Entre los asistentes estaba un abogado de poca monta, pero de mucha apetencia de medro. Monsieur Perrin era su nombre. Le faltó tiempo para irle con el cuento a François Desgrez, el teniente de la guardia, el mismo que prendió en Lieja a mi querida marquesa. Ese maldito.

Y él, ávido de fama, no podía desdeñar la información. Debía comprobarla. De manera que envió a la mujer de uno de sus arqueros a la calle Gran-Huleu, donde tenía su despacho La Bosse, a por un apaño para su marido. La Bosse la atendió con la diligencia de siempre. La emplazó para dos días después. Le vendió un vial de un líquido transparente. Sí, era veneno. Es una lástima que no sean lo que dicen que son: adivinas; cuando, a menudo, ni siquiera son inteligentes.

Tardó muy poco La Reynie, alertado por Desgrez, en presentarse en casa de La Bosse y de La Vigoreux para encerrarlas a ellas y a sus familias en el castillo de Vincennes.

Así comenzó el año de gracia de 1679.

Cuando aún no tenía miedo.

Ni La Voisin, que seguía con sus asuntos. No se planteó qué podían decir de ella dos de sus peores rivales.

Yo estaba distraída con mi nueva diversión: la hija de monsieur Fortabat. Pasaba cada día por delante de mi casa, siempre a la misma hora pronta. Venía de comprar el pan. Nunca me había fijado en ella, pero había crecido: se había convertido en una joven preciosa, con el pelo castaño claro, cubierto de rizos, ojos azules, piel blanca y la misma talla que mi dama. Cada noche, cuando posaba mi cabeza sobre la almohada, me dedicaba a planear cómo podría hacerme con aquel pulgar. A veces, abría el tarrito de perfume de violetas, inspiraba hondo y me la imaginaba delante de mí, toda su piel expuesta, su pecho subiendo y bajando a causa de la rápida respiración que produce el miedo.

Pero no encontraba manera ni lugar.

Porque en mi casa era imposible, y en la suya, estaba su familia.

Hasta que concebí una idea.

Comencé, como a madame Florit, a invitarla a algún dulce cuando pasaba por mi puerta. La niña me saludaba, me sonreía, esperaba cada día su pequeño premio.

Porque había un momento, cada semana, en que toda la familia salía, era obligado.

La santa misa.

De tal forma que, el 12 de marzo, le di un pastel diferente a los demás.

Indiqué a Claude, por señas, que me quedaba en casa, me dolía la cabeza. A la hora pertinente, tomó de la mano a la ovejita y salió con toda su familia.

Yo ya lo tenía todo listo: escalpelo, sierra, cuerdas, lienzos, el pequeño frasco de perfume. Otro pedazo de pastel.

En cuanto se fueron, partí.

Me acerqué corriendo a la casa de los Fortabat, justo a tiempo para verlos salir.

Abuela, padre, madre y tres hijos más.

La niña estaba sola en casa; mi plan parecía funcionar.

Falta uno, y no tengo tiempo. Un solo acto para que todo acabe. Debo darme prisa, en cualquier momento Leone se percatará de lo que acontece. Para entonces, el espectáculo debe estar completo, el camino, recorrido hasta el final, es necesario que así sea para que Diane, mi antepasada, esté contenta, pues se habrá cumplido.

Me falta uno, pero el tiempo es escaso.

Lo he intentado varias veces, sin éxito. El objeto nunca está solo, no se cumplen las condiciones, yo me enfurezco, la galerna se apodera de mi pobre barco, y naufrago. Luego, salgo a flote para seguir procurándolo, pues ya no queda más que un solo acto que debo acometer cuanto antes.

Siempre ha sido fácil, no puedo fallar ahora, al final de todo.

Al principio de todo.

Al día siguiente, Carlo se acercó a la prefectura, como había prometido. Buscó la oficina de estudios antropométricos, golpeó la puerta con los nudillos.

—Adelante, pase —le contestó Leone—. Lo esperábamos.

Ya había estado antes en esa amplia estancia. Había vitrinas en las cuatro paredes, apenas dejaban libre la puerta de entrada y una ventana. La mayoría protegían cráneos y huesos, otras, libros, otras, instrumentos de medición, como el aparato que utilizaron para comprobar las dimensiones de su cabeza hacía un par de semanas. Qué humillación.

—Leone, guarde esto. —De Blasio le tendió una vasija pequeña con dibujos arañados en su superficie blanca. Carlo la miró con curiosidad.

—Es de un preso de Poggioreale, para el agua —explicó Leone—. Se la guardamos a Lombroso, que las colecciona. Mire, ha escrito el número de la celda y el motivo por el que está encerrado: asesinato. Y ha dibujado un cuchillo. A Lombroso le resultará muy interesante, seguro. Bien, vamos a lo nuestro.

De Blasio abrió uno de los cajones del escritorio, sacó una bandeja de madera que colocó sobre él. Carlo se aproximó para observar con atención lo que contenía: los pedazos de un jarrón blanco con florecillas esmaltadas en azul.

—Este es el objeto que utilizaron para golpear el cráneo de la modista —afirmó De Blasio—. Sus huellas están en él, en concreto aquí. —Señaló uno de los fragmentos con un lapicero de plata—. ¿Le suena?

¿Le sonaba? Pestañeó. Observó cada uno de los pedazos, intentó no detenerse demasiado en las manchas oscuras de algunos, se imaginó cómo sería si estuviera entero. No muy grande, ¿verdad?

—¿Contenía algo? —preguntó.

—No hemos encontrado nada, ni en el microscopio. Estaba limpio.

—¿Se supone que yo he tocado eso? ¿Están seguros?

—Las huellas no engañan —dijo Leone—. Ha debido tocarlo en algún momento.

Carlo negó con la cabeza. Cerró los ojos, intentó recordar dónde podía haber visto un jarrón de ese tipo. En su casa no, porque la *mamma* se habría dado cuenta de que faltaba, ¿verdad? ¿En el teatro? ¿En el despacho de Fabio? ¿En alguna tienda? Carraspeó.

—No lo recuerdo.

—Tómese su tiempo —pidió De Blasio—. No tiene que ser ahora. Haga su vida, quizás en algún momento le venga a la cabeza. Sería importante saber cómo llegó su huella al jarrón.

Las calaveras, con sus cuencas vacías, se reían tras los vidrios que las protegían del polvo. Carlo no quería mirarlas, tampoco al jarrón, ni a esos dos hombres que dedicaban su vida al crimen, o a los criminales. Solo quería salir de allí, sentir en la cara la brisa del otoño incipiente, echar un trago a la botellita de *grappa* que tenía guardada en el bolsillo del chaleco. Quizás en alguna de las tabernas que visitaba alguien le había hecho poner los dedos en el jarrón, pero ¿quién? ¿Por qué?

Por la tarde, en el teatro, la familia convocó a Massimo y a los cantantes principales al despacho de Fabio. Carlo, la *mamma* y Senta se sentaron tras el escritorio. Bianca entre Piero, el barítono, y Giulio, el tenor. Massimo se quedó de pie al lado de la puerta. Dri, en medio de todos, se apoyó en el borde de la mesa y cruzó los brazos sobre el pecho. Habían decidido que él anunciara la triste noticia, pero no sabía cómo empezar.

—Bien. —Se aclaró la garganta—. Nunca pensé que pudiera llegar este momento, pero así es. Ya se han enterado de lo que le ha sucedido a Lía Santoro. Debo decirles que por el momento la investigación no avanza y que la familia hemos decidido que no podemos permitir que haya más muertes en el teatro. No vamos a estrenar *Carmen*. El último día de septiembre, el teatro Dellanotte bajará definitivamente el telón.

—¡No! —gritó Bianca—. ¡Eso no es posible!

—Lo sentimos mucho —continuó Dri—. Todos tendrán sus cartas de recomendación para otras compañías.

Clavó los dedos en la mesa. No le hacía falta ver para saber que no solo Bianca lloraba.

—No puede ser —murmuraba Piero—. ¿Dónde vamos a ir? Si somos una familia. Si llevamos juntos… ¿toda la vida?

Massimo se acercó a Dri y le puso la mano en el hombro, como

solía hacer.

—No sé qué puedo decir para convencerles de que no lo hagan.

—Hay muchos teatros, Massimo. Al menos en otros… —No acabó la frase. Al menos en otros no los asesinarían como malditos conejos —. No estarán en peligro.

—En peligro se está siempre —dijo Bianca sin dejar de sollozar—. En peligro se está solo por vivir. Queremos seguir, señores Dellanotte, todos los que estamos aquí queremos continuar en el teatro. Yo puedo representar *Carmen*, no es la primera vez que interpreto papeles de *mezzo*, y ustedes lo saben. ¿Y si Leone encuentra al culpable?

—No lo hará. —Carlo se levantó y se situó al lado de Dri. Ahora que por fin se habían avenido a razones, no permitiría que lo hicieran cambiar de opinión—. Está completamente desorientado. El asesino no deja pistas, no hay manera de encontrarlo. No podemos cargar con esta responsabilidad.

—Entonces lo que quieren es dejarnos a merced del destino. —Giulio se limpió la cara con un pañuelo ya sucio que se sacó del bolsillo del chaleco—. Si cierran el teatro y aun así nos siguen matando, al menos no se sentirán culpables.

Carlo bajó la cabeza. Dri sintió el calor subiéndosele a la cara. Porque, en cierta manera, tenía razón.

—Entiéndannos —siguió Carlo—. No podemos más.

La *mamma* y Senta también lloraban. Pero Dri escuchó a su madre ponerse de pie y caminar por el despacho, que después de tantos meses seguía oliendo al perfume Fougères de Fabio.

—Tienen razón —dijo Martia—. En realidad esto es para descargar nuestras conciencias. Nosotros no somos los que matamos, no tenemos la culpa, y no podemos impedir que siga habiendo asesinatos, cerremos o no el teatro. Solo Leone puede impedirlo.

—*Mamma*! —protestó Carlo—. Si cerramos, ellos seguirán su camino, quizá se vayan a Roma, o a París, o a Berlín, y el asesino no los alcanzará. Si se quedan, ¿a cuántos más seguirá matando?

—Habrá matado nuestra libertad —sollozó Bianca—. Nuestra vida tal y como es ahora habrá desaparecido. Yo quiero elegir cómo vivir, y es aquí, en Nápoles, en el teatro Dellanotte, con ellos. —Señaló a Giulio, a Piero, a Massimo—. Si no, el asesino habrá ganado. Bien, ríndanse, denle la victoria. Nosotros no lo haremos. Yo voy a ensayar *Carmen*. ¿Alguien me acompaña?

Bianca se levantó, sacudió sus largos rizos rubios y salió del despacho. Los dos cantantes fueron tras ella.

—Reconsidérenlo —pidió Massimo antes de abandonar el despacho—. No solo nosotros dependemos del teatro.

Se quedaron solos. La *mamma* cerró la puerta y se enfrentó a ellos.

—No solo ellos dependen de nosotros, tiene razón. Carlo, ¿se lo

dirás tú a Biglietti? ¿A los tramoyistas? ¿A la hija de Chiara, que ahora cose con las costureras? ¿Los dejaremos a todos en la calle?

—*Mamma*, por favor —dijo Dri—. Ya lo habíamos decidido. No puedo soportar otra muerte sobre mis espaldas.

—A Chiara la mataron en el taller. A Lía, en su casa. No fue aquí.

—Como si lo fuera.

—Y cuando cierres el teatro, si alguien muere, ¿te va a doler menos?

—Pero puede que ya no mueran, *mamma*, ¡se trata de eso! —casi gritó Carlo—. ¡De que si no hay teatro, ya no nos ataque!

—Yo no estoy convencida.

—Yo tampoco. —Se oyó la vocecilla de Senta, que no se había levantado de su asiento por culpa del corsé, que le quitaba el aliento una vez más, pero que quería hablar aunque no fuera de la familia, aunque siempre se hubiera mantenido al margen de sus discusiones, aunque nunca hasta entonces la hubieran tenido en cuenta—. Yo creo que seguirá hasta que alguien lo detenga.

—Chiss, Senta. —Carlo le hizo un gesto con la mano—. Déjanos hablar.

—¿Acaso Senta no es de la familia? —preguntó la *mamma*—. No sabía yo eso. Las cosas ya no son como antes, Carlo. Yo hablo, y ella también, ¿no te has dado cuenta? Pues ya es hora de que lo hagas. Sobre todo cuando dice cosas tan cabales como esa. El Lector seguirá, yo también estoy segura. Debemos detenerlo, o ayudar a Leone a hacerlo. La respuesta no es cerrar. Es vigilar. Defendernos.

—¡Por el amor de Dios! ¡Es un disparate! —Carlo se pasó la mano por el cabello repeinado—. ¡Ya estamos pensando en barbaridades otra vez!

—Siento decir que estoy de acuerdo con Carlo. —Dri negó con la cabeza—. Si Leone no es capaz de detenerlo, mucho menos lo haremos nosotros, ya lo hemos comprobado.

—Eres el que menos debería hablar de cerrar, mi querido hijo menor. —La *mamma* le tocó el pecho con el índice justo en el lugar donde apoyaba el *cello*—. ¿Qué vas a hacer sin tocar?

—Nada me impedirá seguir tocando.

—¿Sin orquesta?

Dri calló. Sin orquesta. Una única melodía solitaria, que nadie más que él escucharía. Así serían las cosas después de unos pocos días. Al menos, George ya no tendría excusa para negarle la mano de su hija. Pero ¿qué podría ofrecerle a la diva un músico sin trabajo? ¿A qué quedaba reducida su vida?

—¡Absurdo! Nada tiene sentido. —Carlo se acercó a la estantería que su padre tenía al lado de la ventana. Había polvo sobre la madera, sobre las partituras desordenadas de una de las baldas, sobre el

cenicero y el jarrón que adornaba la parte superior.

El jarrón.

Si pudiera recordar dónde había dejado sus huellas en el jarrón de las florecillas azules, quizá se resolviera todo.

El manuscrito secreto

La aldaba resonó, pom, con su macabro eco. Empujé la puerta, no estaba cerrada con llave. Escuché a la chiquilla, al fondo.

—¿Quién es? Estoy en la cocina, ¿quién es?

Fui en dirección a la voz.

La niña estaba sentada delante de la lumbre, en una banqueta baja, apretándose la barriga con las manos.

—¿Sois vos? ¿No habéis ido a misa? —Su voz era floja, como había supuesto—. ¿Me habéis traído más pastel? No me apetece, me siento mal.

Dejé el pastel sobre la mesa. Me acerqué a ella, le puse la mano en la frente para consolarla de los dolores que sabía que tenía. La tomé del brazo, la conduje hasta una silla, se dejó hacer. Le di un beso en la mejilla antes de amordazarla. Con toda la rapidez que pude, le até la cintura a la silla. Intentó resistirse, de veras que lo hizo. Pero el veneno debilita, paraliza. Le até las muñecas juntas sobre los muslos, las piernas abiertas a las patas de la silla.

No llevaba corsé. Le corté la camisa con el escalpelo, cuidadosamente, para no lastimar su piel blanca. Tenía los pechos poco abultados, aún como los de una niña.

Le levanté la falda. Gemía, hacía ruidos con la garganta, como un gatito que supiera que su destino era morir. Negué con la cabeza, le sonreí. Le pasé el dedo corazón por la mejilla. Lo bajé por el cuello, hasta el escaso comienzo de los senos.

Le di otro beso en la mejilla, al fin y al cabo, el gatito estaba ahí para mí, no hacía falta ser bruscos. Seguro que esa mañana se había lavado, para ir a misa. Olía a jabón y a mantequilla, delicioso. Aun así, le puse dos gotas del perfume de violetas, una para cada carótida. Su cálida vida palpitaba en las yemas de mis dedos.

Comencé a peinarla. Su cabello suave me decía que su madre ya la había peinado y despiojado esa mañana, con todo el amor que una buena madre puede ofrecer. Madame Fortabat no imaginaba que esa mañana era la última vez que iba a peinar a su hija. Esperaba que no

hubieran discutido por ello, como a mí me pasaba a veces con la ovejita: había que reñirla para que hiciera caso. No, seguro que no. Esa mañana la hija se habría sentado delante de la madre, y ella, cariñosa, le habría pasado la mano por el cabello, colocándoselo sobre la espalda. Habría pensado que tenía la mejor hija del mundo, que ya se había convertido en una mujer, que quizá no le quedaría demasiado tiempo para casarse, y una lágrima furtiva que se limpiaría rápido, para que no la viera nadie, se habría deslizado por su mejilla.

Oh, sí, yo también lo hice, tal era la belleza de la niña.

No me entretuve mucho en peinarla. El tiempo estaba limitado por la duración de la misa.

Toqué su cuerpo. Le puse la palma de la mano en el pecho, para acariciar su corazón acelerado. Le besé los pezones, a ella sí que nunca se los había besado nadie. Le sonreí. Sus ojos azules, tan abiertos, se habían enrojecido. Me agaché delante de ella, para ver el vello claro del pubis, los labios mayores y menores, la abertura. Le metí los dedos dentro. Me encontré con la membrana intacta: aún tenía himen. No me sorprendió. No hurgué demasiado, me habría disgustado hacerle daño en ese momento.

Qué bonita, atada en la silla, con los pechos al aire, la camisa blanca cubriéndole los brazos, la falda azul en la cintura y esas piernas firmes y blancas recibiendo el calor del fuego que aún ardía en la chimenea. La contemplé a mi gusto, sí, se parecía a ella, a mi dama, mi querida marquesa de Brinvilliers, cuyo dedo pulgar guardaba en el cajoncito del libro, y cuya alma se metió en la mía aquella tarde, delante de la pira en la plaza de la Grève.

Eché un par de troncos más a la chimenea. El fuego se hizo alto, parecía querer salir de su prisión, escaparse al aire de la ciudad, destruiría toda la corrupción, toda la iniquidad.

Era perfecto.

Ya tenía que estar acabado. Hubiera tenido que ser el mismo día que la mezzo*, una primero, la otra después, pero no tuve oportunidad, no supe hacerlo, fallé. Y ahora no puedo esperar más.*

Todo está en su sitio, el escenario está dispuesto para la última y definitiva interpretación.

Llego al teatro; inclino la cabeza como gesto de saludo o tiendo la mano a quien corresponde. Nadie sospecha, me conocen desde hace tiempo. Estaremos en el palco de la familia, como siempre. Me acerco a los camerinos, no es la primera vez. Llamo a la puerta del de Bianca, que se está preparando para interpretar Tosca. Está maravillosa, con el vestido ceñido en la cintura y los brocados elaborados por la otra, la costurera, la que había tomado el papel de la viuda asesina de su marido. Querida Diane, mi antepasada, tu manuscrito es mi brújula, gracias por decirme cómo lograr lo que deseo. Bianca no es una niña, pero su hermosura se acercaría a la de la hija de monsieur Fortabat, a la de la santa marquesa de Brinvilliers. Ojalá pudiera peinar su larga cabellera rubia, pero solo vengo a concertar la cita que la llevará a la muerte, y todo se resolverá por fin.

Sonríe al verme, se fía de mí, como todos.

Reprimo las ganas de pasarle un dedo por la cara, por el cuello, por el pecho, de hacer lo que Diane hacía: atarla, levantarle la falda y hurgar en su interior, pero yo no tengo tanto tiempo. La convenzo de que me espere a solas en el camerino al acabar la función. Correré el riesgo. No será como en el manuscrito, pero el desenlace me llevará justo a donde deseo, así debe ser, así lo he decidido.

Viento, me llamaban, no sé por qué, si yo solo hacía lo que mi naturaleza me dictaba, solo eso.

Viento, ¿qué has hecho? Viento, eso está mal. No hagas daño a los otros niños.

Sacudo la cabeza. El ahora es lo que importa, el ahora y lo que va a suceder.

*F*altaban dos semanas para el cierre del teatro Dellanotte. Dri, en la entrada del teatro, esperaba a Flavia y a su padre al lado de los dos policías de paisano que Leone aún mantenía. No le comentaría nada a la diva hasta que no fuera un hecho consumado, por si cambiaban de opinión. Tampoco sabía cómo le sentaría. Nada bien, seguro. Entró en el vestíbulo, saludó a Biglietti. Su madre, Senta y Carlo ya estarían en el palco. A pesar de todo, no faltaba público, oía cómo el teatro reía, respiraba, se animaba como un ser vivo. Quién iba a imaginar que, en menos de un año desde la partida de su padre, todo se desmoronaría. Y no había sido por la marcha de Fabio, como pensaban algunos.

—Señor Dellanotte. —George le tocó el brazo con suavidad como saludo—. ¿Aún no está con los músicos?

—Buenas noches, doctor, señorita. —¿Flavia se había olvidado de su perfume de rosas? Aun así, olía bien, como siempre—. ¿Cómo se encuentran? Les acompañaré al palco, donde ya estará mi familia, y luego bajaré a mi lugar en el mundo.

Entraron en el palco. La *mamma* los saludó.

—Buenas noches. Acomódense, no queda mucho para el comienzo. Adriano, ¿aún estás aquí? Baja al foso.

—Ya voy. ¿Carlo y Senta no han llegado?

—No tardarán.

—Disfruten de la ópera. —Se despidió Adriano antes de salir del palco. No añadió que quizá sería uno de los últimos días que pudieran hacerlo.

La función transcurrió sin incidentes. Cuando acabó, Dri guardó el *cello* en el despacho, bajo llave, y se acercó de nuevo a la entrada para poder despedirse de la dama y el médico. Su madre se acercó a él.

—Ya se han ido —le informó en voz baja—. Aquí solo estamos Senta y yo.

—Vale, *mamma*, no pasa nada. ¿Y Carlo?

—Debía ir un momento a su despacho. Por ahí viene ya. Pero Giulio y Piero aún no se han ido, no podemos cerrar todavía. Están esperando a Bianca, llevan tiempo acompañándola a su casa.

—Me alegro.

Biglietti, el acomodador y los dos policías se fueron a revisar la platea y los palcos. Las limpiadoras vendrían al día siguiente y lo dejarían todo listo. Si al final se cerraba, les pagaría unos meses más, hasta que pudieran encontrar otra cosa. ¿Dónde iba a trabajar Biglietti, a su edad? Ellos… tenían dinero. Aunque su padre se había llevado una gran parte de su capital a Eritrea. Quizás, al final, acabarían en esa ciudad, en el nuevo teatro.

Giulio y Piero hablaban en voz baja, no llegaba a entender su conversación. En el vestíbulo ya no quedaba más que la familia y los cantantes. Su hermano discutía con Senta, las cosas seguían sin ir del todo bien entre ellos, aunque intentaban arreglarlo. Pero ¿qué iba bien? Nada.

Percibió los pasos de uno de los hombres en dirección a la parte trasera del teatro. Parecía Giulio, iría a buscar a la soprano, que se retrasaba.

Y, de repente, oyó la voz de su hermano.

—¡Ya sé dónde estaba ese jarrón! *Santa Madonna*! ¡El jarrón!

Carlo apoyó la espalda en la pared. Un sudor frío le recorrió la espalda, le humedeció la frente. Miró el artesonado del techo, y luego a su mujer, a la *mamma*, a su hermano y a Piero. Se miró las manos, blancas, finas, de señorito.

No podía decir en voz alta dónde había tocado el jarrón, allí, delante de su hermano y de Senta. Respiró hondo, salió del teatro, alquiló un coche y le ordenó dirigirse, lo más deprisa que pudiera, a la vía Nilo, a casa de Leone.

—Espere un momento, lo vamos a necesitar —le dijo al cochero, antes de bajar.

Llamó a la puerta. Aunque era ya tarde, Leone no tardó en asomarse por la ventana.

—¡Ya sé a quién pertenece el jarrón! ¡Baje, Leone!

El policía no tardó ni dos segundos en colocarse delante de él.

—Dígame, dígame, caballero.

—Suba al coche, se lo contaré por el camino.

Senta volvió a entrar en el vestíbulo. Había salido a la calle para ver cómo su marido se alejaba sin dar ninguna explicación, pero ya no se extrañaba, ni por eso, ni por nada. Tampoco le preocupaba. Le preocupaba el cierre del teatro, la *mamma* y Bianca, que aún no había

llegado. Decidió salir otra vez, dar la vuelta al teatro y entrar por la puerta trasera, para dirigirse ella también a los camerinos. Qué serena se mostraba la noche. La luna, en el cielo casi otoñal, dibujaba un halo de colores en las ralas nubes que la rodeaban.

Se quedó parada. Había dos personas en el callejón de la parte de atrás del teatro, junto al coche de la familia. Se acercó un poco más. Eran un hombre y una mujer, y estaban discutiendo. ¿Sería una pareja mal avenida? Decidió entrar sin más, pero al acercarse reconoció las voces.

La mediquilla y su padre. ¿Qué hacían a esas horas ahí, aún no se habían ido? Arno ya estaba en el pescante, la saludó con la mano. Se encogió de hombros. Miró otra vez hacia la luna casi llena y entró.

No tardó mucho en olerlo.

Humo. Parecía provenir del pasillo de los camerinos.

Tosió, porque el maldito corsé la dejaba sin resuello, como siempre.

No podía correr, pero se acercó todo lo deprisa que podía.

El humo provenía del camerino de Bianca. Giulio estaba también allí, y gritaba.

—¡Socorro! ¡Ayúdenme!

Era terrible. El cuerpo de Bianca, sentada en el suelo pero con la espalda apoyada en la pared, aparecía rodeado de sangre. Senta respiró hondo varias veces, se desmayaría, caería al suelo y no podría hacer nada. Alguien había prendido fuego al vestido de Tosca, que ardía metido en uno de los cubos de latón que usaban las limpiadoras.

—¡La han…! ¡Mírela! —balbuceaba Giulio—. ¡Está muerta!

Senta se acercó. Se levantó el vestido para no mancharse, le tocó la cara, ¿no podrían salvarla? Aún estaba caliente. No quiso mirar la mano derecha, que ya no tenía pulgar.

—Giulio, avisa a los demás. Que vengan los policías. ¡Bianca! ¡Abre los ojos! —La sacudió de un hombro—. ¡Bianca!

El tenor no tuvo que ir a avisar. Dri había olido el humo y se acercaba por el pasillo junto a la *mamma* y los dos agentes, que entraron en el camerino.

Senta salió al pasillo y se apoyó en la pared.

—¿Qué pasa? ¿Cómo ha sido esta vez? —Dri estaba pálido.

—Bianca está herida, le han… cortado las venas.

—¿Herida solo?

—Lo sentimos —dijo uno de los dos policías desde el interior del camerino—. No se puede hacer nada.

—¡No! —Dri le pegó un puñetazo a la pared—. ¿Y el humo?

—El vestido. Pero está en un cubo, no hay riesgo de incendio.

—He sido yo —sollozó Giulio—. Lo he puesto ahí para que el fuego no se extendiera. Creo que querían quemarla, estaba muy cerca

de ella, mi querida Bianca. No quiso rendirse, no quiso dejar de cantar, y mira ahora.

—El teatro está cerrado —dijo Dri—. Se acabó todo.

El caballo trotaba sobre la irregular toba gris, haciendo saltar al coche. Iban deprisa, cuanto antes llegaran, mejor. Leone se mesaba la perilla una y otra vez, mientras pensaba en lo que le había contado Carlo. Lo había tenido delante todo el tiempo, pero no había sabido verlo.

El médico.

El jarrón estaba en la cocina del doctor Norris. ¿No había dicho que tenía ascendencia francesa? También los Dellanotte la tenían, lo había investigado, él tenía cuidado con esas cosas.

El médico estaba en el teatro cuando el niño murió. El médico tenía acceso a la casa de cualquiera, había podido robar las tijeras de la costurera, tenía conocimientos para hacer esos cortes tan bien hechos, para golpear con tanta precisión. Para administrar veneno.

Negó con la cabeza, abrió aún más el ojo derecho.

Si se hubiera dado cuenta antes, podría haber salvado a alguna de ellas.

Pero no había sido así. Se había cegado con Carlo.

De todas formas, había que interrogarlo, que registrar su casa, que encontrar pruebas. Quizá debería haber pasado primero por la prefectura, para buscar refuerzos, pero no lo había pensado, se había subido al coche y ahora se dirigían hacia Vomero lo más deprisa que podían. No tardaron en llegar. Bajaron del coche. La oscuridad se había hecho más profunda, las nubes habían ocultado la luna. Llamaron a la puerta, pero nadie abrió.

—¡Ah de la casa! —gritó Leone—. ¡Abran a la policía!

No obtuvo respuesta.

Carlo intentó abrir, pero la casa estaba cerrada con llave. Miró alrededor, encontró lo que buscaba: una piedra de buen tamaño. Sabía que la ventana de la cocina no tenía rejas.

—Venga por aquí, Leone.

Caminaron por el césped hasta la parte trasera. Carlo arrojó la piedra contra el cristal, metió la mano y abrió.

—Ha hecho bien, sí, señor. —Leone se dispuso a entrar—. Espéreme aquí, puede ser peligroso, si ese hombre es quien creemos, no tiene alma.

—Ha matado a mi gente. Voy con usted. Además, yo conozco la casa.

Ambos entraron. Carlo buscó alguna luz, encontró una lámpara de petróleo y unos fósforos. La encendió.

—¡Hemos entrado! —avisó Leone—. ¡Ríndase!

—Puede que aún no hayan llegado del teatro, aunque se supone que ya habían salido.

—¿Estaban en el teatro?

—Sí.

En la planta baja no había nadie. Subieron, miraron en cada habitación, sin resultado, hasta llegar a la puerta cerrada con llave.

—Quizás estén aquí —dijo Carlo—. Espero que no le haya hecho daño a su hija.

—¡Doctor! —volvió a gritar Leone—. ¡Está rodeado! ¡Ríndase!

—Tranquilícese. Vamos a ver. —Carlo dejó la lámpara en la mesita al lado de la puerta. La figura de porcelana del loro seguía allí. La levantó, sacó la llave de la base—. Creo que no hay nadie, la llave sigue aquí. La tiene escondida para que Flavia no acceda a la habitación del espanto. No se asuste, son solo figuras de cera.

Abrió. Encendió las luces de gas y la estancia quedó iluminada. Leone entró tras él.

—Ah, sí, qué interesante —exclamó, acercándose al hombre sin piel—. Son figuras anatómicas, las conozco bien. He estudiado varias, de la casa Tramond en París, en Florencia, en… También hay muchos libros. Algunos parecen antiguos. —Se acercó a los estantes—. ¿Y si el manuscrito está aquí?

—Entonces habremos encontrado al culpable.

Se miraron.

—Un momento. También había que buscar la plancha, aún no la he encontrado, ni en el teatro, ni en su casa de la Riviera di Chiaia. —Sacó su cuadernito del bolsillo del chaleco y le mostró a Carlo el dibujo del borde irregular de la plancha con la que asesinaron a Ana de Rosa—. Voy a la cocina. Usted eche un ojo por aquí.

Leone tomó la lámpara de petróleo y bajó de nuevo. Abrió dos o tres armarios, hasta dar con uno, cerca de la chimenea, donde se guardaban tres planchas de hierro de diferentes tamaños delante de una olla de terracota. No, ninguna coincidía. Siguió buscando, pero no encontró nada más. Volvió al estante de las planchas, las sacó de nuevo. No, no se había equivocado. Antes de colocarlas otra vez, se fijó en la olla. La sacó, levantó la tapa que la cubría.

Había otra plancha dentro.

Con el borde irregular.

—Oh, *Santa Madonna*, es esta. ¡Caballero! He encontrado la plancha. —Subió deprisa llevándosela con él—. ¡Mire! ¡La plancha! La irregularidad del borde es la misma que la de la herida, ¿ve?

—Es verdad. Lo hemos encontrado, Leone. Es él.

—Aquí viven dos. Ella… No creo, pero hay que dirimir el asunto.

No había ninguna ventana en la habitación del espanto. Por eso,

no oyeron el coche que se detuvo delante de la casa, ni se percataron de que el médico y su hija se bajaban de él para dirigirse a su hogar.

Lo he dejado todo preparado, todo en su sitio, antes de salir de casa. Porque van a venir y lo van a encontrar, como está previsto.

Me dio pena matar a Bianca. Era tan hermosa… Tuve que drogarla primero, para que se mantuviera en silencio y poder acabar el rumbo que me marca el manuscrito.

No, no me dio pena. Disfruté al engañarla para que se dejara inyectar, disfruté al ver su expresión de miedo antes de quedarse inconsciente.

Pero la representación ha terminado.

Ahora solo queda la vida.

La *mamma* se secó las lágrimas.

—Avisen a Leone, que venga a ver esto, por favor —pidió a los dos policías que aún seguían mirando el cuerpo pálido de Bianca—. Hay manuscrito, Senta, míralo.

Senta se aproximó.

—Quizá pueda leerlo.

Nunca, hasta entonces, le habían preguntado si podía. Habían decidido por ella, pensado por ella, como siempre.

Martia tomó el papel que el Lector había dejado sobre el tocador. Se reflejaba en el espejo, como la pobre Bianca. ¿Dónde estaban, quiénes eran ellos, la realidad o el reflejo? ¿Qué más daba, si la realidad era tan fría y cortante como una lámina de metal pulido? Le tendió el papel a Senta, que comenzó a leer.

> Le hice los dos cortes correspondientes: en la femoral, en la muñeca.
>
> Confieso que le serré el pulgar antes de que muriera, porque el tiempo apremiaba. De todas formas, hacía rato que se había desmayado.
>
> Me molestó la premura. Ojalá hubiera podido disfrutarla un poco más.
>
> Antes de lo debido, giré la silla hacia la chimenea, con cuidado de no pisar la sangre que cubría el suelo como una alfombra roja. La empujé hacia atrás. La niña se quemaba, como ella, mi dama, se le deshacía el cabello, la carne, la preciosa cara.
>
> Reí.
>
> Pronto, el olor comenzó a ser demasiado intenso.
>
> Tomé el pastel de la mesa, salí de la casa, con prisa. Corrí hasta llegar a la mía, nadie me vio, nadie reparó en la muda que llevaba en la mano un plato de peltre con un pedazo de pastel y entre su ropa un dedo recién serrado.

Los dedos le temblaban, dejó caer el papel. La *mamma* lo recogió.

—No entiendo por qué nos deja estos escritos. ¿Tú qué crees, Senta?

—Es un desalmado. Un loco. Justifica así sus acciones. Disfruta con ello. Juega con nosotros. No sé si es solo una cosa o todas a la vez.

—Da igual —anunció Dri—. Si él no pone fin a esto, lo haremos nosotros. Nos iremos a Asmara, con *papà*.

¿En qué momento se le había ocurrido algo así? ¿Dejaría a Flavia atrás? No. Se la llevaría con él, y a George, si era necesario.

—Ahora no es momento, hijo, de decidir nada. Esperemos a Leone.

—No —dijo Dri—. No quiero quedarme aquí ni un minuto más. Que esperen los policías, nosotros vamos a su encuentro.

Carlo había registrado ya una librería entera sin encontrar nada, pero quedaban otras tres. Leone se dedicaba a desmontar la figura de la mujer, Dios sabía por qué.

—Mire, qué curioso, cómo vamos profundizando. Primero la piel y el músculo abdominal, luego los intestinos, para llegar al útero, que también se abre. Si quitamos la pared uterina, nos… ¡Oh! Dios mío. ¡No! ¿Qué es esto? ¡Caballero!

—¡Calle un momento! Alguien viene.

—¡Son los dedos! ¡Están aquí! —susurró—. Es… ¿Quién viene?

—¡Escuche!

Leone apretó los puños y los colocó delante de su cara, como si fuera a luchar. Ambos se quedaron en silencio.

Dos personas subían las escaleras.

—¡Señor Norris! ¡Ríndase! —gritó Leone.

—Pero ¿por qué dice eso? —murmuró Carlo—. ¡Los ha alertado! Vamos, ¡que no escapen!

Salieron deprisa al pasillo. Se encontraron con Flavia, que sujetaba otra lámpara de petróleo. La dejó en la mesita.

—¿Dónde está tu padre? —interrogó Carlo.

—Viene detrás de mí.

—Estoy aquí —contestó George con voz alta y clara—. ¿Qué quieren? ¿Qué hacen en mi casa?

—Creo que ya lo sabe. —Leone se acercó a él, le puso la mano en el hombro. No llevaba las esposas, se las había dejado en casa, malditas prisas—. Más vale que no oponga resistencia.

—¿Me va a detener con una mano en el hombro, como si quisiera consolarme? Áteme, al menos.

Leone carraspeó. Carlo bajó a la cocina, regresó con un pedazo de cuerda de pita y ayudó a Leone a atarle las manos al doctor.

—Sabía que este momento iba a llegar —dijo George—. Pero no tienen pruebas contra mí.

Flavia, pálida, comenzó a resbalar, poco a poco, hacia el suelo. Carlo llegó justo a tiempo para evitar que se golpeara. La tomó en

brazos.

—Voy a llevarla a su cama. Pobrecilla. —Miró con ira al asesino—. No se cansa de hacer el mal, ¿verdad? Nunca lo hubiera creído. ¡Un hombre como usted!

—Venga conmigo. Dice que no tengo pruebas, pero ya ve. —Leone lo condujo a la habitación de las figuras de cera, le obligó a mirar el interior de la mujer—. Ahí guardaba los trofeos. Sí, señor. Tarde o temprano, acaban cayendo. Esta vez ha sido más tarde que temprano, pero lo hemos encontrado, ¡lo hemos encontrado! Ya no podrá quitarle la vida a nadie más.

George bajó la cabeza.

Sí, él era el responsable de todo, nada podía alegar.

—¿Dónde está el manuscrito?

El hombre guardó silencio.

—No se preocupe, lo encontraremos. ¿Hay más cuerda?

No parecía tener intenciones de escapar. Permanecía ahí, de pie frente a la mujer dormida, con su elegante traje gris, su cabello perfectamente peinado y su fino bigote, como si no fuera con él. Qué interesante lo iba a encontrar De Blasio. Aun así, lo ataría a la única silla de la sala, por si acaso.

Carlo trajo la cuerda, aseguraron bien los nudos.

—No nos va a decir dónde está el manuscrito, pero lo encontraremos, ¿verdad, Carlo? Sí.

Comenzaron a buscar. Miraron en todos y cada uno de los libros de la sala, pero el manuscrito no aparecía.

—Quizá lo haya destruido —dijo Carlo—. O quizá ya no tenga más, ya nos lo haya entregado entero.

—¿No hay más libros en esta casa?

Carlo alzó las cejas. Quizás en la consulta.

—Hay que registrarlo todo —contestó.

En la consulta tampoco encontraron nada, ni en la parte de abajo de la casa. Subieron de nuevo. Flavia había vuelto en sí y se había sentado en el borde de la cama. Carlo le llevó un vaso de agua.

—Lo siento mucho. —No sabía qué decirle, ni cómo tratarla—. Lo siento.

—Mi padre… —Su voz temblaba, se pasó la mano delante de la cara, como para ahuyentar un fantasma—. Tiene más libros en su habitación, en un baúl bajo la cama. Muchos pertenecían a mi madre.

—Acuéstese de nuevo. —Carlo la trató de usted—. Intente estar tranquila.

Ella asintió, pero se quedó donde estaba.

—Leone —llamó Carlo—. Quizás en su dormitorio haya algo.

George emitió una carcajada breve como un gemido.

—Seguro que sí —murmuró.

El baúl estaba donde Flavia había indicado. Lo abrieron con facilidad, el interior olía a lavanda y al perfume de rosas de la dama. Sacaron un camisón de raso granate, un montón de partituras con los bordes amarillentos del uso, varios manuales de canto, incluido el de Mathilde Marchesi y, bajo un corsé rosa, un libro antiguo y pesado con las tapas de madera forrada de una piel blanca y fina.

—¿Qué es esto? —Leone abrió con cuidado los cierres de metal del lomo—. ¡Oh! ¡Caballero! ¡Lo tenemos!

No era un libro. En vez de páginas, su interior escondía pequeños cajoncitos con nombres de principios médicos escritos en cada uno de ellos. Había un compartimento mayor al lado, y en él, unas cuartillas de papel con idéntico aspecto a las que dejaba el Lector, enrolladas y atadas con un cordel rojo. Lo desató, para ver si coincidía. Y sí. La misma caligrafía, la misma forma de escribir en francés antiguo. La misma marca de agua del maestro Delagorce.

—Lo tenemos —repitió Leone—. Aquí está. ¡Oh, caballero! Lo hemos encontrado. Oh. Lo hemos detenido, ya no habrá más muertes.

Leone se retiró un momento, porque no quería que ni una sola de sus lágrimas cayera sobre el libro, o sobre el papel de camisas, o sobre el baúl. Apoyó la mano en la madera del armario, asintió con la cabeza.

—Enhorabuena, Leone —dijo Carlo—. Ahora sí.

El manuscrito secreto

No tenía tiempo. Metí el dedo en el guiso que comeríamos al cabo de un rato, luego lo sacaría, y subí para acostarme. Claude y la ovejita no tardaron mucho en aparecer.

Mi marido vino a visitarme.

—Diane, ¿cómo os encontráis?

Negué con la cabeza, me señalé la sien.

—¿Os duele la cabeza? Vaya, lo siento, mi querida esposa. Quedaos descansando, Madeleine y yo daremos un paseo hasta el mediodía.

Asentí. Me dio un beso en la mejilla y salió. Tan galante como siempre, con tanta paciencia.

Bajé enseguida, me encargué del dedo. No creía que Claude distinguiera una falange humana de un hueso de pollo, pero prefería acabar el trabajo cuanto antes.

La noticia de la muerte de la chiquilla se extendió por el Faubourg, se coló en cada casa como el viento del norte, blanco y helado. Lo noté, incluso, desde la cocina. Me asomé a la puerta: los vecinos hacían corrillos, alguno gritaba, otras lloraban. Claude llegó al poco. Traía a la ovejita agarrada de la mano como si alguien se la pudiera arrebatar en cualquier momento.

—Entrad, Diane, ¡Dios mío! Entrad. Madi, ve al patio a jugar.

La niña hizo caso.

—Dios mío, Diane, podíais haber sido vos.

Por un momento creí que sospechaba de mí.

—Os podía haber tocado a vos, ¿no lo entendéis? También estabais en casa, como ella, ¡os podía haber tocado a vos!

Me abrazó, hundió la cabeza en mi cuello. Lo separé de mí, le interrogué con la mirada. Tenía los ojos brillantes.

—La hija de los Fortabat, Diane. Le ha tocado a ella. —Me llevé la mano a la boca, alcé las cejas todo lo que pude—. ¿No oléis a quemado? Por el amor de Dios, es horrible. ¿Cómo Él, tan bueno, puede consentir que el diablo campe a sus anchas por París? Está a

tres calles de aquí. No sé si voy a permitiros que salgáis de casa, aunque ¡ha sido en su propia casa, en la cocina! En su propia casa. Es horrible.

Estaba pálido. Lo llevé hasta la cocina, se sentó delante de la chimenea, como la chiquilla hacía un rato. Cuántos aspavientos por una sola muerte. Le serví un vaso de agua.

—¿Qué será lo siguiente, Diane? ¿Nuestra hija, vos?

Le señalé a él.

—Hasta ahora el monstruo solo mata mujeres. No estáis a salvo, ¿lo entendéis? No estáis a salvo. Aquí, sola en casa todo el día, es absurdo. Deberíais estar con mis padres, no entiendo ese empeño que tenéis en estar sola. Soy vuestro marido, debéis obedecerme. Es por vuestro bien. A partir de ahora, quiero que estéis con mis padres.

Asentí. Ya haría yo lo que me diera la gana luego. No merecía la pena discutir.

—¡Por favor! Es horrible. Si supierais… Os lo voy a decir, por si tenéis tentaciones de desobedecerme. ¡La han quemado! ¡En su propia cocina, entre su sangre derramada! ¿No lo oléis? ¡Huele todo el barrio! ¡Quemada! No me lo puedo creer. Os advierto una cosa: no quiero que mi hija crezca sin su madre. Si me desobedecéis, os mandaré encerrar en un convento, dudo mucho que entre paredes santas actúe el Aserrador.

Buena idea. Quizá la siguiente debía ser una monja, ¿por qué no?

Negué con la cabeza. Ya le daría yo alguna cosa para que se le pasara el disgusto.

Las manos le temblaban.

Mi esposo era un buen hombre, la verdad.

Estuve tres días con los suegros, como él decía.

Al cuarto, dejé a la ovejita con ellos y me acerqué a la casa de La Voisin.

Llovía, como casi siempre en marzo, y en abril, y en la mayoría de los días del año en esa ciudad del color de la ceniza. Los cuervos comían desperdicios al lado de la iglesia de Notre Dame de la Bonne Nouvelle, muy cerca de la casa de mi amiga. Los carros circulaban demasiado deprisa, los perros callejeros ladraban a mi paso, los mendigos me tendían sus apestosas manos, todo normal.

Pero la puerta de la casa de La Voisin estaba cerrada.

Golpeé con fuerza la aldaba, nadie me abrió.

Miré al cielo plomizo, la lluvia me empapaba la cara, como si fueran lágrimas. Yo nunca lloro de verdad, pero finjo muy bien. Esa es mi única virtud.

Apoyé la mano en el muro de la casa cerrada. La piedra se había oscurecido al empaparse. Volví a llamar, volví a obtener el silencio como respuesta.

Pero yo sabía cómo entrar, y debía hacerlo.

Rodeé el edificio hasta la parte de atrás, donde estaba la entrada que utilizaba la nobleza. Moví una piedra suelta en el umbral, la levanté y saqué la llave oculta bajo ella. Entré. No había nadie en el laboratorio, ni en la habitación oscura. Subí las escaleras hacia la casa. Fuerte, para que quien estuviera arriba me oyera llegar. Al momento escuché una vocecilla asustada.

—¿Quién sois? Aquí no hay nada, ¿qué queréis?

La hija, Marguerite.

La encontré sentada en el suelo, frente a la chimenea apagada, acompañada por su hijo y el apocado de su padre, Antoine. Faltaban sus dos hermanos, Dios sabía dónde podían estar. Alcé las palmas de las manos, hice un gesto con la cabeza.

—¿Qué hacéis aquí? Esta no es vuestra casa. —Marguerite frunció el ceño—. Ya no hay nada aquí para vos, es mejor que os marchéis.

—La han detenido. —El padre temblaba—. El domingo, cuando salía de misa. Han detenido a Catherine.

Por un momento, sentí que la habitación giraba, que el suelo se volvía blando, que mi corazón dejaba de latir. Respiré hondo. Me acerqué a él, le agarré de la camisa, bajo el cuello, pegué mi cara a la suya. Me dieron ganas de abofetearlo.

—La han detenido —repitió—. La delató La Bosse.

Lo solté, me apoyé en la pared.

Me sorprendió que estuviera tan dura y tan fría como siempre, cuando todo se derrumbaba.

La Voisin, detenida. Tuve la seguridad de que había sido ese hombre, La Reynie. De que era un cazador, de que pronto nos detendría a todos. La Voisin era mi amiga, no me traicionaría, estaba segura, pero a él no le haría falta: me encontraría.

Volví a respirar. Una, dos, tres veces. Apreté los puños, tanto que me clavé las uñas en las palmas de las manos. No, eso no era racional, La Reynie no sabía nada de mí, yo estaba a salvo.

Pero todo había cambiado.

No podría volver al laboratorio, ni debía hacerlo.

Me había quedado sin vida.

Me dieron ganas de matarlos a todos: el padre, la hija, el nieto, todos morirían en ese momento, quizás así podría recuperar el control.

Los miré, uno por uno. Antoine se contemplaba las manos vacías. El niño hacía un dibujo imaginario en el suelo con un palito que habría cogido de la lumbre. Marguerite me observaba de reojo. Algo vio en mí que le hizo levantarse de la silla y tomar el atizador de la chimenea. Sonreí. Hice un gesto con la mano y me fui, despacio, un pie delante de otro, con cuidado para no caerme. Eché una ojeada hacia la puerta de la habitación que mi amiga le había alquilado a mi

amante. Nunca volvería a verlo. Hay cosas que se quedan en el pasado antes de que nos demos cuenta siquiera de lo buenas que son.

Bajé las escaleras, entré en el laboratorio. Pasé la mano por la mesa, por los matraces, por el cobre del alambique. Sentí un hormigueo extraño en la nariz antes de que el agua brotara de mis ojos.

Me sorprendí. Resultaba que sí podía llorar.

Alguien golpeó la aldaba. Leone y Carlo se sobresaltaron.

—¡Leone! —gritó Dri—. ¿Están ahí? ¿George?

—¿Cómo demonios han sabido…? —exclamó Carlo—. En fin. Voy a abrir.

La llave estaba puesta por dentro en la cerradura. Le dio un par de vueltas, se encontró con la cara demudada de Adriano y, tras él, con la *mamma* y Senta.

—¿Has traído a las mujeres? ¿No te dabas cuenta de que podía ser peligroso?

—¿Qué hacéis aquí? Hemos ido a casa de Leone, su mujer nos ha dicho que os marchasteis en esta dirección. Se me ocurrió que quizá te encontrara aquí.

—Lo hemos encontrado, Dri. —La voz le tembló por la emoción—. Hemos detenido al Lector. Ya no habrá más muertes.

—¿Era ella? —preguntó la *mamma*—. ¿Flavia?

—¿Cómo puedes decir eso? —contestó Dri—. ¿Carlo?

—Flavia está en su habitación. No se encuentra bien. ¿Cómo va a encontrarse bien, si su padre es el autor de… las barbaridades?

—¿El médico? —Dri negó con la cabeza—. ¿Hay pruebas?

—Todo. —Carlo asintió—. Todo. Hemos encontrado el manuscrito y los, ay, los, los dedos. En una habitación donde solo él podía entrar. Lo hemos detenido y ha admitido las acusaciones. Ya no habrá más muertes. Podremos mantener el teatro abierto.

—Los vi —dijo Senta—. Cuando fui a los camerinos rodeando el teatro. Hacía tan buena noche… Estaban allí, cerca del *calessino*. Discutían.

—Carlo —dijo Dri—. Aunque queramos, no podremos estrenar *Carmen*. Ese monstruo… Bianca. —Le falló la voz.

—¡Maldita sea! ¿Bianca? —Carlo se giró y miró hacia arriba, hacia

donde estaba atado George—. Le mataré. No irá a la cárcel, ¡lo mataré primero!

La *mamma* le puso la mano en el brazo.

—Ya acabó, Carlo. Tú no eres así y lo sabes. Ya acabó.

Carlo le dio un puñetazo a la pared. Le dolió, sí, últimamente todo dolía. Abrazó un momento a la *mamma*.

—Lo ha destruido todo —dijo Dri—. Odiaba el teatro y lo ha demostrado bien. Quiero… decirle algo. Carlo, guíame.

Dri puso la mano en el brazo de su hermano. Nunca había pasado de la consulta, no conocía la casa. Subieron, entraron en una habitación que olía de forma peculiar. ¿A formol? A libro viejo, a levadura.

—Ah, hola, caballero —saludó Leone—. Ya ve que lo hemos encontrado. Mírelo, no dice nada. Está ahí, cabizbajo. Hemos acabado el registro, ya lo tenemos todo: la plancha, el manuscrito y los… Me lo llevo a la prefectura. Jamás volverá a hacer daño a nadie, se lo aseguro.

—Ag —se quejó Carlo: Dri le apretaba demasiado el brazo—. Afloja, hermano.

—Si aflojo, no lo matarás tú, sino yo. Es demasiado. ¿Cómo un hombre puede hacer lo que ha hecho usted, George? Matar niños, mujeres. ¿Le daba todo igual? ¿Tanto odia el teatro, como para hacer algo así? No se merece a su hija. No se merece más que le devuelvan el daño que ha causado. Leone, ha habido otra muerte esta noche. Bianca, nuestra soprano.

—¿Bianca? Oh, Dios mío. ¿La soprano? ¿Después de actuar?

—En su camerino.

—Perdone la pregunta, ¿el pulgar?

—Se lo habían cortado también. —La *mamma* entró en la estancia, seguida por Senta—. ¡*Santa Madonna*, tiene una mujer aquí! ¿Está…? ¿Qué es eso? —Señaló al modelo anatómico del hombre sin piel.

—Son figuras de cera, señoras. Sería mejor que esperaran abajo, somos demasiados aquí.

La *mamma* miró a George, que mantenía la cabeza baja, y frunció el ceño.

—Si es el culpable, debe de tener el dedo. ¿O lo ha tirado por ahí? Si no lo tiene, lo buscaremos.

—Señoras, si me hacen el favor, esperen abajo. Registraremos al sospechoso y les informaré de los resultados.

Las damas salieron, Leone desató a George de la silla.

—Levántese.

Le pasó las manos por todo el cuerpo. Y no, no encontró nada.

—Quizás en la chaqueta. Carlo, ¿quiere bajar a mirar?

Carlo suspiró. Ojalá pudiera regresar a la casa de la Riviera di

Chiaia de una vez y empezar de nuevo una vida diferente, con su familia. Sí, eso quería. Pero parecía que antes debía buscar un dedo en una chaqueta. Absurdo. Aun así, lo hizo. Bajó otra vez, buscó en los bolsillos de las chaquetas que había colgadas en el perchero de la entrada. ¿Qué chaqueta llevaba George esa tarde? Había estado sentado a su lado toda la representación. Había compartido tiempo, cafés y *grappa* durante varios meses con ese hombre tan amable, tan pacífico, que se dedicaba a sanar y ¿no había notado nada? No, maldita sea, nada de nada.

Una chaqueta elegante de color gris marengo, esa era la que llevaba hacía un rato, cuando Bianca aún podía interpretar a Tosca sobre el escenario.

Con tan poca iluminación, no se reconocía bien.

—¿Qué buscas, hijo?

Su madre. No podía faltar. Metió la mano en uno de los bolsillos, y en otro, y en otro.

Hasta que dio con una cosa pequeña y dura, envuelta en un pedazo de tela, y al lado, algo metálico. Sacó ambos. Los acercó a la lámpara. Lo metálico era un escalpelo, parecía muy afilado. Desdobló la tela y lo que había dentro se le cayó sin querer.

—Es el dedo, ¿verdad? —dijo la *mamma*.

Carlo asintió. Con ayuda de la tela, recogió el dedo y regresó a la habitación del espanto.

Otra maldita vez.

Le tendió el escalpelo y el pedazo de tela a Leone.

—Ahí tiene. El instrumento y… lo otro. Estaban en su chaqueta.

Leone depositó el dedo con cuidado al lado de los otros.

—Una plancha, el libro con el manuscrito y los trofeos. ¡Y un escalpelo! No se librará. Debo llevarme todo esto. ¿Dónde lo meto? ¿Cómo lo hago? Hay que custodiar al reo. Bien, voy a envolver los dedos en el pedazo de tela. Tampoco parece que el reo tenga ganas de huir. Carlo, acompáñeme para declarar y ayúdeme con el resto, ¿quiere? Debemos interrogar a su hija, pero ya mañana.

—Su hija vendrá con nosotros —dijo Dri—. No permitiré que se quede en esta casa, sola.

—Bien. Que esté localizable. —Leone condujo a George hasta el pasillo.

—Déjenme despedirme de mi hija —pidió el médico.

—No se merece nada —afirmó Carlo.

George alzó la cabeza por primera vez desde que entró en la habitación. Quería verla una última vez.

—Por favor —rogó.

Flavia lo había escuchado todo. Se levantó y salió también al pasillo.

—Papá.

Qué hermosa era. Tanto como su madre. A George se le humedecieron los ojos.

—Querida hija, los dos sabemos que yo he tenido la culpa de todo. No lo he hecho bien, ni con tu madre, ni contigo. Lo de tu madre ya no tiene remedio, pero tú, Viento querido, tú… aún puedes volar. Perdóname por intentar encerrarte. Pórtate bien, porque a partir de ahora estás sola, ya no tienes quien te cuide y te defienda, quien te proteja. Pórtate bien, Viento, y perdóname.

George no podía evitar que las lágrimas le cayeran por el rostro, le mojaran el traje. Él era el culpable de que su hija se comportara de esa manera, y él pagaría, claro que sí. No había sabido cuidarlas, ni a su querida Isabella, que había acabado muerta por su culpa, ni a su preciosa Flavia. Debió dejarla volar, y que se convirtiera en quien quería ser y no en un pajarillo prisionero en una jaula, lleno de ira. Ahora ya era libre, y él pagaría con su encierro lo que hizo, los errores que cometió. La miró por última vez, su Flavia, la niña que amaba cantar.

El manuscrito secreto

Esa semana no salí de casa, ni siquiera para ir al mercado. Me pasaba las horas en la cama, la ovejita rondaba a mi alrededor hasta que se cansaba y se iba con la suegra. Estaba mejor con ella, claro que sí. Me levantaba tarde, a veces ni comía. Me sentaba delante de la ventana y veía la vida pasar de largo, esa vida monótona que no me aportaba ningún aliciente. ¿Qué iba a ser de mí, sin el laboratorio? ¿Se suponía que debía comportarme como una mujer normal, como alguien anodino que se limitaba a ir y venir sin ninguna meta?

Pasaron dos semanas sin ningún hecho remarcable, hasta que una mañana de abril, temprano, aún no me había levantado, llamaron a la puerta. La ovejita vino corriendo a mi cama, se metió en ella y se abrazó al cuerpo frío de su madre.

—¿Y si es el Aserrador? —susurró.

Negué con la cabeza, la aparté de mí. Me levanté, me puse un chal por los hombros y bajé a abrir.

Me encontré con ese hombre en mi puerta: La Reynie.

¿Ya venía a por mí? Qué pronto.

—Buenos días, madame, ¿puedo pasar?

Negué. Afirmé. Volví a negar, abrí la boca bajo esa mirada que parecía palpar cada rincón de mi cuerpo. Me alegré de no llevar encima el escalpelo, o la sierra. Me la descubriría sin tan siquiera tocarme.

—Vengo por el asunto de su vecina, la niña de los Fortabat.

Abrí aún más la boca, esta vez sin necesidad de fingir. ¿No era por los venenos? Entonces estaba a salvo. Reprimí una sonrisa.

—Tengo entendido que a la niña le gustaban vuestros dulces.

Asentí.

—¿A alguien más le gustan vuestros dulces?

Hice un gesto vago con la mano. La Reynie alzó las cejas.

—Vos tampoco fuisteis a la iglesia ese día.

Negué. Me llevé la mano a la sien, junté las palmas e incliné la cabeza sobre ellas.

—¿Estabais en la cama? ¿Sola? ¿Vuestra familia estaba en la iglesia?

Asentí. Volví a tocarme la sien, la tripa, la frente.

En ese momento, la ovejita apareció detrás de mí y me tomó de la mano.

—Mamá, ¿es el Aserrador?

Me agaché a su lado, le acaricié la cara y negué. La pequeña me dio un beso en la mejilla.

—No os asustéis, mademoiselle Nerry. Soy el lugarteniente de la policía de París, Gabriel Nicolas de La Reynie. —Se agachó a su lado y le besó la mano—. ¿Vuestra madre está enferma?

—Sí. Le duele la cabeza.

—¿Muy a menudo?

La ovejita me miró y asintió.

—Casi no sale de casa.

—¿Le gusta cocinar a vuestra madre? ¿Coméis dulces a menudo?

—Cocina muy bien. A mi papá también le gustan los dulces.

—¿Habéis probado alguna vez el bizcocho de moras?

¿Aún se acordaba de aquello?

—Sí, y también de fresa.

Levanté la palma de la mano y la puse frente al policía. Ya bastaba de preguntas a mi hija. Le indiqué que fuera con la suegra. Me obedeció, como siempre.

La Reynie observaba la casa por encima de mi hombro. Me aparté, le indiqué que entrara.

En ese momento, oímos el galope de un caballo. Otro policía se detuvo con brusquedad delante de la puerta.

—¡Hemos encontrado al cura! Hay que detenerlo, debéis venir.

—Por fin. ¡Vamos! Y vos, madame, no os vayáis de la ciudad, si estáis tan enferma, no lo haréis.

Asentí.

Los dos hombres se alejaron calle abajo, en dirección a la Bastilla.

El sol salió de entre las nubes para iluminar por un momento mi cara.

No soy más que una anomalía, lo reconozco.

Algo sacado de contexto, como una pagoda en París.

No me adapto a la vida.

No quiero ser quien me dicen que debo ser.

Y, sin embargo, me levanto cada mañana, despierto a la ovejita, hago el desayuno para mi familia. Limpio mi casa, voy al mercado, preparo la comida. Limpio otra vez, preparo la cena. Me acuesto en la cama y, muy de vez en cuando, soy el recipiente para el semen de mi

marido.

Ya ni estudio, ni leo, total, ¿para qué? Con La Reynie rondando por ahí, es imposible hacer nada. Está deteniendo a media ciudad, incluida la noble clientela que nos frecuentaba.

Claude es mi nexo con los asuntos de su majestad. Está fascinado con lo que está sucediendo. Parece ser que se comenta en cada pasillo de la casa del marqués. No sé si son rumores, o si todo lo que me narra es verídico. Iban a aplicar la tortura del agua, como a mi dama, a la adivina La Grange, pero no pudieron, porque hacía tanto frío en la Conciergerie que el agua estaba congelada. ¿Es eso normal? La Bosse contó que fue La Voisin la que le había metido en la cabeza el gusto por la química, cuando era una niña, pero que, como ella no tenía laboratorio, hacía sus experimentos en la cocina, con aguafuerte, mercurio y unas hierbas que recogía por el campo. Resulta que las hierbas no eran más que cicuta, qué cosas. Así cocinaba ella los famosos caldos de la calle Saint-Denis.

La Grange hizo circular el rumor de que el rey iba a ser asesinado. Y este, que desde lo de mi dama ya no se fía del Parlamento, pues piensa que es demasiado lento e indulgente, ha creado un tribunal especial para investigar el caso.

La Cámara Ardiente, lo llaman. Su sede está en el Arsenal, no muy lejos de la Bastilla.

Sí, debo preparar mi huida.

Debo escapar de París.

Pero, en realidad, aún no me apetece. ¿A dónde voy a ir? Cuento con algo de dinero, guardado en el baúl bajo llave al lado de los libros y de estos papeles, mi manutención estaría asegurada por algunos años. Y ¿qué voy a hacer yo si, dondequiera que vaya, no voy a dejar de ser una mujer sin voz?

Quizá no merezca la pena que huya a ningún lugar. París huele mal, está sucia, podrida y llena de delincuentes, pero es donde nací.

Bah, tonterías.

La realidad es que no sé qué hacer con mi vida.

Dri se quitó la chaqueta y se la puso sobre los hombros a Flavia, que se apoyó en él. Leone se llevaba a George.

Se quedaba sola, por fin. ¡Lo había logrado! Sonrió, porque nadie la estaba mirando, y el hombre que tenía al lado no sabía quién era ella ni por qué actuaba.

—Estoy sola —intentó sollozar—. Ya no tengo ni madre, ni padre.

Dri la abrazó.

—Pero me tienes a mí. Yo cuidaré de ti. De momento, te vienes con nosotros. No voy a permitir que te quedes en esta casa. No es nada indecoroso, está la *mamma*, Senta, la *nonna* y tenemos habitación de invitados.

—Yo tampoco quiero quedarme aquí. No lo soportaría.

—Vámonos. Es muy tarde. Mañana enviaré a alguien para que recoja tus cosas.

Dri la ayudó a bajar las escaleras. No permitiría que nadie le hiciera daño, que nadie la juzgara por lo que fuera su padre.

—*Mamma*, nos vamos a casa. Flavia se viene también, será nuestra invitada.

—O algo más —dijo Martia—. Quién sabe. Vámonos, estoy cansada.

Por la mañana, María, la criada, le dejó en la habitación un baúl con su ropa. Flavia se levantó, se lavó y se preparó para el desayuno. Se frotó los ojos para que estuvieran un poco rojos, eso sería lo correcto, ¿no? Llorar por el padre.

En el salón, solo estaba la *mamma*.

—Se ha levantado muy pronto, Flavia. Siéntese y coma algo.

—No podía dormir.

—No me extraña. Yo tampoco. Mire, ahí llega Adriano. Tampoco es de dormir mucho, como ya sabe, me imagino.

Flavia alzó las cejas, pero no dijo nada.

—Me casaré con ella, *mamma*.

—¿Se lo has pedido? La tienes delante.

—¿Flavia? —Dri se ruborizó. Llevaba toda la noche sin pegar ojo, pensando en George, en la diva, en el teatro, en su trastocada vida.

—Sí, estoy aquí. Me siento muy honrada con su proposición, pero es demasiado precipitado, necesito tiempo para pensar después de… —sollozó.

—Lo comprendo. Excúseme. No pensaba decirlo tan pronto, esto ha sido… un error mío. Aunque ya conoce mis sentimientos por usted.

En sus encuentros no eran tan formales, pero estaba la *mamma* delante, no iba a tutearla, y no se le ocurriría tocarla ni por error.

—Bueno, ahora tendrán tiempo para conocerse —dijo Martia—. Adriano ya no estará tan ocupado con el teatro cerrado.

—¿Van a cerrar?

—Sí. —Adriano se sentó y la *mamma* le sirvió un café—. Entendemos que ya no habrá más asesinatos, pero, por desgracia, no tenemos cantante.

Flavia se levantó de la mesa. Se acercó al ventanal, desde él se podía ver el humeante Vesubio y la bahía napolitana.

—No tengo familia —afirmó, sin darse la vuelta—. Me he quedado sin nada y no me gustaría abusar de su hospitalidad. Ya conocen mi vocación. Ya conocen cómo es mi voz. Humildemente, les pediría que me contraten como cantante. Martia, usted aún no lo sabe, pero mi madre era Isabella Ferrer. Acabó en un manicomio, por eso mi padre… —sollozó de nuevo—. Por eso mi padre odiaba tanto el teatro. Yo fui admitida en la compañía del Metropolitan Opera de Nueva York, pero en aquel momento mi familia no me permitió incorporarme, no les parecía bien. Y ahora… necesito ganarme la vida, y lo mejor que sé hacer es cantar.

—Yo no la he oído cantar nunca —dijo la *mamma*—. Dri, ¿tú sí la has oído?

—Es un prodigio.

—¿Conoce los papeles?

—Llevo cantando y escuchando a mi madre toda la vida. Conozco los textos de la mayor parte de las óperas más conocidas. Soy soprano —Flavia regresó a la mesa con los ojos enrojecidos—, pero mi registro es muy amplio. Puedo interpretar *Carmen* sin dificultad. También *Tosca*, aunque se haya estrenado este año por primera vez, Adriano me pasó el libreto.

—*Tosca* ya no se interpretará más en nuestro teatro por respeto a Bianca —dijo la *mamma*—. ¿Carlo estará de acuerdo? Le haremos una

audición, con Massimo y la orquesta. No es igual cantar sola que con música.

—Bien, *mamma*.

Martia observó a Flavia. Era hermosa, con la melena oscura y esos ojos color ámbar. Pero no sabía si era buena idea lo que iba a suceder, porque estaba claro que la contratarían, si querían el teatro abierto no había más remedio. Pero ¿cómo influiría eso en sus hijos? Estaba claro lo que sentía Dri, pero ¿y Carlo?

La contratarían. Le buscaría un apartamento y la sacaría de su casa, cuanto antes mejor. Dio gracias porque no se casara con Dri, al menos no aún.

Le hicieron la prueba esa misma tarde.

Martia se sentó en la primera fila, junto a Dri. Massimo dirigía la orquesta, que seguía ensayando para *Carmen*, como si todo fuera normal.

Primero cantó *Deja que llore*.

Deja que llore mi cruel suerte, y que suspire por la libertad.

—Es… —dijo Martia— virtuosa. Domina la técnica. No conozco la canción, ¿quién la compuso?

—Händel. Una ópera muy poco representada ahora llamada *Rinaldo*.

—Ah. A la vez, tiene un timbre muy rico, muy lírico, y un talento musical excepcional. No entiendo cómo no es famosa, siendo hija de quien es.

—Precisamente por eso —contestó Dri—. La han mantenido alejada de los escenarios. Su padre no la dejaba cantar.

—Qué horror.

Dri asintió.

—Va a ser un verdadero éxito. El público la va a adorar —afirmó Martia.

—¿No notas algo más?

—¿Qué debo notar?

—¿No le falta algo?

Martia escuchó un poco más.

—Es perfecta —afirmó.

Dri esbozó una sonrisa. Estaba claro que solo lo notaba él. No era la técnica, no era la postura, ni el apoyo, ni el empuje, ni la agilidad.

Era el sentimiento.

Sí, interpretaba bien, pero… No sentía como debía.

Un escalofrío le recorrió la espalda.

A última hora de la tarde, tuvieron una visita en el palacete de la Riviera di Chiaia.

Leone.

Lo invitaron a entrar, se sentó con ellos a la mesa.

—Ah, señoras, señores, me alegro de verles —dijo, con su portafolios de cuero en la mano—. No hará falta interrogar a la dama. —Señaló a Flavia—. El doctor confesó su culpa, y ya sabemos, por la declaración de Carlo, que ella no tenía acceso a la habitación de las figuras anatómicas. Les he traído el manuscrito. Es muy corto, solo hay dos páginas, y el doctor se niega a contar dónde está el resto. Puede que, según leía, lo fuera destruyendo. Aun así registraremos la casa entera, por si acaso. Sería una pena, es un documento histórico de gran valor. Imagino que querrán conocer su contenido, aunque sea breve, ¿es así?

—Pues claro —afirmó la *mamma*—. Léanoslo, por favor.

—Por el amor de Dios —dijo Carlo—. ¿No hemos tenido bastante?

—El mal está entre nosotros. —La *nonna* se llevó la mano al cuernecillo rojo que le colgaba del cuello—. El mal no nos abandona.

—Ya no, *nonna* —dijo Dri—. Ahora está entre rejas.

—Os creéis sabios, pero no sabéis nada. —La *nonna* miró hacia el volcán.

—Acabemos de una vez —pidió Carlo—. Léalo, ya.

—Flavia, ¿quiere escucharlo o prefiere subir a su habitación? —interrogó Dri.

—Pues… Voy a retirarme, sí. Necesito descansar. —La dama salió y se dirigió a la planta de arriba.

—Pobrecilla —se compadeció Leone—. No debe ser fácil para ella. No quiero ni imaginar cómo se debe sentir. En fin. Vamos a lo que nos ha traído aquí. Solo hay dos cuartillas, qué pena. La primera dice así:

> Ya casi no escribo, pues no tengo nada que contar. La vida se ha vuelto ajena a mí. La Vigoreux murió en la cárcel, La Bosse fue quemada en la hoguera en mayo; desde entonces, las ejecuciones se han convertido en un espectáculo cotidiano. Unos delatan a otros, los clientes plebeyos son condenados a muerte; los nobles, a exilio o a nada, quién sabe.
>
> La Voisin, desde septiembre, ha comenzado a hablar. Ha citado muchos nombres, entre ellos, los de los criados de madame de Montespan, lo cual ha inquietado sobremanera a nuestro querido rey.
>
> Tengo muchas ganas de añadir un pulgar a mi colección, pero en la situación actual, no me es posible. Solo por eso, debería marcharme de París. Quizá lo haga. Podría viajar por Europa, visitar Londres, Lieja, Basilea, Nápoles, como lo hacía mi amante. Hasta que se me acabe el dinero. Cuando eso pase, un vial solucionaría la situación. Sería una vida corta, pero intensa, saboreada. ¿De qué vale una larga existencia si uno se limita a vegetar?

—¿Se dan cuenta? —siguió el policía—. Narra hechos reales, cosas que sucedieron durante el reinado de Luis XIV en París. Todas existieron: La Bosse, La Vigoreux, La Voisin. Vendedoras de venenos.

Murieron tal y como lo relata Diane. Bien, continuemos. No es muy largo, como ya les he dicho. Esta es la segunda cuartilla:

La ovejita y Claude están durmiendo, arriba. Yo escribo sobre la mesa de la cocina, templada por el poco fuego de la chimenea. Solo me alumbra la escasa luz de una vela amarilla. Después de lo que he vivido hoy, soy incapaz de dormir, no sé si volveré a hacerlo alguna vez, o si sería mejor que mi existencia triste acabara aquí, esta noche, pues aún mi espíritu anima mi cuerpo, aún puedo oír cómo el viento del norte agita las ramas de los árboles, cómo la madera se vuelve cenizas en el hogar, mientras otras ya no pueden.

Otras me dan igual, es La Voisin la que, en cierto modo, me importaba.

Hoy he visto cómo la arrastraban a la hoguera. Al principio no me pareció ella, tan desfigurada estaba. La ira se había apoderado de su cuerpo, convirtiéndola en lo que no era, o tal vez sí, tal vez ese que hoy he visto es su verdadero rostro. El de un perro rabioso que escupiera veneno.

¿Acaso somos así?

¿Me lo pregunto, lo afirmo?

¿Qué somos? La normalidad no cabe en nosotras. ¿Tal vez son los demás los monstruos, esa gente anodina que aun así no duda en arrojar a una mujer a la pira?

Se resistió. No tuvo la dignidad de mi dama, ni ellos le otorgaron la clemencia de decapitarla primero, pues no era una noble. La arrojaron al fuego entre improperios e insultos que se vertían de su boca como si con ellos pudiera apagar las llamas. Doy gracias porque el humo llega a los pulmones antes de que las llamas abrasen la piel. Por un momento me imaginé allí, con el hábito blanco de los condenados, atada al poste, mirando a la multitud, esperando que el verdugo decida el instante de mi muerte.

Cuando vi su carne deshacerse entre las llamas, abrí la boca y grité hasta desgañitarme. Nadie me oyó, pues ningún sonido sale de mi boca, pero los gritos estaban ahí, espesos como el barro, ligeros como el aire, cubrían la plaza entera, la ciudad entera.

Ya no tengo alicientes, ya no soy dueña de mi tiempo.

Hace algunas semanas detuvieron a la hija de mi amiga y a sus dos hermanos.

Sabía que La Voisin no me delataría de la misma forma que sé que Marguerite lo relatará todo.

Debo marcharme.

—El mal —reiteró la *nonna*—. El mal.

—Ya ven —dijo Leone—. Diane cometió todos y cada uno de los crímenes que George Norris representó en su teatro. Y aun así no quiere acabar muerta, no quiere para ella lo que les ha regalado a otros inocentes. El género humano no tiene remedio, ¿no creen? —Negó con la cabeza—. La Reynie, el jefe de policía de su majestad Luis XIV, uno de los mejores policías que ha existido jamás, nunca resolvió esos crímenes. Lo hacemos ahora nosotros, más de doscientos años después. He investigado mucho, señores. En París y aquí. He escrito varias veces a mi amigo de la Sorbona, he viajado hasta allí, y he descubierto hechos asombrosos. Esa mujer que no quiere ser quemada se llamaba Diane Nerry, el doctor es George Norris. Hay registros de

que es su antepasada, de que en algún momento sus descendientes emigraron a ultramar y luego, un par de generaciones más tarde, regresaron. También hay otra cosa que me ha llamado mucho la atención. Ustedes tienen ascendencia francesa. Un antepasado suyo se apellidaba Desgrez, como el caballero que detuvo a la marquesa de Brinvilliers. Es curioso, ¿verdad? Menuda coincidencia. ¿O él lo sabía? Puede ser. En fin, se me hace tarde, mi mujer y mi hijo me esperan. Que pasen buena noche, señoras, caballeros. Sí, señor.

Dri lo acompañó a la puerta.

—Venga al teatro cuando quiera, Leone. Tendremos un palco para usted y su familia.

Escuchó los pasos del hombre alejándose por el sendero de grava del jardín. Había llovido un poco, la tierra olía a humedad, a vida. El agua lo limpiaba todo, el aire, la ciudad.

Empezarían de nuevo, qué remedio. Representarían *Carmen* y, en el intermedio, la diva interpretaría también el aria de Senta.

El teatro seguiría, dentro y fuera del escenario.

Por fin ha llegado el día del estreno de Carmen.

Entro en mi camerino, tiene mi nombre en la puerta: Flavia Ferrer, en honor a mi querida madre.

Me pongo la falda, la blusa, el pañuelo, me dejo la melena suelta como corresponde al personaje. Carmen, la gitana valiente y libre, como yo quería, sí, mi debut debía ser con este papel. Ahora yo también puedo elegir mi destino, por fin he logrado mi objetivo.

Alguien golpea la puerta con los nudillos. Abro, es Adriano, mi protector. Le paso el dedo por la cara, lo beso. El inocente piensa que me casaré con él. Pero yo nunca renunciaré a mi libertad por un hombre, no cometeré ese error.

—«En ti, la vida cobra todo su esplendor» —Él cita a Cavaradossi—. «En mi ser, la alegría y el deseo nacen de ti, como la llama del calor.»

Y sí, yo le contesto como lo hace Tosca, la asesina:

—«Qué bello será el mundo hasta que juntos nos disolvamos en las esferas celestes, como las altas nubes sobre el mar, a la caída del sol.»

Sonríe. Olvida que, en Tosca*, todos mueren.*

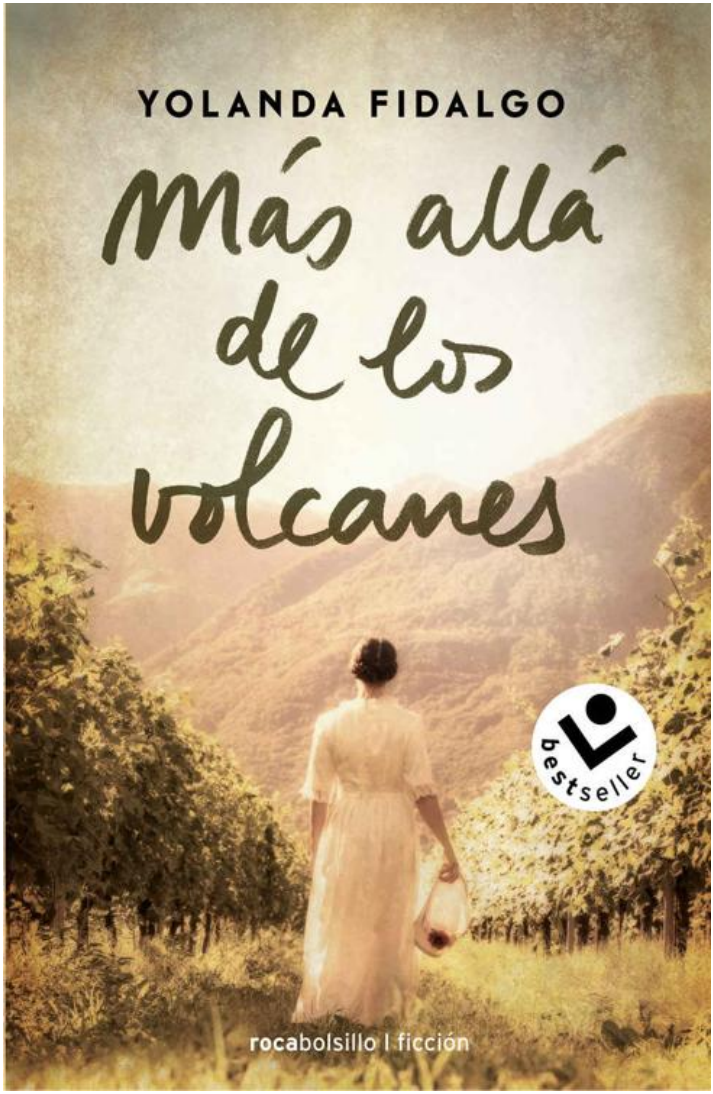
Igual que en la realidad.

Lo envío fuera del camerino, es músico, debe tocar. Yo ya estoy preparada.

A partir de ahora solo viviré la vida que me corresponde, la de la prima donna *Flavia Ferrer, iré de teatro en teatro, de ciudad en ciudad.*

Como el viento que da la vuelta al mundo llevando en sí los cristales del espejo del mal.

Otro libro de Yolanda Fidalgo
que también te gustará



NOVELA GANADORA DEL PREMIO INTERNACIONAL DE NARRATIVA MARTA DE MONT MARÇAL

Éric Aubriot, antes de la Gran Guerra, era un médico brillante con un futuro prometedor. Tras ella, mientras París despierta y recupera la alegría, él se limita a sobrevivir como camarero en Montparnasse. Pero un encuentro fortuito lo cambiará todo. Deberá emprender un viaje para encontrarse de nuevo a sí mismo, recuperar su vida y resolver el mayor misterio: el que oculta su familia en la lejana isla volcánica de

Lanzarote.

1. A la Camorra se la llamaba Società dell'Umirtá o, en el siglo XIX, la Bella Società Riformata (*Historia de la Camorra*, Fernando Bermejo).

2. Corazón, corazón, corazón mío, te vas lejos; tú me dejas y yo cuento las horas, quién sabe cuándo volverás.

© 2023, Yolanda Fidalgo

Autora representada por IMC, Agencia Literaria, S.L.

Primera edición en este formato: abril de 2023

© de esta edición: 2023, Roca Editorial de Libros, S. L.
Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.
08003 Barcelona
actualidad@rocaeditorial.com
www.rocalibros.com

ISBN: 978-84-17167-83-7

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.